

LOS PÁJAROS Y OTROS RELATOS

Daphne Du Maurier

LOS PÁJAROS

El 3 de diciembre, el viento cambió de la noche a la mañana, y llegó el invierno. Hasta entonces, el otoño había sido suave y apacible. Las hojas, de un rojo dorado, se habían mantenido en los árboles y los setos vivos estaban verdes todavía. La tierra era fértil en los lugares donde el arado la había removido.

Nat Hocken, debido a una incapacidad contraída durante la guerra, disfrutaba una pensión y no trabajaba todos los días en la granja. Trabajaba tres días a la semana y le encomendaban las tareas más sencillas: poner vallas, embardar, reparar las edificaciones de la granja...

Aunque casado, y con hijos, tenía tendencia a la soledad; prefería trabajar solo. Le agradaba que le encargasen construir un dique o reparar un portillo en el extremo más lejano de la península, donde el mar rodeaba por ambos lados a la tierra de labranza. Entonces, al mediodía, hacía una pausa para comer el pastel de carne que su mujer había cocido para él, y sentándose en el borde de la escollera, contemplaba a los pájaros. El otoño era época para esto, mejor que la primavera. En primavera, los pájaros volaban tierra adentro resueltos, decididos; sabían cuál era su destino; el ritmo y el ritual de su vida no admitían dilaciones. En otoño, los que no habían emigrado allende el mar, sino que se habían quedado a pasar el invierno, se veían animados por los mismos impulsos, pero, como la emigración les estaba negada, seguían su propia norma de conducta. Llegaban en grandes bandadas a la península, inquietos; ora describiendo círculos en el firmamento, ora posándose, para alimentarse, en la tierra recién removida, pero incluso cuando se alimentaban, era como si lo hiciesen sin hambre, sin deseo. El desasosiego les empujaba de nuevo a los cielos.

Blancos y negros, gaviotas y chovas, mezcladas en extraña camaradería, buscando alguna especie de liberación, nunca satisfechas, nunca inmóviles. Bandadas de estorninos, susurrantes como piezas de seda, volaban hacia los frescos pastos, impulsados por idéntica necesidad de movimiento, y los pájaros más pequeños, los pinzones y las alondras, se dispersaban sobre los árboles y los setos.

Nat los miraba, y observaba también a las aves marinas. Abajo, en la ensenada, esperaban la marea. Tenían más paciencia. Pescadoras de ostras, zancudas y zarapitos aguardaban al borde del agua; cuando el lento mar lamía la orilla y se retiraba luego dejando al descubierto la franja de algas y los guijarros, las aves marinas emprendían veloz carrera y corrían sobre las playas. Entonces, les invadía también a ellas aquel mismo impulso de volar. Chillando, gimiendo, gritando, pasaban rozando el plácido mar y se alejaban de la costa. Se apresuraban, aceleraban,

se precipitaban, huían; pero ¿adonde, y con qué finalidad? La inquieta urgencia del melancólico otoño había arrojado un hechizo sobre ellas y debían congregarse, girar y chillar; tenían que saturarse de movimiento antes de que llegase el invierno.

«Quizá —pensaba Nat, masticando su pastel de carne en el borde de la escollera — los pájaros reciben en otoño un mensaje, algo así como un aviso. Va a llegar el invierno. Muchos de ellos perecen. Y los pájaros se comportan de forma semejante a las personas que, temiendo que les llegue la muerte antes de tiempo, se vuelcan en el trabajo, o se entregan a la insensatez.»

Los pájaros habían estado más alborotados que nunca en este declinar del año; su agitación resaltaba más porque los días eran muy tranquilos. Cuando el tractor trazaba su camino sobre las colinas del Oeste, recortada ante el volante la silueta del granjero, hombre y vehículo se perdían momentáneamente en la gran nube de pájaros que giraban y chillaban. Había muchos más que de ordinario. Nat estaba seguro de ello. Siempre seguían al arado en otoño, pero no en bandadas tan grandes como ésas, no con ese clamor.

Nat lo hizo notar cuando hubo terminado el trabajo del día.

—Sí —dijo el granjero—, hay más pájaros que de costumbre; yo también me he dado cuenta. Y muy atrevidos algunos de ellos; no hacían ningún caso del tractor. Esta tarde, una o dos gaviotas han pasado tan cerca de mi cabeza que creía que me habían arrebatado la gorra. Como que apenas podía ver lo que estaba haciendo cuando se hallaban sobre mí y me daba el sol en los ojos. Me da la impresión de que va a cambiar el tiempo. Será un invierno muy duro. Por eso están inquietos los pájaros.

Al cruzar los campos y bajar por el sendero que conducía a su casa, Nat, con el último destello del sol, vio a los pájaros reuniéndose todavía en las colinas del Oeste. No corría ni un soplo de viento, y el grisáceo mar estaba alto y en calma. Destacaba en los setos la coronaria, aún en flor, y el aire se mantenía plácido. El granjero tenía razón, sin embargo, y fue esa noche cuando cambió el tiempo. El dormitorio de Nat estaba orientado al Este. Se despertó poco después de las dos y oyó el ruido del viento en la chimenea. No el furioso bramido del temporal del Sudoeste que traía la lluvia, sino el viento del Este, seco y frío. Resonaba cavernosamente en la chimenea, y una teja suelta batía sobre el tejado. Nat prestó atención y pudo oír el rugido del mar en la ensenada. Incluso el aire del pequeño dormitorio se había vuelto frío: por debajo de la puerta se filtraba una corriente que soplaba directamente sobre la cama. Nat se arrebujó en la manta, se arrimó a la espalda de su mujer, que dormía a su lado, y quedó despierto, vigilante, dándose cuenta de que se hallaba receloso sin motivo.

Fue entonces cuando oyó unos ligeros golpecitos en la ventana. En las paredes de la casa no había enredaderas que pudieran desprenderse y rozar el cristal. Escuchó, y los golpecitos continuaron hasta que, irritado por el ruido, Nat saltó de la

cama y se acercó a la ventana. La abrió y, al hacerlo, algo chocó contra su mano, pinchándole los nudillos y rozándole la piel. Vio agitarse unas alas y aquello desapareció sobre el tejado, detrás de la casa.

Era un pájaro. Qué clase de pájaro, él no sabía decirlo. El viento debía de haberle impulsado a guarecerse en el alféizar.

Cerró la ventana y volvió a la cama, pero, sintiendo humedad en los nudillos, se llevó la mano a la boca. El pájaro le había hecho sangre. Asustado y aturdido, supuso que el pájaro, buscando cobijo, le había herido en la oscuridad. Trató de conciliar de nuevo el sueño.

Pero al poco rato volvieron a repetirse los golpecitos, esta vez más fuertes, más insistentes. Su mujer se despertó con el ruido y, dándose la vuelta en la cama, le dijo:

—Echa un vistazo a esa ventana, Nat; está batiendo.

—Ya la he mirado —respondió él—; hay algún pájaro ahí fuera que está intentando entrar. ¿No oyes el viento? Sopla del Este y hace que los pájaros busquen dónde guarecerse.

—Ahuyéntalos —dijo ella—. No puedo dormir con ese ruido.

Se dirigió de nuevo a la ventana y, al abrirla esta vez, no era un solo pájaro el que estaba en el alféizar, sino media docena; se lanzaron en línea recta contra su rostro atacándole.

Soltó un grito y, golpeándolos con los brazos, consiguió dispersarlos; al igual que el primero, se remontaron sobre el tejado y desaparecieron. Dejó caer rápidamente la hoja de la ventana y la sujetó con las aldabillas.

—¿Has visto eso? —exclamó—. Venían por mí. Intentaban picotearme los ojos.

Se quedó en pie junto a la ventana, escudriñando la oscuridad, y no pudo ver nada. Su mujer, muerta de sueño, murmuró algo desde la cama.

—No estoy exagerando —replicó él, enojado por la insinuación de la mujer—. Te digo que los pájaros estaban en el alféizar, intentando entrar en el cuarto.

De pronto, de la habitación que dormían los niños, situada al otro lado del pasillo, surgió un grito de terror.

—Es Jill —dijo su mujer, sentándose en la cama completamente espabilada—. Ve a ver qué le pasa.

Nat encendió la vela, pero, al abrir la puerta del dormitorio para atravesar el pasillo, la corriente apagó la llama.

Sonó otro grito de terror, esta vez de los dos niños, y él se precipitó en su habitación, sintiendo inmediatamente el batir de alas a su alrededor, en la oscuridad. La ventana estaba abierta de par en par. A través de ella, entraban los pájaros, chocando primero contra el techo y las paredes y, luego, rectificando su vuelo, se lanzaban sobre los niños, tendidos en sus camas.

—Tranquilizaos. Estoy aquí —gritó Nat, y los niños corrieron chillando hacia él, mientras en la oscuridad, los pájaros se remontaban, descendían y le atacaban una y otra vez.

—¿Qué es, Nat? ¿Qué ocurre? —preguntó su mujer desde el otro dormitorio.

Nat empujó apresuradamente a los niños hacia el pasillo y cerró la puerta tras ellos, de modo que se quedó solo con los pájaros en la habitación.

Cogió una manta de la cama más próxima y, utilizándola como arma, la blandió a diestro y siniestro en el aire. Notaba cómo caían los cuerpos, oía el zumbido de las alas, pero los pájaros no se daban por vencidos, sino que, una y otra vez, volvían al asalto, punzándole las manos y la cabeza con sus pequeños picos, agudos como las afiladas púas de una horca. La manta se convirtió en un arma defensiva; se la arrolló en la cabeza y, entonces, en la oscuridad más absoluta, siguió golpeando a los pájaros con las manos desnudas. No se atrevía a llegarse a la puerta y abrirla, no fuera que, al hacerlo, le siguiesen los pájaros.

No podía decir cuánto tiempo estuvo luchando con ellos en medio de la oscuridad, pero al fin, fue disminuyendo a su alrededor el batir de alas y luego, cesó por completo. Percibía un débil resplandor a través del espesor de la manta. Esperó, escuchó; no se oía ningún sonido, salvo el llanto de uno de los niños en el otro dormitorio. La vibración, el zumbido de las alas, se había extinguido.

Se quitó la manta de la cabeza y miró a su alrededor. La luz, fría y gris, de la mañana iluminaba el cuarto. El alba, y la ventana abierta habían llamado a los pájaros vivos. Los muertos yacían en el suelo. Nat contempló, horrorizado, los pequeños cadáveres. Había petirrojos, pinzones, paros azules, gorriones, alondras, pinzones reales, pájaros que, por ley natural se adherían exclusivamente a su propia bandada y a su propia región y ahora, al unirse unos a otros en sus impulsos de lucha, se habían destruido a sí mismos contra las paredes de la habitación, o habían sido destruidos por él en la refriega. Algunos habían perdido las plumas en la lucha; otros tenían sangre, sangre de él, en sus picos.

Asqueado, Nat se acercó a la ventana y contempló los campos, más allá de su pequeño huerto.

Hacía un frío intenso, y la tierra aparecía endurecida por la helada. No la helada blanca, la escarcha que brilla al sol de la mañana, sino la negra helada que trae consigo el viento del Este. El mar, embravecido con el cambio de la marea, encrespado y espumoso, rompía bruscamente en la ensenada. No había ni rastro de los pájaros. Ni un gorrión trinaba en el seto, al otro lado del huerto, ni una chova, ni un mirlo, picoteaban la hierba en busca de gusanos. No se oía ningún sonido; sólo el ruido del viento y del mar.

Nat cerró la ventana y la puerta del pequeño dormitorio y cruzó el pasillo en dirección al suyo. Su mujer estaba sentada en la cama, con uno de los niños dormido

a su lado y el más pequeño, con la cara vendada, entre sus brazos. Las cortinas estaban completamente corridas ante la ventana y las velas encendidas. Su rostro destacaba pálidamente a la amarillenta luz. Hizo a Nat una seña con la cabeza para que guardara silencio.

—Ahora está durmiendo —cuchicheó—, pero acaba de coger el sueño. Algo le ha debido de herir; tenía sangre en las comisuras de los ojos. Jill dice que eran pájaros. Dice que se despertó y los pájaros estaban en la habitación.

Miró a Nat, buscando una confirmación en su rostro. Parecía aturdida, aterrada, y él no quería que se diese cuenta de que también él estaba excitado, trastornado casi, por los sucesos de las últimas horas.

—Hay pájaros allí dentro —dijo—, pájaros muertos, unos cincuenta por lo menos. Petirrojos, reyezuelos, todos los pájaros pequeños de los alrededores. Es como si, con el viento del Este, se hubiese apoderado de ellos una extraña locura. —Se sentó en la cama, junto a su mujer y le cogió la mano—. Es el tiempo —dijo—; eso debe ser, el mal tiempo. Probablemente, no son los pájaros de por aquí. Han sido empujados a estos lugares desde la parte alta de la región.

—Pero, Nat —susurró la mujer—, ha sido esta noche cuando ha cambiado el tiempo. No han venido empujados por la nieve. Y no pueden estar hambrientos todavía. Tienen alimento de sobra ahí fuera, en los campos.

—Es el tiempo —repitió Nat—. Te digo que es el tiempo. Su rostro estaba tenso y fatigado, como el de ella. Durante un rato, se miraron uno a otro en silencio.

—Voy abajo a hacer un poco de té —dijo él.

La vista de la cocina le tranquilizó. Las tazas y los platillos ordenadamente apilados sobre el parador, la mesa y las sillas, la madeja de labor de su mujer en su cestillo, los juguetes de los niños en el armario del rincón...

Se arrodilló, atizó los rescoldos y encendió el fuego. El arder de la leña, la humeante olla y la negruzca tetera le dieron una impresión de normalidad, de alivio, de seguridad. Bebió un poco de té y subió una taza a su mujer. Luego, se lavó en la fregadera, se calzó las botas y abrió la puerta trasera.

El cielo estaba pesado y plomizo, y las pardas colinas que el día anterior brillaban radiantes a la luz del sol aparecían lúgubres y sombrías. El viento del Este cortaba los árboles como una navaja, y las hojas, crujientes y secas se desprendían de las ramas y se esparcían con las ráfagas del viento. Nat restregó su bota contra la tierra. Estaba dura, helada. Nunca había visto un cambio tan repentino. En una sola noche había llegado el invierno.

Los niños se habían despertado. Jill estaba parlotando en el piso de arriba y el pequeño Johnny llorando otra vez. Nat oyó la voz de su mujer calmándole, tranquilizándole. Al cabo de un rato, bajaron. Nat les había preparado el desayuno, y la rutina del día comenzó.

—¿Echaste a los pájaros? —preguntó Jill, tranquilizada ya por el fuego de la cocina, por el día, por el desayuno.

—Sí, ya se han ido todos —respondió Nat—. Fue el viento del Este lo que les hizo entrar. Se habían extraviado, estaban asustados y querían refugiarse en algún lado.

—Intentaron picotearme —dijo Jill—. Se tiraban a los ojos de Johnny.

—Les impulsaba el miedo —contestó Nat a la niña—. En la oscuridad del dormitorio, no sabían dónde estaban.

—Espero que no vuelvan —dijo Jill—. Si les ponemos un poco de pan en la parte de fuera de la ventana, quizá lo coman y se marchen.

Terminó de desayunar y luego, fue en busca de su abrigo y su capucha, los libros de la escuela y la cartera. Nat no dijo nada, pero su mujer le miró por encima de la mesa. Un silencioso mensaje cruzó entre ellos.

—Iré contigo hasta el autobús —dijo él—. Hoy no voy a la granja. Y, mientras la niña se lavaba en la fregadera, dijo a su mujer:

—Manten cerradas todas las puertas y ventanas. Por si acaso, nada más. Yo voy a ir a la granja a ver si han oído algo esta noche.

Y echó a andar con su hija por el sendero. Ésta parecía haber olvidado su experiencia de la noche pasada. Iba delante de él, saltando, persiguiendo a las hojas, con el rostro sonrosado por el frío bajo la capucha.

—¿Va a nevar, papá? —preguntó—. Hace bastante frío. Levantó la vista hacia el descolorido cielo, mientras sentía en su espalda el viento cortante.

—No —respondió—, no va a nevar. Este es un invierno negro, no blanco.

Todo el tiempo fue escudriñando los setos en busca de pájaros, mirando por encima de ellos a los campos del otro lado, oteando el pequeño bosquecillo situado más arriba de la granja, donde solían reunirse los grajos y las chovas. No vio ninguno.

Las otras niñas esperaban en la parada del autobús, embozadas en sus ropas, cubiertas, como Jill, con capuchas, ateridos de frío sus rostros.

Jill corrió hacia ellas agitando la mano.

—Mi papá dice que no va a nevar —exclamó—. Va a ser un invierno negro.

No dijo nada de los pájaros y empezó a dar empujones, jugando, a una de las niñas. El autobús remontó, renqueando, la colina. Nat la vio subir a él y luego, dando media vuelta, se dirigió a la granja. No era su día de trabajo, pero quería cerciorarse de que todo iba bien. Jim, el vaquero, estaba trajinando en el corral.

—¿Está por ahí el patrón? —preguntó Nat.

—Fue al mercado —repuso Jim—. Es martes, ¿no?

Y, andando pesadamente, dobló la esquina de un cobertizo. No tenía tiempo

para Nat. Decían que Nat era superior. Leía libros, y cosas de esas. Nat había olvidado que era martes. Eso demostraba hasta qué punto le habían trastornado los acontecimientos de la noche pasada. Fue a la puerta trasera de la casa y oyó cantar en la cocina a la señora Trigg; la radio ponía un telón de fondo a su canción.

—¿Está usted ahí, señora? —llamó Nat.

Salió ella a la puerta, rechoncha, radiante, una mujer de buen humor.

—Hola, señor Hocken —dijo la señora Trigg—. ¿Puede decirme de dónde viene este frío? ¿De Rusia? Nunca he visto un cambio así. Y la radio dice que va a continuar. El Círculo Polar Ártico tiene algo que ver.

—Nosotros no hemos puesto la radio esta mañana —dijo Nat—. Lo cierto es que hemos tenido una noche agitada.

—¿Se han puesto malos los niños?

—No...

No sabía cómo explicarlo. Ahora, a la luz del día, la batalla con los pájaros sonaría absurda.

Trató de contar a la señora Trigg lo que había sucedido, pero veía en sus ojos que ella se figuraba que su historia era producto de una pesadilla.

—¿Seguro que eran pájaros de verdad? —dijo, sonriendo—. ¿Con plumas y todo? ¿No serían de esa clase tan curiosa que los hombres ven los sábados por la noche después de la hora de cerrar?

—Señora Trigg —dijo él—, hay cincuenta pájaros muertos, petirrojos, reyezuelos y otros por el estilo, tendidos en el suelo del dormitorio de los niños. Me atacaron; intentaron lanzarse contra los ojos del pequeño Johnny.

La señora Trigg le miró, dudosa.

—Bueno —contestó—, supongo que les empujó el mal tiempo. Una vez en la habitación, no sabrían dónde se encontraban. Pájaros extranjeros, quizá de ese Círculo Ártico.

—No —replicó Nat—, eran los pájaros que usted ve todos los días por aquí.

—Una cosa muy curiosa —dijo la señora Trigg—, realmente inexplicable. Debería usted escribir una carta al Guardián contándoselo. Seguramente que le sabrían dar alguna respuesta. Bueno, tengo que seguir con lo mío.

Inclinó la cabeza, sonrió y volvió a la cocina.

Nat, insatisfecho, se dirigió a la puerta de la granja. Si no fuese por aquellos cadáveres tendidos en el suelo del dormitorio, que ahora tenía que recoger y enterrar en alguna parte, a él también le parecería exagerado el relato.

Jim se hallaba junto al portillo.

—¿Ha habido dificultades con los pájaros? —preguntó Nat.

—¿Pájaros? ¿Qué pájaros?

—Han invadido nuestra casa esta noche. Entraban a bandadas en el dormitorio de los niños. Eran completamente salvajes.

—¿Qué? —Las cosas tardaban algún tiempo en penetrar en la cabeza de Jim—. Nunca he oído hablar de pájaros que se porten salvajemente —dijo al fin—. Suelen domesticarse. Yo les he visto acercarse a las ventanas en busca de migajas.

—Los pájaros de anoche no estaban domesticados.

—¿No? El frío, quizás. Estarían hambrientos. Prueba a echarles algunas migajas.

Jim no sentía más interés que la señora Trigg. «Era —pensaba Nat—, como las incursiones aéreas durante la guerra. Nadie, en este extremo del país, sabía lo que habían visto y sufrido las gentes de Plymouth. Para que a uno le conmueva algo, es necesario haberlo padecido antes.» Regresó a su casa, andando por el sendero, y cruzó la puerta. Encontró a su mujer en la cocina con el pequeño Johnny.

—¿Has visto a alguien? —preguntó ella.

—A Jim y a la señora Trigg —respondió—. Me parece que no me han creído ni una palabra. De todos modos, por allí no ha pasado nada.

—Podrías llevarte afuera los pájaros —dijo ella—. No me atrevo a entrar en el cuarto para hacer las camas. Estoy asustada.

—No tienes nada de que asustarte ahora —replicó Nat—. Están muertos, ¿no?

Subió con un saco y echó en él, uno a uno, los rígidos cuerpos. Sí, había cincuenta en total. Pájaros corrientes, de los que frecuentaban los setos, ninguno siquiera tan grande como un tordo. Debía de haber sido el miedo lo que les impulsó a obrar de aquella forma. Paros azules, reyezuelos, era increíble pensar en la fuerza de sus pequeños picos hiriéndole el rostro y las manos la noche anterior. Llevó el saco al huerto, y se le planteó entonces un nuevo problema. El suelo estaba demasiado duro para cavar. Estaba helado, compacto y sin embargo, no había nevado; lo único que había ocurrido en las últimas horas había sido la llegada del viento del Este. Era extraño, antinatural. Debían de tener razón los vaticinadores del tiempo. El cambio era algo relacionado con el Círculo Ártico.

Mientras estaba allí, vacilante, con el saco en la mano, el viento pareció penetrarle hasta los huesos. Podía ver las blancas crestas de las olas rompiendo allá abajo, en la ensenada. Decidió llevar los pájaros a la playa y enterrarlos allí.

Cuando llegó a la costa, por debajo del farallón, apenas podía tenerse en pie, tal era la fuerza del viento. Le costaba respirar y tenía azuladas las manos. Nunca había sentido tanto frío en ninguno de los malos inviernos que podía recordar. Había marea baja. Caminó sobre los guijarros hacia la arena y, entonces, de espaldas al viento practicó un hoyo en el suelo con el pie. Se proponía echar en él los pájaros, pero al abrir el saco, la fuerza del viento los arrastró, los alzó como si nuevamente volvieran a volar, y los cuerpos helados de los cincuenta pájaros se elevaron de él a lo

largo de la playa, sacudidos como plumas, esparcidos, desparramados. Había algo repugnante en la escena. No le gustaba. El viento arrebató los pájaros y los llevó lejos de él.

«Cuando la marea suba se los llevará», dijo para sí.

Miró al mar y contempló las espumosas rompientes, matizadas de una cierta tonalidad verdosa. Se alzaban briosas, se encrespaban, rompían y, a causa de la marea baja, su bramido sonaba distante, remoto, sin el tonante estruendo de la pleamar.

Entonces las vio. Las gaviotas. Allá lejos, flotando sobre las olas.

Lo que, al principio, había tomado por las blancas crestas de las olas eran gaviotas. Centenares, millares, decenas de millares...

Subían y bajaban con el movimiento de las aguas, de cara al viento, esperando la marea, como una poderosa escuadra que hubiese echado el ancla. Hacia el Este y hacia el Oeste, las gaviotas estaban allí. Hilera tras hilera, se extendían en estrecha formación tan lejos como podía alcanzar la vista. Si el mar hubiese estado inmóvil, habrían, cubierto la bahía como un velo blanco, cabeza con cabeza, cuerpo con cuerpo. Sólo el viento del Este, arremolinando el mar en las rompientes, las ocultaba desde la playa.

Nat dio media vuelta y, abandonando la costa, trepó por el empinado sendero en dirección a su casa. Alguien debería saber esto. Alguien debería enterarse. A causa del viento del Este y del tiempo, estaba sucediendo algo que no comprendía. Se preguntó si debía llegarse a la cabina telefónica, junto a la parada del autobús y llamar a la Policía. Pero ¿qué podrían hacer? ¿Qué podría hacer nadie? Decenas de miles de gaviotas posadas sobre el mar, allí, en la bahía, a causa del temporal, a causa del hambre. La Policía le creería loco, o borracho, o se tomaría con toda calma su declaración. «Gracias. Sí, ya se nos ha informado de la cuestión. El mal tiempo está empujando tierra adentro a los pájaros en gran número.» Nat miró a su alrededor. No se veían señales de ningún otro pájaro. ¿Sería el frío lo que les había hecho llegar a todos desde la parte alta de la región? Al acercarse a la casa, su mujer salió a recibirle a la puerta. Le llamó, excitada.

—Nat —dijo—, lo han dicho por la radio. Acaban de leer un boletín especial de noticias. Lo he tomado por escrito.

—¿Qué es lo que han dicho por la radio? —preguntó él.

—Lo de los pájaros —respondió—. No es sólo aquí, es en todas partes. En Londres, en todo el país. Algo les ha ocurrido a los pájaros.

Entraron juntos en la cocina. Nat cogió el trozo de papel que había sobre la mesa y lo leyó.

«Nota oficial del Ministerio del Interior, hecha pública a las once de la mañana de hoy. Se reciben informes procedentes de todos los puntos del país acerca de la

enorme cantidad de pájaros que se está reuniendo en bandadas sobre las ciudades, los pueblos y los más lejanos distritos, los cuales provocan obstrucciones y daños e, incluso, han llegado a atacar a las personas. Se cree que la corriente de aire ártico, que cubre actualmente las Islas Británicas, está obligando a los pájaros a emigrar al Sur en gran número, y que el hambre puede impulsarles a atacar a los seres humanos. Se aconseja a todos los ciudadanos que presten atención a sus ventanas, puertas y chimeneas, y tomen razonables precauciones para la seguridad de sus hijos. Una nueva nota será hecha pública más tarde.»

Una viva excitación se apoderó de Nat; miró a su mujer con aire de triunfo.

—Ahí tienes —dijo—; esperemos que hayan oído esto en la granja. La señora Trigg se dará cuenta de que no era ninguna fantasía. Es verdad. Por todo el país. Toda la mañana he estado pensando que había algo que no marchaba bien. Y ahora mismo, en la playa he mirado al mar y hay gaviotas, millares de ellas, decenas de millares, no cabría ni un alfiler entre sus cabezas, y están allá fuera, posadas sobre el mar, esperando.

—¿Qué están esperando, Nat? —preguntó ella. Él la miró de hito en hito y luego volvió la vista hacia el trozo de papel.

—No lo sé —dijo lentamente—. Aquí dice que los pájaros están hambrientos.

Él se acercó al armario, de donde sacó un martillo y otras herramientas.

—¿Qué vas a hacer, Nat?

—Ocuparme de las ventanas, y de las chimeneas también, como han dicho.

—¿Crees que esos gorriones, y petirrojos, y los demás, podrían penetrar con las ventanas cerradas? ¡Qué va! ¿Cómo iban a poder?

Nat no contestó. No estaba pensando en los gorriones, ni en los petirrojos. Pensaba en las gaviotas...

Fue al piso de arriba, y el resto de la mañana estuvo allí trabajando, asegurando con tablas las ventanas de los dormitorios, rellenando la parte baja de las chimeneas. Realizó una buena faena; era su día libre y no estaba trabajando en la granja. Se acordó de los viejos tiempos, al principio de la guerra. No estaba casado entonces, y en la casa de su madre, en Plymouth, había instalado las tablas protectoras de las ventanas para evitar que se filtrase luz al exterior. También había construido el refugio, aunque, ciertamente, no fue de ninguna utilidad cuando llegó el momento. Se preguntó si tomarían todas las precauciones en la granja. Lo dudaba. Harry Trigg y su mujer eran demasiado indolentes. Probablemente se reirían de todo esto. Se irían a bailar o a jugar una partida de whist.

—La comida está lista —gritó ella desde la cocina.

—Está bien. Ahora bajo.

Estaba satisfecho de su trabajo. Los entramados encajaban perfectamente sobre

los pequeños vidrios y en la base de las chimeneas.

Una vez terminada la comida, y mientras su mujer fregaba los platos, Nat sintonizó el diario hablado de la una. Fue repetido el mismo aviso, el que ella había anotado por la mañana, pero el boletín de noticias dio más detalles.

«Las bandadas de pájaros han causado trastornos en todas las comarcas —decía el locutor—, y, en Londres, el cielo estaba tan oscuro a las diez de esta mañana, que parecía como si toda la ciudad estuviese cubierta por una inmensa nube negra.

»Los pájaros se posaban en lo alto de los tejados, en los alféizares de las ventanas y en las chimeneas. Las especies incluían mirlos, tordos, gorrones y, como era de esperar en la metrópoli, una gran cantidad de palomas y estorninos, y ese frecuentador del río de Londres, la gaviota de cabeza negra. El espectáculo ha sido tan inusitado que el tráfico se ha detenido en muchas vías públicas, el trabajo abandonado en tiendas y oficinas y las calles se han visto abarrotadas de gente que contemplaba a los pájaros.»

Fueron relatados varios incidentes, volvieron a enunciarse las causas probables del frío y el hambre y se repitieron los consejos a los dueños de casa. La voz del locutor era tranquila y suave. Nat tenía la impresión de que este hombre trataba la cuestión como si fuera una broma preparada. Habría otros como él, centenares de personas que no sabían lo que era luchar en la oscuridad con una bandada de pájaros. Esta noche se celebrarían fiestas en Londres, igual que los días de elecciones. Gente que se reunía, gritaba, reía, se emborrachaba. «¡Venid a ver los pájaros!»

Nat desconectó la radio. Se levantó y empezó a trabajar en las ventanas de la cocina. Su mujer le observaba, con el pequeño Johnny pegado a sus faldas.

—Pero ¿también aquí vas a poner tablas? —exclamó—. No voy a tener más remedio que encender la luz antes de las tres. A mí me parece que aquí abajo no es necesario.

—Más vale prevenir que lamentar —respondió Nat—. No quiero correr riesgos.

—Lo que debían hacer —dijo ella— es sacar al Ejército para que disparara contra los pájaros. Eso les espantaría en seguida.

—Que lo intenten —replicó Nat—. ¿Cómo iban a conseguirlo?

—Cuando los portuarios se declaran en huelga, ya llevan al Ejército a los muelles —contestó ella—. Los soldados bajan y descargan los barcos.

—Sí —dijo Nat—, y Londres tiene ocho millones de habitantes, o más. Piensa en todos los edificios, los pisos, las casas. ¿Crees que tienen suficientes soldados como para llevarlos a disparar contra los pájaros desde los tejados?

—No sé. Pero debería hacerse algo. Tienen que hacer algo.

Nat pensó para sus adentros que «ellos» estaban, sin duda, considerando el problema en ese mismo momento, pero que cualquier cosa que decidiesen hacer en

Londres y en las grandes ciudades no les sería de ninguna utilidad a las gentes que, como ellos, vivían a trescientas millas de distancia. Cada vecino debería cuidar de sí mismo.

—¿Cómo andamos de víveres? —preguntó.

—Bueno, Nat, ¿qué pasa ahora?

—No te preocupes. ¿Qué tienes en la despensa?

—Es mañana cuando tengo que ir a hacer la compra, ya sabes. Nunca guardo alimentos sin cocer, se estropean. El carnicero no viene hasta pasado mañana. Pero puedo traer algo cuando vaya mañana a la ciudad.

Nat no quería asustarla. Pensaba que era posible que no pudiese ir mañana a la ciudad. Miró en la despensa y en el armario donde ella guardaba las latas de conserva. Tenían para un par de días. Pan, había poco.

—¿Y qué hay del panadero?

—También viene mañana.

Observó que había harina. Si el panadero no venía, había suficiente para cocer una hogaza.

—Era mejor en los viejos tiempos —dijo—, cuando las mujeres hacían pan dos veces a la semana, y tenían sardinas saladas, y había alimentos suficientes para que una familia resistiese un bloqueo, si hacía falta.

—He tratado de dar pescado en conserva a los niños, pero no les gusta —contestó ella.

Nat siguió clavando tablas ante las ventanas de la cocina. Velas. También andaban escasos de velas. Otra cosa que había que comprar mañana. Bueno, no quedaba más remedio. Esta noche tendrían que irse pronto a la cama. Es decir, si...

Se levantó, salió por la puerta trasera y se detuvo en el huerto, mirando hacia el mar. No había brillado el sol en todo el día y ahora, apenas las tres de la tarde, había ya cierta oscuridad y el cielo estaba sombrío, melancólico, descolorido como la sal. Podía oír el retumbar del mar contra las rocas. Echó a andar, sendero abajo, y hacia la playa, hasta mitad de camino. Y entonces se detuvo. Se dio cuenta de que la marea había subido. La roca que asomaba a media mañana sobre las aguas estaba ahora cubierta, pero no era el mar lo que atraía su atención. Las gaviotas se habían levantado. Centenares de ellas, millares de ellas, describían círculos en el aire, alzando sus alas contra el viento. Eran las gaviotas las que habían oscurecido el cielo. Y volaban en silencio. No producían ningún sonido. Giraban en círculos, remontándose, descendiendo, probando su fuerza contra el viento.

Nat dio media vuelta. Subió corriendo el sendero y regresó a su casa.

—Voy a buscar a Jill —dijo—. La esperaré en la parada del autobús.

—¿Qué ocurre? —preguntó su mujer—. Estás muy pálido.

—Manten dentro a Johnny —dijo—. Cierra bien la puerta. Enciende la luz y corre las cortinas.

—Pero si acaban de dar las tres —objetó ella.

—No importa. Haz lo que te digo.

Miró dentro del cobertizo que había junto a la puerta trasera. No encontró nada que fuese de gran utilidad. El pico era demasiado pesado, y la horca no servía. Cogió la azada. Era la única herramienta adecuada, y lo bastante ligera para llevarla consigo.

Echó a andar, camino arriba, en dirección a la parada del autobús; de vez en cuando miraba hacia atrás por encima del hombro.

Las gaviotas volaban ahora a mayor altura; sus círculos eran más abiertos, más amplios; se desplegaban por el cielo en inmensa formación.

Se apresuró; aunque sabía que el autobús no llegaría a lo alto de la colina antes de las cuatro, tenía que apresurarse. No adelantó a nadie por el camino. Se alegraba. No había tiempo para pararse a charlar.

Una vez en la cima de la colina, esperó. Era demasiado pronto. Faltaba todavía media hora. El viento del Este, procedente de las tierras altas, cruzaba impetuoso los campos. Golpeó el suelo con los pies y se sopló las manos. Podía ver a lo lejos las arcillosas colinas recortándose nítidamente contra la intensa palidez del firmamento. Desde detrás de ellas surgió algo negro, semejante al principio de un tiznón, que fue ensanchándose después y haciéndose más amplio; luego, el tiznón se convirtió en una nube, y la nube en otras cinco nubes que se extendieron hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, y no eran nubes, eran pájaros. Se quedó mirándolos, viendo cómo cruzaban el cielo, y cuando una de las secciones en que se habían dividido pasó a un centenar de metros por encima de su cabeza, se dio cuenta, por la velocidad que llevaban, de que se dirigían tierra adentro, a la parte alta del país, de que no sentían ningún interés por la gente de la península. Eran grajos, cuervos, chovas, urracas, arrendajos, pájaros todos que, habitualmente, solían hacer presa en las especies más pequeñas; pero, esta tarde, estaban destinados a alguna otra misión.

«Se dirigen a las ciudades —pensó Nat—; saben lo que tienen que hacer. Los de aquí tenemos menos importancia. Las gaviotas se ocuparán de nosotros. Los otros van a las ciudades.»

Se acercó a la cabina telefónica, entró en ella y levantó el auricular. En la central se encargarían de transmitir el mensaje.

—Hablo desde Highway —dijo—, junto a la parada del autobús. Deseo informar de que se están adentrando en la región grandes formaciones de pájaros. Las gaviotas están formando también en la bahía.

—Muy bien —contestó la voz, lacónica, cansada.

—¿Se encargará usted de transmitir este mensaje al departamento

correspondiente?

—Sí...sí...

La voz sonaba ahora impaciente, hastiada. El zumbido de la línea se restableció.

«Ella es distinta —pensó Nat—; todo eso le tiene sin cuidado. Tal vez ha tenido que estar todo el día contestando llamadas. Piensa irse al cine esta noche. Aceptará la mano de algún amigo: "¡Mira cuántos pájaros!" Todo eso le tiene sin cuidado.»

El autobús llegó renqueando a lo alto de la colina. Bajaron Jill y otras tres o cuatro niñas. El autobús continuó a la ciudad.

—¿Para qué es la azada, papá?

Las niñas le rodearon riéndose, señalándole.

—He estado usándola —dijo—. Y ahora vamos a casa. Hace frío para quedarse por ahí. Miraré cómo cruzáis los campos, a ver a qué velocidad podéis correr.

Estaba hablando a las compañeras de Jill, las cuales pertenecían a distintas familias que vivían en las casitas de los alrededores. Un corto atajo les llevaría hasta sus casas.

—Queremos jugar un poco —dijo una de ellas.

—No. Os vais a casa, o se lo digo a vuestras mamás. Cuchichearon entre sí, y luego echaron a correr a través de los campos. Jill miró, enfurruñada, a su padre.

—Siempre nos quedamos a jugar un rato —dijo.

—Esta noche, no —contestó él—. Vamos, no perdamos tiempo.

Podía ver ahora a las gaviotas describiendo círculos sobre los campos, adentrándose poco a poco sobre la tierra. Sin ruido. Silenciosas todavía.

—Mira allá arriba, papá, mira a las gaviotas.

—Sí. Date prisa.

—¿Hacia dónde vuelan? ¿Adonde van?

—Tierra adentro, supongo. A donde haga más calor.

La cogió de la mano y la arrastró tras sí a lo largo del sendero.

—No vayas tan deprisa. No puedo seguirte.

Las gaviotas estaban mirando a los grajos y a los cuervos. Se estaban desplegando en formación de un lado a otro del cielo. Grupos de miles de ellas volaban a los cuatro puntos cardinales.

—¿Qué es eso, papá? ¿Qué están haciendo las gaviotas?

Su vuelo no era todavía decidido, como el de los grajos y las chovas. Seguían describiendo círculos en el aire. Tampoco volaban tan alto. Como si esperasen alguna señal. Como si hubiesen de tomar alguna decisión. La orden no estaba clara.

—¿Quieres que te lleve, Jill? Ven, súbete a cuestras.

De esta forma creía poder ir más de prisa; pero se equivocaba. Jill pesaba mucho y se deslizaba. Estaba llorando, además. Su sensación de urgencia, de temor, se le había contagiado a la niña.

—Quiero que se vayan las gaviotas. No me gustan. Se están acercando al camino.

La volvió a poner en el suelo. Echó a correr, llevando a Jill como a remolque. Al doblar el recodo que hacía el camino junto a la granja vio al granjero que estaba metiendo el coche en el garaje. Nat le llamó.

—¿Puede hacernos un favor? —dijo.

—¿Qué es?

El señor Trigg se volvió en el asiento y les miró. Una sonrisa iluminó su rostro, rubicundo y jovial.

—Parece que tenemos diversión —dijo—. ¿Ha visto las gaviotas? Jim y yo vamos a salir y les soltaremos unos cuantos tiros. Todo el mundo habla de ellas. He oído decir que le han molestado esta noche. ¿Quiere una escopeta?

Nat denegó con la cabeza.

El pequeño coche estaba abarrotado de cosas. Sólo había sitio para Jill, si se ponía encima de las latas de petróleo en el asiento de atrás.

—No necesito una escopeta —dijo Nat—, pero le agradecería que llevase a Jill a casa. Se ha asustado de los pájaros.

Lo dijo apresuradamente. No quería hablar delante de Jill.

—De acuerdo —asintió el granjero—. La llevaré a casa. ¿Por qué no se queda usted y se une al concurso de tiro? Haremos volar las plumas.

Subió Jill, y el conductor, dando la vuelta al coche, aceleró por el camino en dirección a la casa. Nat echó a andar detrás: Trigg debía de estar loco. ¿De qué servía una escopeta contra un firmamento de pájaros?

Nat, libre ahora de la preocupación de Jill, tenía tiempo de mirar a su alrededor. Los pájaros seguían describiendo círculos sobre los campos. Eran gaviotas corrientes casi todas, pero, entre ellas, se hallaba también la gaviota negra. Por lo general, se mantenían apartadas, pero ahora marchaban juntas. Algún lazo las había unido. La gaviota negra atacaba a los pájaros más pequeños e incluso, según había oído decir, a los corderos recién nacidos. Él no lo había visto. Lo recordaba ahora, no obstante, al mirar hacia el cielo. Se estaban acercando a la granja. Sus círculos iban siendo más bajos, y las gaviotas negras volaban al frente, las gaviotas negras conducían las bandadas. La granja era, pues, su objetivo. Se dirigían a la granja.

Nat aceleró el paso en dirección a su casa. Vio dar la vuelta al coche del granjero y emprender el camino de regreso. Cuando llegó junto a él, frenó bruscamente.

—La niña ya está dentro —dijo el granjero—. Su mujer la estaba esperando.

Bueno, ¿qué le parece? En la ciudad dicen que lo han hecho los rusos. Que los rusos han envenenado a los pájaros.

—¿Cómo podrían hacerlo? —preguntó Nat.

—A mí no me pregunte. Ya sabe cómo surgen los bulos. ¿Qué? ¿Se viene a mi concurso de tiro?

—No; pienso quedarme en casa. Mi mujer se inquietaría.

—La mía dice que estaría bien si pudiésemos comer gaviota —dijo Trigg—; tendríamos gaviota asada, gaviota cocida y, por si fuera poco, gaviota en escabeche. Espere usted a que les suelte unos tiros. Eso las asustará.

—¿Ha puesto usted tablas en las ventanas?

—No. ¡Qué tontería! A los de la radio les gusta asustar a la gente. Hoy he tenido cosas más importantes que hacer que andar clavando las ventanas.

—Yo, en su lugar, lo haría.

—¡Bah! Exagera usted. ¿Quiere venirse a dormir en nuestra casa?

—No; gracias, de todos modos.

—Bueno. Piénselo mañana. Le daremos gaviota para desayunar.

El granjero sonrió y, luego, enfiló el coche hacia la puerta de la granja.

Nat se apresuró. Atravesó el bosquecillo, rebasó el viejo granero y cruzó el portillo que daba acceso al prado.

Al pasar por el portillo, oyó un zumbido de alas. Una gaviota negra descendía en picado sobre él, erró, torció el vuelo y se remontó para volver a lanzarse de nuevo. En un instante se le unieron otras, seis, siete, una docena de gaviotas, blancas y negras mezcladas. Nat tiró la azada. No le servía. Cubriéndose la cabeza con los brazos, corrió hacia la casa. Las gaviotas continuaron lanzándose sobre él, en un absoluto silencio, sólo interrumpido por el batir de las alas, las terribles y zumbadoras alas. Sentía sangre en las manos, en las muñecas, en el cuello. Los agudos picos rasgaban la carne. Si por lo menos pudiese mantenerlas apartadas de sus ojos... Era lo único que importaba. Tenía que mantenerlas alejadas de sus ojos. Aún no habían aprendido cómo aferrarse a un hombre, cómo desgarrar la ropa, cómo arrojarle en masa contra la cabeza, contra el cuerpo. Pero, a cada nuevo descenso, a cada nuevo ataque, se volvían más audaces. Y no se preocupaban en absoluto de sí mismas. Cuando se lanzaban en picado y fallaban, se estrellaban violentamente y quedaban sobre el suelo, magulladas, reventadas. Nat, al correr, tropezaba con sus cuerpos destrozados, que empujaba con los pies hacia delante.

Llegó a la puerta y la golpeó con sus ensangrentadas manos. Debido a las tablas clavadas ante las ventanas, no brillaba ninguna luz. Todo estaba oscuro.

—Déjame entrar —gritó—; soy Nat. Déjame entrar. Gritaba fuerte para hacerse oír por encima del zumbido de las alas de las gaviotas.

Entonces vio al planga, suspendido sobre él en el cielo, presto a lanzarse en picado. Las gaviotas giraban, se retiraban, se remontaban juntas contra el viento. Sólo el planga permanecía. Un solo planga en el cielo sobre él. Las alas se plegaron súbitamente a lo largo de su cuerpo, y se dejó caer como una piedra. Nat chilló, y la puerta se abrió. Traspuso precipitadamente el umbral y su mujer arrojó contra la puerta todo el peso de su cuerpo.

Oyeron el golpe del planga caer.

Su mujer le curó las heridas. No eran profundas. Las muñecas y el dorso de las manos era lo que más había sufrido. Si no hubiese llevado gorra, le habrían alcanzado en la cabeza. En cuanto al planga... El planga podía haberle roto el cuello.

Los niños estaban llorando, naturalmente. Habían visto sangre en las manos de su padre.

—Todo va bien ahora —les dijo—. No me duele. No son más que unos rasguños. Juega con Johnny, Jill. Mamá lavará estas heridas.

Entornó la puerta, de modo que no le pudiesen ver. Su mujer estaba pálida. Empezó a echarle agua de la artesa.

—Las he visto allá arriba —cuchicheó ella—. Empezaron a reunirse justo cuando entró Jill con el señor Trigg. Cerré apresuradamente la puerta, y se atrancó. Por eso no he podido abrirla en seguida al llegar tú.

—Gracias a Dios que me han esperado a mí —dijo él—. Jill habría caído en seguida. Un solo pájaro lo habría conseguido.

Furtivamente, de modo que no se alarmasen los niños, siguieron hablando en susurros, mientras ella le vendaba las manos y el cuello.

—Están volando tierra adentro —decía él—. Miles de ellos: grajos, cuervos, todos los pájaros más grandes. Los he visto desde la parada del autobús. Se dirigen a las ciudades.

—Pero ¿qué pueden hacer, Nat?

—Atacarán. Atacarán a todo el que encuentren en las calles. Luego probarán con las ventanas, las chimeneas.

—¿Por qué no hacen algo las autoridades? ¿Por qué no sacan al Ejército, ponen ametralladoras, algo?

—No ha habido tiempo. Nadie está preparado. En las noticias de las seis oiremos lo que tengan que decir.

Nat volvió a la cocina, seguido de su mujer. Johnny estaba jugando tranquilamente en el suelo. Sólo Jill parecía inquieta.

—Oigo a los pájaros —dijo—. Escucha, papá. Nat escuchó. De las ventanas, de la puerta, llegaban sonidos ahogados. Alas que rozaban la superficie, deslizándose, rascando, buscando un medio de entrar. El ruido de muchos cuerpos apretujados que

se restregaban contra los muros. De vez en cuando, un golpe sordo, un fragor, el lanzamiento en picado de algún pájaro que se estrellaba contra el suelo.

«Algunos se matarán de esta forma —pensó—, pero no es bastante. Nunca es bastante.»

—Bueno —dijo en voz alta—, he puesto tablas en las ventanas. Los pájaros no pueden entrar.

Fue examinando todas las ventanas. Su trabajo había sido concienzudo. Todas las rendijas estaban tapadas. Haría algo más, no obstante. Encontró cuñas, trozos de lata, listones de madera, tiras de metal, y los sujetó a los lados para reforzar las tablas. Los martillazos contribuían a amortiguar el ruido de los pájaros, los frotos, los golpecitos y, más siniestro —no quería que sus hijos lo oyesen—, el crujido de los vidrios al romperse.

—Pon la radio —dijo—; a ver qué dice.

Esto disimularía también los ruidos. Subió a los dormitorios y reforzó las ventanas. Podía oír a los pájaros en el tejado, el rascar de uñas, un sonido insistente, continuo.

Decidió que debían dormir en la cocina; mantendrían encendido el fuego, bajarían los colchones y los tenderían en el suelo. No se sentía muy tranquilo con las chimeneas de los dormitorios. Las tablas que había colocado en la base de las chimeneas podían desprenderse. En la cocina, gracias al fuego, estarían a salvo. Tendría que hacer una diversión de todo ello. Fingir ante los niños que estaban jugando a campamentos. Si ocurría lo peor y los pájaros forzaban una entrada por las chimeneas de los dormitorios, pasarían horas, quizá días, antes de que pudiesen destruir las puertas. Los pájaros quedarían aprisionados en los dormitorios. Allí no podrían hacer ningún daño. Hacinados entre sus paredes, morirían sofocados.

Empezó a bajar los colchones. Al verlo, a su mujer se le dilataron los ojos de miedo. Pensó que los pájaros habían irrumpido ya en el piso de arriba.

—Bueno —dijo él en tono jovial—, esta noche vamos a dormir todos juntos en la cocina. Resulta más agradable dormir aquí abajo, junto al fuego. Así no nos molestarán estos estúpidos pajarracos que andan por ahí dando golpecitos en las ventanas.

Hizo que los niños le ayudasen a apartar los muebles y tuvo la precaución de, con la ayuda de su mujer, colocar el armario pegado a la ventana. Encajaba bien. Era una protección adicional. Ahora ya se podían poner los colchones, uno junto a otro, contra la pared en que había estado el armario.

«Estamos bastante seguros ahora —pensó—, estamos cómodos y aislados, como en un refugio antiaéreo. Podemos resistir. Lo único que me preocupa son los víveres. Víveres y carbón para el fuego. Tenemos para uno o dos días, no más. Entonces...»

De nada servía formar proyectos con tanta antelación. Ya darían instrucciones

por la radio. Dirían a la gente lo que tenía que hacer. Y, entonces, en medio de sus problemas, se dio cuenta de que la radio no transmitía más que música de baile. No el programa infantil, como debía haber sido. Miró el día. Sí, estaba puesta la emisora local. Bailables. Sabía el motivo. Los programas habituales habían sido abandonados. Esto sólo sucedía en ocasiones excepcionales. Elecciones y cosas así. Intentó recordar si había sucedido lo mismo durante la guerra, cuando se producían duras incursiones aéreas sobre Londres. Pero, naturalmente, la B.B.C. no estaba en Londres durante la guerra. Transmitía sus programas desde otros estudios, instalados provisionalmente.

«Estamos mejor aquí —pensó—, estamos mejor aquí en la cocina, con las puertas y las ventanas entabladas, que como están los de las ciudades. Gracias a Dios que no estamos en las ciudades.»

A las seis cesó la música. Sonó la señal horaria. No importaba que se asustasen los niños, tenía que oír las noticias. Hubo una pausa. Luego, el locutor habló. Su voz era grave, solemne. Completamente distinta de la del mediodía.

«Aquí Londres —dijo—. A las cuatro de esta tarde se ha proclamado en todo el país el estado de excepción. Se están adoptando medidas para salvaguardar las vidas y las propiedades de la población, pero debe comprenderse que no es fácil que éstas produzcan un efecto inmediato, dada la naturaleza repentina y sin precedentes de la actual crisis. Todos los habitantes deben tomar precauciones para con su propia casa, y donde vivan juntas varias personas, como en pisos y apartamentos, deben ponerse de acuerdo para hacer todo lo que puedan en orden e impedir la entrada en ellos. Es absolutamente necesario que todo el mundo se quede en su casa esta noche y que nadie permanezca en las calles, carreteras, o en cualquier otro lugar desguarnecido. Enormes cantidades de pájaros están atacando a todo el que ven y han empezado ya a asaltar los edificios; pero éstos, con el debido cuidado, deben ser impenetrables. Se ruega a la población que permanezca en calma y no se deje dominar por el pánico. Dado el carácter excepcional de la situación, no serán radiados más programas, desde ninguna estación emisora, hasta las siete horas de mañana.»

Tocaron el Himno Nacional. No pasó nada más. Nat apagó la radio. Miró a su mujer y ella le devolvió la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jill—. ¿Qué ha dicho la radio?

—No va a haber más programas esta noche —dijo Nat—. Ha habido una avería en la B.B.C.

—¿Es por los pájaros? —preguntó Jill—. ¿Lo han hecho los pájaros?

—No —respondió Nat—, es sólo que todo el mundo está muy ocupado, y además tienen que desembarazarse de los pájaros, que andan revolviéndolo todo allá arriba, en las ciudades. Bueno, por una noche podemos arreglarnos sin la radio.

—Ojalá tuviéramos un gramófono —dijo Jill—; eso sería mejor que nada.

Tenía el rostro vuelto hacia el armario, apoyado contra las ventanas. Aunque intentaban ignorarlo, percibían claramente los roces, los chasquidos, el persistente batir de alas.

—Cenaremos pronto —sugirió Nat—. Pídele a mamá algo bueno. Algo que nos guste a todos, ¿eh?

Hizo una seña a su mujer y le guiñó el ojo. Quería que la mirada de temor, de aprensión, desapareciese del rostro de Jill.

Mientras se hacía la cena, estuvo silbando, cantando, haciendo todo el ruido que podía, y le pareció que los sonidos exteriores no eran tan fuertes como al principio. Subió en seguida a los dormitorios y escuchó. Ya no se oía el rascar de antes sobre el tejado.

«Han adquirido la facultad de razonar —pensó—; saben que es difícil entrar aquí. Probarán en otra parte. No perderán su tiempo con nosotros.»

La cena transcurrió sin incidentes, y entonces, cuando estaban quitando la mesa, oyeron un nuevo sonido, runruneante, familiar, un sonido que todos ellos conocían y comprendían.

Su mujer le miró, iluminado el rostro.

—Son aviones —dijo—, están enviando aviones tras los pájaros. Eso es lo que yo he dicho desde el principio que debían hacer. Eso los ahuyentará. ¿Son cañonazos? ¿No oís cañones?

Quizá fuese fuego de cañón, allá en el mar. Nat no podría decirlo. Los grandes cañones navales puede que tuviesen eficacia contra las gaviotas en el mar, pero las gaviotas estaban ahora tierra adentro. Los cañones no podían bombardear la costa, a causa de la población.

—Es agradable oír los aviones, ¿verdad? —dijo su mujer. Y Jill, captando su entusiasmo, se puso a brincar de un lado para otro con Johnny.

—Los aviones alcanzarán a los pájaros. Los aviones los echarán.

Justamente entonces oyeron un estampido a unas dos millas de distancia, seguido de otro y, luego, de otro más. El ronquido de los motores se fue alejando y desapareció sobre el mar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la mujer—. ¿Estaban tirando bombas sobre los pájaros?

—No sé —contestó Nat—, no creo.

No quería decirle que el ruido que habían oído era el estampido de un avión al estrellarse. Era, sin duda, un riesgo por parte de las autoridades enviar fuerzas de reconocimiento, pero podían haberse dado cuenta de que la operación era suicida. ¿Qué podían hacer los aviones contra pájaros que se lanzaban para morir contra las hélices y los fuselajes, sino arrojarlos ellos mismos al suelo? Suponía que esto se

estaba intentando ahora por todo el país. Y a un precio muy caro. Alguien de los de arriba había perdido la cabeza.

—¿Adonde se han ido los aviones, papá? —preguntó Jill.

—Han vuelto a su base —respondió—. Bueno, ya es hora de acostarse.

Mantuvo ocupada a su mujer, desnudando a los niños delante del fuego, arreglando los colchones y haciendo otras muchas cosas, mientras él recorría de nuevo la casa para asegurarse de que todo seguía bien. Ya no se oía el zumbido de la aviación, y los cañones habían dejado de disparar.

«Una pérdida de vidas y de esfuerzos —se dijo Nat—. No podemos matar suficientes pájaros de esa manera. Cuesta demasiado. Queda el gas. Quizás intenten echar gases, gases venenosos. Naturalmente, nos avisarían primero, si lo hiciesen. Una cosa es cierta; los mejores cerebros del país pasarán la noche concentrados en este asunto.»

En cierto modo, la idea le tranquilizó. Se representaba un plantel de científicos, naturalistas y técnicos reunidos en consejo para deliberar; ya estarán trabajando sobre el problema. Ésta no era tarea para el Gobierno, ni para los jefes de Estado Mayor; éstos se limitarían a llevar a la práctica las órdenes de los científicos.

«Tendrán que ser implacables —pensó—. Lo peor es que, si deciden utilizar el gas, tendrán que arriesgar más vidas. Todo el ganado y toda la tierra quedarían contaminados también. Mientras nadie se deje llevar por el pánico... Eso es lo malo. Que la gente caiga en pánico y pierda la cabeza. La B.B.C. ha hecho bien en advertirnos eso.»

Arriba, en los dormitorios, todo estaba tranquilo. No se oía arañar y rascar en las ventanas. Una tregua en la batalla. Reagrupación de fuerzas. ¿No era así como lo llamaban en los partes de guerra? El viento, sin embargo, no había cesado. Podía oírlo todavía, rugiendo en las chimeneas. Y al mar rompiendo allá abajo, en la playa. Entonces se acordó de la marea. La marea estaría bajando. Quizá la tregua era debida a la marea. Había alguna ley que obedecían los pájaros y que estaba relacionada con el viento del Este y con la marea.

Miró al reloj. Casi las ocho. La pleamar debía de haber sido hacía una hora. Eso explicaba la tregua. Los pájaros atacaban con la marea alta. Puede que no actuaran así tierra adentro, pero ésta parecía ser la táctica que seguían en la costa. Calculó mentalmente el tiempo. Tenían seis horas por delante. Cuando la marea subiese de nuevo, a eso de la una y veinte de la madrugada, los pájaros volverían...

Había dos cosas que podía hacer. La primera, descansar con su mujer y sus hijos, dormir todo lo que pudiesen hasta la madrugada. La segunda, salir, ver cómo le iba a los de la granja y si todavía funcionaba el teléfono, para poder obtener noticias de la central.

Llamó en voz baja a su mujer, que acababa de acostar a los niños. Ella subió

hasta la mitad de la escalera, y él le expuso lo que se proponía hacer.

—No te vayas —dijo ella al instante—, no te vayas dejándome sola con los niños. No podría resistirlo.

Su voz se elevó histéricamente. Él la apaciguó, la calmó.

—Está bien —dijo—, está bien. Esperaré a mañana. A las siete oiremos el boletín de noticias de la radio. Pero, por la mañana, cuando vuelva a bajar la marea, me acercaré a la granja a ver si nos dan pan y patatas, y también algo de leche.

Su mente se hallaba ocupada, formando planes en previsión de posibles contingencias. Naturalmente, esta noche no habrían ordeñado a las vacas. Se habrían quedado fuera, en el corral, mientras los moradores de la casa se atrincheraban tras las ventanas entabladas, igual que ellos. Es decir, si habían tenido tiempo de tomar precauciones. Pensó en Trigg, sonriéndole desde el coche. No habría habido concurso de tiro esta noche.

Los niños se habían dormido. Su mujer, aún vestida, estaba sentada en su colchón. Miró nerviosamente a su marido.

—¿Qué vas a hacer? —cuchicheó.

Nat movió la cabeza, indicándole que guardara silencio. Lentamente, con cuidado, abrió la puerta trasera y miró al exterior.

La oscuridad era absoluta. El viento soplaba más fuerte que nunca, helado, llegando en rápidas ráfagas desde el mar. Puso el pie sobre el escalón del otro lado de la puerta. Estaba lleno de pájaros. Había pájaros muertos por todas partes. Bajo las ventanas, contra las paredes. Eran los suicidas, los somorgujos, y tenían los cuellos rotos. Adondequiera que miraba veía pájaros muertos. Ni rastro de los vivos. Con el cambio de la marea los vivos habían volado hacia el mar. Las gaviotas estarían ahora posadas sobre las aguas, como lo habían estado por la mañana.

A lo lejos, sobre la colina donde dos días antes había estado el tractor, estaba ardiendo algo. Uno de los aviones que se habían estrellado; el fuego, impulsado por el viento, había prendido a un almiar.

Contempló los cuerpos de los pájaros y se le ocurrió que, si los apilaba uno encima de otro sobre los alféizares de las ventanas, constituirían una protección adicional para el siguiente ataque. No mucho, tal vez, pero algo sí. Los cadáveres tendrían que ser desgarrados, picoteados y apartados a un lado, antes de que los pájaros vivos pudiesen afianzarse en los alféizares y atacar los cristales. Se puso a trabajar en la oscuridad. Era ridículo; le repugnaba tocarlos. Los cadáveres estaban todavía calientes y ensangrentados. Las plumas estaban manchadas de sangre. Sintió que se le revolvía el estómago, pero continuó con su trabajo. Se dio cuenta, con horror, de que todos los cristales de las ventanas estaban rotos. Sólo las tablas habían impedido que entraran los pájaros. Rellenó los cristales rotos con sangrantes cuerpos de los pájaros.

Cuando hubo terminado, volvió a entrar en la casa. Atrancó la puerta de la cocina, para mayor seguridad. Se quitó las vendas, empapadas de la sangre de los pájaros, no de la de sus heridas, y se puso un parche nuevo.

Su mujer le había hecho cacao, y lo bebió ávidamente. Estaba muy cansado.

—Bueno —dijo sonriendo—, no te preocupes. Todo irá bien.

Se tendió en su colchón y cerró los ojos. Se durmió en seguida. Tuvo un dormir agitado, porque a través de sus sueños se deslizaba la sombra de algo que había olvidado. Algo que tenía que haber hecho y se le había pasado. Alguna precaución que se le había ocurrido tomar, pero que no había llevado a la práctica y a la que no podía identificar en su sueño. Estaba relacionada de alguna manera con el avión en llamas y con el almiar de la colina. No obstante, siguió durmiendo; no se despertaba. Fue su mujer quien, sacudiéndole del hombro, le despertó por fin.

—Ya han empezado —sollozó—, han empezado hace una hora. No puedo escuchar sola por más tiempo. Y, además, hay algo que huele mal, algo que se está quemando.

Entonces recordó. Se había olvidado de encender el fuego. Sólo quedaban rescoldos a punto de apagarse. Se levantó rápidamente y encendió la lámpara. El golpeteo había comenzado ya a sonar en la puerta y en las ventanas, pero no era eso lo que atraía su atención. Era el olor a plumas chamuscadas. El olor llenaba la cocina. Se dio cuenta en seguida de lo que era. Los pájaros estaban bajando por la chimenea, abriéndose camino hacia la cocina.

Cogió papel y astillas, y las puso sobre las ascuas; luego alcanzó el bote de parafina.

—Ponte lejos —ordenó a su mujer; tenemos que correr este riesgo.

Arrojó la parafina en el fuego. Una rugiente llamarada subió por el cañón de la chimenea, y, sobre el fuego, cayeron los cuerpos abrasados, ennegrecidos, de los pájaros.

Los niños se despertaron y empezaron a llorar.

—¿Qué pasa? —preguntó Jill—. ¿Qué ha ocurrido?

Nat no tenía tiempo para contestar. Estaba apartando de la chimenea los cadáveres y arrojándolos al suelo. Las llamas seguían rugiendo y había que hacer frente al peligro de que se propagara el fuego que había encendido. Las llamas ahuyentarían de la boca de la chimenea a los pájaros vivos. La dificultad estaba en la parte baja. Ésta se hallaba obstruida por los cuerpos, humeantes e inertes, de los pájaros sorprendidos por el fuego. Apenas si prestaba atención a los ataques que se concentraban sobre la puerta y las ventanas. Que batiesen las alas, que se rompiesen los picos, que perdiesen la vida en su intento de forzar una entrada a su hogar. No lo conseguirían. Daba gracias a Dios por tener una casa antigua con ventanas pequeñas y sólidas paredes. No como las casas nuevas del pueblo. Que el cielo amparase a los

que vivían en ellas.

—Dejad de llorar —gritó a los niños—. No hay nada que temer; dejad de llorar.

Siguió apartando los humeantes cuerpos a medida que caían al fuego.

«Esto les convencerá —se dijo—. Mientras el fuego no prenda a la chimenea, estamos seguros. Merecería que me fusilasen por esto. Lo último que tenía que haber hecho antes de acostarme era encender el fuego. Sabía que había algo.»

Mezclado con los roces y los golpes sobre las tablas de las ventanas, se oyó de pronto el familiar sonido del reloj de la cocina al dar la hora. Las tres de la madrugada. Aún tenían que pasar algo más de cuatro horas. No estaba seguro de la hora exacta en que había marea alta. Calculaba que no empezaría a bajar mucho antes de las siete y media, o las ocho menos veinte.

—Enciende el hornillo —dijo a su mujer—. Haznos un poco de té, y un poco de cacao para los niños. No tiene objeto estar sentado sin hacer nada.

Ésa era la línea a seguir. Mantenerles ocupados a ella y a los niños. Andar de un lado para otro, comer, beber; lo mejor era estar siempre en movimiento.

Aguardó junto al fuego. Las llamas iban extinguiéndose. Pero por la chimenea ya no caían más cuerpos. Introdujo hacia arriba el atizador todo lo que pudo y no encontró nada. Estaba despejada. La chimenea estaba despejada. Se enjugó el sudor de la frente.

—Anda, Jill —dijo—, tráeme unas cuantas astillas más. Pronto tendremos un buen fuego.

Pero ella no quería acercarse. Estaba mirando los chamuscados cadáveres de los pájaros, amontonados junto a él.

—No te preocupes de ellos —le dijo su padre—, los pondremos en el pasillo cuando tenga listo el fuego.

El peligro de la chimenea había desaparecido. No volvería a repetirse, si se mantenía el fuego ardiendo día y noche.

«Mañana tendré que traer más combustible de la granja —pensó—. Éste no puede durar siempre. Ya me las arreglaré. Puedo hacerlo con la bajamar. Cuando baje la marea, se podrá trabajar e ir en busca de lo que haga falta. Lo único que tenemos que hacer es adaptarnos a las circunstancias; eso es todo.»

Bebieron té y cacao y comieron varias rebanadas de pan y extracto de carne. Nat se dio cuenta de que no quedaba más que media hogaza. No importaba; ya conseguirían más.

—¡Atrás! —exclamó el pequeño Johnny, apuntando a las ventanas con su cuchara—. ¡Atrás, pajarracos!

—Eso está bien —dijo Nat, sonriendo—, no les queremos a esos bribones, ¿verdad? Ya hemos tenido bastante.

Empezaron a aplaudir cuando se oía el golpe de los pájaros suicidas.

—Otro más, papá —exclamó Jill—; ése ya no tiene nada que hacer.

—Sí —dijo Nat—, ya está listo ese granuja.

Ésta era la forma de tomarlo. Éste era el espíritu. Si lograban mantenerlo hasta las siete, cuando transmitiesen el primer boletín de noticias, mucho habrían conseguido.

—Danos un pitillo —dijo a su mujer—. Un poco de humo disparará el olor a plumas quemadas.

—No quedan más que dos en el paquete —dijo ella—. Tenía que haberte comprado más.

—Bueno. Cogeré uno, y guardaré el otro para cuando haya escasez.

Era inútil tratar de dormir a los niños. No era posible dormir mientras continuaran los golpes y los roces en las ventanas. Se sentó en el colchón, rodeando con un brazo a Jill y con el otro a su mujer, que tenía a Johnny en su regazo, cubiertos los cuatro con las mantas.

—No puedo por menos de admirar a estos bribones —dijo—; tienen constancia. Uno pensaría que ya tenían que haberse cansado del juego, pero no hay tal.

La admiración era difícil de mantenerse. El golpeteo continuaba incesante y un nuevo sonido, de algo que raspaba, hirió el oído de Nat, como si un pico más afilado que ninguno de los anteriores hubiese venido a ocupar el lugar de sus compañeros. Trató de recordar los nombres de los pájaros, trató de pensar qué especies en particular servirían para esta tarea. No era el rítmico golpear del pájaro carpintero. Habría sido rápido y suave. Éste era más serio, porque, si continuaba mucho tiempo, la madera acabaría astillándose igual que los cristales. Entonces, se acordó de los halcones. ¿Sería posible que los halcones hubiesen sustituido a las gaviotas? ¿Había ahora busardos en los alféizares de las ventanas, empleando las garras, además de los picos? Halcones, busardos, cernícalos, gavilanes..., había olvidado a las aves de presa. Se había olvidado de la fuerza de las aves de presa. Faltaban tres horas, y, mientras esperaban el momento en que oyeran astillarse la madera, las garras seguían rascando.

Nat miró a su alrededor, considerando qué muebles podía romper para fortificar la puerta. Las ventanas estaban seguras por el armario. Pero no tenía mucha confianza en la puerta. Subió la escalera, pero al llegar al descansillo se detuvo y escuchó. Se oía una sucesión de apagados golpecitos, producidos por el rozar de algo sobre el suelo del dormitorio de los niños. Los pájaros se habían abierto camino... Aplicó el oído contra la puerta. No había duda. Percibía el susurro de las alas y los leves roces contra el suelo. El otro dormitorio estaba libre todavía. Entró en él y empezó a sacar los muebles; apilados en lo alto de la escalera protegerían la puerta del dormitorio de los niños. Era una precaución. Quizá resultara innecesaria. No

podía amontonar los muebles contra la puerta, porque ésta se abría hacia dentro. Lo único que cabía hacer era colocarlos en lo alto de la escalera.

—Baja, Nat, ¿qué estás haciendo? —gritó su mujer.

—Voy en seguida —respondió—. Estoy terminando de poner en orden las cosas aquí arriba.

No quería que subiese; no quería que ella oyera el ruido de las patas en el cuarto de los niños, el rozar de aquellas alas contra la puerta.

A las cinco y media, propuso que desayunaran, tocino y pan frito, aunque sólo fuera por atajar el incipiente pánico que comenzaba a reflejarse en los ojos de su mujer y calmar a los asustados niños. Ella no sabía que los pájaros habían penetrado ya en el piso de arriba. Afortunadamente, el dormitorio no caía encima de la cocina. De haber sido así, ella no podría por menos de haber oído el ruido que hacían allá arriba, pegando contra las tablas. Y el estúpido e insensato golpetear de los pájaros suicidas que volaban dentro de la habitación, aplastándose la cabeza contra las paredes. Conocía bien a las gaviotas blancas. No tenían cerebro. Las negras eran diferentes, sabían muy bien lo que se hacían. Y también los busardos, los halcones...

Se encontró a sí mismo observando el reloj, mirando a las manecillas, que con tanta lentitud giraban alrededor, de la esfera. Se daba cuenta de que, si su teoría no era correcta, si el ataque no cesaba con el cambio de la marea, terminarían siendo derrotados. No podrían continuar durante todo el largo día sin aire, sin descanso, sin más combustible, sin... Su pensamiento volaba. Sabía que necesitaban muchas cosas para resistir un asedio. No estaban bien preparados. No estaban prevenidos. Quizá, después de todo, estuviesen más seguros en las ciudades. Su primo vivía a poca distancia de allí en tren. Si lograba telefonearle desde la granja, podrían alquilar un coche. Eso sería más rápido: alquilar un coche entre dos pleamares.

La voz de su mujer, llamándole una y otra vez por su nombre, le ahuyentó el súbito y desesperado deseo de dormir.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? —exclamó desabridamente.

—La radio —dijo su mujer. Había estado mirando el reloj—. Son casi las siete.

—No gires el mando —exclamó, impaciente por primera vez—; está puesta en la B.B.C. Hablarán desde ahí.

Esperaron. El reloj de la cocina dio las siete. No llegó ningún sonido. Ninguna campanada, nada de música. Esperaron hasta las siete y cuarto y cambiaron de emisora. El resultado fue el mismo. No había ningún boletín de noticias.

—Hemos entendido mal —dijo él—. No emitirán hasta las ocho.

Dejaron conectado el aparato, y Nat pensó en la batería, preguntándose cuánta carga le quedaría. Generalmente, la recargaban cuando su mujer iba de compras a la ciudad. Si fallaba la batería, no podrían escuchar las instrucciones.

—Está aclarando —susurró su mujer—. No lo veo, pero lo noto. Y los pájaros no golpean ya con tanta fuerza.

Tenía razón. Los golpes y los roces se iban debilitando por momentos. Y también los empujones, el forcejeo para abrirse paso que se oía junto a la puerta, sobre los alféizares. Había empezado a bajar la marea. A las ocho, no se oía ya ningún ruido. Sólo el viento. Los niños, amodorrados por el silencio, se durmieron. A las ocho y media, Nat desconectó la radio.

—¿Qué haces? Nos perderemos las noticias —dijo su mujer.

—No va a haber noticias —respondió Nat—. Tendremos que depender de nosotros mismos.

Se dirigió a la puerta y apartó lentamente los obstáculos que había colocado. Levantó los cerrojos y, pisando los cadáveres que yacían en el escalón de la entrada, aspiró el aire frío. Tenía seis horas por delante, y sabía que debía reservar sus fuerzas para las cosas necesarias, en manera alguna debía derrocharlas. Víveres, luz, combustible: esas eran cosas —necesarias. Si lograba obtenerlas en cantidad suficiente, podrían resistir otra noche más.

Dio un paso hacia delante, y entonces vio a los pájaros vivos. Las gaviotas se habían ido, como antes, al mar; allí buscaban su alimento y el empuje de la marea antes de volver al ataque. Los pájaros terrestres, no. Esperaban y vigilaban. Nat los veía sobre los setos, en el suelo, apiñados en los árboles, línea tras línea de pájaros, quietos, inmóviles.

Anduvo hasta el extremo de su pequeño huerto. Los pájaros no se movieron. Seguían vigilándole.

«Tengo que conseguir víveres —se dijo Nat—. Tengo que ir a la granja a buscar víveres.»

Regresó a la casa. Examinó las puertas y las ventanas. Subió la escalera y entró en el cuarto de los niños. Estaba vacío, fuera de los pájaros muertos que yacían en el suelo. Los vivos estaban allá fuera, en el huerto, en los campos. Bajó a la cocina.

—Me voy a la granja —dijo.

Su mujer le cogió del brazo. Había visto a los pájaros a través de la puerta abierta.

—Llévanos —suplicó—; no podemos quedarnos aquí solos. Prefiero morir antes que quedarme sola.

Nat consideró la cuestión. Movié la cabeza.

—Vamos, pues —dijo—, trae cestas y el cochecito de Johnny. Podemos cargar de cosas el cochecito.

Se vistieron adecuadamente para hacer frente al cortante viento y se pusieron guantes y bufandas. Nat cogió a Jill de la mano, y su mujer puso a Johnny en el

cochecito.

—Los pájaros —gimió Jill— están todos ahí fuera, en los campos.

—No nos harán daño —dijo él—; de día, no.

Echaron a andar hacia el portillo, cruzando el campo, y los pájaros no se movieron. Esperaban, vueltas hacia el viento sus cabezas.

Al llegar al recodo que daba a la granja, Nat se detuvo y dijo a su mujer que le esperara con los niños al abrigo de la cerca.

—Pues yo quiero ver a la señora Trigg —protestó ella—. Hay montones de cosas que le podemos pedir prestadas, si fueron ayer al mercado; además de pan...

—Espera aquí —interrumpió Nat—. Vuelvo en seguida.

Las vacas estaban mugiendo, moviéndose inquietas por el corral, y Nat pudo ver el boquete de la valla por donde habían abierto camino las ovejas que ahora vagaban libres por el huerto, situado delante de la casa. No salía humo de las chimeneas. No sentía ningún deseo de que su mujer, o sus hijos, entraran en la granja.

—No vengas —exclamó ásperamente, Nat—. Haz lo que te digo.

Su mujer retrocedió con el cochecito junto a la cerca, protegiéndose, y protegiendo a los niños del viento.

Nat penetró solo en la granja. Se abrió paso por entre la grey de mugientes vacas, que, molestas por sus repletas ubres, vagaban dando vueltas de un lado a otro. Observó que el coche estaba junto a la puerta, fuera del garaje. Las ventanas de la casa estaban destrozadas. Había muchas gaviotas muertas, tendidas en el patio y esparcidas alrededor de la casa. Los pájaros vivos se hallaban posados sobre los árboles del pequeño bosquecillo que se extendía detrás de la granja y en el tejado de la casa. Permanecían completamente inmóviles. Le vigilaban.

El cuerpo de Jim..., lo que quedaba de él, yacía tendido en el patio. Las vacas le habían pisoteado, después de haber terminado los pájaros. Junto a él se hallaba su escopeta. La puerta de la casa estaba cerrada y atrancada, pero, como las ventanas estaban rotas, era fácil levantarlas y entrar por ellas. El cuerpo de Trigg estaba junto al teléfono. Debía de haber estado intentando comunicar con la central cuando los pájaros se lanzaron contra él. El receptor pendía suelto, y la caja había sido arrancada de la pared. Ni rastro de la señora Trigg. Estaría en el piso de arriba. ¿Para qué subir? Nat sabía lo que iba a encontrar.

«Gracias a Dios, no había niños», se dijo.

Hizo un esfuerzo para subir la escalera, pero, a mitad de camino, dio media vuelta y descendió de nuevo. Podía ver sus piernas, sobresaliendo por la abierta puerta del dormitorio. Detrás de ella, yacían los cadáveres de las gaviotas negras y un paraguas roto.

«Es inútil hacer nada —pensó Nat—. No dispongo más que de cinco horas, incluso menos. Los Trigg comprenderían. Tengo que cargar con todo lo que encuentre.»

Regresó al lado de su mujer y los niños.

—Voy a llenar el coche de cosas —dijo—. Meteré carbón, y parafina para el infiernillo. Lo llevaremos a casa y volveremos para una nueva carga.

—¿Qué hay de los Trigg? —preguntó su mujer.

—Deben de haberse ido a casa de algunos amigos —respondió.

—¿Te ayudo?

—No; hay un barullo enorme ahí dentro. Las vacas y las ovejas andan sueltas por todas partes. Espera, sacaré el coche. Podéis sentaros en él.

Torpemente, hizo dar la vuelta al coche y lo situó en el camino. Su mujer y los niños no podían ver desde allí el cuerpo de Jim.

—Quédate aquí —dijo—, no te preocupes del coche del niño. Luego vendremos a por él. Ahora voy a cargar el auto.

Los ojos de ella no se apartaban de los de Nat. Éste supuso que su mujer comprendía; de otro modo, no se habría ofrecido a ayudarle a encontrar el pan y los demás comestibles.

Hicieron en total tres viajes, entre su casa y la granja, antes de convencerse de que tenían todo lo que necesitaban. Era sorprendente, cuando se empezaba a pensar en ello, cuántas cosas eran necesarias. Casi lo más importante de todo era la tablazón para las ventanas. Nat tuvo que andar de un lado para otro buscando madera. Quería reponer las tablas de todas las ventanas de la casa. Velas, parafina, clavos, hojalata; la lista era interminable. Además, ordeñó a tres de las vacas. Las demás tendrían que seguir mugiendo, las pobres.

En el último viaje, condujo el coche hasta la parada del autobús, salió y se dirigió a la cabina telefónica. Esperó unos minutos haciendo sonar el aparato. Sin resultado. La línea estaba muerta. Se subió a una loma y miró en derredor, pero no se veía signo alguno de vida. A todo lo largo de los campos, nada; nada, salvo los pájaros, expectantes, en acecho. Algunos dormían; podía ver los picos arrojados entre las plumas.

«Lo lógico sería que se estuviesen alimentando —pensó—, no ahí quietos, de esa manera.»

Entonces recordó. Estaban atiborrados de alimento. Habían comido hasta hartarse durante la noche. Por eso no se movían esta mañana...

No salía nada de humo de las chimeneas de las demás casas. Pensó en las niñas que habían corrido por los campos la noche anterior.

«Debí darme cuenta —pensó—. Tenía que haberlas llevado conmigo.»

Levantó la vista hacia el cielo. Estaba descolorido y gris. Los desnudos árboles del paisaje parecían doblarse y ennegrecerse ante el viento del Este. El frío no afectaba a los pájaros, que seguían esperando allá en los campos.

—Ahora es cuando debían ir por ellos —dijo Nat—; su objetivo está claro. Deben de estar haciendo esto por todo el país. ¿Por qué no despega ahora nuestra aviación y los rocía con gases venenosos?

¿Qué hacen nuestros muchachos? Tienen que saber, tienen que verlo por sí mismos.

Volvió al coche y se sentó ante el volante.

—Cruza de prisa la segunda puerta —cuchicheó su mujer—. El cartero está tendido allí. No quiero que Jill le vea.

Aceleró. El pequeño «Morris» saltaba y rechinaba a lo largo del camino. Los niños gritaban contentos.

A la una menos cuarto llegaron a la casa. Faltaba solamente una hora.

—Prefiero hacer una comida fría —dijo Nat—. Calienta algo para ti y para los niños; un poco de sopa, por ejemplo. Yo no tengo tiempo de comer ahora. Tengo que descargar todas estas cosas.

Lo metió todo dentro de la casa. Tiempo habría de ordenarlo. Todos debían tener algo que hacer durante las largas horas que se avecinaban. Ante todo, debía echar un vistazo a las puertas y ventanas.

Dio la vuelta a la casa, comprobando metódicamente cada puerta, cada ventana. Subió también al tejado y cerró con tablas todas las chimeneas, excepto la de la cocina. El frío era tan intenso que apenas podía soportarlo, pero era un trabajo que tenía que hacerse. De vez en cuando levantaba la vista hacia el cielo, esperanzado, en busca de aviones. No venía ninguno. Mientras trabajaba, maldijo la ineficacia de las autoridades.

—Siempre igual —murmuró—, siempre nos abandonan. Estúpido, estúpido desde el principio. Ningún plan, ninguna organización. Y los de aquí no tenemos importancia. Eso es lo que pasa. La gente de tierra adentro tiene prioridad. Seguro que allí ya están empleando gases y han lanzado a toda la aviación. Nosotros tenemos que esperar y aguantar lo que venga.

Hizo una pausa, terminado su trabajo en la chimenea del dormitorio y miró al mar. Algo se estaba moviendo allá lejos. Algo gris y blanco entre las rompientes.

—Es la Armada —dijo—; ellos no nos abandonan. Vienen por el canal y están entrando en la bahía.

Aguardó forzando la vista, llorosos los ojos a causa del viento, mirando en dirección al mar. Se había equivocado. No eran barcos. No estaba allí la Armada. Las gaviotas se estaban levantando del mar. En los campos, las nutridas bandadas de

pájaros ascendían en formación desde el suelo y, ala con ala, se remontaban hacia el cielo.

Había llegado la pleamar.

Nat bajó por la escalera de mano que había utilizado y entró en la cocina. Su familia estaba comiendo. Eran poco más de las dos. Atrancó la puerta, levantando la barricada ante ella y encendió la lámpara.

—Es de noche —dijo el pequeño Johnny. Su mujer había vuelto a conectar la radio, pero ningún sonido salía de ella.

—He dado toda la vuelta al dial —dijo—, emisoras extranjeras y todo. No he podido coger nada.

—Quizá tengan ellos el mismo trastorno —dijo—, quizás esté ocurriendo lo mismo por toda Europa.

Ella sirvió en un plato sopa de los Trigg, cortó una rebanada grande de pan de los Trigg y la untó con mantequilla.

Comieron en silencio. Un poco de mantequilla se deslizó por la mejilla de Johnny y cayó sobre la mesa.

—Modales, Johnny —dijo Jill—, tienes que aprender a secarte los labios.

Comenzó el repiqueteo en las ventanas, en la puerta. Los roces, los crujidos, el forcejeo para tomar posiciones en los alféizares. El primer golpe de un pájaro suicida contra la pared.

—¿No harán algo los americanos? —exclamó su mujer—. Siempre han sido nuestros aliados, ¿no? Seguramente harán algo.

Nat no respondió. Las tablas colocadas en las ventanas eran recias, y también las de las chimeneas. La casa estaba llena de provisiones, de combustible, de todo lo que necesitarían en varios días. Cuando terminara de comer, sacaría las cosas, las ordenaría, las iría colocando en sus sitios. Su mujer y los niños podrían ayudarle. Era necesario tenerlos ocupados en algo. Acabarían rendidos a las nueve menos cuarto, cuando la marea estuviese baja otra vez; entonces, les haría acostarse en sus colchones y procuraría que durmiesen profundamente hasta las tres de la madrugada.

Tenía una nueva idea para las ventanas, que consistía en poner alambre de espinto delante de las tablas. Se había traído un rollo grande de la granja. Lo malo era que tendría que trabajar a oscuras, durante la tregua entre las nueve y las tres. Era una lástima que no se le hubiese ocurrido antes. Lo principal era que hubiese tranquilidad mientras dormían su mujer y los niños.

Los pájaros pequeños estaban ya enzarzados con la ventana.

Reconoció el ligero repiqueteo de sus picos y el suave roce de sus alas. Los halcones no hacían caso de las ventanas. Ellos concentraban su ataque en la puerta.

Nat escuchó el violento chasquido de la madera al astillarse y se preguntó cuántos millones de años de recuerdos estaban almacenados en aquellos pequeños cerebros, tras los hirientes picos y los taladrantes ojos, que ahora hacían nacer en ellos este instinto de destruir a la Humanidad con toda la certera y demoledora precisión de unas máquinas implacables.

—Me fumaré ese último pitillo —dijo a su mujer—. Estúpido de mí, es lo único que he olvidado traer de la granja.

Lo cogió y conectó la radio. Tiró al fuego el paquete vacío y se quedó mirando cómo ardía.

MONTE VERITÁ

Después me dijeron que no habían encontrado nada. Ni el menor rastro de nadie, ni vivo ni muerto. Enloquecidos por la ira, y yo creo que por el miedo, habían conseguido irrumpir por fin entre aquellos muros prohibidos, temidos y evitados durante innumerables años, para encontrarse con el silencio. Defraudadas, desconcertadas, aterrorizadas, furiosas ante la vista de aquellas celdas vacías, de aquel patio desnudo, las gentes del valle recurrieron a los primitivos métodos que tantos aldeanos habían utilizado durante tantos siglos: el fuego y la destrucción.

Era la única respuesta, supongo, a algo que no comprendían. Luego, disipada su ira, debieron de darse cuenta de que nada en absoluto había sido destruido. Los humeantes y ennegrecidos muros que contemplaron sus ojos en el estrellado y frío amanecer les habían burlado a la postre.

Fueron despachadas, naturalmente, expediciones de búsqueda. Los escaladores más expertos, sin arredrarse ante la pelada roca de la cima de la montaña, recorrieron toda la cordillera, de Norte a Sur, de Este a Oeste, sin resultado.

Y ése es el final de la historia. Nada más se sabe.

Dos hombres del pueblo me ayudaron a llevar al valle el cadáver de Víctor, que fue enterrado al pie de Monte Veritá. Creo que le envidié. Él había conservado su sueño.

En cuanto a mí, mi antigua vida me reclamaba de nuevo. La Segunda Guerra Mundial conmovía una vez más al mundo. Hoy, próximo ya a los setenta años, tengo pocas ilusiones; sin embargo, pienso a menudo en Monte Veritá y me pregunto cuál podría haber sido la respuesta final.

Tengo tres teorías, pero ninguna de ellas puede ser cierta.

La primera, y la más fantástica, es que, después de todo, Víctor tenía razón al sostener su creencia de que los habitantes de Monte Veritá habían alcanzado algún extraño estado de inmortalidad que les facultaba, cuando llegaba el momento necesario, para desvanecerse en los cielos, como los profetas de la antigüedad. Los antiguos griegos creían esto de sus dioses, los judíos lo creían de Elías, los cristianos de su Fundador. A todo lo largo de la dilatada historia de la credulidad y de la superstición religiosa, discurre la nunca alterada convicción de que algunas personas alcanzan tal grado de poder y santidad que pueden vencer la muerte. Esta fe es muy profunda en los países orientales y en África; sólo a nuestros sofisticados ojos occidentales parece imposible la desaparición de cosas tangibles, de personas de carne y hueso.

Los maestros religiosos discrepan cuando tratan de explicar la diferencia entre el bien y el mal: lo que para uno es un milagro, es magia negra para otro. Los buenos profetas han sido apedreados, pero también los médicos-brujos. Lo que en una época es blasfemia se convierte en palabra sagrada en la siguiente, y la herejía de hoy es el credo de mañana.

Yo no soy un gran pensador, y nunca lo he sido. Pero, de mis viejos tiempos de escalador, sé con certeza que en las montañas es donde más cerca estamos de quien quiera que sea el Ser. que rige nuestros destinos. Las grandes declaraciones de la antigüedad fueron pronunciadas desde cimas de montañas; los profetas siempre trepaban a ellas. Los santos, los mesías, se reunían con sus padres en las nubes. Para mí, lo declaro solemnemente, es perfectamente verosímil que un poder mágico descendió aquella noche sobre Monte Veritá y llevó a aquellas almas a la salvación.

Recordad, yo mismo vi la luna llena brillando sobre la montaña. Yo también, al mediodía, vi el sol. Lo que vi, oí y sentí no era de este mundo. Pienso en la superficie de la roca, bajo la luna; oigo el cántico de los muros prohibidos; veo la sima, redondeada como un cáliz, entre los dos picos gemelos de la montaña; oigo la risa; veo los desnudos y bronceados brazos alargados hacia el sol.

Cuando recuerdo estas cosas, creo en la inmortalidad.

Luego —y esto quizá sea porque ya han concluido mis días de escalador, y la magia de las montañas pierde su garra sobre los viejos recuerdos, como lo hace sobre las piernas viejas—, recuerdo que los ojos que yo vi aquel último día en Monte Veritá eran los ojos de una persona que vivía y respiraba, y que las manos que yo toqué eran de carne.

Incluso las palabras pronunciadas pertenecían a un ser humano. «No te preocupes por nosotros. Sabemos lo que tenemos que hacer.» Y luego, aquella frase trágica, final: «Deja que Víctor conserve su sueño.»

Y así surge mi segunda teoría, y veo el anochecer, y las estrellas, y el valor de aquella persona que eligió el camino más sabio para sí y para los demás; y, mientras yo regresaba junto a Víctor y las gentes del valle se congregaban para el asalto, el pequeño grupo de creyentes, el último puñado de aquellos buscadores de la Verdad, saltaba a la sima, entre los dos picos, y desaparecían.

Mi tercera teoría me viene a las mientes en momentos en que me siento cínico e inclinado a la soledad, cuando, después de una buena comida en compañía de amigos que no significan nada para mí, me retiro al apartamento que poseo en Nueva York. Contemplando desde la ventana la fantasía de luz y color del resplandeciente mundo en que me desenvuelvo, totalmente desprovisto de ternura y de quietud, siento un repentino anhelo de paz, de comprensión. Entonces, me digo a mí mismo que quizá los habitantes de Monte Veritá habían estado preparándose durante largo tiempo para su marcha y que, cuando el momento llegó, les encontró dispuestos, no ya para la inmortalidad ni para la muerte, sino para la introducción en

el mundo de los hombres y las mujeres. Cautelosamente, en secreto, descendieron, sin ser vistos, al valle y mezclándose con las gentes, siguieron cada uno su camino. Al mirar hacia abajo, desde mi apartamento, y contemplar el bullicio y el febril ajetreo de mi mundo, me pregunto si no estará alguno de ellos deambulando por las abarrotadas calles y los atestados trenes subterráneos y si, en el caso de que me decidiera a salir y fuera escudriñando los rostros de los transeúntes, no descubriría a uno de ellos, obteniendo así la respuesta que buscaba.

A veces, al encontrarme con algún desconocido en alguno de mis numerosos viajes, he imaginado sorprender algo excepcional en la forma de una cabeza, en la expresión de unos ojos, algo atrayente y extraño a la vez. Quiero hablar, entablar en seguida una conversación, pero —imaginaciones mías, posiblemente— es como si algún instinto les avisara. Una pausa momentánea, un instante de vacilación, y ya han desaparecido. Unas veces en un tren, otras en la calle atestada de gente, distingo por un instante a alguien dotado de una belleza y una gracia ultraterrenas, y quiero tenderle la mano y decirle en seguida con dulzura: «¿Estaba usted entre los que yo vi en Monte Veritá?» Pero nunca hay tiempo. Se desvanecen, se van, y quedo nuevamente solo, con mi tercera teoría aún por demostrar.

A medida que envejezco —como ya he dicho, estoy rondando los setenta, y la memoria se debilita con los años—, la historia de Monte Veritá se va volviendo más oscura en mis recuerdos y más improbable. Siento por ello, la necesidad de dejarla escrita, antes de que la memoria me falle por completo. Quizás alguno de los que la lean sienta hacia las montañas el mismo amor que yo sentí en otro tiempo y pueda así aportar al relato su propia interpretación.

Una advertencia. Hay muchos picos montañosos en Europa, y puede que gran número de ellos lleven el nombre de Monte Veritá. Los hay en Suiza, en Francia, en España, en Italia y en el Tirol. Prefiero no dar la situación exacta del mío. En nuestros días, después de dos guerras mundiales, ninguna montaña parece inaccesible. Todas pueden escalarse. Si se toman las debidas precauciones, ninguna tiene por qué ser peligrosa. Mi Monte Veritá nunca estuvo protegido por dificultades de altura, de nieve o de hielo. Cualquier persona que tuviese pie firme y seguro podía recorrer tranquilamente el sendero que conducía a la cima, incluso a finales de otoño. No existía ningún peligro que hiciese desistir al montañero a intentar la escalada. Sólo el miedo y la aprensión.

Estoy seguro de que mi Monte Veritá ha sido llevado ya a todos los mapas. Puede que haya campamentos de descanso cerca de la cumbre, incluso un hotel en el pequeño poblado de la ladera oriental y, probablemente, hasta un transbordador eléctrico para transportar a los turistas hasta los dos picos gemelos. Pero aun cuando así sea, me agrada pensar que puede no haber una definitiva profanación; que, a medianoche, cuando la luna llena asciende en el cielo, la superficie de la montaña permanece todavía virgen, inviolada. Y que en invierno, cuando la nieve y el hielo,

los vendavales y la niebla hagan imposible para el hombre la ascensión, el rostro de roca de Monte Veritá, sus dos picachos rocosos erguidos hacia el sol, miran silenciosa y compasivamente a este ciego mundo.

Víctor y yo nos conocíamos desde niños. Estudiamos juntos en Marlborough e ingresamos en Cambridge el mismo año. Yo era por entonces su mejor amigo y, si bien es cierto que al dejar la Universidad empezamos a vernos con poca frecuencia, ello se debió únicamente a que nos movíamos en mundos distintos. Mi trabajo me llevaba con frecuencia al extranjero, mientras que él se hallaba muy atareado administrando sus fincas de Shropshire. Cuando volvíamos a vernos, reanudábamos nuestra vieja amistad como si nunca nos hubiéramos separado.

Mi trabajo era absorbente y el suyo también; pero disponíamos de tiempo y dinero suficientes para dedicarnos a nuestra pasión favorita, que era la de escalar montañas. El montañero moderno, con su equipo y su entrenamiento científico, consideraría nuestras expediciones como las de unos simples aficionados —estoy hablando de aquellos idílicos días que precedieron a la Primera Guerra Mundial—, y ahora, al recordarlo, supongo que eso es precisamente lo que eran. Ciertamente, nada profesional había en aquellos dos jóvenes que, con manos y pies, se aferraban a las rocas de Cumberland y Gales y que, más tarde, con cierta experiencia ya, intentaban en el sur de Europa otros ascensos más arriesgados.

Con el tiempo, nos fuimos haciendo más expertos y menos temerarios, y aprendimos a tratar con respeto a las montañas, a considerarlas, no como un enemigo a vencer, sino como un aliado que ganar. Víctor y yo no emprendíamos ya las escaladas por el deseo de arrostrar el peligro, ni porque quisiéramos añadir nuevas cumbres a nuestra lista. Escalábamos por placer, porque amábamos al aliado que íbamos a ganar.

Las emociones que suscita una montaña pueden llegar a ser más variadas y mudables que las que inspira una mujer. Proporcionan alegría, temor y, también un gran reposo. Es difícil explicar adecuadamente la necesidad que se siente de escalar. Puede que, antiguamente, fuese un deseo de llegar a las estrellas. Hoy, cualquiera puede comprar un billete de avión y sentirse dueño de los cielos. No obstante, no sentirá la roca bajo sus pies, ni el viento sobre el rostro, ni conocerá tampoco ese augusto silencio que sólo existe en las montañas.

Las mejores horas de mi vida son las que pasé, de joven, en las montañas. A ese impulso de derrochar nuestras energías, de suprimir nuestros pensamientos, de sentirnos anulados bajo la amplia capa de los cielos, Víctor y yo lo denominábamos la fiebre de las montañas. Él solía recobrase antes que yo. Miraba a su alrededor, metódica y cuidadosamente, planeando el descenso, mientras yo permanecía como hechizado, sumido en un sueño que no podía comprender. Había sido puesta a prueba nuestra resistencia, la cumbre era nuestra, pero había algo indefinible que

esperaba aún ser conquistado. Siempre me era negada la experiencia que apetecía, y una voz interior parecía decirme que la culpa era mía. Pero eran buenos tiempos aquellos. Los mejores que he conocido...

Un verano, poco después de haber vuelto a Londres, tras un viaje de negocios al Canadá, recibí una carta de Víctor, escrita con inusitada alegría. Se había prometido en matrimonio. Iba a casarse muy pronto. Ella era la muchacha más encantadora que jamás había visto y me pedía que fuese su padrino de bodas. Le contesté, como suele hacerse en estos casos, expresándole mi satisfacción y deseándole toda la felicidad del mundo. Sin embargo, en mi calidad de solterón empedernido, pensaba que perdía otro buen amigo, el mejor de todos, uno más que quedaba prendido entre las redes de la vida doméstica.

La novia era galesa y vivía justamente al lado de la finca que Víctor poseía en Shropshire.

«¿Y querrás creer —añadía Víctor en una segunda carta— que nunca ha puesto el pie en Snowdon? Tengo que cuidarme de su educación.»

Yo, por mi parte, no podía imaginar nada que más me desagradase que subir a una montaña arrastrando tras de mí a una muchacha inexperta.

Una tercera carta me anunció la llegada de Víctor y su novia a Londres. Se hallaban muy atareados con los preparativos de la boda. Les invité a los dos a comer. No sé lo que esperaba encontrar. Una chica bajita, creo, morena y rechoncha, y de ojos bonitos. Desde luego, no la belleza que vino hacia mí, tendiéndome la mano y diciendo: «Soy Anna.»

En aquellos días, antes de la Primera Guerra Mundial, las jóvenes no solían maquillarse. Anna llevaba los labios sin pintar y sus dorados cabellos se enroscaban en grandes rizos sobre las orejas. Recuerdo que me quedé mirándola, deslumbrado por su increíble belleza, y Víctor rió complacido y exclamó: «¿Qué te decía?» Nos sentamos a comer y pronto estuvimos charlando animadamente. Cierta reserva formaba parte del encanto de Anna, pero noté que me aceptaba, sin duda porque sabía que yo era el mejor amigo de Víctor, e incluso, que le agradaba mi compañía.

Víctor era ciertamente afortunado, me decía a mí mismo, y cualquier duda que hubiese podido abrigar con respecto a aquel matrimonio se disipó al contemplarla a ella. Como era inevitable siempre que Víctor y yo estábamos juntos, la conversación recayó sobre las montañas y las escaladas, antes de que hubiésemos llegado a la mitad de la comida.

—¿De modo que va usted a casarse con un hombre que se desvive por escalar montañas, y ni siquiera ha subido nunca al Snowdon? —le dije.

—No —respondió ella—. Nunca he subido.

Me sorprendió observar cierta vacilación en su voz. Un ligero fruncimiento de cejas había aparecido entre aquellos dos ojos perfectos.

—¿Y cómo así? —exclamé—. Es casi un crimen ser gales y no conocer la montaña más alta del país.

—Anna es miedosa —terció Víctor—. Siempre que le propongo una excursión, me sale con alguna excusa.

Anna se volvió hacia él con un vivo movimiento.

—No, Víctor, no es eso —dijo—. Tú no comprendes. No me da miedo escalar.

—Pues ¿qué es, entonces? —preguntó él.

Alargó la mano sobre la mesa y cogió la de ella. Me daba cuenta de lo mucho que la quería y de cuan felices habrían de ser en el futuro. Ella volvió la vista hacia mí, sondeándome con los ojos, y, de pronto, supe instintivamente lo que iba a decir.

—Las montañas son muy exigentes —dijo—. Tiene uno que darles todo. Para las personas como yo, es más prudente mantenerse alejadas de ellas.

Comprendí lo que quería decir; al menos, así lo creí entonces. Mas dado que Víctor estaba enamorado de ella, y ella de él, me pareció que sería excelente que ambos compartiesen la misma afición, una vez vencido el temor inicial de ella.

—Pero eso es estupendo —dije—; se halla usted en una situación ideal para aficionarse a la escalada. Desde luego, hay que darlo todo, pero, juntos, lo pueden conseguir. Víctor no permitirá que intente nada que esté más allá de sus posibilidades. Es más prudente que yo.

Anna sonrió y retiró su mano de la de Víctor.

—Son ustedes muy obstinados —dijo—, y ninguno de los dos comprende. Yo he nacido en las montañas. Sé lo que quiero decir.

Y entonces se acercó a la mesa un amigo nuestro que deseaba ser presentado a Anna, y ya no se habló más de las montañas.

Se casaron seis semanas después, y nunca he visto una novia más encantadora que Anna. Víctor estaba pálido, nervioso, lo recuerdo muy bien, y fue entonces cuando pensé que pesaba sobre sus hombros la gran responsabilidad de hacer feliz a una muchacha durante toda su vida.

Les vi con frecuencia durante las seis semanas que precedieron a la boda y, aunque Víctor no se dio cuenta de ello ni por un instante, lo cierto es que llegué a enamorarme perdidamente de ella. No era su encanto natural, ni siquiera su belleza, sino una extraña mezcla de ambas cosas, una especie de irradiación interior, lo que me atraía hacia ella. Mi único recelo ante su futuro era que Víctor llegara a mostrarse demasiado turbulento en la intimidad, demasiado alegre y atolondrado —era de carácter expansivo y sencillo—, y que por esta causa ella llegara a encerrarse en sí misma. Ciertamente, hacían una pareja excelente cuando salían del banquete nupcial, ofrecido por una anciana tía de Anna, ya que sus padres habían muerto, y, movido por mi sentimentalismo, accedí a pasar una temporada con ellos en Shropshire y a

ser padrino de su primer hijo.

Mis negocios me obligaron a separarme de ellos poco después de la boda y pasó algún tiempo sin tener noticias de Víctor, hasta que en diciembre recibí una invitación suya proponiéndome que pasara con ellos las Navidades. Acepté encantado.

Hacía ocho meses que se habían casado. Víctor parecía encontrarse muy bien y sentirse muy feliz y Anna se me antojó más hermosa que nunca. Me costaba trabajo apartar la vista de ella. Me hicieron un gran recibimiento y pasé una semana deliciosa en la espléndida casa de Víctor, que ya conocía por visitas anteriores. El matrimonio, tal como yo había previsto desde el principio constituía un éxito completo. Y aunque no parecía que se hallara en camino ningún heredero, había tiempo de sobra para eso.

Paseábamos por la finca, cazábamos de vez en cuando, leíamos durante las veladas y formábamos un trío feliz.

Me di cuenta de que Víctor se había adaptado a la personalidad de Anna, notablemente más reposada que la suya, aunque quizá no sea ésta la palabra más adecuada para definir su sosiego. Este sosiego —no encuentro otro vocablo más apropiado— surgía de lo más íntimo de su ser y proyectaba su influjo sobre toda la casa. Siempre había sido ésta, con sus espaciosas habitaciones y sus amplios ventanales, un lugar agradable de habitar, pero ahora la placidez de su atmósfera se había intensificado y profundizado, y era como si cada una de las habitaciones se hubiera impregnado de un extraño y acariciante silencio, extraordinariamente notable a mi modo de ver, y muy distinto del ambiente de mero reposo que existía antes.

Es curioso, pero al evocar aquellas Navidades no puedo rememorar nada de la festividad propiamente dicha. No recuerdo lo que comimos o bebimos, ni si fuimos a la iglesia, cosa que con toda seguridad, haríamos, ya que Víctor era el hacendado más importante de la localidad. Lo único que puedo recordar es la indescriptible paz de nuestras veladas, cuando cerrados los postigos, nos sentábamos ante el fuego que ardía en el gran salón. Mi viaje de negocios debía de haberme fatigado más de lo que creía, pues, sentado allí, en la casa de Anna y Víctor, no tenía ganas de hacer nada más que descansar y sumergirme en aquel bendito y reparador silencio.

Otro cambio se había producido en la casa, del que yo no me di cuenta hasta pasados unos días. Las habitaciones estaban mucho más desnudas que antes. Las múltiples chucherías y la colección de muebles que Víctor había heredado de sus antepasados parecían haber desaparecido. Las grandes habitaciones estaban ahora desamuebladas, y el salón en que solíamos sentarnos no tenía nada más que una larga mesa de comedor y las sillas junto al fuego. A mí me parecía muy bien que la casa estuviese así, pero, al pensar en ello, se me antojó un tanto extraño que fuese una mujer la autora de esta transformación. Las recién casadas acostumbran a

comprar cortinas y alfombras nuevas para dar un toque femenino a la casa de un soltero. Me aventuré a hacérselo notar a Víctor.

—Ah, sí —respondió, echando una mirada vaga a su alrededor—. Nos hemos desembarazado de un montón de cosas. Ha sido idea de Anna. No le gusta que haya muchas cosas por medio. No es que hayamos hecho almoneda, ni nada de eso. Lo hemos regalado todo.

El cuarto de los huéspedes que me había sido asignado, el mismo que había ocupado en ocasiones anteriores, no había sufrido ningún cambio. Y disfrutaba en él de las mismas comodidades de siempre: vasijas de agua caliente, té por la mañana, galletas sobre la mesita de noche, cigarrera llena, todos los detalles propios de una anfitriona previsora.

Una vez, al pasar por el largo corredor que conducía al rellano de la escalera, me di cuenta de que la puerta del cuarto de Anna, habitualmente cerrada, se hallaba abierta. Sabía que, en otros tiempos, había sido la habitación de la madre de Víctor y que había en ella una hermosa cama de dosel y varios muebles antiguos y señoriales que armonizaban con el estilo de la casa. Movido por la curiosidad, eché un vistazo a su interior. La alcoba estaba desprovista de muebles. No había cortinas en las ventanas, ni alfombra alguna sobre el suelo. Sólo una mesa, una silla y un largo catre de tijera cubierto únicamente por una manta. Las ventanas estaban abiertas de par en par y por ellas penetraba la débil claridad del crepúsculo. Di media vuelta y empecé a bajar la escalera y, al hacerlo, me encontré de manos a boca con Víctor que subía. Debía de haberme visto mirar por la habitación y yo no quería que mi comportamiento le pareciese furtivo.

—Perdona le intromisión —dije—, pero la habitación me ha parecido muy diferente de cuando la ocupaba tu madre.

—Sí —respondió lacónicamente—. Anna aborrece los adornos superfluos. ¿Vienes a comer? Me ha enviado a buscarte.

Y sin hablar más bajamos juntos por la escalera. Yo no podía apartar de mi imaginación la sencillez de aquel dormitorio y, comparándolo con la lujosa molicie del mío, me sentía rebajado al pensar que Anna debía considerarme incapaz de prescindir de comodidades y elegancias a las que ella había renunciado.

Aquella noche, la estuve contemplando mientras nos hallábamos sentados junto al fuego. Víctor había salido del salón para atender algún asunto, y ella y yo quedamos solos durante unos instantes. Como de costumbre, me sentí invadido de la paz sedante y serena que emanaba de ella en medio del silencio; parecía como si me rodease, como si me envolviese, y era distinta a todo cuanto yo conocía en mi rutinaria vida; esa calma, ese sosiego, brotaba de ella y, sin embargo, parecía provenir de otro mundo. Quería hablarle de ello, pero no encontraba palabras. Dije, por fin:

—Ha cambiado usted esta casa. No lo comprendo.

—¿No? —replicó ella—. Me parece que sí. Después de todo, los dos estamos buscando lo mismo.

Por alguna razón desconocida, sentí miedo. Persistía la quietud, pero intensificada, casi irresistible.

—Ignoraba que yo estuviese buscando algo —dije.

Mis palabras flotaron en el aire y se desvanecieron. Como atraídos por un imán, mis ojos, que estaban posados en el fuego, se volvieron lentamente hacia los de ella.

—¿De verdad? —preguntó.

Recuerdo que me invadió una sensación de profundo malestar. Por primera vez en mi vida, me vi a mí mismo como un ser frívolo e inútil que vagaba de un lado para otro por el mundo, concluyendo superfluos negocios con otros seres humanos inútiles como yo, sin otra finalidad que la de comer, vestir y dormir satisfactoriamente hasta que llegase la hora de la muerte.

Pensé en mi casita de Westminster, elegida después de larga deliberación y amueblada con mucho cuidado. Recordé mis libros, mis cuadros, mi colección de porcelanas y los dos buenos sirvientes que mantenían la casa inmaculadamente limpia en espera de mi regreso. Hasta ese momento, mi casa y todo lo que contenía me habían producido un gran placer. Ahora ya no estaba tan seguro de que tuviesen algún valor.

—¿Qué es lo que quiere insinuar? —me oí a mí mismo decir a Anna—. ¿Debo vender todo lo que poseo y renunciar a mi trabajo? Y luego, ¿qué?

Pensando después en la breve conversación que sostuvimos, me di cuenta de que nada de lo que ella había dicho justificaba esta inesperada pregunta mía. Ella sugería que yo me hallaba buscando algo, y, en vez de contestarle claramente, sí o no, le preguntaba si debía renunciar a todo lo que poseía. No comprendí entonces lo que esto significaba. Lo único que sabía es que me sentía profundamente conmovido y que a la paz que momentos antes experimentara había sucedido una intensa turbación:

—Puede que usted y yo contestáramos a eso de forma diferente —dijo—; de todos modos, aún no estoy segura de cuál sería mi respuesta. Algún día lo sabré.

Al mirarla, pensaba para mis adentros que, con su belleza, su serenidad, su comprensión, ella tenía ya su respuesta. ¿Qué más podía desear, a menos que el hecho de no tener hijos la hiciera sentirse irrealizada?

Regresó Víctor al salón, y me pareció que su presencia modificaba el ambiente, tornándolo más cálido, más real; algo familiar y confortable había en el viejo smoking que llevaba con los pantalones de tarde.

—Está helando —dijo—. He salido a comprobarlo. El termómetro marca por

debajo de cero grados. Una noche silenciosa, sin embargo. Hay luna llena.

Acercó su silla al fuego y sonrió afectuosamente a Anna.

—Casi tanto frío como la noche que pasamos en el Snowdon —añadió—. No la olvidaré fácilmente —y, volviéndose hacia mí, prosiguió, sonriente—: No te he dicho que, por fin, accedió Anna a venirse conmigo al monte, ¿verdad?

—No —respondí, atónito—. Creía que ella se oponía resueltamente a hacerlo.

Miré a Anna y noté que sus ojos se habían vuelto extrañamente inexpresivos. Intuí que no le agradaba el tema suscitado por Víctor. Éste siguió hablando, sin advertirlo.

—Pues no hay tal —dijo—. Sabe escalar montañas tan bien como tú o como yo. La verdad es que fue por delante de mí todo el tiempo, hasta que acabé perdiéndola de vista.

Al parecer, el tiempo, que había amanecido bueno, cambió a media tarde. Sobrevino una tremenda granizada, acompañada de truenos y relámpagos; la oscuridad les sorprendió mientras bajaban y se vieron obligados a pasar la noche al aire libre.

—Lo que nunca entenderé —dijo Víctor— es cómo llegamos a separarnos. Fue visto y no visto. Estaba junto a mí y, al momento, ya había desaparecido. Te aseguro que pasé tres horas terribles en medio de las tinieblas y azotado por el vendaval.

Durante todo el relato Anna no pronunció una palabra. Era como si se encerrase por entero dentro de sí misma. Permanecía inmóvil, sentada en su silla. Me sentí inquieto y desasosegado, y deseé que Víctor dejara de hablar.

—El caso es —dije, para terminar con el asunto— que todo acabó bien y llegaste abajo sano y salvo.

—Sí —se lamentó—, a eso de las cinco de la mañana y calado hasta los huesos y lleno de temor. Anna salió de entre la niebla y se me acercó, muy sorprendida de que yo estuviese inquieto. No se había mojado lo más mínimo. Dijo que se había refugiado bajo el saliente de una roca. Fue un milagro que no se rompiera la cabeza. Ya le he dicho que, la próxima vez que vayamos al monte, ella puede muy bien ser el guía.

—Quizá no haya lugar a ello —repuse, dirigiendo a Anna una rápida mirada—. Puede que con una vez haya habido suficiente.

—Ni hablar de eso —replicó animadamente Víctor—. Estamos dispuestos a irnos por ahí el verano que viene. Los Alpes, los Dolomitas o los Pirineos, aún no lo hemos decidido. Lo mejor sería que vinieses tú con nosotros y así tendríamos una expedición en toda regla.

Sacudí pesaroso la cabeza.

—Me gustaría —dije—, pero es imposible. Tengo que estar en mayo en Nueva

York, y no regresaré hasta setiembre.

—Bueno, hay mucho tiempo por delante —repuso Víctor—. De aquí a mayo pueden ocurrir muchas cosas. Volveremos a hablar de ello cuando llegue el momento.

Anna continuaba silenciosa y me sorprendió que Víctor no se extrañara de su reserva. De pronto, nos dio las buenas noches y subió la escalera. Me pareció evidente que toda aquella charla sobre montañas le había desagradado. Me sentí impedido a hablar de ello a Víctor.

—Escucha —dije—, creo que deberías pensarlo bien, antes de emprender esa excursión a las montañas. Me da la impresión de que a Anna no le seduce mucho.

—¿Que no? —exclamó Víctor, sorprendido—. ¡Pero si fue idea suya!

Me quedé mirándole fijamente.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Claro que lo estoy. Te aseguro, amigo mío, que siente verdadera chifladura por las montañas. Las adora. Es su sangre galesa, supongo. Hasta ahora he estado hablando de ello como si lo tomara a broma, pero, aquí entre nosotros, te diré que me quedé asombrado de su valor y de su resistencia. No me importa reconocer que, entre la granizada y la preocupación tan terrible que sentía por ella, estaba totalmente agotado cuando llegó la mañana; ella, en cambio, surgió de entre la niebla como un espíritu que llegara de otro mundo. Nunca la había visto así. Bajó de aquella condenada montaña como si hubiera pasado la noche en el Olimpo, mientras yo renqueaba penosamente tras ella como si fuera un niño. Es una persona muy notable, ¿no te parece?

—Sí —dije lentamente—. Estoy de acuerdo en eso. Anna es muy notable.

Poco después subimos a acostarnos, y mientras me desnudaba y me ponía el pijama, que había sido puesto a calentar junto al fuego, y percibía la presencia del termo de leche caliente sobre la mesilla para el, caso de que me despertara durante la noche, y andaba de un lado a otro pisando con mis suaves zapatillas en la gruesa alfombra de la habitación, pensé de nuevo en aquella extraña alcoba, totalmente desprovista de comodidades, en que dormía Anna y en su estrecho catre de tijera. Con fútil e innecesario gesto, retiré el pesado edredón que cubría las mantas de mi cama y, antes de acostarme, abrí de par en par las ventanas.

Sin embargo, me sentía desasosegado y no podía dormir. Poco a poco fue extinguiéndose el fuego y empezó a entrar aire frío en la habitación. Hora tras hora, durante la noche, estuve oyendo el tictac de mi viejo reloj. A las cuatro de la mañana ya no podía más y recordé con gratitud el termo de leche. Antes de bebería, decidí mimarme más aún y cerrar la ventana.

Salté de la cama y, tiritando, crucé la habitación. Víctor tenía razón. Una blanca placa de escarcha cubría los campos iluminados por la luna llena. Me quedé un

momento junto a la abierta ventana y, entonces, divisé una figura que salía de entre la sombra de los árboles y se acercaba hasta detenerse sobre el césped, precisamente por debajo de mí. No se movía furtivamente, como un intruso o un ladrón. Quienquiera que fuese, permanecía inmóvil, como sumido en la meditación y con el rostro alzado hacia la luna.

Entonces me di cuenta de que se trataba de Anna. Vestía una bata ceñida por una cuerda y el cabello le caía suelto sobre los hombros. Permanecía quieta y silenciosa sobre el escarchado césped, y observé con horror que estaba descalza. Seguí mirándola, sujetando con la mano la cortina y de pronto, tuve la impresión de que estaba espiando algo íntimo y secreto que no me concernía. Cerré, pues, la ventana y volví a la cama. El instinto me decía que no debía contar a Víctor nada de lo que había visto, ni tampoco a la propia Anna; y eso me llenaba de inquietud y casi de temor.

A la mañana siguiente brillaba un sol espléndido. Salimos con los perros a recorrer la finca. Anna y Víctor presentaban un aspecto tan normal y animado, que pensé que me había excitado en exceso con el incidente de la noche anterior. Si a Anna le agradaba pasearse descalza durante la madrugada, era cosa suya y yo había hecho mal en espiarla.

El resto de mi visita transcurrió sin incidentes; los tres nos sentíamos muy felices y contentos, y me dio mucha pena dejarles.

Meses después, volví a verles unos instantes, poco antes de emprender viaje a América. Había entrado en Map House, en St. James, para comprar unos cuantos libros que leer durante la larga travesía del Atlántico —viaje al que se decidía uno no sin ciertos escrúpulos, en aquellos días en que la tragedia del Titanic se hallaba aún fresca en la memoria—, y allí estaban Víctor y Anna, consultando numerosos mapas que tenían desplegados ante sí.

No había posibilidad de que pasáramos el día juntos. Yo tenía varios compromisos, y ellos también de modo que todo se redujo a saludarnos y despedirnos.

—Estamos esperando las vacaciones de este verano —dijo Víctor—. Ya está decidido el itinerario. Cambia tus planes y ven con nosotros.

—Imposible —respondí—. Aun en el caso de que todo marche bien, no estaré de regreso hasta setiembre. Me pondré en contacto con vosotros en cuanto vuelva. ¿Adonde vais a ir?

—Anna lo ha elegido —dijo Víctor—. Se ha pasado semanas enteras pensando en ello y ha encontrado un lugar que parece completamente inaccesible. Desde luego, ni tú ni yo lo hemos escalado nunca.

Señaló un mapa a gran escala que tenía delante. Seguí la dirección de su dedo, hasta llegar a un punto que Anna había marcado ya con una pequeña cruz.

—Monte Veritá —leí.

Levanté la vista y vi los ojos de Anna fijos en mí.

—Una región completamente desconocida, al menos para mí —dije—. Asesoraos bien, antes de emprender la marcha. Contratad guías locales y no descuidéis ningún detalle. ¿Qué le ha inducido a elegir precisamente esa montaña?

Anna sonrió y yo me sentí avergonzado, inferior a ella.

—Es la montaña de la verdad —respondió—. Venga con nosotros.

Sacudí negativamente la cabeza y emprendí muy pronto mi viaje.

Durante los meses siguientes, pensaba en ellos con frecuencia y les envidiaba. Ellos estaban escalando, y yo, mientras tanto, envuelto en mis arduos negocios, en vez de hallarme entre las montañas que tanto amaba. Deseaba a menudo tener el valor suficiente para abandonar mi trabajo, volver la espalda al mundo civilizado y a sus dudosos placeres y marchar con mis dos amigos, en busca de la verdad. Sólo me contenían los convencionalismos establecidos, la idea de que estaba desarrollando una brillante carrera que sería necio interrumpir. La pauta de mi vida estaba trazada. Era demasiado tarde para cambiar.

Volví a Inglaterra en setiembre y al examinar el enorme montón de cartas que me esperaba, me sorprendió no encontrar ninguna de Víctor. Había prometido escribirme y darme noticias de todo cuanto hubiesen visto y hecho él y su mujer. Su teléfono no contestaba, de modo que no pude ponerme en contacto inmediato con él, pero hice una anotación para acordarme de que tenía que escribirle tan pronto como hubiese despachado mi correspondencia comercial.

Un par de días después, al salir de mi club, me encontré a un amigo común de ambos que me detuvo para preguntarme algo relacionado con mi viaje y luego, mientras yo bajaba los escalones, se volvió y me dijo:

—Oye, qué tragedia la del pobre Víctor, ¿eh? ¿Vas a ir a verle?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tragedia? —pregunté—. ¿Ha habido algún accidente?

—Está terriblemente enfermo en un sanatorio, aquí en Londres —fue la contestación—. Derrumbamiento nervioso. ¿No sabes que su mujer le ha abandonado?

—¡Santo Dios! ¡No! —exclamé.

—Sí. Ésa es la causa de su trastorno. Es un hombre derrotado. Ya sabes cuánto la quería.

Yo estaba aturdido. Palidecí y me quedé mirando fijamente a mi amigo.

—¿Quieres decir —exclamé— que se ha marchado con otro?

—No sé. Supongo que sí. Nadie puede sacarle nada a Víctor. El caso es que ya lleva así varias semanas.

Le pedí la dirección de la clínica y, sin más dilación, salté a un coche y me hice conducir allí.

Al preguntar por Víctor me dijeron que no quería ver a nadie, pero saqué una tarjeta y garabateé unas palabras en el dorso. Seguramente no se negaría a recibirme. Vino una enfermera y me condujo a una habitación del primer piso.

Abrí la puerta y me quedé horrorizado al ver el demacrado rostro que me miraba desde la silla que había junto al fuego, tan flaco y cambiado estaba.

—Mi querido amigo —dije, yendo hacia él—, hace sólo cinco minutos que he sabido que te encontrabas aquí.

La enfermera cerró la puerta y nos dejó solos.

Me sentí violento al ver que los ojos de Víctor se llenaban de lágrimas.

—No te contengas por mí —dije—. Me hago cargo.

Parecía incapaz de hablar. Se limitaba a permanecer sentado, encorvado bajo su bata, corriéndole las lágrimas por las mejillas. Nunca me había sentido yo tan impotente. Me señaló una silla, y la acerqué a su lado. Esperé. Si él no quería contarme lo que había ocurrido, yo no le apremiaría a que lo hiciera. Lo único que deseaba era consolarle, serle de alguna ayuda. Habló al fin, y apenas reconocí su voz.

—Anna se ha ido —dijo—. ¿Lo sabías? Se ha ido. Asentí en silencio. Le puse la mano sobre la rodilla, como si fuera un niño y no un hombre de treinta y tantos años, como yo.

—Lo sé —dije, con dulzura—, pero todo se arreglará. Volverá. Tú mismo estás seguro de recuperarla.

Movió la cabeza. Nunca había visto yo tal desesperanza, tal absoluta convicción.

—No —replicó—, no volverá jamás. La conozco muy bien. Ha encontrado lo que deseaba.

Era lastimoso ver cuan por completo se había resignado a lo sucedido. Víctor, que habitualmente se mostraba tan fuerte, tan equilibrado...

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Dónde conoció Anna a ese otro individuo? Víctor me miró, desconcertado.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. Anna no ha conocido a nadie. No se trata de eso. En tal caso, todo sería mucho más fácil.

Vaciló y separó las manos en un gesto de desesperación. Y, de pronto, rompió a hablar de nuevo, pero esta vez no con abatimiento, sino con la impotente y estéril rabia del hombre que lucha contra algo más fuerte que él.

—La montaña se la ha llevado —exclamó—. Esa condenada montaña, Monte Veritá. Hay allí una secta, una orden secreta, cuyos miembros se encierran para siempre en vida..., allí en esa montaña. Nunca imaginé que pudiera existir semejante

cosa. Y ella está allí. En esa maldita montaña. En Monte Veritá...

Pasé toda la tarde con él, en la clínica, y poco a poco fue contándome toda la historia.

El viaje, según me dijo Víctor, había transcurrido agradablemente y sin incidentes. Llegaron al poblado desde el que se proponían explorar el terreno situado al pie de Monte Veritá, y aquí empezaron las dificultades. La región era desconocida para Víctor, y los habitantes parecían taciturnos y huraños, muy distintos, me explicó, de la clase de gente con la que él y yo nos habíamos encontrado en nuestras anteriores excursiones. Hablaban en una jerga difícil de entender y carecían de inteligencia.

—Al menos, ésa fue la impresión que me causaron —prosiguió Víctor—. Eran muy toscos, y su grado de desarrollo bastante bajo; gentes que parecían haberse detenido en otro siglo. Tú sabes, cuando íbamos juntos de escalada, cómo se desvivía la gente por ayudarnos y que siempre nos las arreglábamos para encontrar guías. Bueno, pues allí era completamente distinto. Cuando Anna y yo tratamos de averiguar cuál era el mejor camino de acceso a Monte Veritá, no nos lo quisieron decir. Se limitaban a mirarnos estúpidamente, encogiéndose de hombros. No había guías allí, nos dijo un individuo; la montaña no había sido explorada.

Víctor hizo una pausa y me miró con la misma expresión desesperada de antes.

—Fue entonces cuando cometí mi gran error —prosiguió—. Debí haberme dado cuenta de que la expedición era un fracaso completo y haber sugerido a Anna que diésemos media vuelta y nos dirigiéramos a algún otro lugar más próximo a la civilización donde la gente fuese más amable y la región nos resultara más familiar. Pero ya sabes lo que pasa. En esto de las montañas se vuelve uno obstinado, y cualquier obstáculo viene a ser como un aliciente más. Y, sobre todo, que Monte Veritá...

Se interrumpió y clavó su mirada en un punto lejano. Era como si lo estuviera contemplando de nuevo en su mente.

—Ya sabes que nunca he servido para las descripciones líricas —continuó—. En nuestras mejores escaladas, yo era siempre el práctico y tú el poeta. Pero la verdad es que nunca he visto nada de una belleza tan perfecta como la de Monte Veritá. Tú y yo hemos escalado infinidad de picos mucho más altos y peligrosos, pero éste era en cierto modo... sublime.

Tras unos instantes de silencio, prosiguió:

—«¿Qué hacemos?», le pregunté a Anna, y ella, sin la menor vacilación, me respondió: «Seguir adelante.» No discutí. Sabía perfectamente que se haría lo que ella deseara. Aquel monte nos había hechizado a los dos.

Abandonaron el valle y comenzaron la ascensión.

—Era un día maravilloso —dijo Víctor—, apenas si soplaba una ligera brisa y no se veía una sola nube en el cielo. El sol abrasaba, y tú sabes muy bien lo que es eso, pero el aire era límpido y fresco.

Bromeé con Anna acerca de nuestra otra escalada al Snowdon y obtuve su promesa de que esta vez no me dejaría atrás. Llevaba una blusa abierta y una faldita a cuadros. Se había dejado suelto el cabello. Estaba... bellísima.

A medida que él hablaba, lenta y reposadamente, fue naciendo en mí la idea de que era un accidente lo que había ocurrido, pero su mente, desquiciada por la tragedia, se negaba a admitir la muerte de Anna. Eso debía ser. Anna se había despeñado. Él la había visto caer y no había podido ayudarla. Y, con el espíritu destrozado, había regresado diciéndose a sí mismo que ella seguía viviendo en Monte Veritá.

—Una hora antes de ponerse el sol llegamos a un poblado —continuó Víctor—. La ascensión nos había llevado todo el día. Calculé que tardaríamos todavía unas tres horas en llegar a la cumbre. El poblado se reducía a algo así como una docena de casas, muy juntas unas de otras. Y, al acercarnos a la primera de ellas, sucedió una cosa muy curiosa.

Hizo una pausa y se quedó unos instantes con la mirada perdida a lo lejos.

—Anna marchaba un poco adelantada —dijo—, caminando rápidamente con esas grandes zancadas tuyas, tú ya sabes... Vi a dos o tres hombres, unos niños y varias cabras que se dirigían al sendero, procedentes de unos pastizales que se extendían a nuestra derecha. Anna levantó la mano en señal de saludo y, al divisarla, los hombres dieron un respingo, como aterrorizados y, cogiendo a los niños, echaron a correr hacia las chozas más próximas, como si les persiguieran todos los diablos del infierno. Les oí atrancar las puertas y cerrar las ventanas. Era algo sorprendente en extremo. Y las cabras, igualmente asustadas, se fueron diseminando por el sendero.

Víctor dijo que había bromeado con Anna acerca de la encantadora bienvenida. Pero ella parecía trastornada, no sabía qué era lo que había hecho para asustarles de aquella manera. Víctor se acercó a la primera choza y llamó a la puerta.

No hubo respuesta, pero oyó dentro unos cuchicheos y el llanto de un niño. Entonces perdió la paciencia y empezó a dar voces. Esto dio resultado, y al cabo de un rato, se entreabrió una de las ventanas y apareció en la rendija el rostro de un hombre que se le quedó mirando fijamente. Víctor, para tranquilizarle, movió la cabeza y sonrió. Lentamente, el hombre abrió del todo la ventana y Víctor habló. Al principio el hombre negó con la cabeza, luego pareció cambiar de opinión y desatrancó la puerta. Se quedó de pie en el umbral, mirando nerviosamente a su alrededor y sin hacer caso de Víctor, dirigió la vista hacia Anna. Sacudió violentamente la cabeza y, hablando rápida e ininteligiblemente, señaló con el dedo la cumbre de Monte Veritá. Entonces, de entre las sombras del pequeño recinto, surgió un anciano apoyado en dos bastones, que apartó a los aterrorizados niños y se

acercó a la puerta. Él, por lo menos hablaba un idioma más comprensible.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó—. ¿Qué quiere de nosotros?

Víctor explicó que Anna era su esposa, que habían llegado del valle para escalar la montaña, que eran turistas en vacaciones y que se sentirían muy contentos si les proporcionaban albergue para pasar la noche. El anciano no apartó la vista de Anna.

—¿Es su esposa? —preguntó—. ¿No viene de Monte Verità?

—Es mi esposa —repitió Víctor—. Venimos de Inglaterra. Estamos pasando las vacaciones en este país. Nunca habíamos estado aquí hasta ahora.

El anciano se volvió hacia el otro hombre, y los dos hablaron en voz baja unos instantes. Luego, el más joven volvió al interior de la casa. Se oyeron nuevos murmullos. Apareció una mujer, aún más asustada que el hombre joven. Estaba literalmente temblando, me dijo Víctor, mientras miraba a través de la puerta en dirección a Anna. Era Anna quien les turbaba.

—Es mi esposa —volvió a decir Víctor—; venimos del valle. Finalmente, el anciano hizo un gesto de asentimiento, de comprensión.

—Le creo —dijo—. Sean bienvenidos a nuestra casa. Si vienen ustedes del valle, no hay nada que oponer. Tenemos que portarnos con mucho cuidado.

Víctor hizo una seña a Anna, y ésta se acercó lentamente a lo largo del sendero y se detuvo junto a Víctor a la entrada de la casa. La mujer, que seguía mirándola con recelo, retrocedió con los niños.

El anciano hizo pasar a sus visitantes. La habitación a que les condujo estaba desprovista de muebles, pero estaba limpia y en ella ardía un buen fuego.

—Tenemos provisiones —dijo Víctor, quitándose la mochila—, y colchonetas. No queremos ser ningún estorbo. Pero nos vendría muy bien que nos permitiesen comer aquí y dormir en el suelo.

El anciano asintió con un movimiento de cabeza.

—No hay inconveniente —dijo—. Le creo.

Y se retiró con su familia.

Víctor me dijo que él y Anna se quedaron sorprendidos de este recibimiento y que no podían comprender por qué, después de aquel primer movimiento de terror, el hecho de estar casados y venir del valle les había granjeado la entrada. Desenvolvieron sus paquetes y comieron; luego, apareció el anciano trayéndoles leche y un poco de queso. La mujer no se presentó, pero el hombre más joven, movido por la curiosidad, acompañaba al viejo.

Víctor le dio las gracias por su hospitalidad y dijo que iban a echarse a dormir y que, por la mañana, en cuanto saliera el sol, subirían a la cumbre del monte.

—¿Es fácil el camino? —preguntó.

—No es difícil —fue la respuesta—. Me gustaría ofrecerle alguien que le

acompañara, pero nadie quiere ir.

Hablaba de una manera extraña y, según me dijo Víctor, no dejaba de mirar a Anna.

—Su esposa se encontrará perfectamente en nuestra casa —dijo—. La atenderemos hasta que usted regrese.

—Mi esposa subirá conmigo —replicó Víctor—. Ella no quiere quedarse atrás.

Una expresión de ansiedad se pintó en el rostro del anciano.

—Es mejor que su esposa no suba a Monte Veritá —dijo—. Sería peligroso.

—¿Por qué es peligroso que yo suba a Monte Veritá? —preguntó Anna.

El anciano la miró con creciente inquietud.

—Para las muchachas, para las mujeres, es peligroso —dijo.

—Pero ¿por qué? —exclamó Anna—. Acaba usted de decir a mi marido que el camino es fácil.

—No es el camino lo peligroso —replicó—; mi hijo puede guiarle por él. El riesgo está en las... —y Víctor me dijo que utilizó una palabra que ni él ni Anna entendieron, pero sonaba algo así como sacerdotisa.

—Es decir, sacerdotisa —aclaró Víctor—. Pero ¿qué diablos quiere decir con eso?

El anciano, inquieto y desasosegado, pasaba la vista de uno a otro.

—Usted puede subir tranquilamente a Monte Veritá y descender sano y salvo —replicó, dirigiéndose a Víctor—, pero su esposa no. Las sacerdotisas tienen un gran poder. Aquí, en el pueblo, vivimos en un perpetuo temor por nuestras hijas y nuestras mujeres.

A Víctor todo aquello le sonaba a uno de esos relatos de viajes por África, en los que se habla de salvajes que salen de la jungla para llevarse cautivas a las mujeres que encuentran a su paso.

—No sé de qué está hablando —dijo Anna—, pero supongo que se trata de alguna superstición que a ti, con tu sangre galesa, te resultará la mar de atractiva.

Se echó a reír, tomándolo a broma y, como estaba que se caía de sueño, colocó las colchonetas junto al fuego. Dieron las buenas noches al hombre y se dispusieron a pasar la noche.

Durmió pesadamente, con ese profundo sueño que producen las escaladas. Al despuntar el día, el cacareo de un gallo le despertó súbitamente.

Se volvió para ver si Anna estaba despierta.

La colchoneta se hallaba vacía. Anna se había ido. No se percibía ningún movimiento en la casa, ni otro sonido que el canto del gallo. Víctor se levantó, se puso los zapatos y la chaqueta, se dirigió a la puerta y salió.

Hacía frío y reinaba esa plácida quietud que precede inmediatamente al amanecer. Palidecían en el cielo las últimas estrellas. Abajo, a varios centenares de metros de distancia, el valle yacía oculto por espesas nubes. Sólo allí, cerca de la cumbre de la montaña, estaba; despejado el cielo.

Al principio, Víctor no sintió ningún temor. Sabía muy bien que Anna era perfectamente capaz de cuidar de sí misma y que su pie eran tan firme como el de él, o quizá más. Ella no correría riesgos innecesarios, y además, el viejo les había dicho que la subida no era peligrosa. Le dolía, sin embargo, que no le hubiese esperado. Eso equivalía a romper la promesa que hicieron de marchar siempre juntos en todas las escaladas que emprendiesen. Y no tenía idea de la ventaja que le llevaba. Lo único que podía hacer era seguirla tan rápidamente como le fuera posible.

Regresó a la habitación con el fin de coger algunos víveres para el resto del día; a ella no se le había ocurrido. Las mochilas podían recogerlas más tarde, cuando emprendieran el descenso. Probablemente, tendrían que solicitar hospitalidad una noche más.

Sus movimientos debían de haber despertado a su huésped, pues, de pronto, salió de la habitación interior y se detuvo a su lado. Sus ojos se posaron sobre la vacía colchoneta de Anna y, luego, buscaron los de Víctor con expresión casi acusadora.

—Mi mujer ha ido por delante —dijo Víctor—. Voy a seguirla. El anciano se había puesto extremadamente serio. Fue hacia la puerta y se quedó allí, mirando a la montaña.

—Ha hecho usted mal en dejarla salir —dijo—; no debía habérselo permitido.

Parecía muy contrariado, me dijo Víctor, y movía sin cesar la cabeza de un lado a otro, murmurando algo para sus adentros.

—No tiene importancia —replicó Víctor—. La alcanzaré en seguida y probablemente, a primera hora de la tarde estaremos ya de regreso.

Y le puso la mano sobre el brazo para tranquilizarle.

—Mucho me temo que sea demasiado tarde —respondió el anciano—. Se irá con ellas y ya no volverá jamás.

Y de nuevo utilizó la palabra sacerdotisa, el poder de la sacerdotisa. Su actitud y su aprensión influyeron de tal modo sobre Víctor, que él también experimentó una sensación de urgencia, de temor.

—¿Quiere usted decir que hay habitantes en la cima de Monte Veritá? —exclamó—. ¿Gentes que pueden atacarla y causarle algún daño?

El anciano empezó a hablar tan rápidamente, que se hacía difícil extraer algún sentido a aquel torrente de palabras. No, las sacerdotisas no le harían daño, no hacían daño a nadie; lo que ocurría era que la obligarían a convertirse en una de ellas. Anna iría hacia ellas sin poder evitarlo, tan fuerte era su poder. Veinte o treinta años atrás, dijo el anciano, su hija se había ido con ellas, y nunca la había vuelto a ver. Otras

jóvenes del poblado, e incluso del valle, habían sido llamadas también por las sacerdotisas. Y, una vez llamadas, tenían que ir, nadie podía detenerlas. Nadie volvía jamás a verlas. Jamás. Jamás. Así había sido durante muchos años, en tiempos de su padre, en tiempos del padre de su padre, antes, incluso.

No se sabía cuándo llegaron las sacerdotisas a Monte Veritá. Ningún hombre vivo había puesto sus ojos sobre ellas. Vivían encerradas detrás de sus muros, pero dotadas —insistió— de un poder mágico.

—Unos dicen que este poder les viene de Dios, otros que del diablo —continuó—, pero no lo sabemos con certeza, no lo podemos asegurar. Se rumorea que las sacerdotisas de Monte Veritá no envejecen nunca y que se mantienen eternamente jóvenes y hermosas, y que es de la luna de donde obtienen su poder. Adoran al sol y a la luna.

Víctor no sacó nada en limpio de esta conversación. Todo debía de ser leyenda, superstición.

El anciano movió la cabeza y miró hacia el sendero que conducía a la montaña.

—Lo vi anoche en sus ojos —dijo—, y me asusté. Tenía los ojos que tienen siempre las que son llamadas. Los he visto antes de ahora. En mi propia hija y en otras.

Para entonces, los restantes miembros de la familia se habían despertado y estaban entrando en la habitación. Parecía como si se diesen cuenta de lo que había sucedido. El hombre joven, la mujer, e incluso los niños, miraban apenados a Víctor, con una especie de extraña compasión. Me dijo que el ambiente que se había formado le llenaba, no ya de alarma, sino de ira e irritación. Le hacía pensar en gatos negros, escobas voladoras y demás brujerías del siglo XVI.

Abajo, en el valle, la niebla se estaba disipando lentamente. El suave resplandor que iluminaba el cielo, por detrás de las montañas del Este, anunciaba la inminente salida del sol.

El anciano dijo algo al otro hombre y señaló hacia el monte con su bastón.

—Mi hijo le enseñará el camino —dijo—, pero sólo le acompañará durante un trecho. No quiere ir más lejos.

Contó Víctor que, cuando emprendió la marcha, todos los ojos estaban fijos en él; se dio cuenta de que no sólo en la primera casa, sino en todas las demás del pueblo, rostros curiosos le atisbaban desde detrás de las ventanas y por las entornadas puertas. El pueblo entero estaba en pie y le contemplaba con una especie de medrosa fascinación.

Su guía no trató de entablar conversación. Caminaba un poco adelantado, encorvados los hombros y fijos los ojos en el suelo. A Víctor le dio la impresión de que si le acompañaba era sólo por cumplir las órdenes de su padre.

El sendero era áspero y pedregoso. Se interrumpía en muchos puntos y Víctor

pensó que se trataba del cauce de un curso de agua que se haría intransitable cuando llegaran las lluvias. Pero entonces, en pleno verano, era bastante fácil trepar por él. Caminaron sin descanso durante una hora y fueron dejando atrás matojos, espinosos y otras muestras de vegetación, hasta que tuvieron ante sí, directamente por encima de sus cabezas, la cumbre de la montaña, erguida hacia el cielo y partida en dos, como una mano hendida. Desde el fondo del valle, e incluso desde el poblado, no podía verse esta hendidura; las dos cumbres parecían una sola.

El sol se había remontado mientras subían y daba ahora de lleno sobre la ladera sudoeste, cubriéndola de una totalidad coralina. A sus pies, grandes masas de nubes, blandas y algodonosas, ocultaban las regiones inferiores. El guía de Víctor se detuvo de pronto y señaló un saliente rocoso, delgado como el filo de una navaja, que daba la vuelta en dirección Sur y se perdía de vista.

—Monte Veritá —dijo—, Monte Veritá.

Y, volviéndose, empezó a descender a lo largo del camino por el que habían marchado.

Víctor le llamó, pero el hombre no contestó; ni siquiera se molestó en volver la cabeza. Un momento después, había desaparecido. La única solución, me dijo Víctor, era proseguir solo, bordeando la escarpadura, y confiar en que Anna estaría esperándole al otro lado.

Media hora le costó circundar el saliente de la montaña y a cada paso que daba aumentaba su inquietud al ver que en la ladera meridional no existía declive alguno que hiciera accesible la cumbre. La roca aparecía cortada a pico. Un poco más adelante, se haría imposible todo avance.

—Entonces —dijo Víctor— crucé por una hondonada y fui a dar a un espolón situado a unos trescientos pies de la cima. Desde allí vi el monasterio. Se alzaba entre los dos picachos; enteramente construido de piedra, carecía de todo adorno arquitectónico; un escarpado muro de roca lo rodeaba, junto a él se abría un abismo de más de trescientos metros de profundidad y nada había por encima, sólo el cielo y los dos picos gemelos de Monte Veritá.

Así que era cierto. Víctor no había perdido la razón. Existía el lugar. No había ocurrido ningún accidente. El estaba allí, sentado junto al fuego, en la habitación de la clínica y todo aquello había ocurrido en realidad, no era una fantasía nacida de una tragedia.

Ahora que había hablado tanto, parecía más calmado. Gran parte de su tensión había desaparecido, sus manos ya no temblaron. Volvía a ser el Víctor de antes, y su voz era firme.

—Debía de tener una antigüedad de siglos —dijo, después de una pausa—. Dios sabe cuánto tiempo tardaría en ser construido, con semejante ladera de roca. Nunca he visto nada más agreste, ni, en su extraño estilo, más hermoso. Parecía

pendier suspendido entre la tierra y el cielo. Tenía muchas y estrechas aberturas, aunque hablando con propiedad no podría llamárseles ventanas, que servían para que entrara la luz y el aire. Había una torre orientada hacia el Oeste y bajo ella, una escarpada pendiente. El gran muro que circundaba el recinto hacia a éste tan inexpugnable como una fortaleza. No pude ver camino alguno de acceso. No percibí ningún signo de vida. Ni rastro de nadie. Me quedé allí contemplando el edificio, y los rasgados ventanales me devolvieron la mirada. No podía hacer nada, sino esperar a que Anna apareciese. Porque, para entonces, ya me había convencido de que tenía razón el anciano y sabía lo que, sin duda, había ocurrido. Las personas que habitaban el monasterio habían visto a Anna desde detrás de aquellas hendidas ventanas y la habían llamado. Y estaba dentro, con ellas. No podría por menos de verme allí fuera, al otro lado del muro, y saldría en seguida a mi encuentro. Esperé todo el día...

Hablaba con sencillez. Se limitaba a exponer los hechos. Cualquier marido podría haber esperado así a su mujer, a la que, durante unas vacaciones, se le hubiese ocurrido ir a visitar a unos amigos. Se sentó, tomó su almuerzo y estuvo contemplando las masas de nubes que ocultaban el valle, viéndolas moverse lentamente, dispersarse y volverse a concentrar. El ardoroso sol del verano abrasaba las desnudas rocas de Monte Veritá, y la torre, las estrechas hendiduras de las ventanas y el gran muro circundante, de cuyo interior no surgía el menor ruido, ni delataba ningún movimiento.

—Estuve allí sentado todo el día —dijo Víctor—, pero ella no vino. El sol brillaba cegadoramente y el calor me abrasaba; tuve que retroceder hasta la hondonada para resguardarme. Desde allí, tendido a la sombra de una roca saliente, seguí mirando la torre y las hendidas ventanas. Tú y yo sabemos lo que es el silencio en las montañas, pero ninguno podría compararse al silencio que reinaba bajo aquellos dos picos gemelos de Monte Veritá.

«Transcurrieron las horas, y yo seguía esperando. Empezó a refrescar, y mi ansiedad fue aumentando a medida que pasaba el tiempo. El sol caminaba rápidamente a su ocaso. El color de las rocas fue cambiando y, pronto, se extinguió todo resplandor. Empezó a invadirme el pánico. Me acerqué al muro y grité. Tanteé la roca, pero no había ninguna puerta, no había nada. A mi espalda, retumbaban y se multiplicaban los ecos de mi voz. Levanté la vista y no vi más que las ciegas hendiduras de las ventanas. Comencé a dudar de toda la historia que me había contado el anciano. El edificio estaba deshabitado, me dije; hacía siglos que nadie vivía en él. Construido en épocas remotas, se hallaba ahora abandonado. Y Anna no había llegado hasta él. Se había caído de aquella estrecha cornisa en que terminaba el sendero, donde me había abandonado mi guía. Sí, se habría desplomando por los abruptos precipicios que flanqueaban el reborde meridional de la montaña. Y eso era lo que les había sucedido a las demás mujeres, a la hija del anciano y a las muchachas del valle; todas se habían despeñado antes de alcanzarla última arista rocosa en que

yo me encontraba, situada entre los dos picos.

Hubiera podido soportar más fácilmente mi congoja si en la voz de Víctor hubiese vibrado el mismo tono abatido que yo había notado al principio. Pero, en cambio, mientras nos hallábamos sentados en la fría en impersonal habitación de aquella clínica de Londres, junto a la mesita repleta de frascos de medicinas y tubos de píldoras, y escuchando el apagado rumor de tráfico de Wigmore Street, su voz había adquirido un timbre monótono y uniforme, que recordaba el persistente tictac de un reloj; habría sido más natural que se volviera súbitamente y estallara en gritos.

—Sin embargo —continuó—, no me atrevía a volverme atrás, no fuera que ella viniese. No tenía más remedio que seguir esperando allí, junto al muro. Fueron subiendo hacia mí las agolpadas nubes, que habían adquirido una grisácea tonalidad. Las sombras precursoras de la noche, que tan bien conocía yo, cruzaban el cielo. Por un instante, las rocas, el muro y las rasgadas ventanas cobraron matices dorados; luego, de repente, desapareció el sol. No hubo crepúsculo. El aire se enfrió y llegó la noche.

Víctor me contó que había permanecido junto al muro hasta el amanecer. No durmió. Estuvo paseando de un lado a otro para conservar el calor. Cuando llegó el alba, estaba helado de frío y débil por la falta de aliento. Solamente había llevado provisiones para la comida del mediodía.

La razón le dijo que sería una locura seguir esperando otro día más. Debía regresar al pueblo en busca de alimentos y, a ser posible, para reclutar una partida de hombres que le ayudaran a encontrar a Anna. Cuando el sol se alzó sobre las cumbres, emprendió el regreso. El lugar seguía envuelto en un profundo silencio. Víctor estaba convencido de que detrás de aquellos muros no existía ningún ser viviente.

Rodeó el saliente de la montaña y volvió al camino; emprendió el descenso en medio de la niebla matinal y llegó al pueblo.

Víctor me dijo que le estaban esperando. Como si le aguardasen con interés. El anciano se hallaba en pie a la puerta de su casa, y a su alrededor, en su mayoría hombres y niños.

—¿Ha vuelto mi mujer? —preguntó Víctor.

Mientras descendía de la cima, había nacido en él la esperanza de que ella hubiera subido por un camino distinto y estuviera ya de regreso en el poblado. Pero al ver los rostros de aquellos hombres, su esperanza se desvaneció.

—No volverá —respondió el anciano—; ya le dijimos que no volvería. Ha ido a unirse a las que viven en Monte Venta.

Víctor tuvo el buen sentido suficiente para pedir comida antes de entrar a discutir la cuestión. Se la dieron y permanecieron junto a él, mirándole compasivos. Víctor me dijo que lo que más le turbaba era ver la mochila de Anna, su colchoneta,

su cantimplora, su cuchillo de monte; todos los efectos personales que no se había llevado consigo.

Cuando hubo terminado de comer, los hombres siguieron sin moverse, esperando que hablara. Se lo contó todo al anciano. Cómo había estado esperando todo el día y toda la noche, y cómo, desde aquellas rasgadas ventanas de la rocosa faz del Monte Veritá, no había surgido en todo el tiempo ni un solo sonido, ni el menor rastro de vida. De vez en cuando, el anciano traducía a los demás lo que decía Víctor.

Cuando éste hubo terminado, el viejo habló.

—Ya se lo dije. Su mujer está allí. Está con ellas. Víctor, con los nervios destrozados, exclamó a gritos:

—¿Cómo puede estar allí? No existe ningún ser humano en aquel lugar. Está desierto, deshabitado. Hace siglos que está desierto.

El anciano se inclinó hacia delante y apoyó la mano sobre el hombro de Víctor.

—No está desierto. Eso es lo que han dicho muchos antes de ahora. Fueron y esperaron como ha esperado usted. Hace veinticinco años yo hice lo mismo. Este hombre que está aquí esperó durante tres meses, día tras día, noche tras noche, cuando hace muchos años, fue llamada su mujer. Pero nunca volvió. Nadie vuelve, una vez que ha sido llamada a Monte Veritá.

Así, pues, Anna había caído y se había matado. No cabía duda. Víctor insistió en que eso era lo que había ocurrido y les rogó que le acompañaran a explorar la montaña en busca de su cadáver. El anciano movió la cabeza compasivamente.

—Eso hemos hecho otras veces —dijo—. Hay entre nosotros algunos que tienen una gran destreza para la escalada, que conocen perfectamente cada palmo de la montaña y que, incluso, han descendido por la ladera meridional hasta el borde del gran glaciar, más allá del cual no puede existir vida humana. No han encontrado cadáveres. Nuestras mujeres no cayeron allí. Están en Monte Veritá con las sacerdotisas.

Era inútil, me dijo Víctor. Los razonamientos no servían de nada. Comprendió que debía bajar al valle y, si no podía encontrar allí quien le ayudara, marchar más lejos a algún otro punto donde hubiera guías que quisieran volver con él.

—El cadáver de mi mujer está en algún lugar de esta montaña —dijo—. Tengo que encontrarlo. Si su gente no quiere ayudarme, buscaré otras personas.

El anciano volvió la cabeza y pronunció un nombre. De entre el grupo de silenciosos espectadores salió una niña de unos nueve años.

—Esta niña —dijo a Víctor— ha visto a las sacerdotisas y ha hablado con ellas. En tiempos pasados, otras niñas las han visto también. Sólo se muestran a las niñas y, eso, raras veces. Ella le dirá lo que vio.

La niña, con los ojos fijos en Víctor, comenzó su relato con un acusado canturreo; al instante, él se dio cuenta de que había repetido tantas veces la historia que la decía como una salmodia, como una lección aprendida de memoria. Y la contaba en su dialecto. Víctor no entendió ni una palabra.

Cuando hubo terminado, el anciano actuó de intérprete; y, por la fuerza de la costumbre, también él recitaba como la niña, dando a su voz el mismo canturreo.

—La niña dice esto: «Yo estaba jugando con mi compañeras junto a Monte Venta. Sobrevino una tormenta y mis compañeras huyeron. Yo empecé a andar; me perdí y llegué al lugar donde está el muro y las ventanas. Me asusté y lloré. Del muro salió una mujer muy alta y muy bella, acompañada por otra, también joven y hermosa. Me consolaron y, al oír los cantos que sonaban en la torre, quise pasar con ellas al otro lado de los muros, pero me dijeron que estaba prohibido. Cuando tuviese trece años, podría volver y quedarme a vivir con ellas. Vestían unas túnicas blancas que les llegaban hasta las rodillas, llevaban al aire las piernas y los brazos y tenían el cabello pegado a la cabeza. Eran más hermosas que ninguna persona de este mundo. Me acompañaron desde Monte Veritá hasta el sendero que yo conocía. Luego, se alejaron de mí. He dicho todo lo que sé.»

Al terminar su versión, el anciano se quedó mirando fijamente a Víctor. Éste me dijo que le dejó estupefacto la fe que, al parecer, ponía aquella gente en el relato de la niña. Era evidente, pensó él, que la niña se había dormido, había soñado y, luego, había tomado su sueño por realidad.

—Lo siento —dijo a su intérprete—, pero no puedo creer lo que ha contado la niña. Es pura imaginación.

Llamaron de nuevo a la niña y le dijeron algunas palabras. Ella echó a correr y salió de la casa.

—Aquellas mujeres le dieron un cinturón de piedras de Monte Veritá —dijo el anciano—. Sus padres lo conservan bien guardado para evitar maleficios. Ha ido ahora a buscarlo, para enseñárselo a usted.

Al poco rato, volvió la niña y entregó a Víctor un ceñidor lo bastante pequeño para rodear una cintura estrecha, o si no, para colgar del cuello. Las piedras, semejantes al cuarzo, estaban talladas a mano y encajaban unas en otras gracias a unas muescas hábilmente perfiladas. Era una exquisita muestra de artesanía, muy distinta de los toscos trabajos que suelen hacer los campesinos para matar el tiempo en las largas noches invernales. Víctor, en silencio devolvió el cinturón a la niña.

—Puede haberlo encontrado en la ladera de la montaña —dijo.

—Nosotros no trabajamos así —replicó el anciano; y tampoco las gentes del valle, ni las de las ciudades de este país en que yo he estado. La niña no miente al decir que ese cinturón se lo dieron las habitantes de Monte Veritá.

Víctor se dio cuenta de que era inútil seguir discutiendo. Su obstinación era

demasiado fuerte y su superstición estaba hecha a prueba del más elemental sentido común. De modo que se limitó a preguntar si podría quedarse en su casa otro día y otra noche.

—Mi casa está a su disposición —respondió el anciano—. Puede quedarse en ella hasta que sepa la verdad.

Poco a poco fue dispersándose el grupo y comenzó la apacible rutina de todos los días. Parecía como si no hubiera sucedido nada.

Víctor se puso de nuevo en marcha dirigiéndose esta vez hacia el borde septentrional de la montaña. Pronto se dio cuenta de que era totalmente imposible escalar aquella zona, a menos de que contase con la ayuda de guías experimentados y con un equipo adecuado. Si Anna había seguido aquel camino, era seguro que había encontrado la muerte.

Regresó al pueblo, que, situado como estaba en la ladera oriental de la montaña, no recibía ya la luz del sol. Entró en la casa y vio que le habían preparado la cena y que su colchoneta se hallaba tendida en el suelo, junto al hogar de la chimenea.

Estaba demasiado fatigado para comer. Se dejó caer sobre la colchoneta y se durmió. A la mañana siguiente se levantó temprano, volvió a subir a Monte Veritá y pasó allí todo el día. Esperó, contemplando las alargadas ventanas, mientras el tórrido sol abrasaba hora tras hora las rocosas paredes y se hundía, finalmente, en el horizonte; y, durante todo el tiempo, nada se movió y nadie llegó.

Pensó en aquel hombre del pueblo que, años atrás, pasó allí mismo tres meses esperando, día tras día, noche tras noche; se preguntó cuál sería el límite de su resistencia y si podría igualar la fortaleza del otro.

Al tercer día, cuando mayor era la fuerza del sol, no pudo soportar por mas tiempo el calor y fue a tenderse a la sombra de la roca saliente que existía en la hondonada próxima. Agotado por la tensión de la espera y por la desesperación que llenaba todo su ser, Víctor se durmió.

Despertó sobresaltado. Las manecillas de su reloj señalaban las cinco y empezaba ya a sentirse frío en la hondonada. Salió de ella y miró hacia el muro dorado ahora a la luz del sol poniente.

Y entonces la vio. Anna estaba de pie junto al muro, sobre un saliente de apenas unos pocos pies de circunferencia, y bajo ella, la lisa superficie de roca caía cortada a pico a más de trescientos metros de profundidad.

Miraba en dirección a él y se hallaba en actitud de estar esperando. Víctor corrió hacia ella, gritando:

—¡Anna! ¡Anna!

Y, según me dijo, se oían sus propios sollozos y pensó que le iba a estallar el corazón.

Cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de que no podía alcanzarla. Una sima profunda les separaba. Estaba a tres metros escasos de él, y no podía tocarla.

—Me quedé donde estaba, mirándola fijamente —dijo Víctor—. No podía hablar. Se me estrangulaba la voz. Sentí correr las lágrimas por mi rostro. Estaba llorando. Me había hecho a la idea de que había muerto, de que se había despeñado... Y estaba allí, estaba viva. No encontraba palabras. Intenté decir: «¿Qué ha sucedido? ¿Dónde has estado?» Pero de nada servía. Porque mientras la miraba supe en un momento, con terrible y deslumbradora certeza, que era cierto lo que había dicho el anciano y la niña; no era imaginación; no era superstición. Aunque no veía a nadie más que Anna, todo el lugar cobró vida súbitamente. Tras aquellas alargadas ventanas que se alzaban sobre mí, había Dios sabe cuántos ojos espiándome, mirando hacia mí. Sentía su proximidad al otro lado de aquellos muros. Y era pavoroso, horrible y real.

La voz de Víctor volvía a sonar tensa, sus manos temblaban de nuevo. Tomó un vaso de agua y bebió ávidamente.

—No llevaba puesto su vestido —dijo—. Tenía una especie de blusa larga, como una túnica, que le llegaba a las rodillas, y ceñía su cintura con un cinturón de piedras idénticas al que me había enseñado la niña. Iba descalza y tenía desnudos los brazos. Lo que más me horrorizó fue ver que le habían cortado el pelo. Lo tenía tan corto como el tuyo o el mío. Eso la cambiaba de un modo sorprendente, la hacía parecer más joven, pero le daba también un aspecto terriblemente austero. Y entonces me habló. «Quiero que vuelvas a Inglaterra, querido Víctor. No debes preocuparte por mí», dijo, con toda naturalidad y como si nada hubiera ocurrido.

Víctor me dijo que apenas podía creer, al principio, que ella pudiese estar allí y decirle semejante cosa. Le recordaba los llamados mensajes psíquicos que los médiums revelan a los parientes en el curso de una sesión de espiritismo. Pensó que quizás Anna había sido hipnotizada y estaba hablando bajo los efectos de una sugestión.

—¿Por qué quieres que vaya a Inglaterra? —preguntó, con mucha dulzura para no dañar su mente, que aquellas gentes podían haber destruido.

—Es lo más conveniente —respondió.

Y, según me dijo Víctor, sonrió con aire tranquilo y normal, como si estuviesen en su casa discutiendo algún asunto doméstico.

—Estoy perfectamente, querido —continuó ella—. Esto no es un caso de locura, ni de hipnotismo, ni nada de lo que imaginas. Te han asustado en el pueblo, y es comprensible. Se trata de algo que escapa a los alcances de la mayoría de la gente. Pero yo sabía que tenía que existir en alguna parte; y todos estos años he estado esperando encontrarlo. Sé que cuando un hombre entra en un monasterio, o una mujer se encierra en un convento, sus parientes sufren muchísimo, más también es

cierto que, con el tiempo, llegan a soportarlo. Eso es lo que yo te deseo, Víctor. Quiero que hagas todo lo posible por comprenderme.

Anna permanecía completamente quieta y tranquila, sonriéndole apaciblemente.

—¿Quieres decir —preguntó él— que deseas quedarte aquí para siempre?

—Sí —respondió—, ya no puede haber para mí otra clase de vida. Debes creerlo. Quiero que vuelvas a Inglaterra y vivas como siempre lo has hecho, que atiendas a la administración de tus fincas y que, si llegas a enamorarte de alguna mujer, te cases y seas feliz. Dios te bendiga por tu amor y tu entrega a mí, querido. Nunca lo olvidaré. Si yo hubiese muerto, gustarías de imaginar que descansaba en paz, que me hallaba en el Paraíso. Pues bien, este lugar es, para mí, el Paraíso. Y preferiría arrojarme ahora mismo desde lo alto de estas rocas, antes de abandonar Monte Veritá y regresar al mundo.

Víctor no apartó la vista de ella mientras hablaba, y me dijo que había a su alrededor como una especie de halo, como una intensa irradiación interior que nunca, ni siquiera en sus días más felices, se había hecho de tal manera perceptible.

—Tú y yo —me dijo Víctor— hemos leído en la Biblia casos de transfiguración. Esa es la única palabra que puedo emplear para describir su rostro. No era histeria, no era emoción; era, simplemente, transfiguración. Había sido tocada por algo que no pertenecía a este mundo. Era inútil suplicarle; tratar de obligarla, imposible. Anna preferiría arrojar al abismo antes de volver al mundo. No conseguiría nada.

Y siguió contándome que le invadió una sensación de abrumadora y total impotencia, la absoluta certeza de que nada podía hacer él. Era como si se hallara en un puerto, y ella estuviese a punto de embarcar y fuesen transcurriendo los últimos minutos antes de que la sirena del buque anunciara que iban a ser retiradas las pasarelas y que ella debía partir.

Le preguntó si tenía todo lo que necesitaba, si le darían suficiente comida, ropa de abrigo adecuada y si existía la posibilidad de que cayese enferma. Quería saber si podía enviarle cualquier cosa que ella necesitara. Y ella le dijo, sonriente, que dentro de aquellos muros tenía a su disposición todo lo que pudiese necesitar jamás.

—Todos los años, por esta época, volveré a pedirte que vuelvas conmigo. Nunca te olvidaré —dijo Víctor.

—Sufrirás más si lo haces —respondió ella—. Será como poner flores sobre una tumba. Preferiría que no vinieses.

—No podré evitarlo —replicó él— sabiendo que estás aquí, detrás de esos muros.

—Ésta es la última vez que me ves —dijo ella—; ya no podré salir más a tu encuentro. Recuerda, no obstante, que siempre seguiré teniendo este mismo aspecto. Forma parte de nuestra fe. Conserva siempre esta imagen mía.

Luego, me dijo Víctor, ella le rogó que se marchara. No podía regresar al interior de los muros hasta que él se hubiese ido. El sol se hallaba próximo al horizonte, y las sombras del crepúsculo se alargaban ya sobre las rocas.

Víctor contempló a Anna durante largo tiempo; luego, dio media vuelta y, sin volver la cabeza, se alejó del muro en dirección a la hondonada. Una vez en ella aguardó unos minutos y miró hacia atrás. Anna no estaba ya en el saliente de la roca. No había nada allí. Nada más que el muro y las estrechas ventanas y, por encima, iluminados aún por el sol, los dos picos de Monte Veritá.

Logré arreglármelas para dedicar media hora diaria a visitar a Víctor en la clínica. Día por día, iba recobrando sus fuerzas y volvía a ser el mismo de antes. Hablé con el médico que le atendía, con las enfermeras y con la encargada. Me dijeron que no se trataba de un trastorno mental; cuando ingresó sufría una grave depresión nerviosa. Le había hecho mucho bien verme y hablar conmigo. Al cabo de quince días, se encontraba lo suficientemente restablecido como para abandonar la clínica, y se vino conmigo a Westminster.

Durante las veladas de aquel otoño, volvimos una y otra vez sobre lo sucedido. Le sometí a un interrogatorio mucho más estrecho que antes. Negó que hubiese habido nada anormal en Anna. El suyo había sido un matrimonio normal, completamente feliz. Admitía que su aversión a las riquezas y su espartano modo de vivir eran un tanto insólitos; pero no le habían parecido tan extraños; eran...

cosas de Anna, sencillamente. Le hablé de la noche en que la vi pasear descalza por el jardín, sobre el césped cubierto de escarcha. Reconoció que solía hacer cosas de esas. Pero él respetó siempre la reserva de su mujer al respecto. No le gustaba hablar de ello, y él nunca se inmiscuyó.

Le pregunté qué sabía de su vida anterior. Me dijo que había muy poco que saber. Sus padres habían muerto siendo ella niña, y se había criado con una tía suya en Gales. No había habido nada extraño ni misterioso. Su educación había sido completamente normal en todos los sentidos.

—Es inútil tratar de explicar a Anna —dijo Víctor—. Es única, sencillamente. Tan inexplicable como el fenómeno de un músico, un poeta o un santo nacidos de padres vulgares. No cabe explicación para ellos. Aparecen, y nada más. Mi gran suerte fue, gracias a Dios, encontrar a Anna, así como mi infierno personal es haberla perdido ahora. De todos modos, continuaré viviendo, ya que ella así lo esperaba. Y, una vez al año, volveré a Monte Veritá.

Su conformidad con aquella total destrucción de su vida me dejó estupefacto. Sentía que, si aquella tragedia me hubiese ocurrido a mí, habría sido incapaz de sobreponerme a la desesperación. Me parecía monstruoso que una secta desconocida, perdida en las escarpaduras de una remota montaña, pudiese, en el corto espacio de

unos días, adquirir tal poder sobre una mujer que, además, poseía una inteligencia y una personalidad nada comunes. Era comprensible que semejante cosa ocurriese solamente a ignorantes muchachas aldeanas, que se dejasen extraviar guiadas por sus impulsos emotivos y que sus familiares, cegados por la superstición, no hiciesen nada por evitarlo. Se lo dije a Víctor. Le dije que, a través de nuestra Embajada, sería posible entrar en contacto con el Gobierno de aquel país, suscitar una encuesta a escala nacional, lanzar a la Prensa sobre ello, obtener el apoyo de nuestro propio Gobierno. Le dije que estaba dispuesto a poner en movimiento todo este mecanismo. Estábamos viviendo en pleno siglo XX, no en la Edad Media. No debía permitirse que existiera un lugar como Monte Veritá. Yo pondría en pie al país entero y crearía un incidente internacional.

—Pero ¿con qué fin? —preguntó sosegadamente Víctor—. ¿Para qué?

—Para recuperar a Anna —respondí—, y para liberar a las demás. Para impedir que se destrocen las vidas de otras personas.

—No podemos ir por ahí destruyendo conventos y monasterios —replicó Víctor—. Hay centenares de ellos por todo el mundo.

—Eso es distinto —alegué—. Son corporaciones religiosas debidamente organizadas y hace siglos que existen.

—Igual que Monte Veritá, probablemente.

—Pero ¿cómo viven, qué comen, qué ocurre cuando caen enfermas, cuando mueren?

—No lo sé. Trato de no pensar en ello. La cuestión es que Anna me dijo que había encontrado lo que buscaba y que era feliz. No quiero destruir esa felicidad.

Fijó en mí una mirada entre aturdida y penetrante y dijo:

—Es curiosos que hables así. Lo lógico sería que comprendieses mejor que yo los sentimientos de Anna. En nuestras escaladas, sentías con mucha mayor intensidad la fiebre de las montañas. Solías tener la cabeza en las nubes y recitabas:

El mundo es excesivo con nosotros; rezagados y prestos, adquiriendo y derrochando, destruimos nuestro vigor.

Recuerdo que me levanté, me asomé a la ventana y contemplé la calle envuelta en la espesa niebla que subía del río. Sus palabras me habían trastornado profundamente. Me sentía incapaz de responder. Y, en lo íntimo de mi corazón, comprendía por qué odiaba todo lo relacionado con Monte Veritá y por qué deseaba que fuese destruido aquel lugar. Era porque Anna había encontrado su Verdad, y yo no...

Aquella conversación entre Víctor y yo marcó, si no una ruptura en nuestra

amistad, sí por lo menos, un punto de inflexión. Habíamos llegado a un momento crucial de nuestras vidas. Él volvió a su casa de Shropshire y, más adelante, me escribió diciendo que se proponía ceder su propiedad a un sobrino suyo, todavía en edad escolar, al que, en los años siguientes, iría invitando a pasar con él las vacaciones para que fuese familiarizándose con la finca. Después, no sabía lo que haría. No quería comprometerse a formular planes. Por aquel tiempo, mi propio porvenir estaba en juego. Mi trabajo me impuso la necesidad de vivir en América durante un par de años.

Y entonces toda la organización del mundo saltó hecha pedazos. Era el año 1914.

Víctor fue uno de los primeros en enrolarse. Quizá pensó que ésta debía ser su respuesta. Quizá pensara que podrían matarle. Yo no seguí su ejemplo sino hasta después de haber ultimado los asuntos que me retenían en América. Ésa no era, desde luego, mi respuesta, y llegué a aborrecer profundamente todo el tiempo que pasé en el Ejército. En toda la guerra no vi nunca a Víctor; luchábamos en distintos frentes y ni siquiera nos encontrábamos mientras estábamos de permiso. Una vez tuve carta de él. Y esto es lo que me decía:

A pesar de todo, me las he arreglado para ir a Monte Veritá todos los años, tal como prometí. Pasé una noche en el pueblo con el anciano de que te hablé, y al día siguiente subí a la cima de la montaña. Todo parecía exactamente igual. Completamente desierto y silencioso. Dejé junto al muro una carta para Anna y pasé allí sentado todo el día, contemplando el pétreo edificio y sintiendo la proximidad de mi mujer. Sabía que no saldría. Volví al día siguiente, y me invadió el júbilo al encontrar una carta suya. Si es que aquello se podía llamar carta. No eran más que unas cuantas palabras grabadas en una piedra lisa. Supongo que es el único medio de comunicación que tienen. Decía que se encontraba perfectamente y que era feliz. Me daba su bendición, y a ti también. Me rogaba que no me inquietara por ella. Eso era todo. Como ya te dije en la clínica, parecía como si fuese un mensaje venido de otro mundo. No tengo más remedio que conformarme con eso. Si sobrevivo a esta guerra, probablemente iré a vivir a algún lugar de aquel país para así, estar más cerca de ella, aunque nunca vuelva a verla, ni tenga de ella más noticias que unas pocas palabras garabateadas en una piedra una vez al año.

Te deseo suerte, muchacho. No tengo ni idea de dónde estás.

VÍCTOR

Cuando se firmó el armisticio y, tras ser desmovilizado, empecé a reanudar mi vida normal, una de las primeras cosas que hice fue buscar a Víctor. Le escribí a Shropshire. Recibí una cortés contestación de su sobrino. Se había hecho cargo de la casa y de la administración de las fincas. Víctor había sido herido, pero no de

gravedad. Había salido de Inglaterra y se hallaba ahora en algún lugar del extranjero, en Italia o en España, su sobrino no estaba muy seguro. Pero creía que su tío había decidido no volver más a Inglaterra. Si recibía alguna noticia de él, me lo comunicaría.

No supe más. Por mi parte, encontré muy desagradable el Londres de la posguerra y la gente que vivía en él. De modo que, rompiendo yo también los vínculos que me unían a mi país, me trasladé a América.

Pasé cerca de veinte años sin que volviera a ver a Víctor.

Estoy seguro de que no fue sólo la casualidad lo que nos reunió de nuevo. Estas cosas están predestinadas. Tengo la teoría de que la vida de cada hombre es como un mazo de cartas y que aquellos con los que nos encontramos y a los que, a veces, amamos, están barajados con nosotros. Guiados por el destino, coincidimos en la misma mano. Termina la partida, se efectúa el descarte y somos barajados de nuevo.

No hace al caso relatar ahora la combinación de acontecimientos que, dos o tres años antes de la Segunda Guerra Mundial, me hicieron volver a Europa cuando contaba ya cincuenta y cinco años. El caso es que volví.

Me hallaba a bordo de un avión, volando de una ciudad a otra —los nombres de éstas no hacen al caso—, cuando el aparato en que viajaba tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en una región desolada y montañosa, sin que, afortunadamente, ocurrieran desgracias personales. Tripulación y pasajeros pasamos dos días sin contacto alguno con el mundo civilizado. Nos instalamos en el semidestruido aparato y esperamos que llegase alguna expedición de rescate. La Prensa de todo el mundo dedicó grandes titulares a este episodio, al que, por unos días, se concedió más atención incluso que a la tensa situación europea del momento.

Nuestras penalidades no fueron muy grandes durante aquellas cuarenta y ocho horas. Afortunadamente, no había mujeres ni niños, de modo que nos lo tomamos con calma y esperamos que acudieran en nuestro socorro. Confiábamos en que no tardaría en llegar una expedición en nuestra ayuda. El aparato de radio había funcionado hasta el instante mismo del aterrizaje y el radiotelegrafista había comunicado nuestra posición. Todo era cuestión de paciencia.

Para mí, cumplida mi misión en Europa y sin haber dejado en los Estados Unidos ningún vínculo que me indujese a volver, esta súbita caída en la clase de región que, años atrás, amara apasionadamente, constituía una experiencia extraordinaria. Me había convertido en un hombre excesivamente ciudadano, amante de las comodidades. El pulso intenso de la vida americana, la prisa, la vitalidad y la incansable energía del Nuevo Mundo se habían combinado para hacerme olvidar los vínculos que aún me ligaban al Viejo.

Entonces, contemplando la espléndida desolación que me rodeaba, comprendí

lo que me había faltado durante todos aquellos años. Me olvidé de mis compañeros de viaje, me olvidé del gris fuselaje del maltrecho aeroplano —un anacronismo en aquel desierto milenario— y olvidé también mi cabello canoso, mi gruesa figura y la pesada carga de mis cincuenta y cinco años. Volvía a ser un muchacho ansioso, esperanzado, deseoso de encontrar una respuesta al problema de la eternidad. Esa respuesta estaba seguramente allí, esperándome al otro lado de las lejanas cumbres. Me quedé en pie, inmóvil, incongruente dentro de mi ropa de ciudad, y sentí que la fiebre de las montañas volvía a enardecerme la sangre.

Quería alejarme del destrozado aeroplano y de los preocupados semblantes de mis compañeros; deseaba olvidar los años perdidos. Habría dado cualquier cosa por volver a ser joven y, sin preocuparme por las consecuencias, avanzar hacia aquellas cumbres y escalar la gloria. Conocía muy bien lo que se experimentaba en lo alto de las montañas. El aire mucho más sutil y más frío, el silencio más profundo. La extraña quemadura del hielo, la penetrante fuerza del sol, y ese momento en que el corazón deja un instante de latir cuando el pie, resbalando súbitamente en el angosto reborde, busca dónde apoyarse y las manos se aferran desesperadamente a la cuerda.

Miré las montañas que tanto amaba y me sentí traidor. Las había traicionado para obtener a cambio cosas harto despreciables: lujo, comodidad, seguridad. Me propuse aplicarme a recuperar el tiempo perdido una vez que llegara la expedición de socorro. No tenía ninguna prisa por regresar a los Estados Unidos. Me tomaría unas vacaciones en Europa y volvería a emprender nuevas escaladas. Compraría ropa adecuada y el material necesario y acometería la realización de mi propósito. Una vez tomada esta decisión, me sentí alegre, irresponsable. Nada parecía importar ya. Regresé al lado de mis compañeros y pasé riendo y bromeando el resto del tiempo.

Al segundo día, recibimos socorro. Lo habíamos previsto cuando, al amanecer, divisamos un avión que planeaba por encima de nosotros a una altura de pocos centenares de metros. Componían la expedición de salvamento varios guías y montañeses, gente ruda, pero agradable. Nos trajeron ropas y alimentos y nos confesaron que les sorprendió que nos halláramos en condiciones de utilizarlos. No creían encontrarnos vivos.

Nos ayudaron a bajar al valle, a donde no llegamos hasta el día siguiente. Pasamos la noche acampados en el lado norte de la gran cordillera que tan remota e inaccesible nos había parecido al contemplarla desde el averiado aparato. Reemprendimos la marcha al amanecer. El día era espléndido y despejado, y el valle se extendía ampliamente a nuestros pies. Una escarpada cordillera, por lo que pude apreciar completamente infranqueable, se alargaba hacia el Este y remataba en un nevado picacho —¿o eran dos?—, que se alzaba contra el cielo como los nudillos de una mano cerrada.

Al iniciar el descenso, me dirigí al jefe de la expedición.

—En mi juventud, yo era un gran escalador. Sin embargo, no conozco este país. ¿Vienen muchas expediciones por aquí?

Negó con la cabeza. Me dijo que las condiciones eran difíciles. Él y sus compañeros venían desde bastante lejos. Los habitantes de la zona oriental del valle eran retraídos e ignorantes; había pocas facilidades para los turistas. Si yo quería practicar escaladas, podía llevarme a otros lugares en los que me sería más agradable hacerlo. Aunque, en aquella época del año, era ya un poco tarde para organizar expediciones.

Yo seguía mirando la cordillera que se extendía hacia el Este. Presentaba un aspecto de extraña belleza.

—¿Cómo se llaman aquellos dos picos gemelos —pregunté.

—Monte Veritá —respondió.

Entonces comprendí qué era lo que me había hecho volver a Europa...

Mis compañeros y yo nos separamos en una pequeña ciudad situada a unas veinte millas del lugar donde se había estrellado el avión. Ellos se dirigieron a la estación de ferrocarril más próxima y yo me quedé atrás. Alquilé una habitación en un pequeño hotel y dejé allí mi equipaje. Compré botas, pantalones bombachos, un jersey y un par de camisas. Luego, volví la espalda a la ciudad e inicié la escalada.

Como había dicho el guía, la estación estaba demasiado avanzada para emprender expediciones de montaña. Pero no me importaba. Estaba solo y volvía a encontrarme de nuevo en las montañas. Había olvidado cuan vigorizadora podía ser la soledad. Mis piernas y mis pulmones recobraban la fuerza de antaño, y el aire frío penetraba hasta el fondo de mi ser. Podría haber gritado de júbilo, a pesar de mis cincuenta y cinco años. Había terminado la tensión, el ajetreo, el afanoso bullir de millones de personas en las calles de la ciudad; ya no existían sus luces resplandecientes, ni sus insípidos olores. Debía de haber estado loco al aguantar aquello durante tanto tiempo.

Muy excitado, llegué al valle que se extiende al pie de la ladera oriental de Monte Veritá. Me pareció que no había cambiado gran cosa, a juzgar por la descripción que me había hecho Víctor antes de la guerra, años atrás. La ciudad era pequeña y primitiva, y sus habitantes, hoscos y desabridos. Había una especie de posada —llamar hotel a aquello sería excesivo—, donde decidí pasar la noche.

Fui recibido con indiferencia, aunque no con descortesía. Después de cenar, pregunté si era todavía transitable el camino que conducía a Monte Venta. Mi informante me miró sin interés desde detrás del mostrador —pues el comedor y el bar eran una misma cosa, y, siendo yo el único huésped, había cenado allí—, al tiempo que bebía el vaso de vino que le había ofrecido.

—Creo que sí —respondió—, por lo menos hasta el poblado. Después no sé.

—¿Tienen ustedes mucho trato con la gente que vive en el pueblo de la

montaña? —pregunté.

—Muy poco. Y en esta época del año, nada —respondió.

—¿Suelen venir turistas por aquí?

—Pocos. Van hacia el Norte. En el Norte se está mejor.

—¿Hay algún sitio en el pueblo donde pueda pernoctar mañana?

—No lo sé.

Callé un momento, contemplando el rostro huraño de aquel individuo y, luego pregunté:

—¿Siguen viviendo las sacerdotisas entre las rocas de la cima de Monte Veritá?

Se estremeció. Volvió la vista hacia mí y se inclinó sobre el mostrador.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué sabe de ellas?

—Entonces, ¿existen todavía? —exclamé.

Me miró con suspicacia. En los últimos veinte años, habían ocurrido muchas cosas en aquel país, violencias, revoluciones, hostilidades que llegaban a separar a los padres de los hijos, y sus consecuencias debían de haber alcanzado también a aquel remoto rincón. Puede que ésta fuese la causa de su reserva.

—Circulan algunos rumores —dijo lentamente—. Prefiero no mezclarme en esos asuntos. Es peligroso. Cualquier día habrá algún disgusto.

—¿Disgusto? ¿Para quién?

—Para los habitantes del pueblo, para los que viven en Monte Veritá, para nosotros, los del valle. Yo no sé nada, nada malo puede ocurrirme.

Terminó el vaso de vino, lo limpió y pasó un paño por el mostrador. Estaba ansioso por desembarazarse de mí.

—¿A qué hora quiere desayunar mañana? —preguntó.

Le dije que a las siete y subí a mi habitación.

Abrí las dos hojas del balcón y me asomé. La pequeña ciudad se hallaba en silencio. Unas pocas luces brillaban en la oscuridad. La noche era clara y fría. Había salido la luna y proyectaba sus rayos sobre la oscura masa de montañas que se alzaba sobre la oscura masa de montañas que se alzaba frente a mí. Habría plenilunio al día siguiente. Me sentí extrañamente emocionado, como si hubiese retrocedido hacia el pasado. Aquella habitación, donde yo iba a pasar la noche, podía haber sido la misma en que durmieron Anna y Víctor, allá en el verano de 1913. Y quizás Anna hubiese estado contemplando Monte Veritá desde aquel mismo balcón, mientras Víctor la llamaba desde dentro, inconsciente de la tragedia que se avecinaba.

Y, siguiendo sus pasos, yo también había llegado a Monte Veritá.

A la mañana siguiente desayuné en el bar. No estaba el posadero y fue una muchacha, probablemente su hija, quien me sirvió el pan y el café. Sus modales eran

sosegados y corteses, y me deseó que pasara un día agradable.

—Voy a trepar por el monte —dije—; no parece que vaya a cambiar el buen tiempo. Dígame, ¿ha estado usted alguna vez en Monte Veritá?

Sus ojos se apartaron instantáneamente de los míos.

—No —respondió—, nunca he salido del valle.

Yo hablaba con toda naturalidad y como con despreocupación. Dije algo acerca de unos amigos míos que habían estado allí años atrás —no dije cuántos— y que, al escalar la cima, habían visto el rocoso edificio situado entre los dos picos, y se habían sentido muy interesados por conocer algunos detalles acerca de la secta que vivía encerrada detrás de aquellos muros.

—¿Sigue viviendo allí esa gente? —pregunté, encendiendo un cigarrillo con deliberada lentitud.

La muchacha volvió nerviosamente la cabeza, como si se diera cuenta de que podían estarla escuchando.

—Eso dicen —contestó—. Mi padre no habla de ello delante de mí. Es un tema prohibido para los jóvenes. Yo seguí fumando el cigarrillo.

—Yo vivo en América —dije—, y he observado que allí, como en la mayoría de los sitios, cuando se reúnen varios jóvenes no hay nada que más les guste que hablar de temas prohibidos.

Esbozó una sonrisa, pero no dijo nada.

—Supongo que usted y sus amigas hablarán a menudo de lo que ocurre en Monte Veritá —dije.

Me sentía ligeramente avergonzado de mi doblez, pero tenía la impresión de que aquella táctica era la más adecuada para obtener alguna información.

—Sí —dijo ella—, eso es cierto. Pero sólo lo hacemos cuando estamos solas. Precisamente no hace mucho...

Miró de nuevo hacia atrás y, luego continuó, bajando la voz:

—Una amiga mía, que estaba a punto de casarse, desapareció un buen día y no ha vuelto más. Dicen que fue llamada a Monte Veritá.

—¿Nadie la vio ir?

—No. Se fue por la noche. Y no me dejó ningún aviso, nada.

—¿Y no podría ocurrir que se hubiese ido a otro lugar completamente distinto a una gran ciudad, o a algún centro turístico?

—Se cree que no. Además, había estado portándose de una forma extraña. La habían oído soñar en voz alta; y hablaba de Monte Veritá.

Callé un momento. Luego, proseguí mi interrogatorio con el mismo aire indiferente.

—¿Cuál es la fascinación que ejerce Monte Veritá? —pregunté—. La vida allí debe ser insoportablemente dura, e incluso cruel.

—No para las que son llamadas —replicó ella, moviendo la cabeza—. Se mantienen siempre jóvenes. No envejecen jamás.

—¿Cómo puede usted saberlo si nunca las ha visto nadie?

—Siempre ha sido así. Ésa es la creencia. Por eso aquí, en el valle, se las odia, se las teme, e incluso se las envidia. Ellas tienen el secreto de la vida en Monte Veritá.

Miró por la ventana en dirección a la montaña. Había una expresión anhelante en sus ojos.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Cree que será llamada alguna vez?

—No soy digna de ello —respondió—. Además, tengo miedo. Retiró la taza vacía de café y me ofreció un poco de fruta.

—Y ahora —continuó, bajando, aún más la voz—, desde esta última desaparición, parece que va a haber disturbios. La gente del valle está irritada. Algunos hombres han subido al pueblo de la montaña y están tratando de soliviantar a sus habitantes, reunirse muchos y asaltar la roca. Nuestros hombres se lanzarán enfurecidos. Intentarán matar a las que viven allí. Y entonces se pondrán peor las cosas, vendrá el Ejército, habrá interrogatorios, castigos, fusilamientos. Todo acabará mal. Y eso no resulta nada atractivo. Todo el mundo está asustado y anda por ahí cuchicheando a escondidas.

Sonaron fuera unas pisadas. La muchacha corrió a colocarse tras el mostrador, y allí estaba, muy atareada con la cabeza baja, cuando su padre entró en la sala.

Nos miró con suspicacia a los dos. Yo tiré el cigarrillo y me levanté de la mesa.

—¿De modo que sigue usted decidido a subir a la montaña? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Volveré dentro de uno o dos días.

—Sería imprudente quedarse allí más tiempo —dijo.

—¿Quiere decir que va a cambiar el tiempo?

—Va a cambiar el tiempo, sí. Pero, además, puede haber peligro.

—¿Peligro? ¿En qué sentido?

—Puede que haya disturbios. Las cosas están muy revueltas. Los hombres están exaltados. Y cuando están exaltados pierden la cabeza. En una situación así, podrían sufrir daño los extranjeros. Sería mejor que renunciara a su idea de subir a Monte Veritá y se dirigiera hacia el Norte. Allí hay más tranquilidad.

—Gracias. Pero me he propuesto escalar Monte Veritá. Se encogió de hombros y apartó la vista.

—Como quiera —dijo—. No es asunto mío.

Salí de la posada, recorrí la calle y, cruzando el pequeño puerto que salvaba el

arroyo de la montaña, me vi frente al sendero que conducía a la ladera oriental de Monte Veritá.

Al principio, se oían con toda claridad los ruidos del valle. El ladrido de los perros, el tintineo de las esquilas, las voces de los hombres llamándose unos a otros..., todos estos sonidos llegaban nítidamente hasta mí, en el aire diáfano. Luego, el humo azulado de las chimeneas se fundió en una espesa neblina y las casas fueron empequeñeciéndose hasta parecer de juguete. El sendero me internaba cada vez más en el corazón de la montaña, hasta que, al mediodía, el valle desapareció en las profundidades. En mi mente no había otro pensamiento que el de subir, subir, coronar aquella loma de la izquierda, dejarla a mi espalda y alcanzar la otra, olvidarme de ambas y llegar a la tercera, todavía más escarpada y más prominente. Avanzaba despacio. Mis músculos habían perdido la elasticidad y mi respiración era imperfecta. Pero me sostenía la excitación de mi espíritu, y no estaba cansado en absoluto. Podría seguir caminando sin cesar.

Fue para mí una sorpresa el instante en que llegué al pueblo, pues había calculado que por lo menos aún me faltaba una hora. Debía de haber subido a un paso muy vivo, ya que todavía no habían dado las cuatro. La aldea presentaba un aspecto desolado, casi desierto, y me pareció que quedaban muy pocos habitantes. Algunas de las casas estaban cerradas, otras destruidas o parcialmente destruidas. Sólo salía humo de dos o tres de ellas, y no vi a nadie trabajando en los pastizales de los alrededores. Unas cuantas vacas, flacas y macilentas, pacían junto al sendero, y, en el aire quieto, las esquilas que pendían de sus cuellos daban un sonido hueco y melancólico. Después de la excitación de la escalada, aquel lugar me producía un efecto sombrío, deprimente. Si era allí donde tenía que pasar la noche, procuraría no pensar en ello.

Me dirigí a la primera casa, de cuyo tejado ascendía una columna de humo, y llamé a la puerta. Al cabo de un rato, se abrió y apareció en el umbral un chiquillo de unos catorce años que, después de mirarme, volvió la cabeza y llamó a alguien que había dentro. Salió un hombre, aproximadamente de mi edad, grueso y de expresión estúpida, que me dijo algo en un dialecto desconocido para mí. Luego, dándose cuenta de su error, comenzó a hablar en el idioma del país, con más torpeza aún que yo.

—¿Es usted el médico del valle? —me preguntó.

—No —contesté—. Soy un extranjero que está aquí de vacaciones, escalando las montañas de la comarca. Necesito una cama para pasar la noche. ¿Puede proporcionármela?

En su rostro se pintó la decepción. No contestó directamente a mi pregunta.

—Tenemos muy enfermo a alguien —dijo—. No sé qué hacer. Dijeron que vendría un médico del valle. ¿No ha visto usted a nadie?

—Me temo que no. Nadie más que yo ha subido del valle. ¿Quién está enfermo? ¿Un niño? El hombre movió la cabeza.

—No, no. Aquí no tenemos niños.

Seguía mirándome con aire aturdido y desamparado, y me compadecí de él, pero no veía qué podía hacer yo. No llevaba conmigo más medicamentos que un pequeño botiquín de urgencia y un tubito de aspirina. Quizá sirviera de algo la aspirina, si es que se trataba de un caso de fiebre. Saqué el tubo y di unos cuantos comprimidos al hombre.

—Puede que esto sirva de algo —dije—. Haga la prueba. Me hizo señas de que entrara.

—Déselos usted mismo, por favor —dijo.

Sentía cierta repugnancia a entrar y enfrentarme con el triste espectáculo de la muerte de un semejante, pero un elemental sentido de humanidad me dijo que no podía hacer otra cosa, y le seguí al interior de la casa. Había un pequeño catre apoyado contra la pared y, tendido sobre él, cubierto por dos mantas, un hombre con los ojos cerrados. Estaba pálido y sin afeitar, y los rasgos de su rostro tenían ese afilado aspecto que revela la proximidad de la muerte. Me acerqué al lecho y le miré. El abrió los ojos. Durante un momento, ambos nos miramos incrédulos. Luego, me tendió la mano y sonrió. Era Víctor...

—Gracias a Dios —dijo.

Yo estaba demasiado emocionado para hablar. Vi que hacía una seña al aldeano, que se mantenía apartado, y que le hablaba en su dialecto. Debió de decirle que éramos amigos, pues en su rostro se encendió una lucecita de alegría y se retiró. Yo seguí junto al lecho, con la mano de Víctor en la mía.

—¿Cuánto tiempo hace que estás así? —le pregunté, al fin.

—Unos cinco días. Pleuresía; ya lo he tenido antes de ahora, pero esta vez es peor. Me voy haciendo viejo.

Volvió a sonreír; aunque se hallaba desesperadamente enfermo —me daba perfecta cuenta de ello—, apenas había cambiado, era el mismo Víctor de siempre.

—Parece que has prosperado —me dijo, sin dejar de sonreír—. Tienes todo el aspecto de un triunfador.

Le pregunté por qué no me había escrito nunca y qué era lo que había estado haciendo durante aquellos veinte años.

—Me fui de Inglaterra —dijo—. Lo mismo que tú, me parece, pero de otra manera. Y no he vuelto desde entonces. ¿Qué llevas ahí?

Le enseñé el tubo de aspirina.

—Me temo que no te va a servir de gran cosa —dije—. Lo mejor que se me ocurre es quedarme aquí esta noche; mañana, a primera hora, buscaré un par de

hombres o tres que me ayuden a bajarte al valle.

Movió la cabeza.

—Es perder el tiempo —dijo—. Ya no hay nada que hacer. Lo sé muy bien.

—Bobadas. Necesitas un médico y que te cuiden adecuadamente. Eso es imposible en este lugar.

Paseé la vista por el rústico cuartucho, oscuro y sin ventilación.

—No te preocupes por mí —dijo—. Hay otra persona más importante.

—¿Quién?

—Anna —respondió.

Y, como yo me quedara perplejo y silencioso, añadió:

—Ya sabes que ella sigue aquí, en Monte Veritá.

—¿Quieres decir que continua encerrada en ese lugar? ¿Que nunca ha salido de él?

—Por eso estoy yo aquí —respondió Víctor—. Vengo todos los años, desde que empezó la cosa. Creo que, después de la guerra, te escribí diciéndotelo, ¿no? Durante todo el año vivo en un pueblecito de pescadores, un tranquilo y aislado rincón, y luego, vengo aquí una vez cada doce meses. Este año lo he dejado para más tarde, porque he estado enfermo.

Era increíble. Toda una existencia arrastrándose a lo largo de los años, sin amigos, sin comodidades, soportando el lento transcurrir de los meses hasta que llegase el momento de esta desesperanzada peregrinación anual.

—¿La has visto alguna vez? —pregunté.

—Nunca.

—¿Le escribes?

—Traigo una carta todos los años. La llevo conmigo y la dejo junto al muro, y, al día siguiente, vuelvo.

—¿Y recogen la carta?

—Siempre. Y en su lugar encuentro una piedra lisa, con unas palabras grabadas en ella; no muchas. Todas las piedras las guardo en la casa en que vivo, a orillas del mar.

Era desgarrador ver su fe en ella, su fidelidad a través de los años.

—He intentado estudiar su religión —dijo—. Es mucho más antigua que el cristianismo. Hay textos viejísimos en los que se encuentran alusiones a ella. Los he repasado de vez en cuando y he hablado con eruditos que han estudiado la mística y los ritos de los druidas y de los antiguos galos; hay un fuerte lazo que une a todos los montañeses de aquellos tiempos. En todas mis lecturas, he observado la misma insistencia sobre el poder de la luna y la creencia de que los adeptos a sus ritos y a su

fe se mantienen eternamente jóvenes y hermosos.

—Pero, Víctor, hablas como si tú también creyeras en esas cosas —dije.

—Y es cierto —repuso—. Los pocos niños que quedan en este pueblo también creen en ellas.

El hablar le había fatigado. Alargó la mano hacia el jarro de agua que tenía junto a la cama.

—Escucha —dije—, estas aspirinas no pueden hacerte ningún mal y, en cambio, te aliviarán si tienes fiebre. Además, te ayudarán a dormir.

Le hice tomar tres tabletas y le arropé bien entre las mantas.

—¿No hay mujeres en la casa? —pregunté.

—No —respondió—, y eso es algo que no ha dejado de intrigarme desde que he llegado esta vez. El pueblo está casi completamente desierto. Las mujeres y los niños se han trasladado al valle. Quedarán unas veinte personas en total, entre hombres y muchachos.

—¿Sabes adonde han ido las mujeres y los niños?

—Creo que se fueron unos días antes de mi llegada. El dueño de esta casa es hijo del anciano que vivía aquí y se murió hace años. Es tan estúpido que nunca sabe nada de nada. Si le preguntas algo, se limita a mirarte vagamente. Pero es bastante competente en sus cosas. El te dará comida y te encontrará alojamiento. El chiquillo, en cambio, es bastante despejado.

Víctor cerró los ojos. Confié en que pudiese dormir. Creía saber por qué las mujeres y los niños habían abandonado el pueblo. Debía de haber ocurrido a raíz de la desaparición de la muchacha. Sin duda temieron que podían sobrevenir disturbios en Monte Veritá. Pero no me atrevía a hablar de esto con Víctor. Lo que deseaba era poder convencerle para que permitiera ser trasladado al valle.

Había anochecido, y me sentía hambriento. Me dirigí a la parte trasera de la casa. No había allí nadie más que el muchacho. Le pedí algo de comer y me comprendió. Me trajo pan, carne y queso, que comí en la habitación mientras él me miraba.

Los ojos de Víctor seguían cerrados y me supuse que dormía.

—¿Mejorará? —preguntó el muchacho; no empleaba el dialecto para hablar.

—Creo que sí —respondí—, por lo menos si pudiese llevarle a que lo viera un médico del valle.

—Yo le ayudaré —dijo el muchacho—, y llamaré a un par de amigos, para que nos acompañen. Pero tendremos que salir mañana. Después será difícil.

—¿Por qué?

—Va a haber mucho movimiento pasado mañana. Subirán los hombres del valle y mis amigos y yo nos uniremos a ellos.

—¿Qué va a suceder?

Vaciló y me miró con sus vivaces y brillantes ojos, diciendo:

—No lo sé —dijo; y se escabulló en dirección al cuarto trasero. Oí la voz de Víctor desde la cama.

—¿Qué decía el muchacho? —preguntó—. ¿Quién va a subir del valle?

—Lo ignoro —respondí con aire de indiferencia—; supongo que alguna expedición. Pero se ha ofrecido a ayudarme mañana a trasladarte al valle.

—Debe de haber algún error —dijo Víctor—. Aquí no viene nunca ninguna expedición.

Llamó al muchacho y, cuando éste reapareció, le habló en su dialecto. El chico se mostraba huraño y parecía reacio a contestar a las preguntas que le dirigía Víctor. Les oí pronunciar varias veces las palabras «Monte Veritá». Finalmente el muchacho se retiró y nos dejó solos.

—¿Has entendido algo? —me preguntó Víctor.

—No —respondí.

—Ocurre algo raro que no me gusta nada —dijo—; Hace unos días que lo he notado. Los hombres se comportan de un modo furtivo, extraño. El chico dice que hay mucho revuelo en el valle y que las gentes de allí están furiosas. ¿Has oído tú algo?

Yo no sabía qué decir. Víctor me miraba fijamente.

—El dueño de la posada no era muy comunicativo —contesté—, pero me aconsejó que no subiese a Monte Veritá.

—¿Qué razón te dio?

—Ninguna. Se limitó a decir que podían ocurrir disturbios. Víctor guardó silencio unos instantes, meditando.

—¿Ha desaparecido alguna de las mujeres del valle? —preguntó luego.

Era inútil mentir. Repuse:.

—Algo he oído acerca de que ha desaparecido una muchacha, pero no sé si es verdad.

—Debe de serlo. Ésa es, pues, la causa.

Guardó silencio durante largo rato. Yo no podía ver la expresión de su rostro, que quedaba en la sombra. La habitación se hallaba iluminada por una sola lámpara, que esparcía a su alrededor un pálido resplandor.

—Tienes que subir mañana a Monte Veritá y avisar a Anna —dijo al fin.

Creo que había estado esperándolo. Le pregunté cómo podría hacerlo.

—El camino no tiene pérdida —dijo—. Sigue hacia el Sur por el cauce seco del arroyo. Las lluvias no lo han hecho impracticable todavía. Si sales antes del

amanecer, tendrás todo el día por delante.

—¿Y cuando llegue?

—Deja una carta, como hago yo, y aléjate. Si te quedas allí, no la recogerán. Yo también escribiré. Le diré a Anna que me encuentro enfermo aquí y que tú has aparecido repentinamente, al cabo de cerca de veinte años de no habernos visto. Precisamente mientras hablabas con el muchacho estaba pensando que es como un milagro. Tengo la extraña sensación de que ha sido Anna quien te ha traído aquí.

En sus ojos brillaba aquella fe infantil que tan bien recordaba yo.

—Quizá —respondí—. O Anna, o lo que tú solías llamar mi fiebre de montaña.

—¿No es lo mismo?

Durante un rato nos miramos mutuamente en el silencio de aquella pequeña y oscura habitación. Luego, me volví y llamé al muchacho para que me trajese un colchón, mantas y una almohada. Dormiría en el suelo, junto al lecho de Víctor.

Mi amigo respiraba con dificultad y se revolvía inquieto en la cama. Me levanté varias veces para darle agua y aspirina. Sudaba copiosamente. Ignoraba si eso era bueno o malo. La noche se me antojó interminable. Apenas dormí. Cuando empezó a clarear, los dos estábamos despiertos.

—Tienen que salir ahora —me dijo.

Me acerqué a él y vi con aprensión que su piel se había vuelto viscosa y fría. Era indudable que había empeorado y que se encontraba mucho más débil.

—Dile a Anna —murmuró— que si la gente del valle sube al monte, ella y las demás correrán un grave peligro. Estoy seguro.

—Se lo escribiré —dije.

—Ella sabe cuánto la quiero. Se lo digo siempre en mis cartas, pero tú podrías repetírselo. Espera en la hondonada. Puede que tengas que esperar dos o tres horas, y tal vez más. Luego, vuelve junto al muro y busca la contestación en una piedra lisa. Allí estará.

Pasé mi mano por la suya, casi helada, y salí al aire frío de la madrugada. Miré a mi alrededor y sentí cierto recelo. Había nubes por todas partes. No sólo a mis pies, ocultando el sendero por el que yo había llegado la noche anterior, sino también en el silencioso poblado, en los tejados de cuyas casas se enredaban guedejas de niebla, y más arriba, donde el sendero que había de conducirme a la cumbre se difuminaba en la espesa bruma.

Suave y silenciosa, la niebla me rozaba el rostro. No se disipaba, no aclaraba. La humedad se me adhería al pelo y a las manos, y podía sentir su sabor en la lengua. Me detuve, indeciso, mirando a un lado y a otro, y preguntándome qué debía hacer. El instinto de conservación me aconsejaba que regresara. Sabía que era una locura emprender una escalada con aquel tiempo. Sin embargo, quedarme en el pueblo, con

los ojos de Víctor fijos en mí, esperanzados, pacientes, era más de lo que podía soportar. Se estaba muriendo, y ambos lo sabíamos. Y en el bolsillo de mi chaqueta iba la última carta que escribía a su mujer.

Me dirigí hacia el Sur. Desde la cumbre de Monte Veritá, las nubes seguían bajando lenta e inexorablemente.

Comencé a trepar...

Víctor me había dicho que llegaría a la cima en un par de horas. Yo pensaba invertir menos aún, en cuanto saliese el sol y pudiera orientarme. Además, el tosco mapa que me había dibujado Víctor me serviría de guía.

Al cabo de una hora de haber salido del pueblo me di cuenta de mi error. El sol no brillaría en todo el día. Las nubes pasaban rozándome el rostro, viscosas y frías, y me ocultaban el cauce por el que ya llevaba cinco minutos subiendo. Y no estaba seco. Los manantiales de la montaña habían ablandado la tierra y desprendido las piedras.

Cuando cambió el panorama y, dejando atrás raíces y arbustos, empecé a pisar la roca desnuda, había pasado el mediodía. Estaba derrotado. Peor aún. Me había perdido. Retrocedí, pero no pude encontrar el cauce que me había llevado tan lejos. Me acerqué a otro, pero corría en dirección Nordeste y, además, bajaba por él un torrente de agua. Un movimiento en falso, y la corriente me habría arrastrado, destrozándome las manos al intentar aferrarme a las piedras.

Había desaparecido mi exaltación del día anterior. No me dominaba ya la fiebre de las montañas, sino otra sensación que también recordaba haber experimentado; temor. En mis buenos tiempos de escalador me había visto envuelto muchas veces por la niebla. Nada deja a un hombre tan desamparado, a menos que sepa reconocer cada metro del camino por el que ha subido y pueda, así, descender. Pero yo ya no era joven, ni tenía el entrenamiento de aquellos días. Era un hombre maduro, solo en una montaña que desconocía, y estaba asustado.

Me senté bajo una peña, comí el resto de los bocadillos que me habían preparado en la posada del valle y esperé. Luego, me levanté y empecé a moverme para entrar en calor. El aire no era todavía muy frío, pero había esa desapacible humedad que acompaña siempre a la niebla.

Mi única esperanza era que, al llegar la noche y descender la temperatura, se levantara la niebla. Recordé que habría luna llena, lo cual me favorecía, pues la niebla rara vez persiste en estos casos, sino que tiende a deshacerse y disiparse. Por eso me agradó notar que se iba enfriando la atmósfera. El aire era notablemente más penetrante, y, al mirar hacia el Sur, podía ya ver con claridad a una distancia de tres metros por delante de mí. A mis pies, sin embargo, la bruma era tan espesa como antes. Un muro impenetrable de niebla hacía imposible el descenso. Seguí esperando.

Por encima de mí, siempre en dirección Sur, mi campo visual iba ensanchándose paulatinamente. La niebla no era ya más que un tenue vapor que se iba desvaneciendo. Y, de pronto, todo el contorno de la montaña apareció nítidamente ante mi vista. No era todavía la cumbre, sino un rocoso saliente que apuntaba hacia el Sur. Y por detrás de él pude divisar el cielo por primera vez en todo el día.

Miré el reloj. Eran las seis menos cuarto. La noche había caído sobre Monte Veritá.

Volvió de nuevo la niebla, oscureciendo aquel diáfano trozo de cielo que yo había visto, y luego se disipó otra vez. Abandoné el lugar en que me había resguardado. Por segunda vez, me veía obligado a tomar una decisión: trepar o descender. Hacia arriba, el camino estaba despejado. Se veía el saliente rocoso descrito por Víctor, e incluso podía distinguir la senda que debía haber seguido doce horas antes. Dentro de dos o tres horas saldría la luna y me proporcionaría la luz que necesitaba para llegar al rostro rocoso de Monte Veritá. Miré hacia el Este. El camino de bajada seguía oculto tras el mismo muro de niebla. Mientras no se disipara, tendría que permanecer en la misma situación en que había estado todo el día, sin saber qué dirección seguir y desamparado en medio de un campo visual no superior a un metro. Decidí continuar y escalar la cumbre de la montaña con mi mensaje.

La niebla quedaba ahora a mis pies, y esto me reanimó. Consulté el tosco mapa trazado por Víctor y me dirigí hacia el saliente meridional. Me sentía hambriento y habría dado cualquier cosa por tener ahora los bocadillos que había comido al mediodía. No me quedaba más que un pedazo de pan. Eso, y un paquete de cigarrillos. El fumar no era conveniente para mantener el ritmo respiratorio adecuado, pero al menos me distraería el apetito.

Distinguí entonces los dos picos gemelos que se recortaban nítidamente contra el cielo. Una nueva excitación se apoderó de mí al contemplarlos, pues sabía que, en cuanto hubiese dado la vuelta al rocoso saliente y alcanzara la ladera meridional de la montaña, habría llegado al final de mi viaje.

Seguí subiendo. La cornisa se estrechaba y las rocas iban haciéndose más escarpadas a medida que me acercaba a la vertiente meridional de la montaña. Y entonces, dominando el neblinoso vaho que se extendía hacia Oriente, comenzó a brillar la luna. Su resplandor despertó en mí una renovada sensación de soledad. Era como si caminara solo por el borde de la Tierra, suspendido en la inmensidad del Universo.

Al remontarse la luna, me sentí reducido a la insignificancia. Ya no tenía conciencia de poseer una identidad personal. El caparazón en que se encerraba mi ser avanzaba insensible, atraído hacia la cumbre de la montaña por una fuerza desconocida que parecía emanar de la propia luna. Me sentía impelido hacia delante como las aguas en la pleamar. No podía desobedecer la ley que me obligaba a seguir, como no podía dejar de respirar. No era la fiebre de la montaña lo que ardía en mi

sangre, sino la magia de la montaña. No era energía nerviosa lo que me impulsaba, sino el influjo de la luna llena.

Las rocas se estrechaban y descendían sobre mi cabeza formando una angosta arcada, de modo que tuve que encorvarme y seguir a tientas mi camino. Salí luego de la oscuridad, y allí estaban, bañados de argéntea blancura, los dos picos gemelos de Monte Veritá.

Por primera vez en mi vida supe lo que era la auténtica belleza. Olvidé mi misión, mi inquietud por Víctor, el temor experimentado ante las nubes que me habían rodeado durante todo el día. En verdad que éste era el fin del viaje. Ésta era la plena consecución de todos los objetivos. El tiempo no importaba. No pensaba en él. Me quedé en pie, contemplando la rocosa faz bañada por la luna.

No sé el tiempo que permanecí inmóvil, ni recuerdo cuándo sobrevino la mutación sobre los muros y la torre; pero, de pronto, allí había figuras que no habían estado antes. Permanecían en fila sobre los muros, recortadas contra el cielo, y podrían haber sido imágenes de piedra esculpidas en la roca, tan quietas estaban, tan inmóviles.

Yo me encontraba demasiado lejos para ver sus rostros y sus formas. Una de ellas se erguía solitaria sobre la torre, cubierta por una larga túnica que le llegaba hasta los pies. De pronto, acudieron a mi mente viejas narraciones de otros tiempos, los extraños ritos de los druidas, las matanzas, los sacrificios. Aquellas gentes adoraban a la luna, y ésta fulgía en toda su plenitud. Alguna víctima iba a ser arrojada al fondo de los abismos y yo iba a ser testigo del acto.

Hasta aquel momento, yo había conocido en mi vida el miedo, pero nunca el terror. Entonces, éste me dominó por completo. Me arrodillé en la sombra de la hondonada, pues si me quedaba a la luz de la luna sería visto. Las vi alzar los brazos por encima de sus cabezas, y, rompiendo el profundo silencio que hasta entonces había reinado, sonó un murmullo, bajo y confuso al principio, que fue creciendo paulatinamente en intensidad. Las voces repercutían en las paredes rocosas y vibraban en el aire. Entonces observé que todas tenían el rostro vuelto hacia la luna. No había sacrificios. No había ninguna matanza. Éste era su canto de alabanza.

Permanecí oculto entre las sombras, con toda la ignorancia y la vergüenza de quien se encuentra asistiendo a un culto desconocido. Mientras el cántico sonaba en mis oídos, ultraterreno, aterrador y, sin embargo, insoportablemente bello. Entrelacé mis manos sobre la cabeza, cerré los ojos e incliné la frente hasta tocar con ella el suelo.

Lentamente, muy lentamente, el gran himno de alabanza fue apagándose. Descendió hasta no ser más que un murmullo, un suspiro, y se extinguió. El silencio volvió a enseñorearse de Monte Veritá. No me atrevía a moverme. Mis manos me cubrían la cabeza. Tenía el rostro pegado contra el suelo. No me avergüenzo de mi terror. Me hallaba perdido entre dos mundos. Había huido del mío y no pertenecía al

suyo.

Todavía arrodillado, esperé. Luego, lenta y furtivamente, levanté la cabeza y miré hacia la roca. Los muros y la torre se hallaban desiertos. Las figuras se habían desvanecido. Y una nube, deshilachada y oscura, ocultaba a la luna.

Me levanté, pero no di un solo paso hacia delante. Tenía los ojos fijos en la torre y en los muros. Nada se movía allí, ahora que la luna se había ocultado. Puede que nunca hubiesen existido las figuras y los cánticos. Quizá los había creado mi propia imaginación.

Esperé hasta que se hubo retirado la nube que ocultaba a la luna. Entonces, me armé de valor y palpé las cartas que llevaba en el bolsillo. Ignoro lo que había escrito, Víctor, pero la mía decía así:

Querida Anna:

El destino me ha traído al pueblo de Monte Veritá. Víctor está allí. Se encuentra desesperadamente enfermo, y creo que va a morir. Si quieres enviarle algún mensaje, déjalo junto al muro. Yo se lo llevaré. Quiero avisarte también de que me parece que vuestra comunidad corre peligro. Las gentes del valle están aterrorizadas y asustadas porque ha desaparecido una de sus mujeres. Es probable que vengan a Monte Veritá y traten de destruirlo.

Quiero decirte, para terminar, que Víctor nunca ha dejado de amarte y de pensar en ti.

Y firmaba con mi nombre al pie de la página.

Comencé a andar hacia el muro. Al acercarme, pude ver las estrechas ventanas que, tiempo atrás, me describió Víctor, y se me ocurrió que quizás hubiese ojos espiándome desde detrás de ellas, que, al otro lado de cada una de aquellas angostas aberturas, podía haber una figura esperando.

Me agaché y deposité las cartas en el suelo, junto al muro. Y, al hacerlo, el lienzo de pared que se alzaba ante mí giró bruscamente y se abrió. De la abertura surgieron unos brazos que me asieron con fuerza. Fui arrojado violentamente al suelo. Unas manos atenazaron mi garganta.

Antes de perder el conocimiento, oí la risa de un niño.

Desperté bruscamente, con la impresión de salir de un profundo sueño, y tuve la certeza de que un momento antes no había estado solo. Alguien se había arrodillado junto a mí y había contemplado mi rostro dormido.

Me incorporé y miré a mi alrededor. Tenía frío y se me habían entumecido los miembros. Me encontraba en una celda de unos tres, metros de longitud, y, por la estrecha hendidura que se abría en el muro de piedra, penetraba una débil y

fantasmal claridad. Eché un vistazo a mi reloj. Las manecillas señalaban las cinco menos cuarto. Debía de haber estado inconsciente algo más de cuatro horas, y la luz que se difuminaba por la estancia era la incierta claridad que precede al alba.

Al despertarme, mi primer sentimiento fue de cólera. Había sido engañado. Le gente del pueblo que se extendía al pie de Monte Veritá me había mentido, y también a Víctor. Las rudas manos que se habían apoderado de mí y la risa infantil que había escuchado procedían de los aldeanos. El hombre de la casa y su hijo me habían precedido por el sendero de la montaña. Conocían un camino de acceso a través de los muros y me habían preparado una emboscada. Habían estado engañando a Víctor durante años y pensaban engañarme a mí también, Dios sabe por qué motivos. No podía ser para robarnos. Ninguno de los dos poseíamos nada más que la ropa que llevábamos puesta. La celda en que me encontraba estaba completamente desnuda. No se advertía la menor señal de que aquélla fuese una habitación humana. No había ni siquiera una tabla en la que tenderse. Carecía asimismo de puerta, y, en su lugar, se abría una alargada hendidura, igual que la ventana, pero lo suficientemente ancha como para permitir el paso de un hombre. Y me sentía extrañado ante el hecho de que no me hubiesen atado.

Esperé a que aumentase la luz y fuese desapareciendo el entumecimiento que agarrotaba mis miembros. Me parecía una acertada medida de precaución, porque, si me aventuraba a cruzar en seguida la estrecha abertura que servía de puerta, podía tropezar y caer en la oscuridad o extraviarme en algún dédalo de escaleras y pasadizos.

A medida que aumentaba la luz, arreciaba mi cólera y comenzó a invadirme una sensación de desesperación. Lo que más deseaba en aquel momento era coger por mi cuenta a aquel individuo y a su hijo, amenazarles, y luchar con ellos, si hacía falta; esta vez no conseguirían derribarme tan fácilmente. Pero ¿y si se habían ido abandonándome en aquel lugar, sin medio alguno de salir? Admitiéndolo así, ésa era la maniobra a que sometían a los extranjeros, y la habían estado realizando, ellos y sus antepasados, durante innumerables años. Atraían incluso a las mujeres del valle, y, una vez que encerraban a sus víctimas tras aquellos muros, las dejaban morir de inanición. Noté que la creciente intranquilidad que experimentaba se convertiría en pánico si no refrenaba mi pensamiento, y saqué la pitillera para calmarme. Las primeras bocanadas de humo me sosegaron. El olor y el sabor del tabaco pertenecían al mundo que yo conocía.

Vi entonces los frescos que cubrían el techo y las paredes de la celda, iluminados ya por la luz del amanecer. No se trataba de toscos dibujos trazados por incultos aldeanos, ni tampoco piadosas imágenes debidas al fervor de pintores religiosos. Aquellos frescos tenían vida y vigor, color e intensidad, y, fuesen o no la representación plástica de alguna narración, su tema era, evidentemente, la adoración de la luna. Unas figuras estaban arrodilladas, otras de pie, y todas alzaban

sus brazos hacia la luna llena pintada en el techo. Y, sin embargo, los ojos de aquellos adoradores no miraban a la luna, sino que se hallaban fijos todos en mí. Di una chupada al cigarrillo y aparté la vista, pero, en la luminosidad creciente del nuevo día, notaba fijos en mí aquellos ojos, y era como si me encontrase de nuevo fuera de los muros, consciente de ser espiado desde detrás de aquellas estrechas ventanas.

Me levanté, aplasté el cigarrillo con el pie, y pensé que cualquier cosa sería mejor que permanecer en la celda, a solas con aquellas figuras que recubrían las paredes. Me dirigí a la abertura, y, al hacerlo, volví a oír la misma risa que escuchara antes. Más apagada esta vez, como contenida, pero igual de burlona y juvenil. Aquel condenado muchacho...

Me precipité a través de la abertura, gritando y maldiciendo. Quizá llevara un cuchillo, pero no me importaba. Y allí estaba el muchacho, apoyado contra la pared, esperándome. Le brillaban los ojos y tenía el pelo cortado al rape. Quise darle una bofetada, y erré el golpe. Se había echado a un lado, riendo. Y un instante después ya no estaba solo; junto a él había aparecido otro muchacho. Y otro más. Se arrojaron los tres sobre mí y me tiraron al suelo, como si yo careciese por completo de fuerza. El primero de ellos clavó su rodilla en mi pecho y me atenazó la garganta, sin dejar, por eso, de sonreír.

Forcejeé, casi sin aliento, para libertarme; al fin, me soltaron y se quedaron mirándome con la misma sonrisa burlona en sus labios. Entonces me di cuenta de que ninguno de ellos era el muchacho de la aldea, ni su padre, y que sus rostros no eran los de la gente del pueblo ni los de la del valle. Eran como los rostros de los frescos pintados en la pared.

Sus ojos eran oblicuos, sombreados por largas pestañas y dotados de una expresión dura e implacable. Me recordaban los de unas figuras que había visto hacía tiempo en una tumba egipcia y en un jarrón que, durante siglos, había yacido, oculto y olvidado, entre el polvo y los cascotes de una ciudad sepultada. Llevaban la túnica que les llegaba hasta las rodillas, las piernas y los brazos desnudos y el pelo cortado al rape. Poseían una extraña y austera belleza y una gracia diabólica. Intenté levantarme del suelo, pero el que me había apretado la garganta me sujetó con fuerza, y comprendí que no había lucha posible con él ni con sus compañeros y, que, si querían, podían arrojarme desde lo alto de los muros a las profundas simas que rodeaban Monte Veritá. Así, pues, éste era el final. Era sólo cuestión de tiempo. Y Víctor moriría solo en la cabaña del poblado.

—Adelante —dije, resignado—, terminad de una vez.

Esperaba oír de nuevo la risa burlona y juvenil, y aguardé el momento en que sus manos me alzarán en vilo y me arrojarán salvajemente por la estrecha y rasgada ventana a la oscuridad y a la muerte. Cerré los párpados y, con los nervios tensos, esperé. Nada sucedió. Noté que el muchacho me rozaba los labios. Abrí los ojos y vi que seguía sonriendo y que, sin pronunciar palabra, me ofrecía una taza de leche que

sostenía en su mano. Denegué con la cabeza, pero sus compañeros se arrodillaron junto a mí y, agarrándome de los hombros, me obligaron a incorporarme. Bebí ávidamente. El miedo que me había dominado se desvaneció. Era como si su fuerza pasase de sus manos a las mías, y no sólo a mis manos, sino a todo mi ser.

Cuando hube terminado de beber, uno de ellos depositó la taza en el suelo y puso sus manos sobre mi corazón. Sentí una sensación que nunca hasta entonces había experimentado. Era como si la quieta paz de Dios descendiese sobre mí y, con la imposición de manos, alejase de mí la ansiedad y el miedo, la fatiga y el terror de la noche anterior. Y el recuerdo de la niebla espesa que cubría la montaña y la agonía de Víctor en su lecho solitario se convirtieron de pronto en cosas sin importancia; quedaban reducidas a la más absoluta insignificancia al lado de esta nueva sensación de fuerza y belleza que me invadía. No importaba que muriese Víctor. Su cuerpo sería un simple caparazón tendido en la choza del pueblo, pero su corazón latiría aquí, como estaba latiendo el mío, y su espíritu vendría también con nosotros.

Y si digo «con nosotros» es porque, sentado allí, en la reducida celda, me parecía que había sido aceptado por mis compañeros y que me había convertido en uno más de ellos. Esto, pensaba, es lo que siempre he creído que debía de ser la muerte. La negación de todo dolor y de toda congoja, y la concentración de la vida, no en el cerebro, sino en el corazón.

El muchacho, siempre sonriente, retiró sus manos, pero la sensación de fuerza, de poder, no me abandonó. Se levantó, le imité, y luego crucé en pos de él y de los otros dos la abertura de la celda. No había retorcidos corredores ni oscuros claustros, sino un amplio patio al que daban todas las celdas. Y el cuarto lado del patio miraba hacia los dos picos gemelos de Monte Venta, coronados de hielo y bañados por la luz rosácea del sol naciente. Unos escalones tallados en el hielo conducían a la cumbre. Y entonces comprendí la razón del silencio que reinaba en aquel recinto. Allí estaban los demás, alineados sobre los escalones, vestidos con aquellas mismas túnicas, cingulo a la cintura, desnudos los brazos y las piernas, y el pelo cortado.

Atravesamos el patio y comenzamos a subir los escalones. No se oía ningún sonido. Nadie me hablaba, pero todos sonreían como lo habían hecho los otros tres; y su sonrisa no era simplemente cortés o cariñosa, sino que parecía reunir en sí, fundidas y entremezcladas, sabiduría, victoria y pasión. Carecían de edad, carecían de sexo, no eran varones ni hembras, viejos ni jóvenes, pero la belleza de sus rostros y de sus cuerpos superaba a todo cuanto yo había conocido hasta entonces. Y, con súbito anhelo, deseé convertirme en uno de aquellos seres, vestir como ellos vestían, amar como debían amar ellos, reír y practicar el culto, y guardar eternamente silencio.

Me fijé en mi chaqueta, en mi camisa, en mis pantalones bombachos, en mis gruesos calcetines y mis zapatones, y, de pronto, sentí odio y desprecio hacia ellos. Eran como la mortaja que cubre a un cadáver; me los quité apresuradamente, con el

vivo deseo de perderlos rápidamente de vista, y los arrojé al patio, que quedaba a mis espaldas. Me quedé desnudo bajo el sol. No sentía embarazo ni vergüenza. Me tenía sin cuidado mi aspecto. Lo único que deseaba era terminar definitivamente con las vanidades del mundo, y mis ropas parecían simbolizar el ser que yo había sido en otro tiempo.

Subimos los escalones y llegamos a la cumbre. A nuestros pies se extendía el mundo, libre de brumas y nieblas; picachos más bajos que se perdían en la lejanía y, mucho más abajo, ajenos totalmente a nosotros, desdibujados, verdes, inmóviles, estaban los valles, los ríos, las pequeñas ciudades dormidas. Volví la vista hacia los dos picos gemelos de Monte Veritá y vi que se hallaban separados por una gran sima, estrecha y, sin embargo, infranqueable, y al mirarla desde lo alto de la cumbre noté maravillado, y atemorizado al mismo tiempo, que mis ojos no podían sondear las profundidades de aquel paso. Los azulados muros de hielo descendían lisos en un abismo sin fondo, perdido para siempre en el corazón de la montaña. El sol, que al mediodía bañaba los picos con su luz, nunca llegaría hasta las profundidades de aquella sima, ni tampoco los rayos de la luna llena penetrarían en ella. Me pareció, no obstante, que aquella depresión tenía la forma de un cáliz sostenido por dos manos.

En el borde mismo de la sima se hallaba un ser vestido completamente de blanco, desde los pies hasta la cabeza. No podía ver su rostro, pues me lo ocultaba la blanca capucha. Sin embargo, su erguida figura, echada hacia atrás la cabeza y los brazos extendidos, hizo nacer en mí una súbita y tensa excitación.

Sabía que era Anna. Sabía que ninguna otra persona habría permanecido en aquella actitud. Olvidé a Víctor. Olvidé mi misión.

Olvidé el tiempo, el lugar y todos los años transcurridos. Sólo recordaba el sosiego que emanaba de su persona, la belleza de su rostro y aquella voz serena que me decía: «Después de todo, los dos estamos buscando lo mismo.» Sabía que la había amado siempre y que, aunque ella hubiese conocido primero a Víctor y se hubiese casado con él, los lazos y la ceremonia del matrimonio no significaban nada para ninguno de los dos, y nunca lo habían significado. Nuestras mentes se habían cruzado y comprendido desde el primer momento cuando Víctor nos presentó en el club, y ese extraño e inexplicable lazo, rompiendo toda barrera, venciendo toda sujeción, nos había mantenido siempre unidos, a pesar del silencio, a pesar de los largos años de separación.

El error había sido mío desde el principio por permitir que marchara sola en busca de su montaña. Si yo hubiese ido con ellos cuando me lo propusieron aquel día en Map House, me habría dado cuenta intuitivamente de sus proyectos y el hechizo habría descendido también sobre mí. Yo no me habría quedado dormido en la cabaña, como Víctor, sino que habría despertado y salido con ella, y los años que había perdido habrían sido años nuestros —míos y de Anna—, compartidos en la montaña, lejos del mundo.

Volví a mirar los rostros de los que estaban junto a mí y adiviné vagamente que aquellas gentes conocían un éxtasis de amor que yo ignoraba totalmente. Su silencio no era un voto que les condenara a vivir en tinieblas, sino una paz que les daba la montaña, llenando sus mentes de serenidad. Sobraban las palabras cundo una sonrisa, una mirada, enviaban un mensaje, un pensamiento; cuando la risa brotaba del centro del corazón, siempre triunfante, nunca reprimida. No era ésta una orden estricta, lúgubre, sepulcral, que rechazase las exigencias del corazón. Allí, la vida era realizada en su plenitud, clamorosa, intensa, total. Y el vivo calor del sol, infiltrándose en las venas, se convertía en parte del flujo sanguíneo, en parte de la carne viviente. Y el gélido aire, fundiéndose con el ardor de los rayos solares, limpiaba el cuerpo y los pulmones, producía fuerza y poder, el poder que yo había sentido cuando los dedos tocaron mi corazón.

En un brevísimo espacio de tiempo había cambiado por completo mi escala de valores, y el ser que escalara la montaña a través de la niebla, temeroso, inquieto y enojado, no existía ya. A los ojos del mundo, si el mundo pudiese verme, yo no era más que un pobre hombre, carnosos, casi viejo; un loco, dirían los de abajo. Y permanecía desnudo, en pie junto a los demás habitantes de Monte Veritá, y alzaba mis brazos al sol. Un sol que se remontaba por el cielo y brillaba sobre nosotros, produciéndose en la piel una sensación entre dolorosa y agradable, mientras su calor penetraba hasta mi corazón y mis pulmones.

Mantenía los ojos fijos en Anna, amándola con tal intensidad que me oí a mí mismo llamar en voz alta:

—Anna..., Anna...

Y ella sabía que yo estaba allí, pues me saludó con la mano. Los demás no importaban, me tenían sin cuidado. Reían conmigo, comprendían.

De en medio del grupo salió una muchacha. Llevaba un sencillito vestido campesino, usaba medias y zapatos y el cabello le caía suelto sobre los hombros. Me pareció que tenía entrelazadas las manos, como si estuviera orando, pero no era así. Sostenía las manos apretadas contra el corazón, unidos los dedos de ambas.

Se acercó al borde de la gran sima, donde se hallaba Anna. La noche anterior, bajo la luna, el miedo se habría apoderado de mí; pero en aquel momento no. Yo había sido aceptado. Era ya uno de ellos. Por un instante, un rayo de sol rozó el borde del abismo y tornó resplandeciente al azulado hielo. Nos arrodillamos todos a una, vueltos nuestros rostros hacia el sol, y comenzó a sonar el himno de alabanza.

«Así —pensé— es como los hombres rendían culto de adoración en el principio, y así es como lo harán al final. No hay aquí credo, ni salvador, ni deidad. Sólo el sol, que nos da la luz y la vida. Desde el comienzo de los tiempos así había sido siempre.»

El rayo de sol se deslizó sobre el borde del abismo; entonces la muchacha se

despojó de sus ropas, de sus medias y de sus zapatos, y Anna cuchillo en mano, le cortó el cabello por encima de las orejas. La muchacha seguía en pie ante ella, con las manos sobre el corazón.

«Ahora es libre —pensé—. Jamás volverá al valle. Sus padres la llorarán, y su novio también, y nunca sabrán lo que ha encontrado aquí, en Monte Veritá. En su boda, se habrían celebrado fiestas, banquetes, bailes, y, tras el frenesí de un breve romance transformado en la sosa monotonía de la vida conyugal, habrían llegado las preocupaciones domésticas, los cuidados de los hijos, inquietudes, enfermedades, disgustos, toda la diaria rutina del paulatino envejecimiento. Ella se ha ahorrado todo eso. Lo que una vez se siente aquí no desaparece. El amor y la belleza no mueren ni se marchitan. La vida es dura, porque la Naturaleza es dura y despiadada; pero esto es lo que ella anhelaba en el valle, y por eso vino. Ella conocerá aquí lo que nunca conoció antes y que jamás habría descubierto de haberse quedado en el mundo. Pasión, alegría, risa, el calor del sol, el influjo de la luna, el amor sin emoción y el sueño sosegado. Y por eso las gentes del valle odian y temen a Monte Veritá. Porque aquí, en la cumbres, hay algo que ellos no poseen ni poseerán jamás. Y se sienten iracundos, envidiosos y desgraciados.»

Anna se volvió, y la muchacha que había prescindido de sus vestidos campesinos, de su vida pasada y de su sexo, la siguió, descalza y con los brazos desnudos y el cabello rapado como las demás. Estaba radiante, sonriente y comprendí que nada le importaría ya jamás.

Bajaron al patio, dejándome solo en la cumbre. Me sentía como un ser a quien rechazaran ante las mismas puertas del cielo. Mi breve éxtasis de felicidad había terminado. Ellos pertenecían a la montaña, y yo no. Yo era un extraño que debía retornar al mundo que se extendía allá abajo.

Me vestí de nuevo, devuelto a una cordura que no deseaba, y, acordándome de Víctor y de la misión que me había encomendado, bajé los escalones en dirección al patio. Levanté la vista y vi que Anna me estaba esperando en lo alto de la torre.

Las otras se pegaron contra el muro para dejarme pasar, y observé que Anna era la única que se cubría con una túnica blanca y una capucha. En el último de los escalones que ascendían a lo alto de la torre, Anna estaba sentada en aquella misma postura que solía adoptar junto al fuego del salón, con un codo apoyado sobre la rodilla. Hoy era ayer, hoy era hace veintiséis años, y estábamos de nuevo solos en la casa solariega de Shropshire; y la serena paz que entonces me infundía volvía a penetrarme de nuevo. Sentía deseos de arrodillarme a su lado y coger su mano. Pero, en lugar de hacerlo, subí y me quedé en pie junto al muro, con los brazos cruzados.

—Por fin me has encontrado —dijo—. Has tardado un poco. Su voz era dulce y suave. No había cambiado en absoluto.

—¿Me has traído tú aquí? —pregunté—. ¿Me llamaste cuando se estrelló el avión?

Rió y era como si nunca hubiese estado lejos de ella. El tiempo se había detenido en Monte Veritá.

—Quería que hubieses venido mucho antes —dijo—, pero tu mente estaba cerrada a mis llamadas. Era como llamar por teléfono. Siempre se ha necesitado la intervención de dos personas para establecer comunicación. ¿Sigue siendo así?

—Sí —respondí—, y nuestros modernos inventos necesitan el funcionamiento de muchas válvulas. Pero la mente, no.

—Tu mente ha sido un arca cerrada durante muchos años —dijo—. Ha sido una pena... ¡Podíamos haber compartido tantas cosas! Víctor tenía que contarme por escrito sus pensamientos. Contigo no hubiese sido necesario.

Creo que fue entonces cuando sentí mi primera esperanza.

—¿Has leído nuestras cartas? —pregunté—. ¿Sabes que Víctor se está muriendo?

—Sí —respondió—. Lleva enfermo varias semanas. Por eso quería que vinieses esta vez, para que puedas estar a su lado cuando muera. Se sentirá feliz cuando vuelvas y le digas que has hablado conmigo.

—¿Por qué no vienes tú misma?

—Es mejor que no lo haga —respondió—. Así podrá conservar su sueño.

¿Su sueño? ¿Que quería decir? ¿Es que no eran omnipotentes los habitantes de Monte Veritá? Debía de comprender el peligro que corrían.

—Haré lo que desees, Anna —dije—. Volveré junto a Víctor y estaré con él hasta el último momento. Pero el tiempo apremia. Lo importante es que tú y las demás corréis un grave peligro. Mañana, quizás esta noche, las gentes del valle van a subir a Monte Veritá. Irrumpirán en este recinto y os matarán. Es absolutamente necesario que os vayáis de aquí antes de que lleguen. Si no podéis salvaros por vuestros propios medios, debéis permitirme que haga algo por ayudaros. No estamos tan lejos de la civilización como para que no se pueda hacer nada. Puedo bajar al valle y telefonear a la Policía, el Ejército, a alguna autoridad responsable...

Hablaba precipitadamente, porque, aunque no había trazado ningún plan definido, deseaba que Anna tuviera confianza en mí.

—La cuestión es —dije— que, de ahora en adelante, os va a ser imposible seguir viviendo aquí. Aun en el caso de que yo pueda impedir el ataque esta vez, lo que me parece dudoso, es indudable que se producirá tarde o temprano. Vuestros días de tranquilidad están contados. Habéis estado encerradas aquí dentro tanto tiempo, que no comprendéis el estado del mundo actual. Hasta esta misma región se encuentra dividida por recelos y sospechas, y las gentes del valle han dejado de ser unos simples y supersticiosos aldeanos; poseen armas modernas y alienta en sus corazones el ansia de matar. No podéis continuar en Monte Veritá.

Ella no respondió. Seguía sentada en el escalón escuchando mis palabras, silenciosa y remota bajo la blanca túnica y la capucha.

—Anna, Víctor se está muriendo —dije—. Puede que haya muerto ya. El no podrá ayudarte cuando salgas de aquí, pero yo sí. Siempre te he amado. No es necesario que te lo diga porque estoy seguro de que ya lo habías adivinado. Sabes muy bien que arruinaste la existencia de dos hombres cuando hace veintiséis años, viniste a vivir a Monte Veritá. Pero eso no importa ahora. He vuelto a encontrarte. Y, lejos de aquí, todavía quedan lugares inaccesibles a la civilización, donde tú y yo podríamos vivir juntos, y también tus compañeras si quieren vivir con nosotros. Tengo suficiente dinero para disponerlo todo; no tendrás que preocuparte de nada.

Y me vi a mí mismo haciendo gestiones ante Consulados y Embajadas, tratando la cuestión de los pasaportes, de los documentos y los vestidos de todas aquellas mujeres.

Repasé mentalmente el mapa del mundo. Pensé en las cordilleras de Sudamérica, en el Himalaya, en las selvas africanas. Al norte del Canadá y en Groenlandia había aún vastas regiones inexploradas. Y había islas, innumerables islas jamás holladas por el pie del hombre, perdidas en la inmensidad de los mares y sólo visitadas por las aves marinas. Isla o montaña, selva impenetrable o soledad ártica, no me importaba el lugar que eligiese Anna. Había estado tanto tiempo sin verla, que lo único que deseaba era vivir siempre a su lado.

Y esto era posible, porque Víctor, que podía haberla reclamado, estaba a punto de morir. Se lo dije así a Anna y esperé su respuesta.

Ella rió con aquella cálida risa que yo amaba tanto, y sentí el deseo de acercarme y estrecharla entre mis brazos, tan llena de vida, tan alegre y prometedora sonaba su risa.

—¿Qué decides? —pregunté.

Se puso en pie y se acercó a mi lado.

—Hubo una vez un hombre —dijo— que llegó a las taquillas de la estación de Waterloo y, con voz anhelante y esperanzada, dijo: «Quiero un billete para el Paraíso. De ida nada más. Sin vuelta.» Y cuando el empleado le dijo que no existía tal lugar, el hombre cogió un tintero y se lo arrojó a la cara. Se llamó a la Policía, y el individuo fue detenido. ¿No es eso lo que tú me estás pidiendo ahora? ¿Un billete para el Paraíso? Ésta es la montaña de la verdad. No es lo mismo.

Me sentí profundamente lastimado, irritado incluso. Anna no había tomado en serio ni una sola palabra de todo cuanto yo le había dicho y se estaba burlando de mí.

—¿Qué te propones, entonces? —exclamé—. ¿Esperar aquí, detrás de esos muros, a que lleguen los hombres del valle y los destruyan?

—No te preocupes por nosotras —dijo—. Sabemos lo que tenemos que hacer.

Hablaba con indiferencia, como si la cuestión careciera de importancia. Vi,

angustiado, que el futuro que yo había planeado para los dos se desvanecía irremisiblemente.

—¿Es que posees algún secreto? —pregunté, casi acusadoramente—. ¿Puedes realizar algún milagro y salvarte a ti misma y a las demás? Y yo ¿qué? ¿No puedes llevarme contigo?

—No querías venir —dijo, apoyándose la mano en el brazo—. Lleva mucho tiempo erigir un Monte Veritá. Es algo más que prescindir de ropas y adorar al sol.

—Ya me doy cuenta —respondí—. Estoy dispuesto a comenzar de nuevo, a aceptar una nueva escala de valores, a iniciar una nueva vida. Sé que de nada sirve todo lo que hasta ahora he hecho en el mundo. Talento, trabajo, éxito, son cosas que carecen de sentido. Pero si yo pudiera estar contigo...

—¿Cómo? ¿Conmigo? —exclamó.

Y no supe qué contestar, porque en el fondo de mi corazón sabía que lo que deseaba era todo lo que puede suceder entre un hombre y una mujer, pero me parecía demasiado súbito y directo decirlo entonces. Y esperaba que ello se realizara, no en seguida, naturalmente, sino más adelante, cuando hubiésemos encontrado nuestra propia montaña, o nuestro desierto, o cualquiera que fuese el lugar en que pudiéramos mantenernos apartados del mundo y ocultos a sus ojos. Pero no había necesidad de que se lo manifestara en aquel momento. La cuestión era que me hallaba dispuesto a seguirla a cualquier parte, si ella me lo permitía.

—Te amo y te he amado siempre. ¿No es suficiente? —pregunté.

—No —respondió—. En Monte Veritá, no.

Se echó hacia atrás la capucha y vi su rostro.

La miré horrorizado... No podía moverme. No podía hablar. Se me había helado el corazón... Todo un lado de su rostro se hallaba completamente corroído, deshecho, terrible. La enfermedad le había alcanzado la frente, las mejillas, el cuello, cubriéndole la piel de horribles pústulas. Los ojos que yo amara tanto aparecían profundamente hundidos en sus órbitas.

—Ya ves —dijo—; esto no es el Paraíso.

Creo que me volví de espaldas y me aparté. No recuerdo bien. Sólo sé que me apoyé contra la roca de la torre y contemplé los enormes abismos, sin ver nada más que la gran masa de nubes que ocultaba al mundo.

—A otras les ha ocurrido lo mismo —dijo Anna—, pero murieron. Si yo he sobrevivido más tiempo es porque soy más fuerte que ellas. La lepra puede atacar a cualquiera, incluso a los seres, supuestamente inmortales, de Monte Veritá. Pero no tiene importancia. Recuerdo haberte dicho hace mucho tiempo que el que va a las montañas tiene que entregarse por completo a ellas. Eso es todo. No me lamento. Y, puesto que yo no sufro, no es preciso que nadie sufra por mí.

No dije nada. Sentí correr las lágrimas por mi rostro.

No me molesté en enjuagarlas.

—No hay sueños ni ilusiones en Monte Veritá —prosiguió Anna—. Pertenecemos al mundo, igual que tú. Si he destruido la imagen que te habías formado de mí, perdóname. Has perdido a la Anna que conocías y has encontrado a otra en su lugar. En cuál de ellas pienses más en el futuro, es cosa que depende de ti. Vuelve ahora al mundo de los hombres y las mujeres y constrúyete tú mismo un Monte Veritá.

En alguna parte, existían achaparrados arbustos, matorrales, hierba, piedras y tierra, y el murmullo de manantiales. Abajo, en el valle, había hogares donde los hombres vivían con sus mujeres y educaban a sus hijos. Brillaban iluminadas sus ventanas, y espirales de humo ascendían de sus chimeneas. Había, en alguna parte, carreteras, ferrocarriles, ciudades. Muchas ciudades y muchas calles, con edificios atestados de gente e iluminadas ventanas. En alguna parte, allá abajo, bajo las nubes, al pie de Monte Veritá.

—No te preocupes ni temas —dijo Anna—. La gente del valle no puede causarnos ningún daño. Una cosa nada más...

Calló y, aunque no la estaba mirando, creo que sonreía.

—Deja que Víctor conserve su sueño —terminó.

Me cogió de la mano, bajamos juntos por los escalones de la torre y, atravesando el patio, nos dirigimos hacia los muros de roca. Allí estaban las demás, mirándonos. Vi a la muchacha del pueblo, la neófita que había renunciado al mundo y era ya una más de ellas. La vi volverse y mirar a Anna, y percibí la expresión de sus ojos; no había en ellos ninguna clase de horror, miedo o repugnancia. Todos contemplaban a Anna con aire alegre, triunfal, con expresión de inteligencia y comprensión.

Y comprendí que lo que ella sentía y soportaba, lo soportaban y sentían también las demás, y, compartiéndolo con ella, lo aceptaban. Anna no estaba sola.

Volvieron hacia mí sus ojos, y su expresión cambió; en vez de un amor comprensivo, leí en ellos una profunda compasión.

Anna no me dijo adiós. Se limitó a ponerme la mano sobre el hombro. Se abrió el muro, y ella se apartó de mí. El sol ya no estaba en su cénit.

Había comenzado a declinar por Occidente. Las blanquecinas nubes ascendían lentamente desde los abismos. Volví la espalda a Monte Veritá.

Era de noche cuando llegué al pueblo. La luna no había salido todavía. Tardaría unas dos horas, aproximadamente, en asomar por encima de las montañas e iluminar con su luz el firmamento. La gente del valle estaba esperando. Habría unos

trescientos, o más, reunidos junto a las casas. Todos iban armados; unos con rifles y granadas, y otros, más primitivos, con picos y hachas. Habían encendido varias hogueras en el camino que discurría por entre las casas del poblado, y, en pie o sentados junto a ellas, comían, bebían, hablaban, fumaban. Algunos de ellos tenían perros fuertemente sujetos con una correa.

El dueño de la primera casa estaba en la puerta con su hijo. También estaban armados. El muchacho llevaba un pico en la mano y un cuchillo a la cintura. Su padre me miró con expresión estúpida y hosca.

—Su amigo ha muerto —dijo—. Hace muchas horas que está muerto.

Le aparté a un lado y entré en la casa. Había dos velas encendidas. Una en la cabecera y otra a los pies de la cama. Me incliné hacia Víctor y le cogí la mano. El hombre me había mentido. Víctor respiraba aún. Al sentir el contacto, abrió los ojos.

—¿La has visto? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Algo me decía que lo conseguirías —dijo—. Tendido aquí, tenía la certeza de que eso era lo que iba a ocurrir. Ella es mi mujer, y no he dejado de amarla durante todos estos años, pero sólo a ti te ha sido permitido verla. Un poco tarde para estar celoso, ¿verdad?

Las velas difundían una escasa claridad. No podía ver las sombras que se movían ante la puerta, ni oír el rumor de conversaciones.

—¿Le has dado mi carta? —preguntó.

—Sí. Y me encarga decirte que no te preocupes ni estés inquieto por ella. Se encuentra perfectamente. Víctor sonrió. Se soltó la mano.

—De modo que es cierto —dijo—. Son ciertos todos mis sueños acerca de Monte Veritá. Ella es feliz y contenta y nunca envejecerá, nunca perderá su belleza. Dime, su cabello, sus ojos, su sonrisa, ¿siguen siendo los mismos?

—Exactamente los mismos —respondí—. Anna será siempre la mujer más hermosa que tú o yo hayamos visto jamás.

No respondió. Y, mientras yo estaba allí, a su lado, oí el sonido de un cuerno de caza, seguido, inmediatamente, por un segundo y, luego, por un tercero. Escuché los ruidos que producían los hombres al empuñar sus armas, apagar las hogueras y disponerse a comenzar la escalada. Ladraban los perros, y los hombres reían, excitados. Una vez que hubieron marchado, salí de la casa y permanecí inmóvil en el desierto poblado, contemplando la luna llena que se alzaba ya sobre el valle.

EL MANZANO

La primera vez que se fijó en el manzano fue tres meses después de la muerte de ella. Sabía, naturalmente, que estaba allí, junto con los demás que subían por la verde ladera que se extendía frente a la casa. Pero nunca hasta entonces había reparado en el particular aspecto de aquel árbol, que en nada se diferenciaba de sus compañeros, salvo por el hecho de ser el tercero empezando por la izquierda, estar un poco apartado de los demás y hallarse más cerca de la terraza que ninguno de los otros.

Era una hermosa mañana de primavera, y él se estaba afeitando junto a la ventana, abierta de par en par. Con la cara enjabonada y la navaja en la mano, se asomó para aspirar una bocanada de aire, y entonces su vista se posó sobre el manzano. Quizá se tratara de un efecto de luz provocado por el sol que se remontaba por encima de los bosques y daba en aquel momento sobre el árbol; pero la semejanza era inconfundible.

Depositó la navaja en el alféizar y se quedó mirando fijamente al manzano. Presentaba un aspecto de desmadejada delgadez, en contraste con la sólida y nudosa estructura de sus compañeros. Las escasas ramas que formaban su copa, semejantes a los estrechos hombros de un cuerpo largo y endeble, se extendían con aire de martirizada resignación en el aire fresco de la mañana. El rollo de alambre que circundaba el tronco hasta la mitad de su altura parecía una falda de mezclilla gris cubriendo unos miembros delgados, mientras que la rama que sobresalía sobre las demás que formaban la copa, al inclinarse levemente hacia delante, daba la impresión de una cabeza que se doblegara en actitud de fatiga.

¡Cuántas veces había visto a Midge con parecida actitud de abatimiento! Estuviera donde estuviese, en el jardín, en la casa, o, incluso, yendo de compras por la ciudad, Midge nunca dejaba de adoptar aquella postura encorvada que parecía dar a entender que la vida la trataba con extrema dureza, que había sido apartada de sus semejantes para llevar alguna pesada carga y que, no obstante, se hallaba dispuesta a soportarlo todo hasta el fin, sin proferir una sola queja.

«Pareces cansada, Migde —solía decir él—. Por el amor de Dios, siéntate y descansa un rato.»

Pero sus palabras eran acogidas siempre con el inevitable encogimiento de hombros y el inevitable suspiro.

«Alguien tiene que hacer las cosas», respondía; y, haciendo acopio de fuerzas, se entregaba a la fatigosa rutina de las innecesarias tareas que ella misma se obligaba a realizar, día tras día—, a lo largo de interminables y monótonos años.

Siguió contemplando al manzano. Aquella atormentada postura, la encorvada copa, las fatigadas ramas, las pocas hojas marchitas que el viento y la lluvia del pasado invierno no habían logrado arrancar, y que ahora se estremecían como una mata de lacio cabello ante la suave brisa de la primavera, parecían elevar una muda protesta y mirarle diciendo:

«Si estoy así, es por tu culpa, por tu dejadez.»

Se apartó de la ventana y continuó afeitándose. No quería que se le desbocara la imaginación, ni que le acudiesen a la mente tales fantasías, una vez que, por fin, podía empezar a disfrutar de libertad. Se bañó, se vistió y bajó a desayunar. En el calentador le estaban esperando los huevos con tocino. Cogió el plato y lo puso sobre la mesa, encima de la cual se hallaba el Times, intacto y bien doblado. En vida de Midge, solía dárselo primero a ella, y, cuando ésta se lo devolvía para que se lo llevara al despacho, las páginas estaban siempre desordenadas y mal dobladas, con lo que se echaba a perder parte del gran placer de leerlo. Y, además, las noticias habían perdido ya su interés, toda vez que ella se había encargado de leerlas en voz alta, según costumbre que nunca abandonaba, añadiendo siempre algún comentario despectivo de su propia cosecha. Si leía una gacetilla dando cuenta del nacimiento de una hija a algún matrimonio conocido, chasqueaba la lengua, meneaba la cabeza y decía:

«¡Pobrecillos! ¡Otra niña!»

O si el recién nacido era varón:

«No debe de ser nada divertido educar a un chico en estos tiempos.»

Él solía atribuir estos comentarios a causas psicológicas, y pensaba que su resentimiento ante el nacimiento de un nuevo ser se debía a que ellos carecían de hijos; pero, con el paso del tiempo, llegó a tener idéntica reacción ante todas las cosas alegres o gozosas, como si fueran algo insano o repugnante.

—Aquí dice que este año ha salido de vacaciones mucha más gente que ninguno de los anteriores. Espero que se diviertan.

Pero en sus palabras no había esperanza, sino desprecio. Luego, terminado el desayuno, echaba hacia atrás su silla y decía con un suspiro:

—En fin...

Y dejaba la frase sin terminar. Pero el suspiro, el encogimiento de hombros, la inclinación de su larga y delgada espalda al encorvarse para retirar los platos —ahorrándole, así, trabajo a la asistenta—, formaban parte integrante del eterno reproche que dirigía a su marido; haberle arruinado completamente su existencia.

Silenciosa y cortésmente, abría él la puerta cuando ella se dirigía a la cocina, agobiada por el peso de la cargada bandeja, que ninguna necesidad tenía de llevar, y, poco después, oía por la puerta entreabierta el ruido del agua al caer desde el grifo. Volvía a su silla, se sentaba, echaba un vistazo al arrugado Times, en cuyas hojas

había caído una mancha de mermelada, y, una vez más, la pregunta martillaba con monótona insistencia en su mente:

«¿Qué habré hecho yo?»

Y no se trataba de que fuese gruñona. Las esposas y las suegras gruñonas servían de tópico a los chistes de las revistas musicales. No recordaba que Midge hubiese perdido jamás la sangre fría y hubiese sostenido un altercado con él. Lo que ocurría era, simplemente, que su aire de callado reproche, mezclado con el de un sufrimiento noblemente soportado, corrompía la atmósfera de su hogar y proyectaba sobre él una sensación de culpabilidad.

A veces, cuando llovía, buscaba refugio en su despacho y, fumando su pipa que llenaba de humo la pequeña habitación, se sentaba ante la mesa con el pretexto de escribir algunas cartas, pero en realidad para ocultarse, para acogerse a la protección de aquellas cuatro paredes que eran exclusivamente suyas. Luego, se abría la puerta y aparecía Midge, envuelta en su impermeable y calado hasta las cejas su sombrero de ala ancha. Se detenía y, frunciendo con disgusto la nariz, exclamaba:

—¡Puah! ¡Qué tufo!

Él, en vez de responder, movíase lentamente en su silla y cubría con su brazo la novela que había cogido de un estante para distraer su ocio.

—¿No vas a ir a la ciudad? —preguntaba ella.

—No tenía intención de ir.

—Bueno. No importa —y se dirigía de nuevo hacia la puerta.

—¿Es que necesitas algo de allí?

—Pescado para la comida, nada más. Los miércoles no lo sirven a domicilio. Pero si estás ocupado puedo ir yo misma. Sólo que pensé...

Y salía sin terminar la frase.

—Escucha, Midge —decía él, levantando la voz—. Iré yo. Sacaré el coche y marcharé en seguida a buscarlo. Es absurdo que te mojes.

Pensando que ella no le había oído, salía al vestíbulo. Y allí estaba Midge, en pie junto a la puerta principal y quieta bajo la llovizna. Llevaba un cesto al brazo y se estaba poniendo un par de guantes de jardinero.

—Voy a tener que mojarme de todas formas —decía—, así que no importa. Mira aquellas flores. Hay que entresacarlas. Cuando haya terminado con ellas, iré a buscar el pescado.

Era inútil discutir. Ella había tomado ya su resolución. Él cerraba la puerta y volvía a sentarse en su despacho. Pero éste ya no le parecía tan acogedor, y, poco después, al mirar por la ventana, la veía pasar apresuradamente, con el impermeable desabrochado agitado por el viento, orlada de gotas de lluvia el ala de su sombrero, y, en la mano, el cesto, lleno de flores ya muertas. Sentía remorderle la conciencia, y,

renunciando al tibio bienestar de la habitación, se agachaba y desenchufaba la estufa eléctrica.

Otras veces, en primavera o en verano, salía al jardín, sin sombrero y con las manos en los bolsillos, sin otra finalidad que tomar el sol y contemplar los bosques y los campos y el sinuoso y lento curso del río. Y, de pronto, el zumbido del aspirador que salía de las habitaciones del piso de arriba se extinguía, y Midge le llamaba desde la ventana.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntaba.

No, no tenía nada que hacer. Era la fragancia de la primavera lo que le había impulsado a salir al jardín. Era la deliciosa certeza de que, habiéndose jubilado y sin tener ya que ir a trabajar a la City, el tiempo era una cosa sin importancia y podía gastarlo como le diera la gana.

—No —respondía él—. ¿Por qué lo decías?

—Por nada —contestaba ella—. Es que el desagüe de la cocina ha vuelto a estropearse. Está completamente atascado. Como nadie se cuida nunca de él... Tendré que hacerlo yo esta tarde.

Su rostro desaparecía de la ventana. Volvía a escucharse el zumbido y el aspirador reanudaba su tarea. Era absurdo que semejante interrupción pudiera apagar todo el esplendor del día. Y no era por la tarea en sí misma —desatascar una cañería era un simple juego de niños—, sino por aquel pálido rostro asomado a la soleada terraza, el cansino movimiento de su mano al echarse hacia atrás un mechón de pelo y el inevitable suspiro al apartarse de la ventana, el sobreentendido comentario:

«A mí también me gustaría tener tiempo para estar tomando el sol sin hacer nada. En fin...»

En una ocasión, se había aventurado a preguntar por qué era necesario limpiar con tanta frecuencia la casa. Por qué había de estar sacando continuamente los muebles de las habitaciones. Por qué había que poner las sillas unas encima de las otras, enrollar las alfombras y cubrir con papel de periódico todos los adornos de la casa. Y, sobre todo, por qué tenían que ser tan laboriosamente bruñidos a mano los laterales de aquel corredor del piso superior por el que nadie pasaba nunca. Midge y la asistente se turnaban incesantemente en la tarea de arrastrarse de rodillas a todo lo largo del corredor, como si fuesen esclavas de tiempos pasados.

Midge le había mirado, sin comprender.

—Tú serías el primero en quejarte si la casa estuviese hecha una pocilga —dijo—. Te gusta la comodidad.

Vivían en mundos diferentes, sus mentes no coincidían. ¿Había sido siempre así? No lo recordaba. Hacía cerca de veintiocho años que se habían casado y no pasaban de ser dos personas que, por la fuerza de la costumbre, habitaban bajo el

mismo techo.

Cuando él trabajaba, las cosas parecían distintas, o por lo menos no se daba tanta cuenta. Venía a casa para comer y dormir, y, por la mañana, volvía a tomar el tren. Pero, cuando se retiró, no pudo por menos de adquirir conciencia de la presencia de su mujer, y día a día fue percibiendo con mayor intensidad su resentimiento y su desaprobación.

Finalmente, el año anterior a la muerte de Midge se sintió de tal modo sumido en el ambiente que ella creaba, que tuvo que recurrir a toda clase de pequeños engaños para alejarse de su lado, simulando que debía ir a Londres para cortarse el pelo, o para visitar al dentista, o para comer en compañía de un antiguo compañero de negocios; y lo que hacía, en realidad, no era más que quedarse sentado junto a la ventana de su club, sintiéndose solo, anónimo y en paz.

La enfermedad que se llevó a la tumba a Midge fue misericordiosamente rápida. Un fuerte catarro, seguido de neumonía, y al cabo de una semana estaba muerta. Apenas si se dio cuenta de cómo había sucedido, salvo que, como de costumbre, se encontraba fatigada en extremo, que había cogido un resfriado y que no quería guardar cama. Una noche, al volver de Londres en el último tren, después de haber pasado la tarde en un cine —era un desapacible día de diciembre, y se había sentido a gusto en el ambiente caldeado por la presencia de tanta gente—, encontró a su mujer en el sótano, inclinada sobre la caldera y revolviendo los trozos de carbón con un atizador.

Levantó la vista hacia él, con el rostro pálido de fatiga.

—Pero ¿qué diablos estás haciendo, Midge? —exclamó él.

—Hemos andado todo el día a vueltas con la caldera —respondió—. No quiere encenderse. Tendremos que llamar mañana a los fumistas. Yo sola no puedo arreglarla.

Tenía la cara manchada de carbón. Dejó caer el atizador sobre el suelo del sótano y empezó a toser con gesto de dolor.

—En mi vida he visto mayor disparate —exclamó él—. Ya debías estar acostada. ¿Qué infiernos importa la caldera?

—Pensé que volverías pronto a casa y que quizá supieses como arreglarla. No comprendo qué has podido estar haciendo en Londres en un día tan desagradable como hoy.

Midge subió lentamente la escalera del sótano y, al llegar arriba, tiritó y entornó los párpados.

—Si no te importa —dijo—, ahora mismo te sirvo la cena. Yo no quiero tomar nada.

—¡Al diablo la cena! —exclamó él—. Ya comeré cualquier cosa. Lo que tienes que hacer es irte a la cama. Te subiré una bebida caliente.

—Ya te digo que no quiero nada —replicó ella—. Yo misma llenaré la bolsa de agua caliente. Lo único que te pido es que te acuerdes de apagar todas las luces antes de subir.

Y, con los hombros caídos, se dirigió hacia el salón.

—¿Ni siquiera un vaso de leche caliente? —dijo él, indeciso, mientras se quitaba el abrigo; al hacerlo, la entrada, ya cortada, del cine cayó del bolsillo al suelo. Ella la vio, pero no dijo nada. Tosió de nuevo y empezó a subir penosamente la escalera.

A la mañana siguiente tenía cuarenta grados de fiebre. Llegó el médico y diagnosticó neumonía. Midge preguntó si podía ir a una habitación individual del hospital, ya que tener una enfermera en casa daría lugar a demasiado trabajo. Esto sucedía el martes por la mañana. Fue trasladada, según sus deseos, y en la tarde del viernes los médicos dijeron que, probablemente, no pasaría aquella noche. Él, al oírlo, entró en su habitación y se la quedó mirando, tendida en la alta e impersonal cama del hospital. Sintió compasión hacia ella, al ver que le habían puesto demasiadas almohadas bajo la cabeza, con lo que, al tener que estar casi incorporada, seguramente no podría reposar cómodamente. Le había llevado un ramo de flores, pero parecía inútil entregárselo, ya que Midge se encontraba demasiado enferma para fijarse en él. Mientras la enfermera se inclinaba sobre ella, lo depositó con toda delicadeza sobre la mesa que había al lado del biombo.

—¿Necesitaba algo mi mujer? —preguntó—. Quiero decir que yo podría...

Dejó la frase en el aire, esperando que la enfermera comprendiese que estaba dispuesto a montar en su coche e ir a cualquier sitio a buscar lo que hiciese falta.

La enfermera negó con la cabeza.

—Si hay alguna novedad, ya le telefonearemos —dijo.

«¿Qué novedad podía haber ya?», se preguntaba al salir del hospital. El pálido rostro que descansaba sobre las almohadas no experimentaría ningún cambio.

Midge murió la madrugada del sábado.

Él no era un hombre profundamente religioso, ni creía gran cosa en la inmortalidad, pero, cuando hubo terminado el funeral y Midge recibió sepultura, le afligía pensar en aquel pobre cuerpo solitario que yacía en el ataúd de asas de bronce; le parecía brutal que se hiciese semejante cosa. La muerte debía ser diferente. Debía ser como el despedirse de alguien en la estación antes de emprender un largo viaje. Era indecente aquella prisa por sepultar bajo tierra a lo que, de no haber mediado la mala suerte, sería aún una persona viva. Mientras el ataúd era depositado en la tumba, le había parecido, en su aflicción, oír decir a Midge con un suspiro: «¡En fin...!»

Deseó con fervor que existiera un futuro en algún invisible paraíso, donde la pobre Midge, ignorante de lo que se hacía con sus restos mortales, pudiera pasear a lo largo de verdes praderas. Pero ¿con quién?, se preguntaba. Sus padres habían

muerto en la India hacía muchos años; no tendría gran cosa que decirles, si se encontraba con ellos a las puertas del cielo. Y, de pronto, se representó a Midge haciendo cola, bastante lejos de la entrada como le solía ocurrir siempre, con su gran cesto de mimbre que llevaba a todas partes, y en su rostro el mismo aire de mártir resignada que había tenido en la tierra. Al cruzar la puerta del Paraíso, le dirigía una mirada de reproche.

Las imágenes del ataúd y de la cola permanecieron presentes en él durante cerca de una semana, esfumándose luego poco a poco. Después, se olvidó de ella por completo. Disponía por fin de libertad en la soleada y vacía casa. Su tiempo no pertenecía a nadie más que a él. No había vuelto a pensar en Midge hasta la mañana en que se fijó en el manzano.

Ese mismo día, mientras paseaba por el jardín, la oscuridad le hizo acercarse al árbol. Después de todo, no había sido más que una estúpida imaginación. El árbol no tenía nada de particular. Era un manzano igual a todos los demás manzanos. Recordó entonces que siempre había sido más raquítico que sus compañeros —en realidad, estaba casi completamente seco— y que en cierta ocasión se había hablado de cortarlo, pero sin llegar a decidir nada. Bien, ya tenía algo que hacer para el fin de semana. Derribar un árbol a hachazos era un saludable ejercicio, y la madera de manzano daba muy buen olor. Sería agradable verlo arder en la chimenea.

Desgraciadamente, durante toda la semana siguiente hizo muy mal tiempo, por lo que no le fue posible realizar su proyecto. Era absurdo ponerse a trabajar al aire libre con aquel tiempo y exponerse a coger un catarro. Seguía, sin embargo, contemplando el árbol desde la ventana de su habitación. Aquel árbol canijo y débil, encorvado bajo la lluvia, empezaba a irritarle. No hacía mucho frío, y la lluvia caía mansamente sobre el jardín. Ninguno de los demás árboles presentaba aquel aspecto de abatimiento. A la derecha del que estaba mirando, crecía otro más joven —plantado pocos años atrás, lo recordaba muy bien— que se erguía recto y firme y alzaba hacia el cielo sus esbeltas ramas, como si disfrutara intensamente con la lluvia. Lo contempló desde la ventana y sonrió. ¿Por qué diablos se acordaba de pronto de aquel incidente ocurrido años atrás, durante la guerra, con la muchacha que había estado trabajando varios meses en la finca vecina? Hacía tiempo que no había pensado en ella. Además, no había pasado nada grave. Los fines de semana, solía ir a echar una mano en los trabajos de la granja —en cierto modo, esto también era participar en la guerra—, y siempre la encontraba allí, bonita, alegre, sonriente; tenía el cabello corto, rizado y sedoso, y su piel era suave como la de una manzana.

Durante la semana, solía deleitarse pensando que el sábado y el domingo estaría con ella; era un antídoto contra los inevitables boletines de noticias que continuamente estaba sintonizando Midge y contra su incesante conversación acerca de la guerra. Le agradaba mirar a aquella chiquilla —no tendría más de diecinueve años—, con sus ajustados pantalones y sus blusas de vivos colores; y, cuando sonreía,

era como si abrazase al mundo.

Nunca supo cómo sucedió aunque fue una cosa sin importancia, pero el caso es que, una tarde, él se hallaba en el cobertizo intentando arreglar el tractor, ella estaba muy cerca, y los dos reían; se volvió para coger un trapo con el que limpiar una bujía, y, de pronto, ella estaba entre sus brazos, y él la besaba. Había sido un gesto espontáneo y libre, y la muchacha era deliciosa y ardiente en su fresca boca juvenil. Luego, siguieron trabajando en el tractor, pero unidos ya en una especie de intimidad que les proporcionaba paz y alegría al mismo tiempo. Cuando la muchacha tuvo que marcharse para dar de comer a los cerdos, él la acompañó, pasándole la mano por el hombro en una semicaricia, en un gesto indolente que, en realidad, no quería decir nada. Y al salir del patio vio que Midge estaba allí mirándoles.

—Tengo que ir a una reunión de la Cruz Roja —dijo ella—. No consigo hacer arrancar el coche. Te he llamado, pero, al parecer, no me has oído.

Tenía una expresión helada. Estaba mirando a la muchacha. De pronto, él se sintió dominado por una sensación de culpabilidad. La muchacha saludó alegremente a Midge y cruzó el patio en dirección al corral.

El se dirigió hacia el coche, acompañado de Midge, y empezó a dar vueltas a la manivela. Midge le dio las gracias con voz inexpresiva. No se atrevía a mirarla a los ojos. Esto, pues, era el adulterio. Esto era el pecado. La segunda página de un periódico dominical: «Entabla relaciones ilícitas con una joven campesina y la mujer sorprende a los culpables en un cobertizo.» Al volver a la casa, le temblaban las manos, y tuvo que tomarse un trago. Nunca se dijo nada. Midge no habló nunca de ello. Un secreto instinto le indujo a no ir a la granja a la semana siguiente, y, más tarde supo que, habiendo caído enferma la madre de la muchacha, ésta había sido llamada a su casa.

No volvió a verla más. ¿Por qué, se preguntaba, la recordaba ahora de pronto, mientras miraba caer la lluvia sobre los manzanos? Era absolutamente necesario que cortase aquel viejo árbol muerto, aunque sólo fuese para que el otro manzano, más joven y vigoroso, recibiese suficiente cantidad de sol; si no, no podría desarrollarse adecuadamente creciendo tan próximo a aquél.

El viernes por la tarde bajó al huerto para pagar su salario a Willis, que solía ir tres veces por semana a ocuparse del jardín. Quería también echar un vistazo al cobertizo en que se guardaban las herramientas y ver si el hacha y la sierra estaban en condiciones de usarse. Willis lo tenía todo limpio y en orden —había aprendido de Midge— y el hacha y la sierra colgaban de la pared en sus lugares acostumbrados.

Pagó a Willis y ya iba a marcharse, cuando el hombre le dijo de pronto:

—Es extraño lo que ocurre con el manzano viejo, ¿verdad? La observación era tan inesperada que le produjo una sacudida. Sintió que se le iba el color.

—¿Manzano? ¿Qué manzano? —preguntó.

—El del final, el que está cerca de la terraza —respondió Willis—. Hace años que trabajo aquí, y siempre lo he visto estéril. Jamás ha dado una sola manzana, ni tan siquiera una flor, íbamos a haberlo cortado aquel invierno que hizo tanto frío, ¿recuerda?, pero lo fuimos dejando y ahí sigue. Bueno, pues parece como si estuviera reviviendo. ¿No se ha dado usted cuenta?

El jardinero le miró sonriente, con aire de complicidad.

¿Qué quería decir? No era posible que a él también le hubiese llamado la atención aquella fantástica y monstruosa semejanza; no, eso quedaba descartado, era indecente, sacrílego. Además, él mismo lo había apartado de su mente y no había vuelto a pensar en ello.

—No he notado nada —respondió, poniéndose a la defensiva. Willis se echó a reír.

—Venga a la terraza, señor —dijo—. Se lo enseñaré. Caminaron juntos por el inclinado prado, y, al llegar al lado del manzano, Willis levantó la mano y asió una de las ramas que quedaban a su alcance. La rama crujió ligeramente, como si se hallara seca y rígida, y Willis apartó algunos líquenes muertos y descubrió los agudos vástagos.

—Fíjese, señor —dijo—, están saliendo brotes. Mírelos, tóquelos usted mismo. Aún hay vida aquí dentro, mucha vida. No he visto nunca nada parecido. Mire esta rama también.

Soltó la primera y asió otra.

Willis tenía razón. Había brotes en abundancia, pero tan pequeños y oscuros que apenas parecían merecer tal nombre. Semejaba unas meras manchas sobre la seca y polvorienta rama. Se metió las manos en los bolsillos. La sola idea de tocar aquellos brotes le repugnaba.

—No creo que lleguen a crecer gran cosa —dijo.

—No lo sé, señor —contestó Willis—, pero tengo esperanzas. Ha resistido el invierno, y, si no hay más heladas, no se sabe lo que puede ocurrir. Sería divertido ver florecer a un árbol tan viejo. Todavía dará frutos.

Y acarició el tronco con la palma de la mano en un gesto familiar y afectuoso a la vez.

El propietario del manzano se apartó, irritado contra Willis sin saber por qué. Cualquiera diría que aquel condenado árbol era una persona. Ahora se iría al traste su proyecto de cortarlo durante el fin de semana.

—Le quita luz al manzano joven —dijo—. ¿No sería mejor suprimir éste y dejar así más espacio al otro?

Se acercó al manzano joven y tocó una de sus ramas. No había líquenes allí. La superficie era suave y los brotes se erguían turgentes y firmes. Soltó la rama, que

saltó hacia arriba con elasticidad.

—¿Cortarlo ahora, señor —exclamó Willis—, cuando aún hay vida en su interior? Yo no lo haría. No perjudica en nada al otro. Yo le daría aún una oportunidad. Si no da frutos, siempre podremos cortarlo el invierno que viene.

—De acuerdo, Willis —dijo.

Y se alejó rápidamente. No quería seguir discutiendo el asunto.

Por la noche, al ir a acostarse, abrió de par en par la ventana, como tenía por costumbre, y describió las cortinas. No le gustaba despertarse por la mañana en una habitación cerrada. La luna llena iluminaba la terraza y el césped con una luz espectralmente pálida y quieta. No había ni un soplo de viento. Un profundo silencio envolvía el lugar. Se inclinó hacia delante, enamorado de aquella paz. La luna daba de lleno sobre el árbol joven, envolviéndolo con su luz en un mágico resplandor. Fino, esbelto, ligero, el árbol parecía una bailarina, con los brazos alzados y puesta de puntillas, presta para volar. ¡Qué gracia tan natural y radiante emanaba de él! ¡Bello arbolito! A su izquierda se levantaba el otro, medio sumido aún en la oscuridad. Ni siquiera la luz de la luna podía conferirle un poco de belleza. ¿Por qué diablos tenía que encorvarse de aquella manera, en vez de erguirse hacia la luz? Aquel árbol destrozaba el paisaje y echaba a perder el encanto de la noche en calma. Había sido un estúpido por acceder a los deseos de Willis y consentir en conservarlo. Aquellos ridículos brotes no florecerían jamás. Y aunque lo hiciesen...

Dejó errar sus pensamientos y, por segunda vez en aquella semana, se encontró recordando a la muchacha de la granja y su alegre sonrisa. ¿Qué habría sido de ella? Probablemente estaría casada y con hijos. Su marido sería feliz. En fin... Sonrió. ¿Iba a adoptar el también esa expresión? ¡Pobre Midge! Contuvo el aliento y se quedó inmóvil con la mano en la cortina. El manzano de la izquierda no estaba ya sumido en las sombras. La luna iluminaba sus descarnadas ramas, semejantes a los brazos de un esqueleto que se alzaran suplicantes. Brazos helados, inmóviles, paralizados de dolor. No soplaba viento, y los demás árboles permanecían completamente inmóviles; pero algo temblaba y se estremecía en aquellas ramas, una brisa que no procedía de ninguna parte y que se extinguía al punto. De pronto, una rama del manzano cayó al suelo. Era la rama más baja, la que estaba cubierta de aquellos brotes oscuros y que él no había querido tocar. Los demás árboles continuaban inmóviles, sin un susurro, sin la menor señal de movimiento. Siguió mirando la rama que yacía en la hierba, bajo la luna. Atravesada en la sombra del joven manzano, parecía señalarle como un dedo acusador.

Por primera vez en todo lo que recordaba de su vida, corrió las cortinas ante la ventana para no dejar entrar la luz de la luna.

Willis tenía a su cargo el cuidado del huerto. Mientras vivió Midge, muy pocas

veces había aparecido en la parte delantera de la casa. Ello se debía a que era la propia Midge quien cuidaba las flores.

Solía, incluso, segar la hierba, empujando la máquina arriba y abajo de la ladera, inclinada sobre las manillas.

Había sido ésta una de las tareas que ella misma se había asignado, como la de barrer y encerar los dormitorios. Ahora que Midge ya no estaba allí para ocuparse del jardín y decirle dónde tenía que trabajar y qué era lo que tenía que hacer, Willis se pasaba todo el tiempo en la parte delantera. Al jardinero le agradaba el cambio. Le hacía sentirse responsable.

—No comprendo cómo ha podido caerse esa rama, señor —dijo el lunes.

—¿Qué rama?

—La del manzano. La que estuvimos mirando antes de marcharme yo.

—Estaría podrida, supongo. Ya le dije que estaba muerto ese árbol.

—Nada de podrida, señor. Mire, venga a ver. Se ha roto limpiamente.

Una vez más, el propietario se vio obligado a seguir al jardinero a lo largo del prado que se extendía ante la terraza. Willis levantó la rama. Los líquenes que la cubrían estaban húmedos y parecían desordenados mechones de una cabellera.

—¿No vendría usted a tantear de nuevo su resistencia y la arrancaría, sin darse cuenta, señor? —preguntó el jardinero.

—Desde luego que no —replicó, irritado, el propietario—. En realidad, he oído caer esa rama esta noche. Ha sido cuando estaba abriendo la ventana de mi dormitorio.

—Es extraño. Hacía una noche muy tranquila.

—Son esas cosas que les pasan a los árboles viejos. Pero no comprendo por qué se preocupa usted tanto por éste. Cualquiera diría...

Se interrumpió. No sabía cómo terminar la frase.

—Cualquiera diría que era un árbol de gran valor —concluyó. El jardinero movió la cabeza.

—No es por el valor —dijo—. Ni por un momento se me ha ocurrido que este árbol valga mucho dinero. Lo que pasa es que, después de tanto tiempo que creíamos que estaba muerto, resulta que está vivo y coleando, como si dijéramos. Capricho de la Naturaleza, diría yo. Esperemos que no se le caigan más ramas, antes de que florezca.

Poco más tarde, cuando el propietario salió a dar una vuelta, vio que el jardinero estaba cortando la hierba que crecía al pie del árbol y poniendo un nuevo alambre alrededor del tronco. Aquello era ridículo. No le pagaban un buen salario para que perdiese el tiempo con un árbol medio muerto. Debería estar en la huerta plantando verduras. Pero era demasiado esfuerzo ponerse a discutir con él.

Volvió a la casa a eso de las cinco y media. Desde la muerte de Midge había prescindido de tomar el té y se disponía a disfrutar de su sillón junto al fuego, de su pipa, de su whisky con soda y del silencio.

El fuego llevaba poco tiempo encendido, y la chimenea humeaba. Había en el salón un olor extraño, casi nauseabundo. Abrió las ventanas y subió la escalera para cambiarse de zapatos. Cuando volvió a bajar, el humo llenaba la habitación y el olor era más intenso que antes. Imposible de definir. Dulzón, extraño. Llamó a la asistente, que estaba en la cocina.

—Hay un olor raro en la casa —dijo—. ¿Qué es? La mujer se acercó al vestíbulo.

—¿Qué clase de olor, señor? —preguntó, sin comprometerse.

—En el salón —dijo él—. Estaba lleno de humo. ¿Ha quemado usted algo?

El rostro de la mujer se iluminó.

—Debe de ser la leña, señor —dijo—. Willis la cortó especialmente para usted. Dijo que le gustaría.

—¿Y qué leña es ésta?

—Dijo que era de un manzano, señor, de una rama que él había partido. Siempre he oído decir que la madera de manzano arde muy bien. Hay gente a la que le gusta mucho. Yo no he notado ningún olor, sin duda porque estoy un poco resfriada.

Miraron los dos hacia el fuego. Willis había cortado la rama en troncos muy pequeños. La mujer, creyendo complacer a su amo, había apilado varios de ellos, unos encima de otros, con el fin de obtener un fuego que durase bastante tiempo. No había grandes llamas. Salía un humo tenue, de color verdoso. ¿Era posible que ella no percibiese aquel repugnante olor a rancio?

—Los leños están húmedos —exclamó bruscamente—. Willis debía haberse dado cuenta. Fíjese. No arde bien.

La mujer adoptó una expresión obstinada y casi huraña.

—Lo siento —dijo—. No he notado nada de particular al encender el fuego. Parecía prender bien. Siempre he creído que la madera de manzano era muy buena para el fuego, y Willis opina lo mismo. Me ha recomendado que esta tarde la pusiera en la chimenea; la ha cortado especialmente para usted. Creía que era usted quien se lo había ordenado.

—Bueno, está bien —replicó, con brusquedad—. Supongo que esa leña acabará por arder alguna vez. Usted no tiene la culpa.

Le volvió la espalda y atizó el fuego, tratando de separar los leños. Mientras ella permaneciese en la casa, no había nada que hacer. Retirar los húmedos y humeantes leños, arrojarlos a algún lugar detrás de la casa y encender un nuevo fuego con madera seca, suscitaría comentarios. Tendría que cruzar la cocina para llegar a la

leñera, y ella se le quedaría mirando y le diría: «Deje que lo haga yo, señor. ¿Se ha apagado el fuego?» No, debía esperar a después de cenar, cuando ella hubiese retirado la mesa y, después de lavar la vajilla, se hubiese marchado. Entretanto, soportaría como pudiese el olor de la madera del manzano.

Se sirvió un poco de whisky, encendió la pipa y contempló el fuego. No daba ningún calor, y, como estaba apagada la calefacción central, hacía frío en el salón. De vez en cuando, un leve penacho de humo verdoso brotaba de los leños y parecía traer consigo aquel olor dulzón y nauseabundo, que no se parecía a ninguno de los que hasta entonces conociera. Ese imbécil de jardinero... ¿Por qué había cortado aquellos leños? Debía haberse dado cuenta de que estaban húmedos. Completamente empapados. Se inclinó hacia delante los miró atentamente. ¿Era, después de todo, humedad aquello que fluía en un débil reguero de los descoloridos leños? No, era savia; viscosa y desagradable savia.

Cogió el atizador y, en un arranque de ira, lo hundió entre los leños, intentando avivar la llama y trocar aquel humo verdoso en un fuego normal. Fue en vano. Los leños no querían arder. Y, mientras canto, la savia seguía deslizándose sobre la rejilla y el olor dulzón llenaba la habitación, revolviéndole el estómago. Se llevó el vaso y un libro al despacho, encendió la estufa eléctrica y se instaló allí.

Todo aquello era estúpido. Le recordaba los tiempos en que, con el pretexto de escribir cartas, subía al despacho porque Midge estaba en el salón. Por las noches, cuando había terminado los quehaceres del día, Midge tenía la costumbre de bostezar; una costumbre de la que ni siquiera se daba cuenta. Se sentaba en el sofá y comenzaba su labor de punto. Sonaba el chasquido, rápido y furioso, de las agujas, y de pronto, empezaban aquellos profundos bostezos, un prolongado «¡Ah... ah—hi—oh!», seguido por el inevitable suspiro. Se hacía luego el silencio, sólo interrumpido por el entrechocar de las agujas, pero él sabía que, a los pocos minutos, se produciría otro bostezo y otro suspiro.

Sentía brotar en su interior una ira sorda, un violento deseo de tirar el libro al suelo y exclamar: «Pero bueno, si tan cansada estás, ¿no sería mejor que te fueses a la cama?

Pero se contenía y, al cabo de un rato, cuando ya no podía aguantar más, se levantaba y abandonando el salón, se refugiaba en el despacho. Y ahora estaba haciendo lo mismo por culpa de la leña del manzano. Por culpa de aquel condenado y fétido olor de la madera humeante.

Siguió sentado ante su mesa, esperando que llegara la hora de la cena. Eran cerca de las nueve cuando la asistenta, después de dejarlo todo preparado, le hizo la cama y se marchó.

Regresó al salón, en el que no había vuelto a entrar en toda la tarde. El fuego se había apagado. Se veía que había hecho algún esfuerzo por arder, pues los leños estaban consumidos en parte y se habían hundido más que antes en la rejilla. Había

pocas cenizas, pero el desagradable olor subsistía en los agonizantes rescoldos. Fue a la cocina, cogió un cubo vacío y lo llevó al salón. Echó en él los leños y las cenizas. El cubo debía de contener algún residuo de la humedad, o los leños no estaban secos todavía, porque, al echarlos, parecieron ennegrecerse y cubrirse de una especie de espuma. Bajó al sótano, abrió la portezuela de la caldera de la calefacción central y vació en ella el cubo.

Se acordó entonces, demasiado tarde, de que hacía dos o tres semanas que, con la llegada de la primavera, habían dejado apagar la calefacción central y que, a menos que la encendiera entonces, los leños continuarían allí, intactos, hasta que llegara el invierno. Encontró papel, cerillas y un bote de parafina, lo echó al horno, lo encendió y, cerrando la puerta de la caldera, escuchó el rugir de las llamas. Eso lo arreglaba todo. Esperó un momento; luego, volvió a subir la escalera y se dirigió al salón para encender de nuevo el fuego. Le costó algún tiempo, porque tuvo que buscar leña y carbón, pero con un poco de paciencia lo consiguió y, finalmente, se sentó en el sillón junto a las llamas.

Llevaría leyendo unos veinte minutos, cuando oyó el batir de una puerta. Cerró el libro y escuchó. Al principio, nada. Después, volvió a oírse el ruido. Un chirrido, el golpe de alguna puerta mal cerrada que venía del lado de la cocina. Se levantó y fue a cerrarla.

Era la puerta que daba a las escaleras del sótano. Juraría que la había cerrado antes. Debía de haberse soltado el pestillo. Encendió la luz y lo examinó. No parecía que estuviese averiado. Ya iba a cerrar la puerta, cuando volvió a percibir el olor. El dulzón y nauseabundo olor de la madera del manzano al quemarse. Subía desde el sótano y llegaba hasta él.

De pronto, sin razón alguna, se sintió dominado por el miedo, por el pánico, casi. ¿Y si el olor se esparcía por toda la casa durante la noche, llegaba hasta el primer piso y, mientras dormía, penetraba en su alcoba, y le sofocaba de modo que no pudiese respirar? La idea era ridícula, disparatada... Y sin embargo...

Hizo un esfuerzo y bajó de nuevo al sótano. De la caldera no salía ningún sonido, las llamas no rugían ya. Mas por las rendijas de su puerta se filtraban tenues nubéculas de un humo verdoso; era esto lo que había notado desde el piso de arriba.

Se acercó a la caldera y abrió la portezuela. El papel y las virutas que echó habían ardido por completo. Pero los leños, los leños del manzano, no. Yacían allí, tal como habían quedado al caer, chamuscados, ennegrecidos, como los huesos de alguien que hubiese muerto abrasado. Sintió náuseas. Se llevó el pañuelo a la boca; se ahogaba. Luego, sin darse cuenta de lo que hacía, subió corriendo la escalera para buscar el cubo vacío y, con ayuda de una pala y unas tenazas, se puso a sacar los leños por la estrecha puertecilla de la caldera. Se le revolvía el estómago. Consiguió, por fin, llenar el cubo y, subiendo la escalera, lo llevó a la puerta trasera.

Se asomó al exterior. No había luna y estaba lloviendo. Se levantó el cuello de la

chaqueta y escrutó la oscuridad, buscando dónde arrojar los leños. Llovía demasiado y estaba demasiado oscuro para ir hasta el huerto y echarlos en el montón de basura; sin embargo, en el prado que se extendía cerca del garaje la hierba era espesa y alta, y podía esconderlos allí. Avanzó por el sendero de grava y, al llegar a la valla del prado, arrojó su carga sobre la hierba. Los leños irían pudriéndose allí con la lluvia, y acabarían por formar parte integrante de la tierra. Poco le importaba. Ya no era responsable de ellos. Estaban fuera de su casa y no le preocupaba lo que fuese de ellos.

Regresó a su casa y, esta vez, se aseguró de que estaba bien cerrada la puerta del sótano. El aire era puro otra vez. Se había disipado el olor.

Volvió al salón para calentarse junto al fuego, pero sus pies y sus manos, completamente calados por la lluvia, y su estómago, aún revuelto por el penetrante olor del humo del manzano, se combinaban para enfriarle por completo. Tiritando, se sentó.

Aquella noche durmió con sueño agitado y al despertarse por la mañana no se encontraba bien. Le dolía la cabeza y tenía mal sabor de boca. No salió. Notaba molestias en el hígado. Para desahogarse, habló ásperamente a la asistenta.

—He cogido un catarro tremendo esta noche, intentando calentarme —dijo—. Y todo por la madera del manzano. Su asqueroso olor me ha revuelto el estómago. Ya puede decírselo a Willis cuando venga mañana.

La mujer le miró con expresión de incredulidad.

—Lo siento mucho —dijo—. Anoche, al llegar a casa, le hablé a mi hermana de esa madera y de lo poco que le había gustado a usted. Le pareció muy raro. Se tiene por un lujo quemar madera de manzano y además, arde muy bien.

—Pues ésta no —replicó—, y no quiero oír hablar más de ella. Y en cuanto al olor..., parece que lo noto todavía, me ha dejado completamente molido.

Ella apretó los labios.

—Lo siento —dijo.

Y entonces, al salir del comedor, se fijó en la vacía botella de whisky que había en el aparador. Titubeó un momento y luego, la puso en la bandeja.

—¿Ha terminado con ella, señor? —preguntó.

¡Claro que había terminado con ella! Era evidente, puesto que estaba vacía. Se daba cuenta, no obstante, de la insinuación. Quería dar a entender que todo aquello del olor del humo y de la indisposición que le había producido, se reducía simplemente a que había empuinado demasiado el codo. ¡Maldita impertinente!

—Sí —respondió—. Traiga otra.

Eso la enseñaría a ocuparse de sus asuntos.

Pasó varios días enfermo, completamente aturdido y ofuscado y, al fin,

telefoneó al médico para que fuera a verle. La historia de la madera del manzano sonó absurda cuando se la contó. El médico no pareció inquieto después de haberle examinado.

—Un poco de frío al hígado —dijo—, pies mojados y, seguramente, que habrá comido algo que le ha sentado mal. Todo se ha juntado, pero no creo que el humo de la leña tenga nada que ver. Debía usted hacer más ejercicio, si tiene tendencias hepáticas. Juegue al golf. Yo no podría mantenerme en forma si no fuese por mis partidas de golf de los domingos. Rió mientras cerraba su cartera.

—Le recetaré algo —añadió—, pero yo, en su lugar, en cuanto dejase de llover saldría a tomar el aire. La temperatura es bastante agradable y todos necesitamos un poco de sol. El jardín de usted va más adelantado que el mío. Sus árboles frutales están floreciendo ya.

Y, al salir, concluyó:

—No olvide que ha sufrido una impresión muy fuerte hace unos meses. Cuesta un poco rehacerse de estas cosas. Todavía echa usted de menos a su mujer. Lo mejor es que salga, hable con la gente, se distraiga. Bueno, adiós y cuídese.

El paciente se vistió y bajó la escalera. El médico estaba lleno de buena voluntad, desde luego, pero su visita había sido una pérdida de tiempo. «Todavía echa usted de menos a su mujer.» ¡Qué poco comprendía aquel hombre la situación! ¡Pobre Midge...! Él, por lo menos, tenía la sinceridad de reconocer que no la echaba de menos en absoluto, que ahora que ella había desaparecido, tenía la impresión de respirar más libremente y que, de no ser por aquel pequeño trastorno del hígado, hacía años que no se sentía tan a gusto.

La asistente había aprovechado los pocos días que él había pasado en cama para hacer la limpieza a fondo del salón. Le parecía un trabajo innecesario, pero suponía que formaba parte del legado que Midge había dejado tras de sí. La habitación aparecía limpia y reluciente, y mucho más ordenada. Sus libros, papeles y demás objetos personales se hallaban cuidadosamente alineados. Verdaderamente, era un fastidio tener que depender de las rigurosas ideas sobre el orden de otra persona. Le daban ganas de despedir a la asistente y arreglárselas solo, pero le contenía la idea de tener que cocinar y lavar. Desde luego, la vida ideal era la que llevaban los hombres de Oriente o de los mares del Sur. Allí no había problemas. Servicio silencioso y perfecto, cocina excelente, ninguna necesidad de sostener una conversación y, si se deseaba algo más, allí estaba ella, joven, ardiente, la fiel compañera de las horas nocturnas. Nada de críticas, sólo la obediencia de un animal hacia su amo y la alegre risa de una niña. Sí, eran verdaderamente sabios los individuos que rompían con los convencionalismos.

Se acercó a la ventana y contempló el declive del prado. Ya casi no llovía; mañana haría buen tiempo. Podría salir, como le había aconsejado el médico. Por cierto, que éste tenía razón en lo que había dicho de los árboles frutales. Aquel

pequeño, que estaba cerca de las escaleras, había florecido ya, y un mirlo se había posado en una de sus ramas, que se balanceaba ligeramente bajo su peso.

Relucían las gotas de lluvia y los capullos aparecían sonrosados y firmemente cerrados, pero, cuando saliese el sol al día siguiente, brillarían blancos y suaves bajo el azul del cielo. Tenía que buscar su vieja máquina fotográfica, ponerle un rollo y sacar una foto al arbolito. Los demás florecerían también esa misma semana. En cuanto al árbol viejo, el de la izquierda, parecía tan muerto como siempre; o, por lo menos, los pretendidos brotes eran tan oscuros que no se apreciaban desde donde él se hallaba. Quizá la caída de la rama hubiese determinado su fin. No sería él quien lo lamentara.

Se apartó de la ventana y comenzó a ordenar la habitación a su gusto, desparramando las cosas a su alrededor. Le gustaba matar el tiempo abriendo cajones, sacando cosas y volviéndolas a poner en su sitio. En una de las mesitas laterales había un lápiz rojo que debía de haber estado detrás de un montón de libros y que la mujer había encontrado durante su limpieza. Le sacó punta y afiló bien la mina. En otro cajón, encontró un rollo de película y lo guardó para ponerlo en su máquina al día siguiente. Había también montones de papeles y docenas de fotografías. En otro tiempo, Midge había tenido la costumbre de clasificarlas e irlas colocando en álbumes, pero durante la guerra había perdido interés por ello, o quizá tenía otras muchas cosas que hacer.

La verdad era que convenía desprenderse de todos aquellos papelotes. Habrían dado un buen fuego la otra noche y puede que, incluso, hubiesen hecho arder a los leños del manzano. Era absurdo conservarlos. Por ejemplo, aquella borrosa foto de Midge, sacada hacía Dios sabe cuántos años, poco después de la boda, a juzgar por el vestido que llevaba. ¿Era posible que se peinara así, entonces? ¡Aquél tupé tan alto que alargaba aún más su rostro, ya de por sí flaco y afilado! El escote en pico, los largos pendientes y la forzada sonrisa que hacía parecer su boca más grande aún de lo que era... En el ángulo izquierdo había escrito: «A mi querido Buzz, de su enamorada Midge.» Se había olvidado por completo de este apelativo, abandonado muchos años atrás. Le parecía recordar que nunca le había gustado; lo encontraba ridículo y embarazoso, y en alguna ocasión la había reñido por utilizarlo delante de otras personas.

Rompió en dos la fotografía y la echó al fuego. La vio enrollarse sobre sí misma y consumirse, y lo último que desapareció fue, aquella viva sonrisa. Mi querido Buzz... Recordó, de pronto, el vestido de noche que llevaba en la fotografía. Era un vestido verde, color que nunca le había sentado bien, porque la hacía parecer más pálida; lo había comprado para una ocasión especial, para cenar con unos amigos que celebraban su aniversario de boda. La idea de la cena había sido invitar a todos aquellos amigos y vecinos que se habían casado aproximadamente por las mismas fechas, y ésa fue la razón por la que acudieron él y Midge.

Se bebió champaña en abundancia, hubo varios discursos, se contaron chistes —algunos de ellos bastante picantes— y reinó, en general, la cordialidad, la risa y la alegría. Recordaba que, terminada la reunión, y cuando estaban subiendo al coche, su anfitrión les dijo con una carcajada: «Intenta cumplir tus deberes con sombrero de copa, muchacho. ¡Dicen que es irresistible!» Había percibido la proximidad de Midge, rígida e inmóvil con aquel vestido verde, y en su rostro aquella misma sonrisa que tenía en la fotografía que acababa de romper. No parecía muy segura del significado de las palabras que su anfitrión, ligeramente embriagado, había soltado en el aire de la noche, pero se la notaba deseosa de mostrarse moderna, ansiosa de complacer y, sobre todo, desesperadamente ansiosa de atraer.

Al entrar en la casa, después de haber dejado el coche en el garaje, la encontró esperándole, sin motivo alguno. Se había quitado el abrigo para dejar al descubierto el vestido de noche y seguía mostrando en su rostro la misma incierta sonrisa.

El había bostezado y, dejándose caer en un sillón, había cogido un libro. Midge esperó un rato; luego, cogió el abrigo y subió lentamente las escaleras. Debió de haber sido poco después de eso cuando se sacó la fotografía. «A mi querido Buzz, de su enamorada Midge.» Echó un puñado de astillas al fuego. Crujieron, crepitaron y la fotografía quedó reducida a cenizas. No había leños verdes aquella noche...

El día siguiente amaneció caluroso y despejado. Brillaba el sol y los pájaros cantaban. Sintió un súbito deseo de ir a Londres. Era un día espléndido para pasear a lo largo de Bond Street mirando pasar a la gente. Un día para ir al sastre, cortarse el pelo y deleitarse saboreando una docena de ostras en su bar favorito. Se le había pasado el catarro. Le esperaban unas horas muy agradables. Incluso podría ir al teatro por la tarde.

El día discurrió tranquilo, apacible, sin incidentes, tal como él lo había planeado, y constituyó un cambio en la rutina diana. Empezó el regreso a eso de las siete, pensando con deleite en el aperitivo y en la cena. Hacía tanto calor que, ni siquiera después de haberse puesto el sol, sintió necesidad de ponerse el abrigo. Saludó con la mano al granjero, que pasaba junto a la puerta en el momento en que enfilaba el coche en dirección a la casa.

—¡Hermoso día! —exclamó. El hombre asintió, sonriendo.

—Ojalá vengan muchos iguales —dijo.

Buena persona. Se habían hecho muy amigos desde aquellos días de la guerra en que él conducía el tractor.

Encerró el coche, se tomó un trago de whisky y salió a dar una vuelta al jardín para hacer tiempo hasta la hora de la cena. Aquellas horas de sol habían producido un gran cambio. Habían florecido varios narcisos y los setos estaban verdes y lozanos. En cuanto a los manzanos, habían reventado sus capullos y estaban todos en flor. Se acercó a su árbol favorito y tocó la flor. La notó suave al tacto. Sacudió

ligeramente la rama. Era fuerte y flexible; no se caería. Apenas se percibía aún el aroma, pero dentro de un par de días, con un poco más de sol y algún que otro aguacero, su perfume, suave y sutil, llenaría el aire. Perfume discreto que es preciso descubrir por uno mismo, como hacen las abejas. Y, una vez descubierto, persiste, agradable, reconfortante, delicado. Acarició al árbol y volvió a entrar en la casa.

A la mañana siguiente, mientras estaba desayunando, la asistente llamó a la puerta del comedor y le dijo que Willis quería hablar con él. Le dijo que pasara.

El jardinero parecía afligido. ¿Qué pasaría?

—Perdone que le moleste, señor —dijo—, pero he tenido unas palabras con el señor Jackson esta mañana. Ha venido a quejarse. Jackson era el granjero, el propietario de los campos colindantes.

—¿De qué se quejaba?

—Dice que yo he tirado unos leños a su prado por encima de la valla y que el potro que pasaba por allí con la yegua tropezó con ellos y se ha quedado cojo. Pero en mi vida he tirado leños por encima de la valla, señor. Se ha puesto muy grosero. Ha hablado del precio del potro y decía que esto eliminaba toda posibilidad de venderlo.

—Supongo que le habrá dicho usted que era falsa su acusación.

—Sí, señor. Pero la cosa es que alguien ha tirado leña por encima de la valla. He ido con el señor Jackson y lo he visto. Justo detrás del garaje. He creído conveniente ponerle a usted al corriente, antes de contarlo en la cocina. Ya sabe lo que pasa...

Sentía fija en él la mirada del jardinero. Imposible negarlo. Aunque, de todos modos, la culpa era de Willis en primer término.

—No hace falta que diga nada en la cocina, Willis —dijo—. Fui yo quien tiró esos leños. Usted los trajo a casa sin consultar conmigo, y el resultado fue que llenaron de humo la habitación, apagaron el fuego y me echaron a perder la velada. En un arrebató de ira, los tiré por encima de la valla y si han lesionado al potro de Jackson, preséntele mis excusas y dígame que le indemnizaré. Pero le ruego que no vuelva a traer más leños de esos a esta casa.

—No, señor. Comprendo que no ha sido un éxito, precisamente. Pero nunca creí que llegara usted hasta el punto de tirarlos de esa manera.

—Bueno, pues lo hice. Y no hay más que hablar.

—Sí, señor.

Willis hizo ademán de retirarse, pero se detuvo y dijo:

—De todos modos, no comprendo que no ardiesen esos leños. Llevé un trozo a mi mujer y ardió estupendamente en nuestra cocina.

—Pues aquí no.

—En todo caso, parece que el árbol viejo va a recuperar la rama perdida. ¿Lo ha

visto esta mañana?

—No.

—Pues presenta un aspecto magnífico, todo lleno de flores. Seguramente que ha sido por el sol que hizo ayer y por el calor de esta noche. Debería salir usted a verlo por sí mismo. Vale la pena.

Willis salió de la habitación, y él siguió desayunando. Luego salió a la terraza. No se dirigió directamente hacia el césped. Simuló primero tener que hacer otras cosas. Como el tiempo parecía haberse estabilizado, sacó al exterior el pesado sillón en que solía sentarse y, luego, comenzó a podar los rosales que crecían bajo las ventanas. Pero, al fin, algo le atrajo hacia el manzano.

Estaba tal como lo había descrito Willis. Ignoraba si se debía al efecto del sol y de la tibieza de la noche, pero lo cierto era que los menudos y oscuros brotes habían florecido y se desplegaban sobre su cabeza como una fantástica nube, húmeda y blanca. En lo alto del árbol, las flores se espesaban tanto y crecían tan apiñadas que parecían pedazos de algodón, y todas, desde las más elevadas hasta las más próximas al suelo, presentaban la misma pálida y enfermiza blancura.

No parecía un árbol; semejava más bien una tienda de campaña abandonada bajo el sol. La floración era demasiado espesa, una carga demasiado pesada para un tronco tan delgado, y la humedad que la empapaba la hacía más pesada aún. El esfuerzo había sido ya tan grande, que las flores bajas, las más cercanas al suelo estaban empezando a oscurecerse. Y, sin embargo, no había llovido.

Willis tenía razón. El árbol había florecido. Pero, en vez de florecer a la vida y la belleza, se había torcido en su desarrollo y, por efecto de alguna oculta característica de su naturaleza, se había convertido en un monstruo. Un monstruo que, ignorante de su forma y de su aspecto, creía agradar. Parecía como si dijese con una tímida sonrisa: «Mira, todo esto es para ti.»

De pronto, oyó pasos a su espalda. Era Willis.

—Hermoso espectáculo, ¿verdad, señor?

—Lo siento, pero no me gusta. Hay demasiadas flores.

El jardinero se le quedó mirando y no dijo nada.

Se le ocurrió que Willis debía de considerarle un hombre difícil de tratar, áspero y, posiblemente, excéntrico. Seguramente lo comentaría en la cocina con la asistenta.

Hizo un esfuerzo y le sonrió.

—Escuche —dijo—, no es que quiera llevarle la contraria. Pero todas esas flores no me interesan. Me gustan más pequeñas y de un colorido más vivo, como las del arbolito de al lado. Pero llévele algunas a su mujer. Corte todas las que quiera. No me importa. Me agradará que lo haga.

Hizo un ademán generoso con el brazo. Quería que Willis fuese a buscar una

escalera de mano y se llevase todas aquella flores.

El hombre movió la cabeza. Parecía escandalizado.

—Muchas gracias, señor, pero yo no podría hacer semejante cosa. Sería echar a perder el árbol. Prefiero esperar a que dé frutos. No había más que decir.

—Está bien, Willis. Como usted quiera.

Volvió a la terraza. Se sentó al sol, mirando el césped que subía en cuesta delante de él, pero no podía ver al arbolito modesto y tranquilo que alzaba su dulce floración hacia el cielo. Quedaba oculto por el monstruo y su gran nube de flojos pétalos que comenzaban ya a amarillear sobre la hierba. Y, por mucho que cambiase de sitio a su sillón a lo largo de la terraza, le parecía que no podía huir del árbol y que éste se erguía lleno de reproche y de deseo, ávido de una admiración que él no le podía dar.

Aquel verano se tomó unas vacaciones más largas de lo que tenía por costumbre. Estuvo apenas diez días en casa de su madre, en Norfolk —en lugar del mes entero que solía pasar allí con Midge—, y el resto de agosto y todo setiembre lo pasó viajando por Suiza e Italia.

Se llevó el coche, a fin de poder ir de un lado a otro a su capricho. Le tenía sin cuidado la belleza de los paisajes y no era aficionado a escalar, de modo que no realizaba excursiones. Lo que más le gustaba era llegar a una ciudad pequeña al caer la tarde, elegir un hotel, pequeño pero confortable, y quedarse allí dos o tres días seguidos sin hacer nada más que vagabundear.

Le agradaba pasarse toda la mañana sentado al sol en algún café o restaurante, delante de un buen vaso de vino, y mirar a la gente. Le gustaba oír a su alrededor el murmullo de las conversaciones, a condición de no verse obligado a participar en ellas; cambiar de vez en cuando una sonrisa con alguien, saludar brevemente a algún huésped del mismo hotel, pero nada que le comprometiese, lo justo para tener la sensación de ir con la corriente, de formar parte de ese mundo de descanso y movimiento.

Lo malo de las vacaciones que había pasado con Midge, era la costumbre de ésta de trabar conocimiento con algún matrimonio que le parecía «distinguido», o como ella decía, «de nuestra clase». Empezaba a charlar, mientras tomaban café, y se lanzaba en seguida a planear excursiones en común y a hablar de la conveniencia de alquilar un coche entre los cuatro. Él no podía soportarlo, y sus vacaciones se quedaban echadas a perder.

Ahora, gracias a Dios, no ocurría nada parecido. Hacía lo que quería y cuando quería. No estaba allí Midge para decirle «¿Qué? ¿Nos vamos?», cuando estaba tranquilamente sentado delante de su vaso de vino, ni para proponerle visitar alguna vieja iglesia que no le interesaba en absoluto.

Durante sus vacaciones engordó, pero eso no le importó lo más mínimo. No había nadie que le propusiera dar un largo paseo para ayudar a hacer la digestión, después de una buena comida, ahuyentando así la agradable somnolencia que se siente al tomar el postre y el café; nadie que le mirase con sorpresa al ver que se ponía una camisa de colores chillones, o una corbata extravagante.

Al deambular por ciudades y pueblos, fumando un cigarro, con la cabeza descubierta y recibiendo las sonrisas de los jóvenes que se cruzaban con él, se sentía feliz. Eso era vida; ninguna preocupación, ningún cuidado. Nada de «tenemos que volver el día quince, para asistir a la reunión de la Junta de Beneficencia»; nada de «no podemos dejar cerrada la casa más de quince días; podría ocurrir algo». En vez de ello, las brillantes luces de una feria local, en un pueblo cuyo nombre ni siquiera se molestaba en averiguar; el sonido de la música, las risas de los chicos y las chicas, y él mismo, tras haberse bebido una botella de vino del país, inclinándose ante una jovencita tocada con un pañuelo de flores y pidiéndole que bailara con él. No importaba que perdiera el compás —hacía años que no bailaba—, la cuestión era que estaba allí, disfrutando de la vida. Soltaba a la muchacha, al terminar la pieza, y ella volvía riendo al lado de sus amigas, burlándose, sin duda, de él. ¿Qué importaba? Él se había divertido.

A finales de setiembre, cuando empezó a cambiar el tiempo, salió de Italia y llegó a casa en la primera semana de octubre. Ningún problema. Un telegrama a la asistenta indicándole la fecha probable de su llegada, y nada más. Con Midge, en cambio, hasta las más breves vacaciones implicaban una serie enorme de dificultades. Instrucciones escritas acerca de la tienda de comestibles, de la panadería, de la lechería, del repartidor de periódicos, de la necesidad de limpiar las chimeneas, de ventilar las habitaciones... Todo eran complicaciones.

Llegó en una plácida tarde de octubre. Salía humo de las chimeneas, estaba abierta la puerta principal y su apacible hogar le estaba esperando. Nada de precipitarse a la cocina para inquirir sobre posibles desastres: atascos de los desagües, rotura de cañerías, cortes de agua, escasez de alimento; la asistenta se guardaba muy bien de importunarle con semejantes cosas. Simplemente: «Buenas tardes, señor. Espero que haya pasado unas buenas vacaciones. ¿La cena a la hora de costumbre?» Y luego, silencio. Podía tomarse un trago, encender su pipa y descansar. El pequeño montoncito de cartas carecía de importancia. No tenía que presenciar aquella prisa febril por abrirlas, ni escuchar aquellas interminables conversaciones telefónicas entre amigas: «¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas? ¿De verdad? ¡Querida...! ¿Y tú qué le dijiste? ¡Sí? ¡Oh! Pero el viernes no podré ir, seguramente.»

Se estiró voluptuosamente y contempló complacido el confortable y vacío salón. El viaje desde Dover le había abierto el apetito y la carne le supo a poco, acostumbrado como estaba a las comidas extranjeras. Pero no le vendría mal volver a un régimen más frugal. A la carne siguió una sardina asada, y luego miró a su

alrededor, buscando el postre.

Encima del aparador había una bandeja con manzanas. Las cogió y las puso sobre la mesa. No tenían muy buen aspecto. Eran pequeñas, arrugadas, de color oscuro. Mordió una de ellas, pero al notar su sabor se apresuró a escupir. Estaba podrida. Probó otra. Lo mismo. Miró más de cerca las demás. Tenían la piel correosa, áspera y dura; parecía lógico que fuesen agrias. Por el contrario, eran blandas y fofas, y las pepitas tenían un matiz amarillento. Un gusto asqueroso. Un trocito se le había quedado entre los dientes. Lo sacó. Fibroso, repugnante...

Tocó el timbre, y la sirvienta acudió desde la cocina.

—¿No hay otro postre? —preguntó.

—No, señor. Recordé que a usted le gustaban mucho las manzanas, y Willis trajo ésas del jardín. Dijo que eran buenísimas y que estaban muy maduras.

—Pues se ha equivocado de medio a medio. No hay quien las coma.

—Lo siento mucho, señor. No se las habría puesto, de haberlo sabido. Y en la cocina hay muchas más. Willis trajo un cesto lleno.

—¿De la misma clase?

—Sí, señor. Pequeñas y oscuras. No hay otras.

—Bueno; la cosa ya no tiene remedio. Mañana por la mañana me ocuparé de ello.

Se levantó de la mesa y pasó al salón. Bebió un vaso de oporto para quitarse el gusto de las manzanas, pero no lo consiguió, a pesar de que comió también una galleta. El sabor a pulpa podrida persistía adherido a su lengua y a su paladar. No tuvo más remedio que ir al cuarto de baño a limpiarse los dientes. Y lo peor era que una manzana buena y sana le habría sentado a las mil maravillas después de aquella vulgar comida; una que tuviese la piel suave y cuyo sabor no fuese demasiado dulce, un poquitín ácido, más bien. Conocía la clase. Era un placer morderlas. Claro que había que cogerlas en el momento oportuno.

Aquella noche soñó que había vuelto a Italia y que estaba bailando de nuevo sobre el empedrado de la pequeña plaza. Al despertar, le parecía oír aún la saltarina música en sus oídos, pero no pudo recordar el rostro de la muchacha, ni la sensación de su cuerpo al rozarle cuando tropezaba con su pie. Trató de evocar todo aquello, mientras tomaba el té en la cama, pero la memoria no le respondió.

Se levantó y fue hacia la ventana para ver qué tiempo hacía. Bastante bueno, con un poco de aire fresco.

Entonces vio al árbol. El espectáculo fue tan inesperado que experimentó una sacudida. Comprendió enseguida de dónde procedían las manzanas de la noche anterior. El árbol se encorbaba, agobiado bajo la carga de sus frutos. Pequeños y oscuros, se apiñaban en cada una de las ramas e iban disminuyendo de tamaño a

medida que crecían más arriba, de tal modo que las manzanas más altas no eran mayores que nueces. Gravitaban tan pesadamente sobre el árbol que éste se doblegaba hasta el punto de que sus ramas más bajas rozaban casi el suelo; y, sobre la hierba, alrededor del tronco, se extendían más manzanas caídas, empujadas por sus hermanas ávidas de espacio. El suelo se hallaba cubierto de estos frutos, muchos de los cuales se habían reventado al caer y se pudrían sobre la tierra. Nunca en la vida había visto un árbol tan cargado de frutos. Era un milagro que no se hubiese derrumbado bajo el peso.

Salió antes de desayunar —la curiosidad era demasiado fuerte— y se quedó en pie junto al árbol, mirándolo. No había duda; eran las mismas manzanas que le habían servido la noche anterior. Pequeñas como mandarinas, y algunas más aún, crecían tan apretadamente sobre las ramas, que para coger una sería preciso arrancar una docena.

Había algo monstruoso y repugnante en aquel espectáculo; y, sin embargo, movía a compasión ver al árbol sometido a semejante suplicio, porque era un verdadero suplicio, no había otra palabra para designarlo. El árbol gemía torturado por el peso de los frutos, y lo más terrible era que ninguno de ellos era comestible. Todas las manzanas estaban enteramente podridas. Aplastó bajo sus pies las que estaban caídas sobre la hierba y, en un momento, se convirtieron en una masa blanda y viscosa que se adhería a sus talones. Se vio obligado a limpiarse los zapatos con un puñado de hierba.

Habría sido preferible que el árbol hubiese muerto, seco y desnudo, antes de que ocurriera semejante cosa. ¿De qué le servía a nadie aquella carga de fruta podrida que cubría el suelo? El propio árbol se doblegaba lleno de sufrimiento y, sin embargo —lo hubiese jurado—, presentaba un aspecto contento, triunfal.

Así como, en primavera, aquella masa de floración incolora y húmeda atraía ineluctablemente la vista, así también ahora sus frutos tenían algo fascinante. Era imposible dejar de ver aquel árbol. Todas las ventanas de la parte delantera de la casa daban sobre él. Ya sabía lo que iba a pasar. Las manzanas continuarían pegadas a las ramas durante todo el mes de octubre y todo el mes de noviembre, hasta que alguien las cogiese; y nadie las cogería, porque era de todo punto imposible comerlas. Ya se veía fastidiado por aquel árbol durante todo el otoño. Cada vez que saliera a la terraza, lo vería allí, odioso, repugnante.

Era curioso hasta qué punto destacaba aquel árbol. Era un perpetuo recuerdo del hecho de que él..., bueno, que le ahorcaran si sabía decir qué... Un perpetuo recuerdo de todas las cosas que más aborrecía y que no sabía decir cuáles eran. Decidió, entonces, que Willis cogiese las manzanas y se las llevara lejos, que las vendiera, se desembarazara de ellas, o hiciera lo que le diese la gana, con tal de que no tuviera él que comérselas, ni se viera obligado a estar contemplando día tras día, durante todo el otoño, aquel árbol agobiado de peso.

Le volvió la espalda y le alivió comprobar que ninguno de los demás árboles se había abandonado a un exceso tan degradante. Mostraban una espléndida cosecha, sin nada anormal, y como era de esperar, el arbolito que estaba a la derecha del viejo manzano presentaba un magnífico aspecto con su ligera carga de manzanas de tamaño medio, suavemente rosadas y de un color encendido allí donde el sol las había madurado. Decidió coger una y llevársela para comerla con el desayuno. Hizo su elección y, al primer contacto, la manzana cayó de su mano. Parecía tan buena que la mordió con apetito. No le decepcionó; era jugosa, de olor agradable, ligeramente ácida y estaba aún cubierta de rocío. Sin mirar de nuevo al árbol viejo, volvió a entrar en la casa para desayunar. Se le había abierto el apetito.

Cerca de una semana tardó el jardinero en despojar de sus frutos al viejo manzano, y no ocultó su desaprobación.

—No me importaba lo que haga con ellas —le dijo su patrón—. Puede venderlas y guardarse el dinero, o llevárselas a casa y alimentar con ellas a sus cerdos. No puedo soportar la vista de esas manzanas, eso es todo. Busque una escalera y empiece en seguida.

Le dio la impresión de que Willis alargaba deliberadamente el tiempo. Le vio desde la ventana trabajar con movimientos extremadamente lentos. Primero, colocó la escalera, subió parsimoniosamente por ella y volvió a bajar para afianzarla mejor. Y, por fin, empezó a arrancar las manzanas, echándolas una a una en el cesto. Esto duró varios días. Willis estaba constantemente inclinado sobre las crujientes ramas en lo alto de la escalera y, debajo de él, se extendían cestos, cubos, baldes, todo recipiente que sirviera para contener las manzanas.

Por fin quedó terminado el trabajo. Desaparecieron los cestos y los cubos y el árbol se mostró completamente desnudo. Aquella tarde, lo estuvo mirando con satisfacción. No habría ya más frutos podridos que le ofendieran la vista. Habían desaparecido todas las manzanas. Sin embargo, el árbol, en lugar de parecer más aligerado por falta de fruto que le agobiaba, semejaba hallarse más abatido aún. Las ramas, todavía encorvadas, y las hojas, marchitas ya por el frío de las noches otoñales, se plegaban sobre sí mismas y se estremecían. «¿Ésta es mi recompensa? —parecían decir—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti?»

Al debilitarse la luz, la sombra del árbol proyectaba un manchón oscuro en la noche. Pronto llegaría el invierno, con sus días oscuros y melancólicos.

Nunca le había gustado mucho el invierno. Antes, cuando iba todos los días a su oficina de Londres, había significado el tener que coger el tren en la semioscuridad de la mañana gris. Y, antes de las tres de la tarde, los empleados encendían las luces para disipar la oscuridad producida por la niebla que flotaba en el aire frío y triston. Y el lento regreso en tren, en compañía de otros trabajadores que abarrotaban los compartimientos, la mayoría de ellos acatarrados. Y, después, la larga velada junto a la chimenea del salón, escuchando, o fingiendo escuchar, el relato que Midge le hacía

de todo lo que había ocurrido durante el día y de las innumerables cosas que habían salido mal.

Si no se había producido ninguna catástrofe doméstica, Midge recurría a algún suceso reciente para dar un tinte sombrío al ambiente. «Parece que van a subir las tarifas ferroviarias. ¿Qué pasará con tu abono?» O bien: «Se está poniendo feo ese asunto del' África del Sur. En la emisión de las seis han hablado mucho de ello.» O: «Hay otros tres casos más de polio en el hospital. No sé en qué están pensando los médicos.»

Ahora podía prescindir por fin de su papel de oyente, pero el recuerdo de aquellas interminables veladas subsistía aún en su mente y cuando encendía las luces y corría las cortinas, le parecía oír todavía el clic-clac de las agujas, la charla vacía de su mujer y el ruido de sus inevitables bostezos. Empezó a frecuentar la taberna de «El Hombre Verde», situada a un cuarto de milla de distancia al borde de la carretera general. Nadie le molestaba allí. Se sentaba en un rincón, después de haber dado las buenas noches a la amable señora Hill, la propietaria, y fumando un cigarrillo y tomándose un whisky con soda, miraba a las gentes de los alrededores que entraban a beber una pinta de cerveza, jugar una partida y chismorrear un rato.

Era, en cierto modo, una continuación de sus vacaciones de verano. Le recordaba ligeramente el desenfadado ambiente de los cafés y restaurantes extranjeros; y había algo agradable y reconfortante en la taberna vivamente iluminada y llena de humo, atestada de aldeanos que no se preocupaban en absoluto de él. Aquellos ratos en la taberna acortaban las largas y sombrías veladas de invierno, haciéndolas más soportables.

A mediados de diciembre cogió un fuerte catarro y se vio obligado a suspender sus visitas a la taberna durante más de una semana. Tuvo que quedarse en casa. Y le sorprendió darse cuenta de lo mucho que echaba de menos a «El Hombre Verde» y lo mortalmente aburrido que le resultaba estar sentado en el salón o en su despacho sin otra cosa que hacer más que leer o escuchar la radio. El tedio y el resfriado le volvían hosco e irritable, y la forzada inactividad producía un efecto desfavorable sobre su hígado. Necesitaba ejercicio. Al terminar un día particularmente frío y gris, decidió que, hiciera el tiempo que hiciese, a la mañana siguiente saldría. El cielo había estado completamente cubierto desde media tarde y amenazaba nieve, pero no le importaba. No podía aguantar el quedarse veinticuatro horas más encerrado en la casa.

Lo que colmó su irritación fue la tarta que le fue servida en la cena. Se hallaba en esa fase final del catarro, en la que aún no se ha recuperado plenamente el sentido del gusto y el apetito es escaso, pero en la que se siente cierto vacío en el estómago y la necesidad de tomar alimentos cuidadosamente seleccionados. Media perdiz bien asada y un poco de queso le habrían sentado a las mil maravillas. Pero era pedir demasiado. La asistenta, carente en absoluto de imaginación, le había puesto una

platija, el más insípido y el más seco de todos los pescados. La mujer retiró las sobras —lo había dejado casi todo en el plato—, y luego volvió con una tarta. Su hambre distaba tanto de haberse aplacado, que se sirvió una buena ración.

Le bastó probarla. Atragantándose, tosiendo, escupió en el plato el primer bocado. Se levanto y tocó el timbre.

Apareció la mujer, sorprendida por la inesperada llamada.

—¿Qué diablos es esto?

—Tarta de compota, señor.

—¿Qué clase de compota?

—Compota de manzana, señor. La he hecho yo misma. Arrojó su servilleta sobre la mesa.

—Me lo figuraba. Y ha utilizado aquellas condenadas manzanas que yo rechazé hace meses. Ya les dije claramente, tanto a usted como a Willis, que no quería tales manzanas en mi casa.

El rostro de la mujer se contrajo.

—Usted dijo que no asáramos las manzanas, ni se las pusiéramos de postre, señor. Pero no dijo nada de hacer compota con ellas. Pensé que le gustaría. He puesto algunas para mí de esa forma, y estaban deliciosas, así que he preparado varios frascos de mermelada con las que me dio Willis. La señora y yo siempre hacíamos aquí las mermeladas y las compotas.

—Siento que se haya molestado, pero no puedo comer esto. Estas manzanas me desagradaron en otoño y, las ponga como las ponga, me seguirán desagradando. Llévase esa tarta a donde yo no pueda verla. Tomaré el café en el salón.

Salió del comedor temblando. Era grotesco que un incidente tan insignificante le alterara de aquel modo. ¡Santo Dios! ¡Qué estúpidos eran aquellos dos! Ella y Willis sabían de sobra que aborrecía aquellas manzanas, que detestaba su gusto y su olor, pero, en su tacañería, habían pensado ahorrar un poco de dinero dándole compota casera, compota hecha precisamente con aquellas odiosas manzanas.

Echó un trago de whisky y encendió un cigarrillo.

Al rato, apareció la mujer con el café. Puso la bandeja sobre la mesa, pero no se retiró.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señor?

—¿Qué ocurre?

—Creo que lo mejor será que me despida. Lo único que faltaba. ¡Qué día! ¡Qué noche!

—¿Por qué? ¿Porque no puedo comer tarta de manzana?

—No es eso sólo, señor. Pero noto que las cosas son muy distintas de antes. Hace tiempo que quería hablarle de ello.

—Pues no le doy mucho trabajo, ¿no?

—No, señor. Pero, cuando vivía la señora, yo notaba que mi trabajo era apreciado. Y ahora parece que no se le da ninguna importancia. Jamás se me dice nada, y aunque intente hacerlo todo lo mejor posible nunca sé a qué atenerme. Creo que me encontraría más a gusto en una casa donde hubiese una señora que supiera apreciar mejor mis servicios.

—Usted verá. Lamento que no se encuentre a gusto aquí.

—Y ha estado usted tanto tiempo fuera este verano, señor... Cuando la señora vivía, nunca estaban ausentes más de quince días. Han cambiado mucho las cosas. Me encuentro descentrada, señor; y Willis también.

—¿También Willis está harto?

—Yo no soy quién para decirlo, naturalmente. Sé que se llevó un disgusto con lo de las manzanas, pero hace ya mucho tiempo de eso. Quizá quiera hablarle personalmente él mismo.

—Quizá. Ignoraba que les estuviera resultando tan molesto a ustedes. Bien, basta. Buenas noches.

La mujer salió de la habitación y él miró sombríamente a su alrededor. Bueno, que se fueran si era eso lo que querían. Las cosas son distintas... Todo ha cambiado... ¡Qué estupidez! Que Willis se había disgustado por lo de las manzanas... ¡Qué insolencia! ¿Acaso no tenía derecho a hacer lo que le diera la gana con sus árboles? ¡Al diablo su catarro y el mal tiempo! No podía aguantar por más tiempo seguir sentado junto al fuego, pensando en Willis y en la cocinera. Se iría a la taberna y no pensaría más en el asunto.

Se puso el abrigo, la bufanda y un viejo sombrero y echó a andar con paso vivo por la carretera. Veinte minutos después se hallaba sentado en su rincón habitual de «El Hombre Verde», mientras la señora Hill, le servía su whisky y le expresaba su satisfacción por volver a verle. Algunos parroquianos le sonrieron y se interesaron por su salud.

—¿Ha cogido un resfriado, señor? Está visto que no se escapa nadie.

—Sí, es verdad.

—Bueno, es lo propio de esta época del año, ¿verdad?

—Desde luego. Lo malo es cuando le coge a uno el pecho.

—Pues no digamos cuando se le pone a uno la cabeza hecha un bombo, como si fuera a estallar.

—Cierto. Tan malo es uno como otro.

Buena gente aquella. Cordiales, amables, sin molestarle a uno, en absoluto.

—Otro whisky, por favor.

—Sí, señor. Le hará bien. Es lo mejor que hay contra el catarro.

La señora Hill resplandecía, radiante tras el mostrador. Voluminosa, reconfortante, una buena persona. A través del humo de los cigarros, le llegaba el rumor de las conversaciones, las risas, los comentarios que acompañaban a una jugada afortunada.

—...y no sé lo que vamos a hacer como empiece a nevar —decía la señora Hill—. Si viese lo que tardan en servir los pedidos de carbón... Podríamos arreglarnos si tuviéramos una buena carga de leña, pero ¿sabe lo que piden? Dos libras por cada saco. Lo que yo digo es que...

Él se inclinó hacia delante y dijo con voz que, incluso a sus propios oídos, sonó distante:

—Yo le traeré leña.

La señora Hill se volvió. No le estaba hablando a él.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Yo le traeré leña —repitió él—. Hay en mi finca un árbol que hace meses que debía haber sido cortado. Yo lo haré mañana para usted.

Ella sacudió la cabeza, sonriendo.

—No quería que se tomara usted esa molestia, señor. No tema, ya llegará el carbón.

—No es molestia, en absoluto. Será un placer. Hay que hacer ejercicio; además estoy engordando demasiado. Cuente conmigo.

Se levantó y empezó a ponerse el abrigo.

—Es madera de manzano —dijo—. ¿No le importa?

—Ni mucho menos —respondió ella—. Cualquier madera servirá. Pero no vaya usted a pasar necesidad si me la da.

Él movió misteriosamente la cabeza. Era un pacto, un secreto.

—Se la traeré mañana por la mañana en el remolque del coche —dijo.

—Tenga cuidado con el escalón, señor.

Se dirigió a su casa, sonriendo para sus adentros. A la mañana siguiente no recordaba haberse desnudado y acostado, pero su primer pensamiento al despertar fue la promesa que había hecho a propósito del árbol.

Se dio cuenta, con satisfacción, de que aquel día no le tocaba acudir a Willis. Su proyecto no encontraría ninguna oposición. El cielo estaba cubierto, y había nevado durante la noche. Aún nevaría más, pero, por el momento, no había nada que le impidiera llevar a cabo su plan.

Después de desayunar, cruzó el huerto y se dirigió al cobertizo en que se guardaban las herramientas. Cogió la sierra, unas cuñas y el hacha. Quizá le hicieran falta todas. Pasó el pulgar por el filo del hacha. Estaba perfectamente. Al echarse a la espalda las herramientas y dirigirse al jardín, rió para sus adentros, pensando que

debía de parecer un verdugo de los viejos tiempos disponiéndose a decapitar a alguna desdichada víctima de la Torre de Londres.

Depositó las herramientas al pie del manzano. Sería una obra de misericordia, en realidad. Nunca había visto nada tan miserable y desgraciado como aquel árbol. Era imposible que subsistiera en él vida alguna. No le quedaba ni una sola hoja. Retorcido, encorvado, deforme, echaba a perder todo el paisaje con su presencia. Una vez que lo quitara de en medio, la perspectiva del jardín cambiaría, mejorando notablemente.

Un poco de nieve le rozó la mano. Luego, otro. Volvió la vista hacia la casa. Por la ventana del comedor pudo ver a la asistente que estaba poniendo la mesa. Volvió sobre sus pasos y entró.

—Mire, si me deja la comida en el horno, creo que podré arreglármelas solo, por una vez. Tengo que hacer y no quiero sentirme apremiado por el tiempo. Además, está empezando a nevar. Debería usted irse pronto a su casa, por si empeora el tiempo. Puedo componérmelas muy bien solo, y lo prefiero así.

Quizá pensara ella que esta decisión se debía a que se hallaba ofendido por su aviso de despedida de la noche anterior. Pero a él le tenía sin cuidado lo que pensase. Deseaba estar solo. No quería que hubiese nadie acechándole desde la ventana.

La mujer se marchó a las doce y media y tan pronto como se hubo ido él abrió el horno y empezó a comer. Quería encontrarse en condiciones de poder dedicar toda la corta tarde invernal a la tarea de derribar el árbol.

No había vuelto a nevar, aparte de algunos copos que no llegaron a cuajar. Se quitó el abrigo, se remangó y cogió la sierra. Con la mano izquierda, arrancó el alambre que protegía la base del tronco.

Luego, aplicó la sierra sobre el árbol a un pie de distancia del suelo y empezó a trabajar.

Al principio todo fue bien. La sierra mordía la madera y los dientes se mantenían firmes. Pero a los pocos momentos la sierra empezó a trabarse. Ya se lo había temido.

Intentó sacarla, pero la hendidura que había hecho no era aún lo bastante grande, y el árbol sujetaba firmemente la herramienta. Introdujo la cuña, sin resultado. Introdujo otra; la hendidura se ensanchó un poco, pero no lo suficiente para liberar la sierra.

Tiró con fuerza de la herramienta, pero no consiguió nada. Empezó a perder la paciencia. Cogió el hacha y comenzó a golpear el tronco, haciendo volar gruesas astillas, que se esparcían sobre la hierba.

La cosa marchaba. Ése era el sistema.

La pesada hacha subía y bajaba, astillando y resquebrajando el árbol. Cayó la corteza y asomaron las blanquecinas y rígidas fibras del interior. Golpea, corta,

desgarra esos recios tejidos, suelta el hacha y rasga esa elástica carne con las manos. Aún no es bastante. Sigue, sigue.

Y se han desprendido la sierra y la cuña. Otra vez con el hacha. Duro, fuerte, ataca de firme las fibras que se resisten. El árbol ya gime, ya cruje, ya oscila y se ladea, sólo le sostiene una única fibra sangrante. Con el pie, ahora. Una patada; otra más; un golpe final... Ya está... Ya cae... Ya se ha desplomado el maldito, y sus ramas se extienden inertes sobre la hierba.

Retrocedió, enjugándose el sudor que le humedecía la frente y las mejillas. Las astillas del árbol se esparcían a su alrededor y, ante él, a sus pies, destacaba el mellado y blancuzco muñón del manzano cortado.

Empezó a nevar.

Una vez abatido el árbol, su primera tarea consistió en cortar las ramas, a fin de repartir la madera en montones más fáciles de transportar.

Aquellas ramitas servirían para encender el fuego; con toda seguridad, la señora Hill se alegraría de tenerlas. Enganchó el remolque al coche y lo condujo hasta la entrada del jardín, cerca de la terraza. Cortar las ramas era fácil. Lo fatigoso era inclinarse para atarlas en haces, cruzar con ellas toda la terraza y llevarlas al remolque. A hachazos, separaba del tronco las ramas más gruesas, las cortaba en tres o cuatro pedazos, las ataba y llevaba los haces uno a uno, hasta el remolque.

Le apremiaba el tiempo. La poca luz que quedaba se desvanecía hacia las cuatro y media, y la nieve seguía cayendo. El suelo estaba ya completamente blanco, y cuando se detenía un momento en su trabajo para enjugarse el sudor, los helados copos le caían sobre los labios y se deslizaban suave e insidiosamente, por entre el cuello de su camisa. Si levantaba los ojos al cielo, la nieve le cegaba. Los copos caían espesos, se arremolinaban en torno a su cabeza y era como si el cielo se hubiera trocado en un inmenso palio de nieve que descendiera inexorablemente, aproximándose a la tierra. La nieve que se iba posando sobre las ramas cortadas entorpecía su trabajo y si se detenía un instante para tomar aliento y recobrar fuerzas, el montón de madera quedaba al punto cubierto por una suave y blanca capa protectora.

Se había visto obligado a prescindir de los guantes para poder empuñar adecuadamente el hacha y manipular la cuerda al atar las ramas. Tenía los dedos entumecidos y no tardarían en quedársele paralizados de frío. Le dolía el costado a causa del esfuerzo realizado al transportar las ramas hasta el remolque; y su trabajo parecía no avanzar nada. Cada vez que volvía junto al árbol caído, el montón de madera le parecía exactamente igual de alto. Y de nuevo tenía que agacharse, reunir las ramas, atarlas, cargar con ellas y llevárselas.

Eran más de las cuatro y media y ya había oscurecido, cuando terminó con

todas las ramas. Sólo le quedaba por arrastrar por la terraza el tronco, cortado ya en tres pedazos, y llevarlo al remolque.

Estaba agotado. Sólo su decisión de desembarazarse del árbol le hacía perseverar en su tarea. Respiraba entrecortada y penosamente, y la nieve le caía incesantemente en la boca y en los ojos, cegándole casi.

Cogió la cuerda y la pasó bajo el frío y resbaladizo árbol, anudándola fuertemente. La madera estaba dura y rígida y la corteza le hería las entumecidas manos.

«Has llegado a tu fin —murmuró—. Has llegado a tu fin.»

Arrastró, tambaleándose, el pesado tronco en dirección a la puerta del jardín. El árbol retumbó sordamente al golpear en los escalones de la terraza. A su espalda, pesadas e inertes, las últimas ramas del manzano le seguían sobre la húmeda nieve.

Todo había terminado. Había llevado a cabo la tarea. Se quedó en pie unos momentos con la mano apoyada sobre el remolque. Ya no quedaba más que llevar la carga a la taberna, antes de que la nieve bloqueara la carretera. De todos modos, ya había pensado en ello; podía aplicar cadenas a las ruedas del coche.

Entró en la casa para cambiarse de ropa y tomar un trago. No tenía ganas de encender el fuego, correr las cortinas, preparar la cena, ni las demás menudencias, que habitualmente corrían a cargo de la asistenta; tiempo habría después. Lo que tenía que hacer era echar un trago y llevarse la madera.

Su mente estaba tan entumecida y fatigada como las manos y el resto del cuerpo. Por un momento, pensó aplazar el viaje para el día siguiente, dejarse caer en el sillón y cerrar los ojos. Pero reaccionó. Seguiría nevando durante la noche, y al día siguiente la nieve tendría un espesor de dos o tres pies sobre la calzada. Conocía los síntomas. Y el remolque se quedaría hundido, sin poder avanzar. Era preciso que hiciera un esfuerzo y terminara esa misma noche.

Terminó de beber, se cambió de ropa y salió para poner en marcha el coche. Seguía nevando; además, al caer la noche, había aumentado el frío y estaba helando. Los copos caían más lentamente, con regularidad.

Puso el motor en marcha, y el coche arrancó cuesta abajo arrastrando al remolque. Conducía lentamente y con mucho cuidado, en atención a la pesada carga que llevaba. Después del duro trabajo de la tarde, le costaba un gran esfuerzo la constante atención que tenía que poner en escudriñar la noche a través de los copos de nieve que no dejaban de caer y en limpiar el parabrisas. Nunca le había parecido más alegre el brillo de las luces de la taberna como aquella noche cuando detuvo el coche en el pequeño patio.

Parpadeó, sonriente, en el umbral.

—Bueno, ya le he traído la madera —dijo.

La señora Hill le miró desde detrás del mostrador, varios clientes se volvieron

hacia él, e incluso se hizo el silencio entre los que jugaban.

—No es posible que... —empezó la señora Hill, pero él señaló con la cabeza hacia la puerta y se echó a reír.

—Vaya a verlo usted misma, pero no me pida que la descargue esta noche.

Se dirigió a su rincón favorito, riendo entre dientes, mientras los demás se arracimaban en la puerta entre exclamaciones y risas. Era un héroe; los clientes le rodeaban haciéndole preguntas y la señora Hill le servía whisky, le daba las gracias, reía, sacudía la cabeza...

—Esta noche le invita la casa —dijo.

—Ni hablar —replicó él—. Yo invito a todos a un par de rondas. Anímense amigos.

Era una fiesta cálida, alegre, jovial. A la salud de todos, a la salud de la señora Hill, de él mismo, de todo el mundo. ¿Cuándo será Navidad? ¿La semana próxima? ¿La otra? Bueno, pues felices Pascuas. No importaba la nieve, no importaba el mal tiempo. Por primera vez, era uno más de ellos, ya no estaba aislado en un rincón. Por primera vez, bebía con ellos, reía con ellos, incluso jugaba con ellos; estaban todos juntos en aquel bar caldeado y lleno de humo y notaba que le apreciaban, que le consideraban de los suyos, que ya no era «el señor» de aquella casa junto a la carretera.

Pasaban las horas; algunos clientes salían y otros entraban, y él seguía sentado allí, aturdido, a sus anchas en el ambiente cálido y humoso. Nada de lo que oía y veía tenía mucho sentido, pero eso carecía de importancia, pues la buena señora Hill, rechoncha y alegre, se desvivía por atenderle y su redonda faz le miraba sonriente por encima del mostrador.

Reparó, de pronto, en otro rostro, el de uno de los trabajadores de la granja con el que había sólido conducir el tractor durante la guerra. Se inclinó hacia delante y le tocó el hombro.

—¿Qué fue de la muchacha? —preguntó. El hombre dejó el vaso sobre la mesa.

—¿A quién se refiere, señor?

—¿No recuerda? Aquella chica que solía ordeñar las vacas, dar de comer a los cerdos y todo eso. Tenía el pelo negro y rizado y siempre estaba sonriendo. Guapa chica.

La señora Hill, que estaba sirviendo a otro cliente, se volvió.

—¿Se refiere a May, señor? —exclamó.

—Sí, eso es. Así se llamaba; la pequeña May.

—Pero ¿no se ha enterado de lo que ocurrió, señor? —dijo la señora Hill, terminando de llenar el vaso—. Nos impresionó mucho a todos. Todo el mundo lo comentó, ¿verdad, Fred?

—Es cierto, señora Hill —respondió el hombre.

Y, limpiándose los labios con el dorso de la mano, añadió:

—Murió. Iba en moto con un chico y salió despedida. Se iba a casar pronto. Hará cuatro años ya. Terrible, ¿eh? ¡Una chica tan linda!

—Le enviamos una corona entre todos —dijo la señora Hill—. Su madre nos escribió muy agradecida y nos mandó un recorte del periódico local, ¿verdad Fred? Fue un gran entierro el suyo. ¡Pobre May! Todos la queríamos mucho.

—Es cierto —dijo Fred.

—¿Es posible que no se enterara usted de nada, señor? —dijo la señora Hill.

—No —contestó él—. Nadie me dijo nada. Siento mucho que le ocurriera semejante cosa.

Y se quedó abstraído, ausente, mirando su vaso medio vacío.

La conversación continuaba en torno suyo, pero él ya no formaba parte de la reunión. Volvía a estar aislado de nuevo, solo y silencioso en su rincón. Muerta. Aquella pobre muchacha estaba muerta. Despedida de una moto. Muerta hacía tres o cuatro años. Un imprudente, un idiota, había tomado una curva a demasiada velocidad. La muchacha se agarraba a su cintura, riéndose, seguramente, junto a su oído y, luego, ¡zas...!, todo había terminado. Ni más risas, ni más rizos cayéndole sobre la frente..

Sí, se llamaba May; ahora lo recordaba con toda claridad. Le parecía que estaba viéndola volver la cabeza sonriente cuando alguien la llamaba. «Voy», canturreaba, y dejando caer un cubo sobre el empedrado del patio, se alejaba silbando y caminando pesadamente con sus gruesas botas. Y él la había rodeado con sus brazos y la había besado por un fugaz instante. May, la muchachita de los ojos risueños.

—¿Se va, señor? —preguntó la señora Hill.

—Sí. Tengo que irme ya.

Se dirigió con paso vacilante hacia la puerta y la abrió. Había dejado de nevar, y la nieve se había endurecido. En el cielo despejado, brillaban las estrellas.

—¿Quiere que le ayude a sacar el coche, señor? —preguntó alguien.

—No, gracias. Puedo arreglarme solo.

Desenganchó el remolque y parte de la leña cayó al suelo. Volvería al día siguiente para ayudar a descargarla. Pero esa noche no. Ya había hecho bastante. Estaba verdaderamente fatigado, agotado.

Le costó poner en marcha el coche y, antes de haber recorrido la mitad del tramo de la carretera secundaria que conducía a su casa, se dio cuenta de que había cometido un error al no dejar el coche junto a la taberna. La nieve se espesaba a su alrededor y el camino que había recorrido por la tarde se hallaba ahora completamente cubierto. El automóvil patinó y de pronto se hundió la rueda derecha

y todo el vehículo se inclinó de lado. Había caído en un hoyo.

Salió y miró a su alrededor. Era completamente imposible mover el coche sin la ayuda de dos o tres hombres, y aun en ese caso, ¿qué esperanza tenía de poder seguir adelante con aquel espesor de nieve? Más valía dejar el coche allí y volver a buscarlo por la mañana, cuando se encontrara más descansado. Era absurdo pasarse media noche forcejeando con él y empujándolo para sacarlo del atasco. No corría ningún riesgo si lo dejaba abandonado en aquella carretera secundaria; nadie pasaría por allí aquella noche.

Echó a andar por la carretera en dirección a su casa. También era mala suerte haber llevado el coche hasta aquel hoyo. En el centro de la carretera, la nieve era mucho menos espesa y apenas le llegaba a los tobillos. Se metió las manos en los bolsillos del abrigo y remontó la colina. A su alrededor, el paisaje no era más que un inmenso desierto blanco.

Recordó que la asistenta se había ido a su casa al mediodía y que la casa estaría fría y desapacible. El fuego del salón se habría apagado y, con toda probabilidad, también la caldera. Las ventanas, con las cortinas descorridas, le mirarían en el aire helado de la noche. Y la cena estaba sin hacer. Bueno, la culpa era suya, y de nadie más. Este era uno de los momentos en que se desea que haya alguien esperando, alguien que acuda corriendo desde el salón y abra la puerta, inundando de luz el vestíbulo. «¿Estás bien, querido?» Empezaba a inquietarme.»

Se detuvo en lo alto de la colina para tomar aliento y contempló su casa, rodeada de árboles, que se alzaba al final de la pequeña avenida. Parecía oscura y siniestra, sin una sola luz en las ventanas. Resultaba más hospitalario el campo raso, cubierto de nieve bajo las estrellas, que aquella sombría casa.

Había dejado abierta la puerta lateral. Pasó por ella y la cerró. En el jardín remaba un profundo silencio. Dijérase que algún espíritu maléfico hubiera lanzado un sortilegio sobre el jardín, sumiéndole en una blanca inmovilidad.

Caminando suavemente sobre la nieve, se acercó a los manzanos.

El más joven se erguía ahora solo frente a los escalones de la terraza, sin verse ya empequeñecido por el que él había derribado; con sus ramas extendidas, de una reluciente blancura, parecía pertenecer a algún mundo mágico, a un mundo de trasgos y quimeras. Sintió el deseo de acercarse a él para asegurarse de que seguía vivo, de que no le había perjudicado la nieve y de que en primavera volvería a florecer.

Ya estaba casi a su lado, cuando tropezó y cayó, con el pie retorcido bajo su cuerpo, enganchado en algún obstáculo que quedaba oculto por la nieve. Trató de mover el pie, pero algo le apretó con fuerza, y de pronto, por la intensidad del dolor que le mordía el tobillo, comprendió que lo que le había atrapado era el hendido y dentado muñón del viejo manzano que derribara aquella tarde.

Se apoyó sobre los codos e intentó arrastrarse, pero había caído en una postura tal, que tenía la pierna doblada hacia atrás y con sus forcejeos sólo conseguía que su pie quedara más firmemente aprisionado en las melladuras del tronco. Tanteó el suelo bajo la nieve, pero sus manos no encontraron más que las delgadas ramitas que se habían desprendido al caer el árbol... Clamó pidiendo socorro, aun sabiendo en el fondo de su corazón que nadie podía oírle.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame! —como si la cosa que le tenía a su merced gozara de la facultad de libertarle.

Y mientras gritaba, lágrimas de miedo y de desesperación corrían por su rostro. Habría de permanecer allí toda la noche, retenido por el tocón del viejo manzano. No había ninguna esperanza, no había ninguna escapatoria, hasta que le encontraran por la mañana. ¡Y quién sabe si no sería demasiado tarde! ¿Quién sabe si no le encontrarían ya muerto, tendido rígido e inmóvil sobre la nieve helada?

Una vez más, volvió a debatirse para librar su pie, maldiciendo y sollozando mientras lo hacía. Era inútil. No podía moverse. Exhausto, apoyó la cabeza en los brazos y lloró. Se iba hundiendo cada vez más profundamente en la nieve, y cuando una ramita suelta rozó, húmeda y fría, sus labios, le pareció que una mano vacilante avanzaba tímidamente hacia él en la oscuridad.

EL PEQUEÑO FOTÓGRAFO

La marquesa estaba tendida en la tumbona del balcón del hotel. No llevaba puesto más que un salto de cama. Sus finos cabellos dorados, sujetos con horquillas y ceñidos a la cabeza, estaban envueltos en un turbante color turquesa que armonizaba con la tonalidad de sus ojos. Junto a la tumbona, había una mesita y, en ella, tres frascos de barniz de uñas, cada uno de distinto color.

Acababa de aplicarse una pincelada de cada uno de ellos en tres dedos distintos, y extendió la mano ante sí para apreciar el efecto que producían. No; el barniz del pulgar era demasiado rojo, demasiado vivido, y daba un aspecto exótico a su mano olivácea y fina. Parecía como si sobre ella hubiese caído una gota de sangre brotada de una herida recién abierta.

En contraste con éste, el barniz del índice era de un encendido color rosa, y también le pareció impropio, poco adecuado con su humor del momento. Era el rosa elegante de los grandes salones, de los vestidos de noche, de su imagen reflejada en los espejos en el curso de alguna recepción, mientras agitaba suavemente su abanico de plumas de avestruz y sonaban a lo lejos los violines.

El tercer dedo presentaba un sedoso matiz no bermejo, ni escarlata, sino más suave, más delicado. Era un tono de peonía en flor, no abierta aún al calor del día y reluciente bajo el rocío de la mañana. Una peonía fresca y cerrada que emergiera entre la jugosa hierba de alguna terraza ajardinada y aguardase a que llegara el mediodía para desplegar sus pétalos al sol.

Sí, ése era el color apropiado. Cogió un trocito de algodón y borró el desagradable esmalte de los otros dos dedos. Luego, mojó el panecillo en el barniz elegido y, con el mimo de un artista, fue aplicándose a las uñas con toques rápidos y precisos.

Cuando hubo terminado, se recostó, exhausta en la tumbona, agitando las manos en el aire para acelerar el secado del esmalte, en un extraño ademán que evocaba el de alguna primitiva sacerdotisa. Se miró las uñas de los pies, que emergían de las sandalias, y también decidió pintárselas; y, así, manos y pies, sosegados y quietos en su aceitunado color, se verían súbitamente animados de una nueva vida.

Pero todavía no. Primero, tenía que descansar, relajarse. Hacía demasiado calor para separarse del respaldo de la tumbona e, inclinándose hacia delante, ponerse en cuclillas al estilo oriental para embellecerse los pies. Tenía tiempo de sobra. El tiempo se extendía ante ella como una lisa y monótona superficie a través de todo el largo y lánguido día. Cerró los ojos.

El distante rumor de la vida del hotel llegaba hasta ella como en un sueño, y los sonidos eran confusos y plácidos. Le recordaban que también ella formaba parte de aquella vida libre y placentera, sin estar ya sometida a la tiranía del hogar. En algún balcón del piso superior, alguien arrastraba una butaca. Abajo, en la terraza, los camareros instalaban junto a las mesas sombrillas rayadas de vivos colores. Se oían las órdenes que el maestresala lanzaba desde el comedor. Una camarera estaba arreglando las habitaciones de al lado. Fueron arrastrados unos muebles, crujió una cama, un criado salió al balcón contiguo y comenzó abarrerlo... Se les oía murmurar y refunfuñar; luego, se callaron. Silencio otra vez. Sólo se oía el perezoso chasquido del mar al besar lánguidamente las ardientes arenas de la playa, y, a lo lejos, demasiado distantes para que molestaran, las risas de varios niños que jugaban, entre los que se hallaban los de ella misma.

Un huésped pidió un café en la terraza. El humo de su cigarro ascendía lentamente hasta el balcón. La marquesa suspiró, y sus bellas manos cayeron como dos lirios a ambos lados de la tumbona. ¡Qué paz! ¡Qué sosiego! Si pudiese prolongar este momento durante una hora más... Pero algo le avisaba que, después, el viejo demonio de la insatisfacción y del tedio volvería a dominarla, incluso en aquel lugar en que se encontraba de vacaciones y libre por fin.

Una abeja entró por el balcón, revoloteó en torno a los frasquitos de esmalte y se deslizó en el cáliz de la flor que habían cogido los niños y que reposaba sobre la mesa. Dejó de oírse el zumbido. La marquesa abrió los ojos y vio que la abeja se arrastraba intoxicada por el aroma que exhalaban los pétalos. Luego, alzó el vuelo y desapareció. Se había roto el encanto. La marquesa recogió la carta de Edouard, su marido, que había caído al suelo.

...Y, por eso, querida, me es completamente imposible reunirme contigo y con los niños. Quedan muchos asuntos pendientes, y ya sabes que no puedo confiar en nadie más que en mí mismo. Haré, desde luego, todo lo posible para ir a. veros afín de mes. Entretanto, procura divertirme y descansar. El aire del mar te sentará bien. Ayer fui a ver a mamá y a Madeleine, y parecer ser que el cura...

La marquesa volvió a dejar caer la carta en el suelo del balcón. Se acentuó la pequeña arruga de la comisura de sus labios, el único detalle que estropeaba la dulzura y la belleza de su rostro. Había vuelto a ocurrir. Siempre su trabajo. La finca, las granjas, los bosques, los hombres de negocios a los que debía ver, los viajes decididos súbitamente, de modo que, a pesar de todo lo que la quería, Edouard, su mando, no disponía de un minuto libre.

Se lo habían advertido antes de casarse: «El señor marqués es un hombre muy serio ¿comprende?» ¡Qué poco le había importado eso y con qué alegría había aceptado! ¡Qué más podía desear en la vida que un marqués que fuese, además, «un

hombre serio»? ¿Había algo más encantador que aquel castillo y aquellas dilatadas propiedades? ¿Había algo más agradable que su casa de París y el séquito de criados que se inclinaban humildemente ante ella y la llamaban señora marquesa? Para una pobre señorita provinciana, educada en Lyon, hija de un médico abrumado de trabajo y de una madre enfermiza, aquél era un mundo de cuento de hadas. De no haber sido por la súbita aparición del señor marqués, habría terminado casándose con el joven ayudante de su padre y no habría salido jamás de Lyon, encadenada a la insoportable rutina de la vida provinciana.

Un matrimonio muy romántico, desde luego. Un tanto criticado al principio por la familia del señor marqués, pero, después de todo, éste tenía ya más de cuarenta años y sabía lo que se hacía. Y ella era hermosa. No hubo discusiones. Se casaron y tuvieron dos niñas. Eran felices. Y, sin embargo, a veces... La marquesa se levantó de la tumbona, entró en su habitación y, sentándose ante el tocador, se quitó las horquillas. Incluso ese pequeño esfuerzo la agotó. Se quitó el salto de cama y quedó desnuda ante el espejo. A veces se sorprendía a sí misma añorando su vida pasada en Lyon. Recordaba las risas, las bromas con otras muchachas, las risitas contenidas cuando un hombre las miraba, al pasar, por la calle, las confidencias mutuas, las cartas que se enseñaban, las conversaciones en voz baja en los dormitorios cuando se reunían todas en casa de alguna de ellas para tomar el té.

Ahora, la señora marquesa no tenía con quien compartir risas y confidencias. Todas las personas que la rodeaban eran aburridas, de edad madura y apegadas a una vida monótona en la que nunca sobrevenía ningún cambio. ¡Aquellas interminables visitas de los parientes de Edouard al castillo! Su madre, sus hermanos, sus hermanas, sus cuñadas... Y en invierno, en París, exactamente igual. Nunca una cara desconocida, nunca la llegada de un extraño. Lo único excitante era el momento en que alguno de los compañeros de negocios de Edouard, invitado a comer, entraba en el salón y, sorprendido de su belleza, le lanzaba una audaz mirada admirativa y, luego, se inclinaba y le besaba la mano.

Mirando durante la comida al inesperado huésped, ella gustaba de imaginar que se reunían clandestinamente; ella tomaba un taxi que le conducía hasta su apartamento, entraba en un pequeño y oscuro ascensor, tocaba un timbre y desaparecía en el interior de una habitación desconocida. Pero, al terminar la comida, el invitado hacía una inclinación y se marchaba. Y luego, ella pensaba que el aspecto de aquel hombre no era ni siquiera pasable; hasta llevaba dentadura postiza. Pero aquella mirada de admiración, rápidamente reprimida..., aquello le agradaba.

Peinándose ante el espejo, la marquesa ensayó un nuevo efecto; una cinta del mismo color que el esmalte de sus uñas ceñida en torno a su dorado cabello. Sí, sí... Después, se pondría el vestido blanco, se echaría descuidadamente un chal sobre los hombros y, al salir a la terraza, seguida de las niñas y de la institutriz inglesa, todos los concurrentes la mirarían, cuchichearían entre sí y la seguirían con la vista,

mientras el maítre les conducía a la mesita del rincón bajo la listada sombrilla. Y ella, parándose deliberadamente un momento, se inclinaría hacia una de las niñas y le acariciaría los rizos en un ademán lleno de gracia y belleza.

Pero, por el momento, no había ante el espejo más que un cuerpo desnudo y una boca triste y sombría. Otras mujeres tenían amantes. A sus oídos habían llegado rumores escandalosos, incluso durante aquellas largas comidas que presidía Edouard, sentado al otro extremo de la mesa. Y no sólo entre gentecillas de poco más o menos, núcleo con el que no tenía ningún contacto, sino entre la vieja nobleza, a la que ahora pertenecía ella. «¿Sabe usted? Se dice que...», y la insinuación y el rumor pasaban de uno a otro entre enarcamiento de cejas y encogimiento de hombros.

A veces, después del té, una invitada se despedía temprano, antes de las seis, pretextando que se la esperaba en otra parte, y la marquesa, mientras la acompañaba hasta la puerta, se preguntaba: «¿Se dirigirá a alguna cita? ¿Será posible que dentro de veinte minutos, o quizá menos, esa insignificante condesita sonría misteriosamente y, estremeciéndose, deje que sus vestidos se deslicen a lo largo de su cuerpo hasta el suelo?»

La misma Elise, su amiga del Instituto en Lyon, casada ahora hacía seis años, tenía un amante. En sus cartas, nunca mencionaba su nombre. Siempre le llamaba mon ami. Se las arreglaban para verse dos veces a la semana, los lunes y los jueves. El tenía coche y la llevaba al campo, incluso en invierno. Y Elise escribía a la marquesa: «Pero ¡qué plebeya debe de parecerse mi pequeña aventura, a ti que vives entre la alta sociedad! ¡Cuántos admiradores y cuántas aventuras debes de tener tú! Háblame de París y de las fiestas, y dime quién es el hombre que has elegido este invierno.» La marquesa contestaba con insinuaciones y sobreentendidos, echando a broma la cuestión, y se lanzaba en seguida a describir el vestido que había llevado en alguna recepción. Pero no decía que la recepción había terminado a las doce de la noche, que había sido insoportablemente aburrida y que lo único que conocía de París era lo que veía desde el coche cuando iba a dar un paseo con las niñas, o cuando acudía a la modista a encargarse otro vestido, o al peluquero para que le hiciese otro estilo de peinado. En cuanto a su vida en el castillo, describía, sí, las habitaciones, los numerosos invitados, la larga y solemne avenida flanqueada de árboles, las grandes extensiones de bosques; pero no hablaba de la lluvia que, día tras día, caía en primavera, ni del sofocante calor del verano, cuando un gran silencio se abatía sobre la finca como un inmenso velo blanco que todo lo envolviese.

—*Ah! Pardon, je croyais que madame était sortie...*

El criado había entrado sin llamar, con el plumero en la mano, y se retiraba ahora discretamente, no sin haberla visto desnuda ante el espejo. Era indudable que sabía que no había salido, ya que hacía sólo unos instantes que la había visto en el balcón. ¿Era compasión, además de admiración, lo que había visto en sus ojos cuando salía de la habitación? Algo así como si dijese: «¿Tan hermosa y tan sola? No

estamos acostumbrados a eso en el hotel, donde la gente viene a divertirse...»

¡Santo cielo, qué calor! No soplabla la menor brisa desde el mar. Pequeños regueros de sudor le bajaban por el cuerpo.

Se levantó lánguidamente, se puso el fresco vestido blanco y, saliendo de nuevo al balcón, levantó la persiana y dejó que el fuerte calor del día diese de lleno sobre ella. Unas gafas negras cubrían sus ojos. El único toque de color radicaba en su boca, sus manos y sus pies, y en el chal que se había echado sobre los hombros. Los oscuros cristales de sus gafas daban al día una tonalidad sombría. El mar había cambiado del azul al púrpura, y las blancas arenas adquirían un tinte oliváceo oscuro. En sus tiestos, las gayas flores tomaban un aire exótico. La marquesa se apoyó en la barandilla y el calor de la madera le quemó las manos. El olor de un cigarro ascendía de nuevo, procedente de algún punto ignorado. Tintineaban los vasos del aperitivo que un camarero llevaba, presuroso, a una mesa de la terraza. En alguna parte, hablaban y reían un hombre y una mujer.

Un perro alsaciano, con la lengua fuera y llena de espuma, atravesó la terraza en busca de un rincón a la sombra en el que tenderse sobre una losa fría. Un grupo de jóvenes, bronceados y semidesnudos, cubiertos de salitre marino sus cuerpos, subiendo corriendo desde la playa y empezaron a pedir martinis. Arrojaron sobre las sillas sus toallas de baño. Uno de ellos llamó con un silbido al perro, el cual no se molestó en hacerle el menor caso. La marquesa les miró con desprecio, en el que, no obstante, se mezclaba una cierta envidia. Eran libres de ir y venir, de montar en un coche y marcharse a otro lugar. Vivían en un estado de constante y feroz alegría. Siempre en grupos de seis o siete. Se separaban también, desde luego, y formaban parejas para acariciarse mutuamente. Pero —y aquí dio rienda suelta a su desprecio— su alegría no encerraba ningún misterio. En sus vidas abiertas no podía haber un momento de inquietud. Ninguno de ellos esperaba en secreto detrás de una puerta entornada.

El sabor de una aventura amorosa tenía que ser distinto, pensaba la marquesa, y, arrancando una rosa de la enredadera que trepaba por el enrejado del balcón, se la puso en el escote de su vestido. Imaginaba el amor como una cosa silenciosa, dulce, callada. Nada de voces estrepitosas, ni súbitas carcajadas, sino una especie de furtiva curiosidad que acompañaba al temor, y, cuando el temor ha desaparecido, una plena y abierta confianza. No el toma y daca de los buenos amigos, sino la pasión entre desconocidos.

Uno a uno, iban regresando de la playa los huéspedes del hotel. Empezaban a llenarse las mesas. La terraza, desierta y tórrida por la mañana, volvía a cobrar vida. Los que llegaban en coche, solamente para comer, se mezclaban con los rostros familiares de los que se hospedaban en el hotel. Un grupo de seis en el rincón de la derecha. Un poco más allá, otro de tres. Y ruido, y charlas, y tintinear de vasos y entrechocar de platos, hasta el punto de que el rumor del mar que, desde primera

hora de la mañana había sido el sonido predominante, había quedado relegado ahora a un simple telón de fondo sonoro. Estaba bajando la marea y el agua se retiraba de las arenas.

Llegaban las niñas, acompañadas de la señorita Clay, la institutriz. Al cruzar la terraza, parecían pequeñas muñequitas. Detrás de ellas, venía la señorita Clay con su vestido de algodón a rayas y húmedos aún sus cabellos por efecto del baño. De pronto, las niñas levantaron la cabeza hacia el balcón y la vieron. Agitaron sus manos hacia ella: «Mamá, mamá...» Ella se inclinó hacia delante, sonriéndoles; y, como de costumbre, la escena atrajo la atención general. Alguien alzó la vista a la vez que las niñas y sonrió. Un hombre, sentado en una mesa de la izquierda la señaló con el dedo a su compañero, y comenzó la primera ola de admiración, esa admiración que alcanzaría su punto culminante cuando ella, la marquesa, la encantadora marquesa, bajara a la terraza con sus angelicales niñas, rodeada de murmullos que llegaban hasta ella como el humo de los cigarrillos o el rumor de las conversaciones sostenidas en las mesas contiguas a la suya. Y eso era todo lo que obtenía de su estancia en la terraza, uno y otro día; un murmullo de admiración, respeto y, luego, olvido. Cada uno se iría por su lado, a nadar, a jugar al golf o al tenis, a dar un paseo en coche, y ella, hermosa e inmaculada, se quedaría sola con las niñas y la señorita Clay.

—Mira, mamá, he encontrado una estrellita de mar en la playa. Me la llevaré a casa, cuando nos vayamos.

—No, no. Es mía. Yo la vi primero.

Las niñas, con los rostros encendidos, se lanzaron una contra otra.

—¡Celeste, Heléne! Estaos quietas. Me dais dolor de cabeza.

—¿Está cansada la señora? Debería descansar un rato. Con el calor que hace, le sentará bien.

Y la señorita Clay, con mucho tacto, se inclinó sobre las niñas para reprenderlas.

—Todas estamos cansadas —dijo—. A todas nos vendrá bien descansar.

Descansar... «Pero si no hago otra cosa, pensó la marquesa. Mi vida no es más que un prolongado descanso. *Il fant reposer. Repose-toi, ma chérie, tu as mauvaise mine.*» Tanto en invierno como en verano, ésas eran las palabras que oía constantemente. Se las decía su marido, la institutriz, sus cuñadas y todos aquellos aburridos amigos bastantes más viejos que ella. Para ella, la vida se reducía a descansar, levantarse y volver a descansar. Como la veían tan pálida y era tan reservada, creían que estaba delicada.

¡Santo cielo! ¡La cantidad de horas que había pasado tendida en la cama y con las ventanas cerradas, desde que se había casado! En la casa de París, en el castillo del campo... De dos a cuatro, descansar; siempre descansar.

—No estoy cansada en absoluto —dijo a la señorita Clay, y, por una vez, su voz, generalmente melodiosa y dulce sonó áspera y seca—. Saldré a dar un paseo después

de comer. Iré a la ciudad.

Las niñas se la quedaron mirando con los ojos muy abiertos, y la señorita Clay, pintada la sorpresa en su caprino rostro, abrió la boca para protestar.

—Se matará usted con este calor. Además, las pocas tiendas que hay siempre cierran de una a tres. ¿Por qué no espera a la hora del té? Eso sería más prudente. Podrían acompañarla las niñas, y yo plancharía un poco mientras tanto.

La marquesa no respondió y se levantó de la mesa. La terraza estaba casi desierta —Celeste comía muy despacio—, y nadie importante las vería regresar al hotel.

La marquesa subió a su alcoba. Se empolvó la cara, se retocó el carmín de los labios y aplicóse un poco de perfume. Al otro lado de la puerta oía el rebullir de las niñas, mientras la señorita Clay las acostaba y cerraba las ventanas. La marquesa cogió su bolso de mimbre, metió en él un carrete fotográfico y otros cachivaches y, pasando de puntillas por delante de la habitación de las niñas, bajó la escalera y salió a la polvorienta carretera.

Las piedrecillas del camino se le metían en las abiertas sandalias y el ardor del sol daba de lleno sobre su cabeza. Lo que, en el arrebato de un momento, se le había antojado una acción original y desacostumbrada le pareció de pronto absurdo e inútil. La carretera y la playa se hallaban desiertas. Todos los que, durante la mañana, habían estado jugando y paseando, mientras ella permanecía ociosa en el balcón, se hallaban ahora reposando en sus respectivas habitaciones, al igual que la señorita Clay y las niñas. Solamente la marquesa caminaba por la calcinada carretera en dirección a la pequeña ciudad.

Y, una vez allí, encontró hecha realidad la predicción de la señorita Clay. Las tiendas estaban cerradas, las persianas echadas; la hora de la siesta, inviolable y omnipotente, femaba sobre la pequeña ciudad y sobre sus habitantes.

La marquesa avanzó lentamente por la calle, balanceando en la mano su bolso de mimbre. Era la única persona que se movía en un mundo callado y soñoliento. Incluso el café de la esquina estaba desierto, y un perrito color de arena, con el hocico entre las patas y los ojos cerrados, intentaba ahuyentar a las moscas que le acosaban. Había moscas por todas partes. Zumbaban ante el escaparate de la farmacia, donde frascos oscuros, llenos de misteriosos medicamentos, se mezclaban con cremas para la piel, esponjas y cosméticos. Danzaban tras los vidrios de la tienda llenas de viseras para el sol, palas, muñecas de rostros sonrosados y zapatos de suela de cáñamo. Se arrastraban sobre el mostrador manchado de sangre de la carnicería, al otro lado de los cierres metálicos. Del piso superior del establecimiento, llegaba el sonido de una radio. Cesó bruscamente, y se oyó el profundo suspiro de alguien que quería dormir sin ser molestado. Hasta la oficina de Correos estaba cerrada. La marquesa, que había pensado comprar sellos, llamó a la puerta sin obtener respuesta.

Notaba correrle el sudor bajo el vestido, y le dolían los pies, calzados con finas sandalias, a pesar de la poca distancia que había recorrido. El sol era demasiado fuerte, demasiado cruel, y, al mirar a un lado y otro de la desierta calle, a las casas y a las tiendas, inaccesibles para ella y replegadas todas sobre sí mismas en la bendita paz de su siesta, sintió un repentino anhelo de un lugar fresco y umbroso —un sótano, por ejemplo—, en el que se oyera el gotear de un grifo mal cerrado. El ruido del agua al caer sobre un suelo de piedra calmaría sus nervios, excitados ahora por el calor.

Sintiéndose derrotada y a punto de echarse a llorar, enfiló un estrecho callejón que se abría entre dos tiendas. Bajó unos cuantos escalones y llegó a un pequeño patio en el que no daba el sol. Se detuvo un momento y apoyó la cabeza en el fresco muro, junto a una ventana cerrada que, con gran confusión por su parte, se abrió de pronto y dejó ver un rostro que la miraba desde el oscuro interior.

—Perdone... —empezó a decir, azorada ante la situación absurda en que se encontraba, al verse descubierta allí como si tratara de espiar la intimidad de la gente que viviese allí.

Luego bajó la voz y se calló estúpidamente, pues el rostro que la miraba desde la abierta ventana era tan inesperado y tan dulce que podía haber sido el de un santo bajado de las vidrieras de una catedral. Aquel rostro aparecía enmarcado en una masa de negros y rizados cabellos. Tenía la nariz recta y fina, la boca firmemente moldeada, y los ojos, oscuros, solemnes y tiernos, eran como los de una gacela.

—*Vous désirez, madame la Marquise?* —dijo en respuesta a la frase inacabada.

«Sabe quien soy —pensó ella, asombrada—, me ha visto en alguna parte antes de ahora.»

Pero ni siquiera esto era tan inesperado como la calidad de su voz. No era una voz áspera y ronca, no era la clase de voz que cabía esperar en un hombre que habitaba en el sótano de una tienda; muy al contrario, se trataba de una voz cultivada y límpida, que armonizaba con aquellos ojos de gacela.

—Hacía tanto calor en la calle... —dijo ella—. Las tiendas estaban cerradas y no me encontraba bien. He bajado los escalones. Siento mucho haber irrumpido en un patio particular.

El rostro desapareció de la ventana. Se abrió una puerta que ella no había visto antes, y se encontró de pronto sentada en una silla a la entrada de una habitación fresca y oscura, exactamente igual al sótano que había imaginado, mientras el hombre le ofrecía agua de una vasija de barro.

—Gracias —dijo—, muchas gracias.

Y, al levantar la vista hacia él, advirtió que la estaba mirando con humildad y respeto, mientras sostenía en la mano la vasija de agua.

—¿Puedo servirla en algo más, señora marquesa? —preguntó, sonriente con su

voz dulce.

Negó con la cabeza, pero en su interior despertaba ya el sentimiento que tan familiar le era, la sensación de secreto placer que le producía el verse contemplada con admiración. Consciente de sí misma, por primera vez desde que se abriera la ventana, se ciñó más estrechamente el chal en torno a los hombros y vio que los ojos de gacela se posaban en la rosa prendida en el escote de su vestido.

—¿Cómo sabe usted quien soy? —preguntó.

—Entró en mi tienda hace tres días —respondió él—. Venía usted con sus hijas, y compró un carrito para su máquina fotográfica.

Ella le miró, sorprendida. Recordaba haber comprado el carrito en una pequeña tienda en cuyo escaparate había un anuncio de «Kodak», y recordaba también a la mujer que la había atendido tras el mostrador. Era extremadamente fea y cojeaba al andar; y ella, temerosa de que las niñas se dieran cuenta y se echaran a reír y, de puro nerviosismo, se viera arrastrada a compartir sus crueles risas, había encargado que le llevaran varias cosas al hotel y se había marchado en seguida.

—Fue mi hermana quien le atendió —explicó él—. Yo le vi a usted desde la trastienda. No suelo salir al mostrador. Saco fotografías de tipos y paisajes de la comarca y luego se las vendo a los veraneantes.

—Sí —dijo ella—. Comprendo.

Y bebió un poco más de agua, y bebió también la adoración que se leía en los ojos del hombre.

—He traído un rollo de fotos —dijo—. Lo tengo en el bolso. ¿Querría usted revelármelo?

—Desde luego, señora marquesa. Haré por usted lo que me pida. Desde el día en que la vi entrar en mi tienda yo...

Se detuvo, enrojeció y apartó la vista, lleno de embarazo.

La marquesa se contuvo las ganas de echarse a reír. Aquella admiración era completamente absurda. Sin embargo, lo curioso era que le daba cierta sensación de poder.

—Desde que me vio entrar en su tienda, ¿qué? —preguntó.

Él la miró de nuevo.

—No puedo pensar más que en usted —contestó.

Y lo dijo con tal intensidad que ella se sintió casi asustada.

La marquesa sonrió y le devolvió la taza de agua.

—No soy más que una mujer corriente —dijo—. Si me conociera usted mejor, se llevaría una decepción.

«Es extraño —pensó— hasta qué punto soy dueña de la situación. No me siento molesta ni ofendida en absoluto. Y aquí estoy yo, en el sótano de una tienda,

hablando con un fotógrafo que acaba de expresarme su admiración hacia mí. Es realmente divertido, y, sin embargo, el pobre hombre habla con toda seriedad y es sincero en lo que dice.»

—Bueno —dijo—. ¿Quiere que le dé el carrete?

Parecía como si él no pudiera dejar de mirarla. Ella, a su vez, le miró atrevidamente a la cara; sus ojos se encontraron, y el hombre volvió a enrojecer.

—Si vuelve por donde ha venido —dijo—, abriré la tienda para usted.

Ahora, era ella quien le miraba detenidamente; los brazos desnudos, el pecho, la garganta, el rizado cabello de su cabeza.

—¿Por qué no puedo entregarle aquí el carrete? —preguntó.

—No sería correcto, señora marquesa.

Ella se volvió riendo y subió los escalones hasta llegar a la calle abrasada de calor. De pie en la acera, oyó el rechinar de la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Aguardó un momento antes de entrar con el fin de hacerse esperar, y luego pasó al interior de la tienda, en la que, a diferencia del sótano, el ambiente era sofocante.

El hombre estaba detrás del mostrador, y ella observó, decepcionada que se había puesto una tosca chaqueta gris y que su camisa estaba demasiado almidonada y era demasiado azul. Ya no era más que un simple tendero que alargaba la mano sobre el mostrador para coger el carrete.

—¿Cuándo estarán las fotos? —preguntó ella.

—Mañana —respondió.

Volvió a mirarla con sus dulces y oscuros ojos, y ella se olvidó de la vulgar chaqueta y de la almidonada camisa azul y volvió a verle en camiseta y con los brazos desnudos, tal como le había contemplado antes.

—Ya que es usted fotógrafo —dijo—, ¿por qué no viene al hotel, a sacarnos algunas fotos a mí y a las niñas?

—¿Le gustaría? —preguntó él.

—¿Por qué no?

Brilló un rápido destello en los ojos del hombre, que se inclinó sobre el mostrador fingiendo buscar un cordel. Pero ella veía el temblor de sus manos y, sonriendo para sus adentros, pensaba que aquello le resultaba excitante. Y también cayó en la cuenta de que, por idéntica razón, su propio corazón había comenzado a latir con fuerza.

—Está bien, señora marquesa —dijo—. Iré al hotel a la hora que más convenga.

—Por la mañana será mejor —respondió ella—; a las once.

Y salió con toda naturalidad. Ni siquiera se despidió.

Cruzó la calle y, reflejado en el escaparate de la tienda de enfrente, vio que él había salido a la puerta y la estaba mirando. Se había quitado la chaqueta y la camisa. La tienda iba a cerrarse otra vez; aún no había terminado la hora de la siesta. Entonces se dio cuenta, por primera vez, de que él también era cojo, como su hermana. Llevaba el pie derecho encajado en una alta bota ortopédica. Sin embargo al verlo, no sintió ninguna repugnancia, ni tampoco, como le había ocurrido cuando vio a su hermana, ganas de reír. Su alta bota ejercía sobre ella una fascinación extraña, desconocida.

La marquesa emprendió el regreso al hotel a lo largo de la polvorienta carretera.

A las once de la mañana del día siguiente, el conserje del hotel envió recado anunciando que el señor Paul, el fotógrafo, aguardaba en el vestíbulo en espera de las instrucciones de la señora marquesa. Las instrucciones fueron que la señora marquesa se sentiría complacida si el señor Paul subía a las habitaciones. Al cabo de un rato, sonó en la puerta un golpecito tímido y vacilante.

—Adelante —dijo ella.

En pie sobre el balcón, rodeando con los brazos a las dos niñas, componía un cuadro encantador.

Llevaba un vestido de seda color chartreuse y su pelo no estaba peinado, como el día anterior, con una cinta que sujetaba los bucles, sino que se hallaba dividido por una raya central y echado hacia atrás dejando al descubierto sus orejas adornadas con pendientes de oro.

Él se detuvo en el umbral. Las niñas, un tanto intimidadas, miraron asombradas la bota ortopédica, pero no dijeron nada. Su madre les había advertido que no hicieran mención de ella.

—Éstas son mis nenas —dijo la marquesa—. Y, ahora, díganos dónde debemos ponernos y en qué postura.

Las niñas no se inclinaron ante él, como solían hacer con los invitados. Su madre les había dicho que no era necesario. El señor Paul no era más que un simple fotógrafo.

—Si la señora marquesa no tiene inconveniente —dijo—, me gustaría retratarles tal como están ahora. Es una postura tan hermosa, tan natural, tan llena de gracia...

—De acuerdo; como usted quiera. Estáte quieta, Hélène.

Le ruego que me disculpe. Tardaré unos instantes en preparar la máquina.

Su nerviosismo había desaparecido. Estaba absorto en la preparación técnica de su trabajo. Ella le veía montar el trípode, colocar el paño negro, preparar la cámara... Se fijó en sus manos, rápidas y diestras, y pensó que no eran las manos de un artesano, de un simple tendero, sino las manos de un verdadero artista.

Sus ojos se posaron en la bota ortopédica. Su cojera no era tan pronunciada

como la de su hermana y no andaba con esos movimientos oscilantes que inducen a la risa. Sus pasos eran más lentos, más renqueantes. La marquesa sintió cierta compasión por su deformidad. Encerrado en aquella bota, el pie debía de dolerle constantemente, sobre todo cuando hacía calor y el cuero le oprimía la carne.

—Ya está, señora marquesa —dijo.

Ella apartó los ojos de la bota con cierta sensación de culpabilidad y, sonriendo graciosamente, pasó sus brazos sobre las niñas.

—Así, quédese así —dijo él—. Es encantador.

Los dulces y oscuros ojos estaban posados en los suyos. Su voz sonaba dulce y agradable. Ella experimentó la misma sensación placentera que sintió el día anterior en la tienda. El fotógrafo oprimió el disparador. Se oyó un ligero chasquido.

—Otra vez —dijo él.

Ella siguió en la misma postura, con la sonrisa en los labios; sabía que la razón de que esta vez tardara en oprimir el disparador, no era debida a necesidad profesional, ni a que las niñas se estuviesen moviendo, sino, simplemente a que le agradaba mirarla.

—Allí, ahora —dijo la marquesa, rompiendo el hechizo.

Y se dirigió hacia el balcón, canturreando entre dientes.

Al cabo de una hora, las niñas estaban ya fatigadas.

La marquesa se excusó.

—Hace tanto calor... —dijo—. Debe usted perdonarlas. Celeste, Hélène, coged vuestros juguetes e id a jugar al otro extremo del balcón.

Las niñas corrieron alegremente hacia su cuarto. La marquesa volvió la espalda al fotógrafo. Éste se hallaba poniendo nuevas placas en su máquina.

—Ya sabe como son los niños —dijo la marquesa—. Al principio les gusta la novedad, pero luego se cansan y quieren algo distinto. Ha tenido usted mucha paciencia, señor Paul.

Arrancó una rosa del balcón y, rodeándola con las manos, posó sus labios sobre los pétalos.

—Por favor —dijo él, apresuradamente—, si me lo permite..., me atrevería a pedirle...

—¿Qué?

—¿Podría tomar alguna fotografía de usted sola, sin las niñas? Ella se echó a reír e, indolentemente, tiró la rosa a la terraza.

—Desde luego —dijo—. Estoy a su disposición. No tengo otra cosa que hacer.

Se sentó en el borde de la tumbona y, echándose hacia atrás sobre los cojines, apoyó la cabeza en el brazo.

—¿Así? —preguntó.

Él desapareció bajo el paño de la máquina y, después de enfocarla, salió cojeando.

—Si me lo permite —dijo—, la mano un poco más levantada, así... Y la cabeza un poco ladeada.

Le cogió la mano y la colocó a su gusto; luego, suave y tímidamente, le levantó la barbilla. Ella cerró los ojos. Él no retiró la mano. Casi imperceptiblemente, su dedo pulgar se deslizó sobre la larga línea de su cuello, y los demás dedos siguieron el movimiento primero. La sensación que ella experimentaba era la misma que si el ala de un pájaro le rozase suavemente la piel.

—Así —dijo él—. Perfecto.

Ella abrió los ojos. El fotógrafo volvió, cojeando hacia la máquina.

La marquesa no se cansaba tan pronto como las niñas. Permitió que el señor Paul le sacara una fotografía, y otra, y otra... Volvieron las niñas, tal como les había ordenado, y se pusieron a jugar en el extremo del balcón. El bullicio infantil creaba una especie de telón de fondo, y, al sonreírse ambos ante el parloteo de las niñas, surgió entre la marquesa y el fotógrafo cierta intimidad de adultos, cierta confianza que aligeró un tanto la tensión que existía en el ambiente.

El hombre se mostraba más atrevido y más seguro de sí mismo. Propuso varias posturas y ella aceptó. Y una o dos veces que no se colocó como él quería, se lo dijo con toda franqueza.

—No, señora marquesa. Así no. Así.

Se acercaba entonces a la silla y, arrodillándose junto a ella, le movía ligeramente un pie o le hacía ladear los hombros. Sus contactos iban haciéndose más firmes y más seguros cada vez. Pero cuando ella le miraba fijamente apartaba humildemente la vista, como si se sintiera avergonzado de lo que hacía, y la dulce expresión de sus ojos desmentía la audacia de sus manos. La marquesa percibía la lucha interna que aquel hombre sostenía consigo mismo, y se sentía complacida.

Finalmente, después de que él le hubo arreglado por segunda vez el vestido, se dio cuenta de que estaba completamente pálido y de que el sudor le humedecía la frente.

—Hace mucho calor —dijo ella—. Creo que ya hemos hecho bastante por hoy.

—Como usted quiera, señora marquesa —respondió—. Hace mucho calor, en efecto. Será mejor que lo dejemos.

Ella se levantó de la silla, serena y tranquila. No se sentía cansada ni turbada, sino, al contrario, llena de un nuevo vigor, de una nueva energía. Cuando hubiese salido el fotógrafo, bajaría a tomarse un baño en la playa. La situación de Paul era muy distinta. Ella le vio secarse el rostro con un pañuelo y, mientras recogía el

aparato fotográfico y su trípode y los metía en su caja, observó que parecía exhausto y que arrastraba su bota ortopédica mucho más penosamente que antes.

Fingió examinar las instantáneas que él le había revelado.

—Son muy malas —dijo alegremente—. Creo que no manejo bien la cámara. Debería tomar lecciones de usted.

—No necesita más que un poco de práctica, señora marquesa —contestó él—. Cuando yo empecé, tenía una máquina como la suya. E incluso ahora, para fotografiar exteriores me voy a los acantilados con una máquina pequeña y obtengo efectos tan buenos como con la grande.

—Debe de tener usted mucho trabajo durante el verano. ¿Cómo le queda tiempo para tomar paisajes?

—Procuro arreglármelas, señora marquesa. A decir verdad, prefiero eso a hacer retratos, salvo en casos excepcionales como éste. Ella le miró y vio de nuevo la humildad y la devoción de sus ojos. Sostuvo la mirada, hasta que él bajó la vista desconcertado.

—El paisaje es muy bello a lo largo de la costa —dijo él—. Seguramente se habrá fijado usted en sus paseos. Casi todas las tardes cojo la máquina y subo a esa gran roca que sobresale allí, a la derecha de la playa.

Señaló con el dedo, y ella siguió la dirección indicada. El verde promontorio destacaba a lo lejos, difuminado en la neblina del caluroso día.

—Fue una casualidad que me encontrara ayer en casa —prosiguió—. Estaba en el sótano, revelando unas fotos para unos veraneantes que se marchan hoy. Pero, por lo general, a esa hora estoy en el acantilado.

—Debe de hacer mucho calor —dijo ella.

—Quizá. Pero sopla una ligera brisa del mar. Y lo mejor de todo es que, de una a cuatro de la tarde, no pasa nadie por allí. Todo el mundo está durmiendo la siesta, y aquel maravilloso paisaje es exclusivamente para mí solo.

—Claro —dijo la marquesa—. Comprendo.

Durante un momento permanecieron silenciosos. Era como si sobre ellos planeara una idea no pronunciada. La marquesa jugueteaba con su pañuelo de seda. Luego, con un movimiento lánguido, se lo arrolló lentamente a la muñeca.

—Alguna vez tengo que ir por allí —dijo ella, al fin—, a ver qué tal resulta contemplarlo bajo el fuerte sol de la tarde.

La señorita Clay apareció en el balcón, llamando a las niñas para que fueran a lavarse antes de comer. El fotógrafo se apartó respetuosamente a un lado. La marquesa miró el reloj y vio que eran ya las doce. Las mesas de la terraza estaban llenas de gente, y sonaba el acostumbrado murmullo de conversaciones, tintineo de vasos y entrecuchar de platos. No había parado en ello hasta entonces.

Volvió la espalda al fotógrafo, despidiéndole con una frialdad y una indiferencia deliberadas, ahora que la sesión había terminado y la señorita Clay había venido a buscar a las niñas.

—Gracias —dijo—. Un día de éstos pasaré por su tienda a ver las pruebas. Buenos días.

El hizo una inclinación y salió, con el aire de un empleado que ha cumplido las órdenes recibidas.

—Espero que haya sacado unas buenas fotos —dijo la señorita Clay—. Al marqués le agradaría mucho.

La marquesa no respondió. Se estaba quitando los pendientes, que, por alguna razón ignorada, no estaban ya en armonía con su humor. Bajaría a comer sin joyas, sin un solo anillo siquiera. Aquel día, su propia belleza sería suficiente.

Pasaron tres días sin que la marquesa bajara a la pequeña ciudad. El primer día, estuvo nadando por la mañana, y, por la tarde, fue a ver unos partidos de tenis. El segundo día, lo pasó en compañía de las niñas, ya que había dado permiso a la señorita Clay para que fuera a una excursión organizada con el fin de visitar las viejas ciudades amuralladas de la costa. Al tercer día, envió a la señorita Clay y a las niñas a recoger las pruebas. Se las trajeron cuidadosamente envueltas en un paquetito. La marquesa las examinó. Eran verdaderamente excelentes, y aquellas en las que aparecía sola las mejores que le habían sacado nunca.

La señorita Clay estaba entusiasmada. Le rogó que le diese unas copias para enviarlas a su casa de Inglaterra.

—¿Quién iba a pensar —exclamó— que un fotógrafo de un pequeño lugar como éste supiera sacar unas fotos tan estupendas? En París le cobrarían una barbaridad por unas fotos parecidas.

—No son malas —dijo la marquesa, bostezando—. Desde luego, se lo tomó con mucho interés. Las mías son mejores que las de las niñas.

Las envolvió de nuevo y guardó el paquete en un cajón.

—¿Parecía satisfecho de ellas el señor Paul? —preguntó a la institutriz.

—No dijo nada —contestó la señorita Clay—. Parecía decepcionado porque no había ido a buscarlas usted misma; dijo que las tenía preparadas desde ayer. Preguntó si usted se encontraba bien y las niñas le dijeron que su mamá había ido a bañarse. Se portaron muy cordialmente con él.

—Hace demasiado calor y hay demasiado polvo en la ciudad —dijo la marquesa.

A la tarde siguiente, mientras la señorita Clay y las niñas descansaban y el hotel entero parecía dormido bajo el ardor implacable del sol, la marquesa se puso un

vestido corto y sin mangas, muy sencillo, y, con paso quedo para no despertar a las niñas, bajó la escalera con la máquina fotográfica colgada al hombro. Atravesó la terraza del hotel en dirección a la playa, y enfiló el estrecho sendero que conducía al promontorio que dominaba el mar. Los rayos del sol caían despiadadamente sobre ella, pero no le importaba. No había polvo sobre la hierba, y, al borde del acantilado, los helechos acariciaban sus piernas desnudas.

El sendero serpeaba entre los helechos, tan próximo a veces al borde del acantilado, que un paso en falso, un simple tropezón, habría implicado un gravísimo riesgo. Pero la marquesa, caminando lentamente con el lánguido oscilar de caderas característico de ella, no sentía ningún cansancio ni temor. Sólo deseaba llegar a la cumbre del promontorio que, dominando la gran roca, se adentraba en la bahía.

Estaba completamente sola. No se veía a nadie. Abajo, a lo lejos, los blancos muros del hotel y las casetas alineadas en fila sobre la playa parecían menudos juguetes con los que hubieran estado jugando unos niños. El mar estaba plácido e inmóvil. Ni siquiera al acariciar las rocas de la bahía producía la más mínima ondulación.

De pronto, la marquesa vio brillar algo entre la maleza que había delante de ella. Era la lente de una cámara fotográfica. Fingió no haberse dado cuenta y, volviéndose de espaldas simuló examinar su propia máquina y se dispuso a fotografiar el paisaje. Tomó un par de vistas y, entonces oyó los pasos de alguien que avanzaba entre los helechos.

Se volvió, con aire de sorpresa.

—¡Caramba! Buenas tardes, señor Paul —exclamó.

Había prescindido de la vulgar chaqueta y de la almidonada camisa azul. Era la hora de la siesta y se paseaba de incógnito, por así decirlo. No llevaba más que una camiseta y unos pantalones azul oscuro. Observó que tampoco llevaba el sombrero gris que tanto le había desagrado el día que fue al hotel. Sus oscuros y espesos cabellos formaban un halo alrededor de su rostro. Sus ojos tenían una expresión tan entusiasmada al mirarla, que no tuvo más remedio que volverse ligeramente para disimular una sonrisa.

—Ya ve —dijo alegremente—, he seguido su consejo y he subido hasta aquí para contemplar el paisaje. Pero no sé si he montado bien mi máquina. ¿Quiere enseñarme cómo se hace?

Él se acercó y, cogiéndole la máquina y las manos, las colocó en la posición adecuada.

—Ah, claro —dijo ella.

Y, sonriente, se apartó de él, pues le había parecido oír el latido de su propio corazón cuando se había parado a su lado y le había tocado las manos. No quería que se trasluciera al exterior la excitación que ello le producía.

—¿Ha traído usted su máquina? —preguntó.

—Sí, señora marquesa. La he dejado ahí al lado entre la hierba, juntamente con mi chaqueta. Es uno de mis rincones preferidos, muy cerca del borde del acantilado. En primavera, suelo venir aquí a mirar el vuelo de los pájaros y a fotografiarlos.

—Enséñemelo —dijo ella.

La condujo por el sendero que él mismo había abierto con sus pasos y desembocaron en un pequeño claro, semejante a un nido, que quedaba oculto por los helechos que, en aquel lugar, les llegaban a la altura de la cintura. Sólo la parte delantera quedaba al descubierto y se abría hacia la abrupta pendiente del acantilado y hacia el mar.

—¡Qué sitio tan bonito! —exclamó ella.

Miró a su alrededor, sonriendo, y se sentó en el suelo con la misma gracia y naturalidad que una niña en una excursión campestre. Cogió un libro que había sobre la chaqueta, al lado de la máquina fotográfica.

—¿Lee usted mucho? —preguntó.

—Sí, señora marquesa —respondió él—. Me gusta mucho la lectura.

Ella echó un vistazo a la portada y leyó el título. Era una novelita rosa de la clase que ella y sus amigas solían leer a escondidas en el Instituto. Hacía años que no había leído nada parecido. De nuevo tuvo que esforzarse por disimular su sonrisa. Volvió a poner el libro sobre la chaqueta.

—¿Es bonita? —preguntó.

Él la miró solemnemente con sus grandes ojos de gacela.

—Es muy tierna, señora marquesa.

Tierna... ¡Qué expresión tan curiosa! Se puso a hablar de las fotos que le había sacado y de cuál de ellas le gustaba más, y durante todo el tiempo experimentó una sensación interior de triunfo al comprobar que era dueña de la situación. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, lo que tenía que decir, cuándo sonreír, cuándo ponerse seria.

Le recordaba curiosamente los días de su niñez, cuando ella y sus amigas se ponían los sombreros de sus madres y decían: «Juguemos a ser señoras.» Ella estaba jugando ahora; no a ser señora, sino a ser... a ser ¿qué? No estaba segura. Pero, desde luego, a ser alguien distinto a la verdadera señora que era, a aquella que tomaba el té en los salones del castillo, rodeada de tantas cosas antiguas y de tantas personas que parecían estar ya con un pie en el sepulcro.

El fotógrafo no hablaba apenas. Escuchaba a la marquesa. Asentía, movía la cabeza o, simplemente, permanecía silencioso; y ella se oía a sí misma, con cierta sorpresa, decir frases brillantes e ingeniosas. Él no era más que un simple testigo mudo al que podía ignorar, mientras escuchaba a la brillante y encantadora mujer en

que se había convertido de pronto.

Hizo, al fin, una pausa en su monólogo, y él preguntó tímidamente:

—¿Me permite que le pida una cosa?

—Desde luego.

—¿Podría fotografiarla aquí sola, con este paisaje como fondo? ¿Eso era todo? ¡Qué timidez la suya! Se echó a reír.

—Saque todas las fotos que quiera —dijo—; es muy agradable estar sentada aquí. Creo que, incluso, podría dormirme.

—La Bella Durmiente del bosque —dijo él rápidamente. Y, luego, como avergonzado de su familiaridad, murmuró:

—Perdón.

Y cogió la máquina fotográfica que estaba detrás de ella.

Esta vez, no le pidió que posara, ni que cambiara de postura. La fotografiaba tal como estaba, mordiendo con indolencia un tallo de hierba; y era él quien se movía de un lado a otro, tomándola de frente, de perfil, de escorzo...

Ella empezó a sentir sueño. El sol le daba de lleno en la cabeza, y las libélulas de vistosos colores revoloteaban y se mecían ante sus ojos. Bostezó y se echó de espaldas sobre la hierba.

—¿Quiere que le ponga mi chaqueta como almohada, señora marquesa? —preguntó él.

Antes de que hubiera podido contestar, ya había cogido la chaqueta, la había doblado cuidadosamente y la había colocado sobre la hierba. La marquesa se apoyó en ella y observó que la despreciada chaqueta gris resultaba una suave y cómoda almohada para su cabeza.

Se arrodilló junto a ella, absorto en las manipulaciones que estaba haciendo en la máquina, y ella, bostezando, le miró por entre sus entornados párpados. Se dio cuenta de que se apoyaba sobre una rodilla solamente, estirando hacia un lado la pierna calzada con la bota ortopédica. Se preguntó si ésta le haría daño. La bota estaba mucho más brillante que el zapato de su pie izquierdo, y de pronto, ella se le imaginó lustrándola y cepillándola laboriosamente todas las mañanas al vestirse.

Sobre su mano se posó una libélula, que se agazapó, con las alas plegadas y relucientes, como si esperara algo. La marquesa sopló sobre ella y la hizo alejarse. Pero en seguida volvió a aproximarse, revoloteando insistentemente a su alrededor.

Paul había dejado a un lado la máquina fotográfica, pero seguía arrodillado a su lado sobre la hierba. Ella percibió la intensidad de su mirada y pensó: «Si me muevo, se levantará, y todo habrá terminado.»

Siguió contemplando el inquieto revolotear de la libélula, pero sabía que, tarde o temprano, tendría que mirar a otro lado. Se alejaría la libélula, o el silencio se haría

tan tenso que no tendría más remedio que romperlo con una carcajada, y entonces se desvanecería el encanto de la situación. Lentamente, contra su voluntad, se volvió hacia el fotógrafo. Los grandes ojos de Paul la miraban, devotos y sumisos, con la humildad con que hubiera podido hacerlo un esclavo.

—¿Por qué no me besa? —preguntó ella, y sus propias palabras la sobresaltaron, sumiéndola en un repentino temor.

Él no respondió. No se movió. Seguía mirándola fijamente. Cerró ella los ojos, y la libélula se alejó, volando, de su mano.

Y cuando el fotógrafo se inclinó sobre ella no sucedió lo que había esperado. No hubo ningún violento y apasionado abrazo. Fue como si hubiese vuelto la libélula y sus alas sedosas se deslizaran acariciadoras por la fina superficie de su piel.

Cuando él se apartó, lo hizo con sumo tacto y delicadeza. La dejó sola, para evitar que se produjera una situación embarazosa, una conversación forzada.

La marquesa siguió tendida en la hierba, con las manos sobre los ojos pensando en lo que acababa de ocurrir. No experimentaba ninguna sensación de vergüenza. Tenía la cabeza despejada y estaba completamente tranquila. Empezó a pensar en la manera de regresar al hotel. Esperaría aún una media hora, para darle tiempo de llegar a la playa. De ese modo, si, por casualidad, le veía alguien del hotel, no se le ocurriría relacionarle en absoluto con ella.

Se levantó, puso en orden sus vestidos, y sacó del bolso la polvera y la barra de labios. Como no tenía espejo, calculó cuidadosamente la cantidad de polvos que debía darse. Había disminuido la fuerza del sol, y una fresca brisa soplaba desde el mar.

«Si el tiempo se mantiene —pensaba la marquesa, mientras se peinaba—, puedo venir aquí todos los días a la misma hora. Nadie se enteraría. La señorita Clay y las niñas echan siempre la siesta. Si venimos y volvemos por separado, como hoy, es imposible que nos descubra nadie en este lugar oculto por los helechos. Aún me quedan tres semanas de veraneo. Lo que hace falta es que continúe el buen tiempo. Si se echara a llover...»

Mientras regresaba al hotel, iba preguntándose cómo se las arreglaría si cambiaba el tiempo. Ella no podría trepar al acantilado cubierta con un impermeable y tenderse en el suelo, mientras el viento y la lluvia azotaban los helechos. Claro que podían reunirse en el sótano de la tienda. Pero podían verla los del pueblo. Eso sería peligroso. No, a menos que lloviese a torrentes, el acantilado era lo más seguro.

Por la noche, escribió una carta a su amiga Elise. «...Éste es un sitio maravilloso —le decía—, y me estoy divirtiendo una barbaridad; sin mi marido, desde luego.»

Pero no daba detalles de su conquista, sólo mencionaba los helechos y el cálido sol de la tarde. Sabía que, de ese modo, Elise se imaginaría a algún rico americano

que viajaba de vacaciones sin su mujer.

A la mañana siguiente se vistió con mucho cuidado. Permaneció largo tiempo ante su ropero, y, al fin, eligió un vestido demasiado lujoso quizá, para llevarlo en una playa. Pero su elección fue hecha deliberadamente. Luego, bajó al pueblo, acompañada de la señorita Clay y de las niñas. Era día de mercado, y las empedradas calles de la población estaban llenas de gente. Muchos procedían de los alrededores, pero había también numerosos turistas ingleses y americanos que deambulaban lentamente contemplando la animación y el bullicio reinantes, compraban objetos de recuerdo y tarjetas postales, o se sentaban en el café de la esquina para ver pasar la gente.

La marquesa componía una notable figura caminando con paso indolente bajo su encantador vestido, destacaba, protegiéndose con una sombrilla y llevando a ambos lados a las dos niñas, que retozaban juguetonas. Muchas personas se volvían a mirarla, o se apartaban a su paso, en un inconsciente homenaje de belleza. Paseó por la plaza del mercado, haciendo varias compras que la señorita Clay iba depositando en el bolso que llevaba en la mano, y, luego con aire indiferente y sin dejar de responder alegremente a las preguntas de las niñas, se dirigió a la tienda que mostraba en su escaparate máquinas y accesorios fotográficos.

Estaba llena de clientes que esperaban ser atendidos. La marquesa, que no tenía prisa, simuló examinar un álbum de vistas locales, sin perderse, no obstante, nada de lo que sucedía a su alrededor. Paul y su hermana estaban detrás del mostrador. Él, con su vulgar chaqueta gris y una horrible camisa de color rosa, también almidonada, y más fea aún que la azul. Ella, como todas las demás dependientas del pueblo, vestía de negro y llevaba un chal sobre los hombros.

Él debía de haberla visto entrar en la tienda, porque casi en seguida se apartó del mostrador y, dejando la cola de clientes a cargo de su hermana, acudió a su lado humilde y cortés, deseoso de saber en qué podía servirla. No había en su expresión el menor rastro de familiaridad o complicidad. Ella tuvo buen cuidado de cerciorarse de esto mirándole fijamente a los ojos. Luego, haciendo participar deliberadamente en la conversación a la señorita Clay y a las niñas, pidió a la institutriz que eligiese las pruebas que quería enviar a Inglaterra. Trataba al fotógrafo con aire condescendiente, altivo. Llegó incluso a criticar algunas de las fotos, que, según le dijo, no hacían justicia a las niñas y no podía realmente mandárselas a su marido, el marqués. El fotógrafo se excusó. Verdaderamente, las niñas no habían salido bien. Estaba dispuesto a volver al hotel y fotografiarlas de nuevo, sin cobrar nada, naturalmente. Quizás en la terraza, o en los jardines, fuese mejor el efecto.

Varias personas se volvieron para mirar a la marquesa. Ella notaba cómo los hombres sorbían su belleza con la mirada. Con el mismo tono condescendiente, frío y seco, pidió al fotógrafo que le enseñase otros artículos de su tienda. Él se apresuró a complacerla.

Los demás clientes comenzaban a impacientarse. Movían nerviosamente los pies, esperando que la hermana de Paul les atendiese; y ella renqueaba penosamente de un lado a otro del mostrador, levantando de vez en cuando la cabeza para ver si su hermano, que tan repentinamente la había abandonado, acudía por fin para ayudarla.

Finalmente, la marquesa se aplacó. Estaba satisfecha. Se había extinguido la deliciosa excitación que se había apoderado de ella al entrar en la tienda.

—Cualquier mañana de estas —dijo a Paul— le avisaré para que vuelva a retratar a las niñas. Mientras tanto, quiero pagarle lo que le debo. ¿Quiere ocuparse de eso, señorita Clay?

Y, sin despedirse de él, salió de la tienda con las dos niñas de la mano.

No se cambió para la comida. Llevó el mismo encantador vestido, y le pareció que la terraza entera, más atestada que nunca por haber llegado un grupo de excursionistas, se inundaba de murmullos, suscitados por su belleza. El maitre, los camareros, e incluso el propio gerente del hotel se precipitaban hacia ella obsequiosos y sonrientes, y su nombre circundaba de boca en boca.

Todo se concertaba para su triunfo: la proximidad de la gente, el aroma de los manjares, del vino y de los cigarrillos, el perfume de las flores en sus macetas, el brillo resplandeciente del sol, el chapoteo del mar en la playa. Cuando, al fin, se levantó de la mesa y subió la escalera con las niñas, experimentaba una sensación de felicidad semejante a la de una prima donna que sale del escenario tras haber recibido una clamorosa salva de aplausos.

Las niñas se retiraron con la señorita Clay a sus habitaciones. La marquesa se cambió apresuradamente de vestido y de zapatos, bajó de puntillas la escalera, cruzó la playa y ascendió por el estrecho sendero hacia los helechos de la cima.

Como esperaba, él la estaba aguardando. Ninguno de los dos hizo alusión a la visita que ella le había hecho por la mañana, ni a lo que la traía esa tarde al acantilado. Se dirigieron en seguida al pequeño claro que daba al mar y se sentaron en el suelo. La marquesa describió la multitud que se apretujaba en la terraza del hotel, la fatiga que aquel bullicio le producía y lo delicioso que era alejarse de allí y disfrutar del fresco y límpido aire que se respiraba en aquel promontorio proyectado sobre el mar.

Él asentía humildemente a todo cuanto ella decía, contemplándola embelesado como si todo el ingenio del mundo matizara sus palabras. Luego, exactamente igual que el día anterior, le pidió que le permitiese sacar unas cuantas fotografías de ella. La marquesa accedió y, echándose de espaldas sobre la hierba, cerró los ojos.

En la larga y lánguida tarde desaparecía toda noción del tiempo. Como el día anterior, las libélulas revoloteaban en torno suyo entre los helechos, y el sol daba de lleno sobre su cuerpo. Y, a la sensación de intenso goce que la invadía, se unía la

certeza, curiosamente satisfactoria, de que ningún sentimiento se mezclaba en lo que estaba haciendo. Su espíritu y sus afectos se mantenían intactos. Era como hallarse en un instinto de belleza de París, sometándose a un masaje facial para eliminar las primeras arrugas y a un lavado de cabello, con la única diferencia de que estas cosas no le procuraban auténtico placer, sino sólo un voluptuoso bienestar.

Lleno de tacto y discreción, él volvió a marcharse sin una palabra, dejándola que se arreglase a solas. Y, como el día anterior, cuando ella juzgó que ya le llevaba bastante ventaja, se levantó y emprendió el camino de regreso al hotel.

Su buena suerte se mantenía con el buen tiempo. Todas las tardes, tan pronto como terminaba de comer y las niñas se habían acostado, la marquesa salía de paseo y volvía a eso de las cuatro y media, a tiempo para tomar el té. La señorita Clay, que al principio protestaba, llegó a aceptar el paseo como una costumbre más. Si la marquesa quería pasearse a la hora de más calor del día, era cosa suya; la verdad es que parecía sentarle de maravilla. Se mostraba más humana con ella y menos gruñona con las niñas. Las constantes jaquecas habían desaparecido, y parecía que la marquesa empezaba a disfrutar realmente de aquellas vacaciones a la orilla del mar en compañía de la señorita Clay y de las dos niñas.

Al cabo de quince días, la marquesa descubrió que el placer y el deleite que al principio experimentara en su aventura empezaban lentamente a desvanecerse. Y no porque Paul la defraudara en ningún sentido, sino porque ella misma estaba empezando a acostumbrarse a la rutina diaria. Así como una inyección que «prende» al principio con gran éxito y, después, al repetirse, pierde en gran parte su efecto, la marquesa comprendía que para volver a experimentar el mismo placer de antes tenía que tratar al fotógrafo, no ya como a un simple colaborador necesario, o un peluquero que le arreglara el cabello, sino como a una persona de carne y hueso, cuyos sentimientos pudiera ella herir. Y empezó a criticar su aspecto, a quejarse de que llevaba el pelo demasiado largo, de que sus trajes eran baratos y mal cortados, e incluso de que no sabía dirigir su tienda y que el papel que utilizaba en sus copias era de mala calidad.

Al decirle estas cosas se le quedaba mirando a la cara, y veía pintarse el dolor y la pena en sus grandes ojos. Su tez palidecía y un aire de abatimiento descendía sobre todo su ser al comprobar cuan indigno era de ella, cuan inferior en todos los sentidos. Y sólo cuando le veía en este estado, sentía ella encenderse en su interior la excitación que la dominaba al principio.

Comenzó a reducir deliberadamente el tiempo que pasaban juntos. Llegaba tarde a las citas sobre los helechos y le encontraba esperando con aquella expresión inquieta que tan bien conocía. Y, si no se hallaba de humor para lo que había de ocurrir, despachaba rápidamente y de mala gana el asunto, y le despedía apresuradamente, gozándose luego en imaginarle volver cojeando, cansado y deprimido, a su pequeña tienda.

Aún le permitía que le sacara fotografías. Esto formaba parte de la aventura, pues sabía que le turbaba verla tan perfecta. Se complacía en sacar partido de esta circunstancia, y, a veces, le decía que fuera al hotel por la mañana, y entonces posaba en el jardín, exquisitamente vestida y rodeada de las niñas, mientras la señorita Clay y los huéspedes del hotel la contemplaban desde la terraza.

Durante la tercera semana, el contraste entre las mañanas, en que, como empleado suyo, cojeaba de un lado a otro, moviendo el trípode según sus órdenes, y la súbita intimidad de las tardes, bajo el cálido sol que abrasaba los helechos, se convirtió en el único estímulo.

Finalmente, un día en que soplaba una fría brisa del mar, ella no acudió a la cita y se quedó leyendo una novela en el balcón. Aquel cambio en la rutina habitual, le pareció un verdadero alivio.

Al día siguiente el tiempo era bueno, y ella decidió subir al promontorio. Por primera vez desde que se encontraran en el fresco y oscuro sótano de la tienda, la voz de él sonó tensa, con tono de reproche.

—Ayer te estuve esperando toda la tarde —dijo—. ¿Qué ocurrió? Ella se le quedó mirando, asombrada.

—Hacía un día muy desagradable —contestó—. Preferí quedarme leyendo en el hotel.

—Temí que hubieras caído enferma —prosiguió él—. Estuve a punto de telefonear al hotel para preguntar por ti. Estaba tan trastornado que esta noche apenas he podido dormir.

La siguió al lugar oculto entre los helechos, y aunque, en cierto sentido, la inquietud que aún se pintaba en sus ojos fuese estimulante para ella, no dejaba de irritarla que se atreviera a reprocharle su conducta. Era como si su masajista, o su peluquero, mostraran enojo porque ella dejara de acudir a sus salones un día determinado.

—Si crees que estoy obligada a venir aquí todas las tardes, estás muy equivocado —dijo—. Tengo muchas otras cosas que hacer. Al instante, se excusó humildemente y le rogó que le perdonara.

—No puedes comprender lo que significas para mí —dijo—. Desde que te conozco, toda mi vida ha cambiado. Ya no vivo más que para estas tardes que paso contigo.

Su sumisión le agradó, haciendo nacer en ella un renovado interés, mezclado con piedad, hacia aquel ser que le era tan sumiso y que dependía de ella como un niño de su madre. Viéndole tendido a su lado, le acarició el pelo en un impulso compasivo, casi maternal. ¡Pobre hombre, que, por su causa, había andado cojeando a lo largo de aquel camino! Y el día anterior se había encontrado solo y desdichado bajo el cortante viento que soplaba. Imaginó la carta que escribiría a su amiga Elise:

«Me temo que he destrozado el corazón de Paul. Se ha tornado en serio esta aventurilla de verano. Pero ¿qué le voy a hacer yo? Después de todo, estas cosas tienen que acabar alguna vez. No puedo alterar mi vida por su causa. En fin, él es hombre, y sabrá superarlo.»

Elise se imaginó al bello y rubio muchacho americano subiendo tristemente a su «Pasckard» y desapareciendo rumbo a un destino desconocido.

Aquella tarde, el fotógrafo no se marchó al terminar. Se incorporó y, sentado sobre los helechos, contempló la gran roca que se proyectaba hacia el mar.

—He tomado una decisión para el futuro —dijo.

La marquesa sintió flotar el drama en el aire. ¿Querría decir que iba a suicidarse? ¡Sería terrible! Naturalmente, esperaba a que ella se hubiese marchado del hotel y estuviese de regreso en su casa. Ella no tenía necesidad de enterarse de nada.

—¿De qué se trata? —preguntó dulcemente.

—Mi hermana cuidará de la tienda —dijo—. Es una mujer muy capacitada y se la pondré a su nombre. Yo te seguiré a donde quiera que vayas, a París, o al campo, me es indiferente. Estaré siempre cerca de ti y acudiré cuando me necesites.

La marquesa tragó saliva. Se le paralizó el corazón.

—Pero eso es imposible —dijo—. ¿De qué ibas a vivir?

—No soy orgulloso. Sé que tu generosidad me proporcionará algún medio de vida. Tengo muy pocas necesidades. Pero me es imposible vivir sin ti; por eso, la única solución es seguirte siempre. Buscaré algún cuarto cerca de tu casa de París; y lo mismo haré cuando vayas al campo. Siempre encontraremos nuestra manera de estar juntos. Cuando el amor es tan fuerte como el nuestro, no existen obstáculos.

Hablaba con su acostumbrada humildad, pero había una insólita energía en sus palabras, y ella comprendió que no se trataba de un anacrónico melodrama mal representado, sino que se expresaba con toda sinceridad y con el corazón en la mano. Estaba verdaderamente decidido a abandonar su tienda y seguirla a París e, incluso, a su castillo del campo.

—¡Tú estás loco! —exclamó ella violentamente, al tiempo que se incorporaba sin prestar atención a sus vestidos desordenados, ni a su revuelto cabello—. En cuanto me marche de aquí, habré dejado de ser libre. No podré verme contigo en ningún sitio; correríamos un riesgo enorme de ser descubiertos. ¿No te das cuenta de mi situación y de lo que eso significaría para mí?

Él movió la cabeza. Tenía una expresión triste, pero resuelta.

—He pensado en todo —respondió—. Ya sabes que soy muy discreto. No tienes nada que temer. Se me ha ocurrido la posibilidad de entrar a tu servicio como criado. No me importa perder mi dignidad personal. No soy orgulloso. De esta

forma, nuestra vida en común podría proseguir como hasta ahora. Tu marido, el marqués, debe de ser un hombre muy ocupado y estará ausente la mayor parte del día; y tus hijas saldrán, probablemente, a pasear todas las tardes con la institutriz. Como ves, todo sería muy sencillo, siuviésemos el valor suficiente.

La marquesa estaba tan sorprendida que no acertaba a responder. No podía imaginar nada más terrible y desastroso que el hecho de que el fotógrafo entrara a su servicio como criado. Aun prescindiendo de su invalidez —se estremeció al imaginarle cojeando alrededor de una gran mesa del comedor—, sería un insoportable sufrimiento saber que él estaba allí, en la casa, esperando a que ella subiera por las tardes a su habitación para ir a llamar tímidamente a su puerta. ¡Qué degradación la de aquella criatura —ésta era la palabra apropiada para designarle—, esperando suplicante en su propia casa a que ella accediera a recibirle!

—Me temo —dijo con firmeza— que lo que me sugieres es absolutamente imposible. No sólo la idea de que vengas a mi casa como criado, sino el que volvamos a vernos después de que yo me haya marchado de aquí. Tu sentido común debe hacértelo comprender. Estas tardes han sido... han sido agradables, pero mi verano está a punto de terminar. Mi marido llegará dentro de unos días a buscarnos a mí y a las niñas, y eso pone punto final a todo.

Y, para indicar que había terminado la entrevista, se levantó, alisó su vestido, se peinó y se empolvó la nariz. Luego, cogió el bolso y sacó el monedero.

Extrajo de él unos cuantos billetes de diez mil francos y se los tendió al fotógrafo.

—Esto es para que hagas en la tienda las reformas que sean necesarias. Cómprale también algo a tu hermana. Y recuerda que siempre pensaré en ti con mucha ternura.

Con gran consternación por su parte, el rostro del fotógrafo se cubrió de una intensa palidez y sus labios comenzaron a temblar violentamente, al tiempo que se ponía en pie.

—No —exclamó—. Nunca cogeré eso. Eres cruel y perversa al proponérmelo.

Y, de pronto, rompió en sollozos, ocultando la cara entre las manos. Sus hombros se agitaban a impulsos de la emoción.

La marquesa le miró desconcertada, sin saber si debía marcharse o permanecer allí. Los sollozos de Paul eran tan violentos que temió que le diera un ataque de histeria. Le compadecía profundamente, pero aún se compadecía más a sí misma, porque al marcharse, tenía que llevarse en sus ojos aquella ridícula imagen de su amante. Un hombre que daba rienda suelta a su emoción de aquella manera era digno de lástima. Y le dio la impresión de que aquel claro entre los helechos, que antes le pareciera tan cálido y acogedor, cobraba ahora un aspecto sórdido y vergonzoso. Su camisa, colgada de un helecho, parecía una prenda puesta a secar al

sol por alguna lavandera. Junto a ella, yacían la corbata y el sombrero. No faltaba más que unas cáscaras de naranja y el papel de plata de una chocolatina para completar el cuadro.

—¡Ya está bien! —exclamó con repentina furia—. ¡Repórtate, por amor de Dios!

Dejó de llorar y apartó las manos de su alterado rostro. Se la quedó mirando, tembloroso, con sus oscuros ojos llenos de dolor.

—Me he equivocado contigo —dijo—. Ahora te conozco tal como eres. Una malvada mujer que disfruta destrozando las vidas de hombres inocentes como yo. Voy a contárselo todo a tu marido.

La marquesa no respondió. Estaba loco, no sabía lo que decía...

—Sí —continuó el fotógrafo, respirando entrecortadamente—, eso es lo que haré. Se lo contaré todo a tu marido, en cuanto llegue. Le enseñaré las fotos que te he sacado aquí, en el promontorio. Le demostraré, sin que pueda quedarle ninguna duda, que le engañas, que eres una mala mujer. Y él me creerá. No tendrá más remedio que creerme. No me importa lo que me haga a mí. No puedo sufrir más de lo que sufro ahora. Pero te aseguro que tu vida quedará también arruinada para siempre. Todos lo sabrán: tu marido, la institutriz, el gerente del hotel... A todos les explicaré dónde pasabas las tardes.

Cogió el sombrero y la chaqueta y se colgó al hombro la máquina fotográfica. El pánico se apoderó de la marquesa y se le agarrotó a la garganta. Aquel hombre cumpliría sus amenazas. Se situaría junto al mostrador de recepción del hotel y esperaría allí la llegada de Edouard.

—Escúchame —dijo—. Pensemos algo, quizá lleguemos a un arreglo.

Pero él no le hizo caso. Su pálido rostro tenía una expresión resuelta. Se inclinó junto al borde del acantilado para recoger su bastón, y entonces nació en ella un impulso terrible que invadió al instante todo su ser. Se echó hacia delante con los brazos extendidos y empujó al cuerpo inclinado. Él no profirió un solo grito. Cayó en el vacío y desapareció.

La marquesa se dejó caer de rodillas y permaneció inmóvil. Esperaba. Sentía que el sudor le corría por la cara, por la garganta, por todo el cuerpo. Tenía las manos húmedas. Siguió aguardando, de rodillas, y al cabo de un rato, sacó el pañuelo y se enjugó el sudor de la frente, de las mejillas y de las manos.

De pronto, sintió frío. Se estremeció. Se puso en pie y, contra lo que temía, notó que le respondían perfectamente las piernas. Miró a su alrededor, por encima de los helechos. No había nadie a la vista. Como siempre, estaba sola en el promontorio. Pasados cinco minutos, hizo un esfuerzo y se asomó al borde del acantilado. La marea estaba alta. Las olas rompían contra las rocas, se retiraban y volvían a estrellarse, deshaciéndose en espuma. A lo largo del acantilado no se veía ni rastro de su cuerpo; la superficie era totalmente lisa, como cortada a pico. Y sobre el mar,

tampoco. Debía de haberse hundido instantáneamente, nada más caer.

La marquesa se apartó del borde del acantilado y fue cogiendo sus cosas. Trató de enderezar los aplastados helechos y borrar así toda huella de que alguien había pasado por el lugar, pero llevaban tanto tiempo acudiendo a él que era de todo punto imposible. Quizá no importara. Se daría por sentado que la gente subía al promontorio para estar cómodamente a solas.

De pronto, le empezaron a temblar las rodillas y tuvo que sentarse. Esperó un rato y miró el reloj. Sabía que quizá fuese importante recordar la hora. Las tres y media pasadas. Si le preguntaban, podía decir: «Sí, estaba en el promontorio a eso de las tres y media, pero no oí nada.» Y no mentiría. Era cierto.

Recordó con alivio, que tenía un espejito en el bolso. Se miró en él, temerosa. Su rostro estaba blanco como la cal, cubierto de manchitas, extraño. Se empolvó cuidadosamente, pero en vano. La señorita Clay se daría cuenta de que le pasaba algo. Se aplicó colorete en las mejillas, pero, por contraste con la palidez de su rostro, producía el mismo efecto que los burdos chafarrinones de la cara pintada de un payaso.

«Sólo me queda un recurso —pensó—: ir directamente a mi cabina de la playa, ponerme el traje de baño y meterme al agua. Así, no tendrá nada de particular que vuelva al hotel con el pelo y la cara mojados. Y si digo que he ido a nadar también será verdad.»

Comenzó a descender del promontorio, pero sus piernas estaban tan débiles como si hubiese estado muchos días enferma en cama, y cuando al fin llegó a la playa temblaba de tal modo que creyó que iba a desplomarse. Lo que más deseaba en aquellos momentos era tenderse en la cama de su dormitorio del hotel y, con las ventanas cerradas y las cortinas corridas, esconderse a los ojos de todos en la oscuridad. Debía, sin embargo, hacer un esfuerzo para representar el papel que se había asignado.

Entró en la cabina y se desnudó. La hora de la siesta tocaba a su fin, y había ya varias personas tendidas en la arena, leyendo o durmiendo. Avanzó hasta la orilla del agua, se quitó las zapatillas de suela de cáñamo y se puso su gorro de baño. Mientras nadaba de un lado a otro en el agua tibia y quieta, hundiendo la cabeza bajo la superficie, se preguntaba cuántas personas de las que estaban en la playa la habrían visto, cuántos habrían reparado en ella y luego podrían decir: «Pero ¿no se acuerda que, a media tarde, vimos bajar a una mujer del promontorio?»

Empezó a sentir frío, pero continuó nadando con rígidas y mecánicas brazadas. De pronto, se fijó, en que un niño que jugaba en la orilla con un perro, señalaba hacia el mar y el perro se precipitaba ladrando hacia un objeto oscuro que quizá fuese una simple madera. Sintió náuseas y se apoderó de ella un súbito terror, hasta el punto de que llegó casi a desvanecerse. Salió del agua y se dirigió, vacilante, hacia la cabina, en cuyo suelo de madera se sentó con la cabeza entre las manos. Pensaba que, de haber

seguido nadando, quizás hubiera llegado a tocar con el pie su cadáver, flotando hacia ella sobre las aguas.

Cinco días después debía llegar el marqués para recoger a su mujer, a la institutriz y a las niñas. La marquesa le telefoneó al castillo y le preguntó si le sería posible ir antes. Sí, el tiempo seguía siendo bueno, pero había empezado a cansarse de aquel lugar. Había demasiada gente, demasiado ruido y la calidad de la comida había empeorado notablemente. La verdad era que se encontraba a disgusto. Estaba deseando volver a casa, dijo a su marido y encontrarse de nuevo entre sus cosas.; los jardines debían de estar preciosos.

El marqués lamentaba mucho que se aburriese, pero ¿no podría esperar tres días más? Se había formado ya sus planes y no podía ir antes. Tenía que pasar por París para acudir a una importante reunión de negocios. Prometía llegar el jueves por la mañana y así, podrían marcharse inmediatamente después de comer.

—Yo esperaba —dijo— que te gustaría quedarte a pasar el fin de semana y así habría podido bañarme yo también. Las habitaciones están reservadas hasta el lunes, ¿no?

Pues no. Precisamente ya había dicho al gerente que no necesitarían las habitaciones a partir del jueves y las tenía comprometidas con otras personas. El hotel estaba abarrotado y había perdido todo su atractivo. A Edouard no le gustaría nada y además, durante el fin de semana se pondría insoportable. ¿Intentaría hacer todo lo posible para llegar antes del jueves por la mañana, para que pudieran marcharse después de comer?

La marquesa colgó el auricular y fue a tenderse en la tumbona del balcón. Cogió un libro y fingió leer, pero en realidad estaba escuchando atentamente, esperando oír voces y pasos a la entrada del hotel. Luego, sonaría el teléfono y el gerente, deshaciéndose en excusas, le pediría que bajase a su despacho. El caso era que se trataba de un asunto delicado..., pero la Policía estaba allí y, al parecer, tenía la impresión de que ella podría ayudarla.

El teléfono no sonó. No hubo ruido de pasos ni de voces. La vida continuaba su ritmo normal. Las horas fueron arrastrándose, lentas y prolongadas, a lo largo del interminable día. La comida en la terraza, los camareros agolpándose obsequiosos a su alrededor, las mesas llenas de los clientes habituales o de los recién llegados que habían sustituido a aquellos, las niñas parloteando juguetonas, la señorita Clay exhortándolas a guardar modales... Y, durante todo el tiempo, la marquesa escuchaba, esperaba...

Hizo un esfuerzo para comer, pero los manjares que se llevaba a la boca le sabían a serrín. Terminada la comida, subió a su habitación y, mientras las niñas dormían, se tendió en la tumbona. Volvieron a bajar a la terraza para tomar el té,

pero cuando las niñas fueron a la playa, con el fin de darse el segundo baño del día, ella no las acompañó. Tenía un ligero resfriado, dijo a la señorita Clay; no le apetecía mojarse. Y siguió sola en el balcón.

Cuando cerró los ojos por la noche y trató de dormir, volvió a sentir en sus manos la presión de aquella espalda encorvada y la sensación que experimentó al empujarla. ¡Con qué facilidad había caído! Estaba ante ella y en un instante, ya había desaparecido. Sin forcejeos, sin gritos.

Durante el día, solía forzar la vista en dirección al promontorio, esperando divisar siluetas humanas que caminasen entre los helechos. Un «cordón de policía», ¿no le llamaban así? Pero el promontorio seguía desierto bajo el sol implacable.

Un par de veces, la señorita Clay le propuso que fuesen de compras a la ciudad y en ambas ocasiones la marquesa presentó una excusa.

—Hay demasiada gente —dijo—, y hace demasiado calor. No creo que les siente bien a las niñas. Se está mejor en el jardín. Detrás del hotel hay una sombra muy agradable y reina la tranquilidad.

No se movía del hotel. Sólo pensar en la playa le producía náuseas. Ni siquiera salía a pasear.

—Me sentiré mejor —decía a la señorita Clay— cuando me haya quitado de encima este fastidioso resfriado.

Y permanecía en el balcón, hojeando revistas que había leído ya una docena de veces.

Por la mañana del tercer día, poco antes de la comida, las niñas llegaron corriendo al balcón, agitando unas banderitas de papel.

—Mira, mamá —dijo Hélène—, la mía es verde y la de Celeste azul. Después del té, vamos a ponerlas en nuestros castillos de arena.

—¿Dónde las habéis comprado? —preguntó la marquesa.

—En la plaza del mercado —respondió la niña—. La señorita Clay nos ha llevado a la ciudad esta mañana, en vez de llevarnos a jugar al jardín. Quería coger las fotos que le habían prometido para hoy.

La marquesa experimentó una sacudida. Quedó como paralizada.

—Bueno, daos prisa —dijo—; preparaos para la comida.

Oyó a las niñas hablar con la institutriz en el baño. Al poco rato, la señorita Clay entró y cerró la puerta. La marquesa hizo un esfuerzo y levantó la vista hacia ella. El rostro alargado y un tanto estúpido de la señorita Clay tenía una expresión de tristeza.

—Ha sucedido algo espantoso —dijo en voz baja—. No he querido hablar de ello delante de las niñas. Estoy segura de que le afectará a usted mucho. Se trata del pobre señor Paul.

—¿El señor Paul? —exclamó la marquesa.

Su voz era perfectamente tranquila, pero el tono de sus palabras expresaban un cortés interés.

—He ido a la tienda a buscar mis fotos —dijo la señorita Clay—y la he encontrado cerrada. La persiana estaba bajada y echados los cierres. Me ha parecido muy raro y he entrado en la farmacia de al lado para preguntar si la abrirían después de la hora del té. Me dijeron que no, que la señorita Paul estaba muy trastornada y se había marchado a casa de unos parientes. Al preguntar qué había ocurrido, me han dicho que se ha producido un accidente y que el pobre señor Paul ha muerto ahogado. Unos pescadores han encontrado su cadáver a tres millas de la costa.

La señorita Clay había palidecido mientras hablaba. Evidentemente se sentía profundamente afectada. Al ver su aspecto, la marquesa recobró el valor.

—¡Es terrible! —exclamó—. ¿Cómo ha sucedido?

—No podía pedir detalles en la farmacia, estando delante las niñas —contestó la señorita Clay—, pero creo que fue ayer cuando encontraron su cadáver. Y terriblemente destrozado, según me dijeron. Debió de golpearse contra las rocas antes de caer al mar. Es tan horrible que no puedo soportar pensar en ello. ¿Qué va a hacer ahora su pobre hermana sin él?

La marquesa levantó la mano para indicarle que guardara silencio. Las niñas acababan de entrar en la habitación.

Bajaron a la terraza, y la marquesa comió con más apetito que los tres últimos días. Se preguntó si ello sería debido a que se había liberado de parte del peso de su secreto. Él había muerto y había sido encontrado su cadáver. Esto era ya conocido. Después de comer, rogó a la señorita Clay que preguntase al gerente del hotel si sabía algo del deplorable accidente y que hiciese constar que la marquesa se sentía muy afectada por aquella desgracia... Y mientras la señorita Clay cumplía su encargo, ella subió con las niñas a sus habitaciones.

No tardó en repicar el teléfono. El sonido que tanto había temido. El corazón le dio un vuelco. Descolgó el auricular y escuchó.

Era el gerente. Dijo que acababa de estar con la señorita Clay y que la señora marquesa era muy amable al interesarse por el desgraciado accidente de que había sido víctima el señor Paul. Él habría dado la noticia el día anterior, cuando se descubrió el cadáver pero no quería afligir a la clientela del hotel. Nunca es agradable enterarse de que alguien se ha ahogado en una playa de veraneo; le resulta penoso a la gente. Sí, desde luego, se había llamado inmediatamente a la Policía. La creencia general era que debía haber caído de alguno de los acantilados de la costa. Al parecer, era muy aficionado a tomar vistas de aquellos paisajes. Y no era nada extraño que sufriera un resbalón, dada su cojera. Su hermana le había prevenido con frecuencia para que tuviera cuidado. Era una lástima. ¡Un hombre tan bueno! Todo el

mundo le quería. No tenía enemigos. Y un verdadero artista en su profesión. ¿Estaba satisfecha la señora marquesa de las fotos que le había sacado a ella y a las niñas? El gerente se alegraba. Sería un placer para él hacérselo saber a la señorita Paul y comunicarle también el interés demostrado por la señora marquesa. Sí, desde luego, le quedaría profundamente agradecida, si le enviaba unas flores y le transmitía unas palabras de condolencia. La pobre mujer tenía el corazón destrozado. No, todavía no se había fijado el día del entierro...

Cuando el gerente terminó de hablar, la marquesa llamó a la señorita Clay y le encargó que fuese en taxi a la ciudad que distaba siete millas de la costa, donde las tiendas eran mejores y donde le parecía recordar que había una floristería excelente. La señorita Clay tenía que comprar flores —con preferencia lilas—, sin reparar en gastos. La marquesa escribiría una nota para que el gerente del hotel le hiciese llegar, juntamente con las flores, a la señorita Paul.

La nota, que escribió la marquesa decía: «Mi más sincero pésame por la gran pérdida que ha sufrido.» Entregó dinero a la señorita Clay, y la institutriz salió a buscar un taxi.

Poco después, la marquesa llevó a las niñas a la playa.

—¿Estás mejor de tu resfriado, mamá? —preguntó Celeste.

—Sí, querida. Mamá ya puede bañarse ahora.

Entró con las niñas en las tranquilas y cálidas aguas y chapoteó con ellas.

Mañana llegaría Edouard, mañana vendría Edouard en su coche y se las llevaría consigo y las blancas y polvorientas carreteras irían aumentando la distancia entre ella y el hotel. Ya no lo vería más. No volvería a ver ni el promontorio, ni la ciudad y aquel verano quedaría borrado como algo que nunca hubiera existido.

«Cuando muera —pensó la marquesa, mirando al mar— seré castigada. Es inútil que trate de engañarme. Soy culpable de un asesinato. Cuando muera, Dios me acusará. Hasta entonces, seré una buena esposa para Edouard y una buena madre para Celeste y Hélène. Intentaré ser una buena mujer desde este mismo momento. Intentaré reparar lo que he hecho siendo más amable con todo el mundo, con mi familia, con mis amigos, con mis criados.»

Por primera vez en cuatro días durmió profundamente.

A la mañana siguiente, mientras estaba todavía desayunando llegó su marido. Se alegró tanto de verle que saltó de la cama y le echó los brazos al cuello. El marqués se sintió conmovido ante este recibimiento.

—Parece que mi mujercita me echaba de menos —dijo.

—¿Echarte de menos? ¡Claro que te echaba de menos! Por eso te telefoneé. ¡Tenía tantas ganas de que vinieras!

—¿Y sigues decidida a salir hoy después de comer?

—Sí..., sí... No puedo soportar más este lugar. Ya tenemos hechas las maletas. Sólo falta recoger las últimas cosas.

El marqués se sentó en el balcón a tomar café y estuvo jugando y riendo con las niñas, mientras ella se vestía y recogía todos sus efectos personales. La habitación que durante un mes había sido suya, volvió a cobrar su anterior aspecto impersonal. Con prisa febril, retiró cuanto había sobre la chimenea, sobre el tocador, sobre la mesilla de noche. Terminó pronto. Dentro de un rato entraría la doncella para poner sábanas limpias en la cama y preparar la habitación para un nuevo huésped. Y ella, la marquesa, se habría marchado.

—Escucha, Edouard —dijo—, ¿por qué hemos de quedarnos a comer? ¿No sería mejor comer en cualquier sitio durante el camino? Siempre es molesto quedarse a comer en un hotel cuando ya se ha pagado la cuenta. Una vez dadas las propinas, ya está terminado todo.

—Como quieras —respondió él.

Le había dispensado un recibimiento tan entusiasta, que estaba dispuesto a satisfacer todos sus caprichos. ¡Pobrecilla! Verdaderamente, se había sentido muy sola sin él. La debía una reparación.

Cuando la marquesa se estaba pintando los labios ante el espejo del cuarto de baño, sonó el teléfono.

—¿Quieres contestar tú? —dijo a su marido—. Seguramente es el conserje que quiere decirnos algo acerca de nuestro equipaje.

El marqués descolgó el auricular y, unos instantes después, llamó a su mujer, diciéndole:

—Es para ti, querida. Una tal señorita Paul quiere verte y pregunta si puede darte personalmente las gracias, antes de que te vayas, por las flores que le has enviado.

La marquesa no respondió de momento, y cuando entró en la habitación le pareció a su marido que el carmín que se había dado en los labios no la había embellecido en absoluto. La hacía parecer demacrada, envejecida. ¡Qué extraño! Debía de haber cambiado de color. Éste no le sienta nada bien.

—Bueno —exclamó—, ¿qué le digo? Seguramente que no tendrás ninguna gana de ser molestada por esa mujer, quienquiera que sea. ¿Te parece que baje yo y me desembarace de ella?

La marquesa parecía turbada, indecisa.

—No, no —dijo—, creo que es mejor que la vea yo misma. Es una historia muy trágica. Ella y su hermano tenían una tienda de fotografía en la ciudad, nos han hecho algunas fotografías a mí y a las niñas, y les ha sucedido algo espantoso; el hermano ha muerto ahogado. Me pareció correcto enviarle unas flores.

—Es un buen detalle por tu parte —dijo su marido—. Pero no hace falta que pierdas el tiempo recibéndola, ahora que estamos a punto de irnos.

—Dile eso —rogó la marquesa—, dile que vamos a salir dentro de un momento.

El marqués volvió a empuñar el teléfono y, tras pronunciar unas palabras, tapó el aparato con la mano y cuchicheó a su mujer:

—Sigue insistiendo. Dice que tiene algunas fotos tuyas y que quiere entregártelas personalmente.

Una sensación de pánico invadió a la marquesa. ¿Fotos? ¿Qué fotos?

—¡Pero si ya se las he pagado! —contestó en voz baja—. No comprendo lo que quiere decir. El marqués se encogió de hombros.

—Bueno ¿qué le digo? Parece que está llorando. La marquesa volvió a entrar en el cuarto de baño y se aplicó más polvos en la cara.

—Dile que suba —respondió—, pero repítele que salimos dentro de cinco minutos. Mientras tanto, puedes ir colocando a las niñas en el coche. Llévate también a la señorita Clay. Hablaré a solas con esa mujer.

Cuando él hubo salido, la marquesa miró a su alrededor. No le quedaba por recoger más que el bolso y los guantes. Un último esfuerzo, y después, la puerta cerrada, en el ascensor, el saludo de despedida y la libertad.

Sonó un golpecito en la puerta. La marquesa esperaba junto al balcón, con las manos entrelazadas.

—Adelante —dijo.

La señorita Paul abrió la puerta. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y llevaba un anticuado vestido de luto que le llegaba casi hasta el suelo. Vaciló un instante y luego avanzó cojeando, con grotesco balanceo, como si cada movimiento fuese para ella una tortura.

—Señora marquesa... —empezó y le temblaron los labios y se echó a llorar.

—Tranquílcese —dijo dulcemente la marquesa—. Estoy verdaderamente consternada por lo que ha sucedido. La señorita Paul sacó un pañuelo y se sonó.

—Él era todo lo que tenía en este mundo —dijo—. Era tan bueno conmigo... ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a vivir?

—¿No tiene usted parientes?

—Son pobres, señora marquesa. No puedo esperar que me ayuden. Y tampoco puedo llevar yo sola la tienda. No tengo fuerzas suficientes. Siempre he sido muy delicada de salud.

La marquesa rebuscó en su bolso y sacó dos billetes de diez mil francos.

—Sé que no es mucho —dijo—, pero quizá le sirva de alguna ayuda. Me temo que mi marido no conoce a mucha gente de esta comarca, pero le hablaré por si se le ocurre alguna solución para usted.

La señorita Paul cogió los billetes. Era extraño; no dio las gracias a la marquesa.

—Esto me llegará hasta fin de mes —dijo—. Me ayudará a pagar el entierro de mi hermano.

Abrió el bolso y sacó tres fotografías.

—En la tienda tengo varias más parecidas a estas —dijo—. He pensado que, al marcharse tan repentinamente, quizá se había olvidado usted de ellas. Las he encontrado entre los clichés que tenía mi hermano en el sótano, donde revelaba sus fotos.

Entregó sus fotos a la marquesa, que se quedó helada al verlas. Sí, las había olvidado. O, mejor dicho, ignoraba por completo su existencia. Eran tres fotos de ella, tomadas entre los helechos. Indolente, abandonada, medio dormida, con la cabeza apoyada en su chaqueta, a guisa de almohada, había escuchado el clic-clic de la máquina fotográfica, y eso había añadido un atractivo más al encanto de la tarde. Paul le había enseñado algunas fotos. Pero aquéllas, no.

Cogió las fotografías y las guardó en el bolso.

—¿Dice usted que tiene más? —preguntó con voz inexpresiva.

—Sí, señora marquesa.

Hizo un esfuerzo para mirar a los ojos de aquella mujer. Estaban todavía hinchados por el llanto, pero el fulgor que brillaba en ellos no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó la marquesa.

La señorita Paul paseó la vista por la habitación del hotel. Papeles de seda tirados por el suelo, el revoltijo de la papelera, la cama desordenada, sin hacer.

—He perdido a mi hermano —dijo—, mi único apoyo, la razón de mi existencia. La señora marquesa ha pasado unas agradables vacaciones y ahora vuelve a su casa. Supongo que la señora marquesa no querrá que su marido, ni nadie de su familia, vean esas fotos.

—No se equivoca —respondió la marquesa—. Ni yo misma quiero verlas.

—En este caso —prosiguió la señorita Paul— veinte mil francos es un precio muy bajo para unas vacaciones en las que tanto ha disfrutado la señora marquesa.

La marquesa miró de nuevo en su bolso. Sólo contenía dos billetes de mil francos y unos pocos billetes de cien.

—Esto es todo lo que tengo —dijo—, puede cogerlo también. La señorita Paul volvió a sonarse.

—Creo que sería mejor para las dos que llegáramos a un arreglo permanente —dijo—. Ahora que mi pobre hermano ha muerto, mi futuro es muy inseguro. No quiero seguir viviendo en un lugar que guarda tan tristes recuerdos. No puedo por menos que preguntarme cómo encontró la muerte mi pobre hermano. La tarde anterior a su desaparición, subió al promontorio y volvió muy deprimido. Quizá

había ido a reunirse con alguna amiga y ella faltó a la cita. Al día siguiente, subió de nuevo y ya no volvió más. Se dio parte a la Policía, y tres días después encontraron su cadáver. No he dicho nada a la Policía acerca de la posibilidad de un suicidio, sino que he aparentado creer yo también que se trataba de un accidente. Pero mi hermano tenía un corazón muy sensible, señora marquesa. Si se sentía desgraciado habría sido capaz de cualquier cosa. Si sigo atormentándome al pensar en estas cosas, podría ir a la Policía a insinuar que mi hermano pudo suicidarse a consecuencia de un amor desgraciado. Podría incluso, dejarles que examinasen sus cosas para que encontraran las fotografías.

La marquesa oyó, aterrorizada, las pisadas de su mando al otro lado de la puerta.

—¿Vienes, querida? —dijo, entrando en la habitación—. El equipaje está ya colocado y las niñas se impacientan.

Saludó a la señorita Paul. Ella se inclinó ligeramente.

—Voy a darle mi dirección de París —dijo con apresuramiento la marquesa—, y también la de mi residencia en el campo. Revolví febrilmente su bolso en busca de una tarjeta.

—Espero que tendré noticias de usted dentro de unas semanas —dijo.

—Posiblemente antes, señora marquesa —dijo la señorita Paul—. Si me marchó de aquí y paso cerca de su casa, iré a presentarle mis humildes respetos y también a las niñas y a la señorita Clay. Tengo unos amigos que viven cerca de su casa. Y también tengo amigos en París. Siempre he deseado visitar París.

La marquesa se volvió hacia su marido con una rígida sonrisa en sus labios.

—Le he dicho a la señorita Paul —explicó— que si en alguna ocasión puedo hacer algo por ella, no tiene más que comunicármelo.

—Desde luego —respondió el marqués—. Lamento mucho la tragedia, señorita. El gerente me ha contado lo que ha ocurrido.

La señorita Paul volvió a inclinarse y su mirada se posó de nuevo en la marquesa.

—Él era todo lo que yo tenía en el mundo, señor marqués —dijo—. La señora marquesa sabe cuánto significaba para mí. Es reconfortante saber que puedo escribirle y que ella me contestará. De ese modo no me sentiré tan sola y tan aislada. La vida es muy dura para quienes no tienen a nadie en el mundo. Le deseo un buen viaje, señora marquesa, y sobre todo, guarde un buen recuerdo de sus vacaciones, sin que en él se mezcle nada triste.

La señorita Paul se inclinó de nuevo y salió, cojeando, de la habitación.

—¡Pobre mujer! —dijo el marqués— ¡Qué facha tiene! Según me ha dicho el gerente, su hermano estaba lisiado también.

—Sí...

La marquesa cerró el bolso, cogió los guantes y buscó las gafas de sol.

—Es curioso, pero estas cosas suelen ser hereditarias —comentó el marqués, mientras caminaban a lo largo del pasillo.

Se detuvo ante la puerta del ascensor y oprimió el botón de llamada.

—Tú no conoces a Richard du Boulay, ¿verdad? Es un viejo amigo mío. Bueno, pues también era cojo, como ese pobre fotógrafo y, a pesar de ello, una muchacha encantadora y completamente normal se enamoró de él. Se casaron y tuvieron un hijo que salió cojo también, como su padre. No se puede luchar contra estas cosas. Es una tara que se lleva en la sangre y se transmite irremediabilmente.

Entraron en el ascensor y las puertas se cerraron tras ellos.

—¿Estás segura de que no quieres que nos quedemos a comer aquí? Estás muy pálida. Ya sabes que nos espera un largo viaje.

—Prefiero que nos vayamos...

En el vestíbulo se habían reunido todos para despedirla: el gerente, el encargado de la recepción, el conserje, el maître...

—Esperamos volver a verla, señora marquesa. Siempre será bien recibida aquí. Ha sido un verdadero placer atenderla. El hotel ya no será el mismo sin usted.

—Adiós... Adiós...

La marquesa subió al coche y se sentó junto a su marido. Enfilaron la avenida del hotel y salieron a la carretera. A su espalda, quedaba el promontorio, las ardientes arenas de la playa, el mar. Ante ella, se extendía la larga carretera que la conducía al hogar, a la seguridad.

¿A la seguridad...?

BÉSAME OTRA VEZ, DESCONOCIDO

Después de licenciarme del Ejército, traté de encontrar una colocación y conseguí un empleo en un garaje de la carretera de Hampstead, al final de Haverstock Hill, cerca de Chalk Farm, que me satisfizo. Siempre me ha gustado reparar motores y ésa había sido mi ocupación mientras estuve movilizado, de modo que me había convertido en todo un especialista. Siempre se me ha dado muy bien la mecánica.

Me agradaba tenderme de espaldas, vestido con un grasiento mono y con la llave inglesa en la mano, apretar un tornillo o ajustar alguna tuerca entre un intenso olor a gasolina, mientras alguien ponía en marcha un motor y los demás muchachos silbaban y hacían sonar sus herramientas. No me importaba el olor ni la suciedad. Como solía decir mi madre cuando, de niño, me veía jugar con alguna grasienta lata de bencina: «Eso no hace daño, es una suciedad limpia.» Y lo mismo ocurre con los motores.

El patrón del garaje era un buen hombre, campechano y bonachón, que se dio cuenta en seguida de que yo era un lince en mi trabajo. Él no entendía gran cosa de mecánica, de modo que siempre me encargaba los trabajos de reparación, que era lo que a mí me gustaba.

Yo no vivía en casa de mi madre; estaba demasiado lejos, en el camino de Shepperton, y no veía la necesidad de perder la mitad del día en ir y volver de mi trabajo. Me gusta estar cerca de él, tenerlo a mano, como si dijéramos. Así que tenía alquilada una habitación en la casa de un matrimonio llamado Thompson, a unos diez minutos a pie del garaje. Buena gente aquellos Thompson. El era zapatero —remendón, supongo que había que llamarle—, y su mujer se encargaba de las faenas caseras y de preparar las comidas en el pisito que tenía encima de la tienda. Yo solía desayunar y cenar con ellos y como era el único huésped, me trataban como si fuera uno más de la familia.

Me agrada la rutina. Me gusta hacer bien mi trabajo y, luego, una vez terminada la tarea diaria, sentarme a leer el periódico mientras fumo un cigarrillo y escucho la radio. La música ligera, sobre todo, me encanta. Suelo irme temprano a la cama. Nunca he sido muy aficionado a salir con chicas, ni siquiera cuando prestaba servicio en el Ejército. Estuve destinado en el Oriente Medio, en Port Said y otros sitios por el estilo.

Me encontraba muy a gusto con los Thompson y disfrutaba haciendo todos los días lo mismo. Hasta que llegó aquella noche y ocurrió lo que ocurrió. Nada ha vuelto a ser igual desde entonces. Ni volverá a serlo jamás. Bueno, no sé...

Los Thompson habían ido a ver a una hija casada que vivía en Highgate. Me preguntaron si quería ir con ellos, pero como me parecía que yo no pintaba nada allí, respondí negativamente. Cuando salí del garaje, en vez de quedarme solo en casa, decidí acercarme al cine. Eché un vistazo al cartel de la fachada y vi que ponían una del Oeste (había un vaquero metiéndole un cuchillo en las tripas a un indio). Ésa es la clase de películas que me gustan, de modo que solté catorce peniques en la taquilla y entré. Alargué mi entrada a la acomodadora y, como me gusta sentarme en la última fila para poder apoyar al cabeza en la pared, le dije:

—La última fila, por favor.

Entonces la vi. Abundan los cines en que les ponen a las acomodadoras gorritas de terciopelo y perifollos por el estilo, que las hacen parecer verdaderos mamarrachos. Pero ésta no era ningún mamarracho. Tenía el pelo cobrizo —peinado a lo paje, creo que es así como lo llaman—, y sus ojos azules eran de esos que parecen miopes pero que ven más de lo que uno se figura, y que de noche se vuelven oscuros, casi negros; su boca tenía un gesto hosco, como si estuviera harta de todo y no hubiera en el mundo nada que pudiera hacerla sonreír. No tenía pecas, ni su cutis era de esos de color de leche, sino que presentaba el aspecto cálido y sonrosado de la piel de un melocotón. No iba maquillada. Era menudita y delgada y su chaquetilla de terciopelo se le ceñía maravillosamente al cuerpo. El gracioso gorrito que llevaba en la cabeza dejaba al descubierto sus cobrizos cabellos.

Compré un programa —no porque me interesara, sino para retrasar el momento de entrar en la sala— y le pregunté:

—¿Qué tal es la película?

Ni me miró. Siguió con la mirada fija en la pared de enfrente.

—Como todas las de aventuras —dijo—, pero siempre podrá usted descabezar un sueño.

No pude por menos de echarme a reír. Observé, no obstante, que ella permanecía muy seria. No estaba tratando de bromear conmigo.

—No hace usted muy buena propaganda que digamos —comenté—. ¿Qué pasaría si lo oyera el propietario?

Entonces me miró. Volvió en dirección a mí sus ojos azules, en los que persistía aquella misma expresión hosca y carente de interés por nada. Pero esta vez había en ellos algo que yo no había visto antes y que nunca desde entonces he vuelto a ver: una especie de languidez, semejante a la de quien al despertar de un largo sueño, se alegra de encontrarle a uno a su lado. Los ojos de los gatos tienen, a veces, ese mismo destello cuando uno les acaricia y ellos ronronean y se enroscan complacidos sobre sí mismos. Me miró así un instante. En algún lugar oculto tras sus labios, había una sonrisa que parecía estar esperando una oportunidad para salir a la superficie. Rasgó mi entrada por la mitad y dijo:

—No me pagan por hacer propaganda. Me pagan por hacer esto y por acomodarle dentro.

Apartó las cortinas y encendió su linterna apuntando con ella hacia la oscuridad. Yo no veía nada más que tinieblas, como pasa siempre al principio, hasta que uno se acostumbra y empieza a distinguir las siluetas de los espectadores; pero en la pantalla había dos cabezas enormes y uno de los muchachos decía al otro: «Como te muevas, te suelto un balazo.» Y se oyó un estampido de cristales rotos y el chillido de una mujer:

—Pues parece que está bien —dije, buscando a tientas donde sentarme.

—Ésta no es la película —dijo ella—. Es el avance de la que se proyectará la semana que viene.

Y, enfocándola con su linterna, me indicó una butaca de la última fila, algo alejada del pasillo.

Se pasaron varios anuncios y un noticiario; luego, apareció un individuo que se puso a tocar el órgano y mientras lo hacía, las cortinas que cubrían la pantalla se iluminaron, de colores rojizos, amarillos y verdes. Muy bonito. Supuse que lo hacían para corresponder al dinero que se había gastado uno. Miré a mi alrededor y, al ver que la sala estaba medio vacía, me dije que quizás tuviera razón la muchacha. No debía de valer gran cosa la película y por eso no había venido casi nadie.

Poco antes de que volvieran a apagarse las luces, vi a la muchacha avanzar por el pasillo. Llevaba una bandeja de helados, pero ni siquiera se molestaba en pregonarlos para intentar venderlos. Parecía como si estuviese andando en sueños. Cuando se disponía a cruzar al otro pasillo, la llamé.

—¿Tiene uno de seis peniques? —dije.

Me miró. Parecía como si yo fuese una cosa inerte tendida a sus pies. Luego, debió de reconocermé, porque en sus labios volvió a insinuarse aquella semisonrisa y en sus ojos la lánguida mirada de antes. Dio la vuelta a las butacas y se me acercó.

—¿De barquillo o de cucurucho? —preguntó. A decir verdad, no me apetecía ninguno de los dos. Lo que quería era hablar con ella.

—¿Cuál me recomienda? —pregunté a mi vez. Se encogió de hombros.

—Los de cucurucho duran más —dijo.

Y, sin darme tiempo a elegir, me puso uno en la mano.

—¿No quiere tomarse uno usted también? —dije.

—No, gracias. Los he visto hacer.

Se marchó, se apagaron las luces, y yo me quedé como un tonto, con mi helado de seis peniques en la mano. El condenado se desbordaba del cucurucho y me caía sobre la camisa. No tuve más remedio que metérmelo en la boca tan aprisa como pude, por miedo a que aquella masa blancuzca que se derretía, terminara

llegándome a las rodillas. Y para que no me viese comerlo uno que se acababa de sentar en la butaca que estaba junto al pasillo, me volví de lado hasta terminarlo.

Me limpié con el pañuelo y presté atención a la película que se proyectaba en la pantalla. Era la clásica película del Oeste: carretas dando tumbos por las praderas, el asalto a un tren lleno de lingotes de oro, la heroína que lleva pantalones de montar e inmediatamente después, aparece vestida con un vestido de noche... Así debían ser todas las películas y no eso de intentar reflejar la vida real. Y, mientras miraba a la pantalla, empecé a notar un ligero perfume. No sabía lo que era, ni de dónde venía, Pero no me cabía duda de su existencia. A mi derecha, había un hombre y las dos butacas de mi izquierda estaban vacías. Y, desde luego, de la parte de delante no venía.

No soy un entusiasta de los perfumes. Con demasiada frecuencia suelen ser baratos y desagradables, pero aquél era diferente. No olía a rancio, ni era demasiado fuerte; tenía el mismo olor que las flores que venden en las floristerías del West End, antes de ponerlas en los carritos ambulantes —ésas que los ricos pagan a tres chelines cada una para dárselas a las actrices y gente de ésa— y, en la cargada atmósfera de aquel sórdido cine de barrio, atestado de humo de cigarrillos, resultaba la mar de agradable.

Me volví, por fin, en mi butaca y, entonces me di cuenta de dónde venía aquel perfume. Venía de la muchacha, de la acomodadora; estaba apoyada con los brazos cruzados en la platea que había justamente detrás de mí.

—No se vuelva —dijo—. Está usted malgastando un chelín y dos peniques. Mire a la pantalla.

Hablaba en voz baja, para que no le oyera nadie más que yo. Reí para mis adentros. Ahora ya sabía de dónde procedía el perfume, y parecía como si eso me hiciera disfrutar más que la película. Era como si ella estuviese a mi lado en una de las butacas vacías y nos halláramos contemplando juntos la historia que se proyectaba en la pantalla.

Cuando terminó la película y se encendieron las luces, me di cuenta de que había estado asistiendo a la última sesión y que ya eran casi las diez. Todo el mundo se estaba marchando. La muchacha, linterna en mano, miraba debajo de las butacas, por si alguien se había olvidado un guante o un bolso. Son muchos a quienes ocurre esto y no se dan cuenta hasta que llegan a su casa. Lo hacía concienzudamente y no me prestaba mayor atención de la que habría concedido a un trapo viejo que no valiera la pena molestarse en recoger del suelo.

Yo estaba de pie, solo en la última fila y, cuando ella llegó a mi lado, me dijo:

—Apártese, está usted obstruyendo el pasillo.

Y pasó por el suelo la luz de su linterna, pero no había nada más que un paquete vacío de cigarrillos «Player», que las mujeres de la limpieza echarían al día

siguiente a la basura. Luego, se enderezó, me miró de cabeza a pies, y quitándose el gracioso gorrito que tanto le favorecía, se abanicó con él mientras me decía:

—¿Piensa quedarse a dormir aquí esta noche?

Se alejó, silbando entre dientes, y desapareció tras las cortinas.

Era verdaderamente enloquecedor. Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan atraído por una chica. La seguí al vestíbulo, pero ella había cruzado la puerta situada junto a la taquilla y el portero estaba echando ya los cierres. Salí a la calle y esperé. Tenía la sensación de estar haciendo el tonto, porque lo más seguro era que saliese en grupo con varias compañeras, como tienen por costumbre hacer las chicas. Estaba, por lo pronto, la que me había vendido la entrada, y lo más probable era que hubiese alguna acomodadora en el anfiteatro, e incluso una encargada del guardarropa. Saldrían todas juntas, riendo y alborotando, y yo no tendría valor para acercarme a ellas.

Pero, en vez de eso, al cabo de unos minutos, salió completamente sola. Se había puesto un impermeable ceñido con un cinturón, tenía las manos en los bolsillos y no llevaba sombrero. Echó a andar calle arriba, sin mirar a derecha ni izquierda. Yo la seguí, temeroso de que se volviese y me viera, pero continuó andando con pasos rápidos y firmes, sin dejar de mirar frente a ella. Sus cobrizos cabellos, peinados a lo paje, se mecían al compás del movimiento de sus hombros.

Se detuvo un momento, con aire vacilante y luego cruzó la carretera y se situó en la parada del autobús. Había cuatro o cinco personas esperando, de modo que no me vio ponerme en la cola. Cuando llegó el autobús, ella subió delante de los demás, y yo subí también sin tener idea de adonde iba y sin que ello me importara lo más mínimo. Vi que se dirigía al piso superior y la seguí. Una vez arriba, se sentó en el asiento de atrás, bostezó y cerró los ojos.

Me senté a su lado, completamente nervioso, porque no estaba acostumbrado a estas cosas y cuando llegó el cobrador le dije:

—Dos de seis peniques.

Calculaba que con eso bastaría para el recorrido que tuviese que hacer la muchacha.

El cobrador me guiñó un ojo —era de esa clase de tipos que se creen ingeniosos —y me dijo:

—Tenga cuidado con los frenazos y con los cambios de velocidad. El conductor es novato.

Y bajó la escalera, riendo entre dientes y creyéndose, sin duda, la mar de chistoso.

El sonido de su voz despenó a la muchacha. Me miró con ojos soñolientos y luego se fijó en los billetes que yo tenía en la mano. Debió de comprender, por el color, que eran de seis peniques. Sonrió, la primera sonrisa auténtica que me

dedicaba aquella noche y me dijo sin mostrar sorpresa:

—Hola, desconocido.

Saqué un cigarrillo para ponerme cómodo y le ofrecí otro, pero ella lo rechazó. Cerró de nuevo los ojos para volver a dormirse. Entonces, al ver que no había en nuestro piso del autobús nadie más que un aviador absorto en la lectura de un periódico, rodeé con mi brazo a la muchacha y la hice apoyar la cabeza en mi hombro, completamente seguro de que me daría una bofetada y me mandaría al mismísimo infierno. Pero no hizo tal cosa. Soltó una risita, se acomodó a sus anchas, como si estuviese en un sillón y comentó:

—No ocurre todas las noches esto de tener almohada y viaje gratis. Despiértame al pie de la colina, antes de llegar al cementerio.

No sabía a qué colina ni a qué cementerio se refería, pero desde luego, no estaba dispuesto a despertarla. Había pagado dos billetes de seis peniques y estaba decidido a aprovechar bien mi dinero.

Seguimos, pues, sentados muy juntitos, mientras el autobús nos zarandeaba y yo pensé que aquello era mucho más agradable y mucho más divertido que estarme sentado en la cama leyendo periódicos deportivos, o pasar la velada en Highgate, en casa de la hija de los Thompson.

Poco a poco me fui haciendo más audaz. Apoyé mi cabeza sobre la suya y la estreché un poco más fuerte contra mí, pero sin brusquedades, con suavidad. Cualquiera que subiera la escalera y nos viese nos hubiera tomado por una pareja de novios.

Al cabo de un rato empecé a inquietarme. Habíamos recorrido ya el trayecto equivalente a cuatro peniques. Cuando llegáramos al final, el autobús no emprendería el viaje de vuelta, sino que entraría en el garaje, dando por terminada la jornada. Y la muchacha y yo nos encontraríamos perdidos en el quinto infierno, sin ningún autobús que nos volviera a llevar. No me quedaban más que seis chelines. Con seis chelines no había suficiente para pagar un taxi, y mucho menos para dar propina encima. Además, lo probable era que ni siquiera hubiese taxis por aquellos barrios.

Era un necio por haber salido con tan poco dinero encima. Quizá no valiese la pena, preocuparse por eso, pero yo había seguido mis impulsos desde el principio y, de haber sabido cómo iban a desarrollarse las cosas aquella noche, habría llenado bien la cartera antes de salir. Rara vez me daba por acompañar a una chica, pero cuando lo hacía me gustaba quedar como un caballero. Lo bueno sería ir a un restaurante —uno de éstos que tanto abundan ahora de autoservicio— y si ella se le antojaba tomar algo más fuerte que café o naranjada..., bueno, a esa hora estaba ya todo cerrado, desde luego, pero yo sabía dónde ir. Mi patrón solía ir mucho a un bar de esos donde paga uno una botella de ginebra, y luego puede ir a beber de ella

cuando quiera. Según me han dicho, pasa lo mismo en los bares elegantes del West End; lo que ocurre es que allí le cuesta a uno un ojo de la cara.

El caso es que allí estaba yo, viajando en un autobús que me conducía Dios sabe adonde, con mi novia al lado —la llamaba «mi novia» como si de verdad lo fuese—, y maldito si tenía dinero para llevarla a su casa. Empecé a rebuscar nerviosamente en todos los bolsillos a ver si tenía la suerte de encontrarme una media corona olvidada, o un billete de diez chelines, por lo menos. Debí de molestarla con mis movimientos, porque, de pronto, me tiró de la oreja y me dijo:

—Para el carro, amigo.

Eso me gustó, aunque no sabría decir por qué. Antes de estirarme de la oreja, la palpó un momento, como si le agradara el contacto de la piel. Fue el clásico gesto que se le hace a un niño y, por el tono de sus palabras, parecía como si me conociera desde hacía muchos años y estuviéramos yendo juntos a alguna excursión. «Para el carro.» Con toda familiaridad, como perfectos camaradas. Incluso mejor que eso.

—Escucha —dije—, estoy terriblemente disgustado. Me he portado como un imbécil. He sacado un billete hasta el final del trayecto y cuando lleguemos allí tendremos que bajar y estaremos a muchas millas de cualquier parte y no tengo más que seis chelines en el bolsillo.

—Tienes dos piernas, ¿no?

—¿Que tengo dos piernas? ¿Qué quieres decir?

—Las piernas sirven para andar. Las mías, por lo menos, sirven para eso.

Comprendí entonces que la cosa carecía de importancia, que ella no estaba enfadada y que todo marchaba bien. Me reanimé en seguida y la estreché un poco más para demostrarle cuánto apreciaba su comprensión; desde luego, la mayoría de las chicas se hubieran puesto como fieras en una situación como aquella, y le dije:

—No hemos pasado junto a ningún cementerio, que yo sepa. No me he fijado bien. ¿Te importa mucho?

—Ya habrá otros —respondió—. No tengo preferencia por ninguno determinado.

Yo no sabía qué pensar de aquello. Creía que quería bajarse junto al cementerio porque era la parada más próxima a su casa. Reflexioné un momento y pregunté:

—¿Qué quieres decir con eso de que ya habrá otros cementerios? No suelen encontrarse muchos en un recorrido de autobús.

—Hablabas en términos generales —respondió—. No te molestes en decir nada; me gustas más cuando estás callado.

En la forma en que lo dijo no resultaba ofensivo. Me hacía cargo de su idea. Es muy agradable charlar, después de cenar, con gente como los Thompson; cuenta uno lo que ha hecho durante el día, se lee en voz alta alguna noticia del periódico, la

comenta cada uno a su gusto y luego alguien bosteza y dice: «¿Qué? ¿Nos vamos a la cama?» Y también hablar un rato con un tipo como mi patrón, mientras nos tomamos un café a media mañana, o a eso de las tres, cuando no hay nada que hacer. «Te lo digo como lo pienso: este Gobierno no está haciendo nada a derechas. Igual que el anterior.» Y entonces entra alguien que quiere llenar de gasolina el depósito de su coche. Y también me gusta hablar con mi madre cuando voy a verla —que, la verdad sea dicha, no es muy a menudo— y ella me cuenta cómo me zurraba cuando yo era pequeño, y me siento, como antes, a la mesa de la cocina y ella me prepara unos pastelitos y me dice: «Tú siempre has sido muy goloso.» Eso es charla, eso es conversación.

Pero yo no quería hablar con la muchacha. Lo único que quería era seguir rodeándola con mi brazo y tener mi mejilla apoyada en su cabeza. Eso es lo que ella quería decir al afirmar que prefería que me callase. Yo también.

Había una cosa que me preocupaba un poco: si podría besarla antes de que se detuviese el autobús y hubiésemos llegado al final del trayecto. Porque no es lo mismo pasar el brazo alrededor del cuerpo de una chica que darle un beso. Esto, por regla general, requiere tiempo. Se empieza con toda una larga tarde por delante y, cuando se ha estado en el cine, o en un concierto y se ha merendado algo, ya hay confianza suficiente y lo normal es terminar besándose y abrazándose; es lo que están esperando las chicas. A decir verdad, los besos no han sido nunca mi fuerte. Antes de ingresar en el Ejército, vivía al lado de mi casa una chica que me gustaba mucho. Pero tenía los dientes un poco salientes, y aunque cerrara los ojos e intentara olvidarme de a quién estaba besando..., bueno sabía que era ella y no había nada que hacer. ¡Aquella buena Doris! Pero las otras eran peores todavía; esas que se le agarran a uno como lapas y parece que quieren comérselo. Éstas nunca le faltan a uno cuando está de uniforme. Son demasiado ansiosas, demasiado fáciles y dan la sensación de que no pueden esperar a que sea el hombre el que las solicite. No me importa decir que me daban asco, me ponían malo. Supongo que soy muy exigente. No lo sé.

Pero aquella noche, en el autobús, era todo lo contrario. Había algo especialmente atractivo en aquella muchacha, con sus ojos soñolientos, su cabello cobrizo y cierto aire de no preocuparse en absoluto de mí, y no obstante, de encontrarse a gusto en mi compañía. Así, pues, me dije: «¿Me arriesgo a besarla, o espero un poco más?» Comprendí que estábamos llegando al final del trayecto. Me di cuenta de ello por la forma del conducir del chofer y por la manera en que el cobrador silbaba entre dientes y daba las buenas noches a los pasajeros que se iban apeando. El corazón me empezó a dar saltos debajo de la chaqueta. Me ardía la garganta. Vamos, no seas estúpido; un beso nada más. No va a matarte por eso... Era como lanzarse desde un trampolín. «Allá voy», pensé, en inclinándome hacia ella, atraje hacia mí su cara, le levanté la barbilla y la besé a placer en los labios.

Si yo fuese un hombre de temperamento poético, diría que lo que sucedió fue una revelación. Pero no tengo nada de poeta, y lo único que puedo decir es que ella me devolvió largamente el beso y que no se parecía ni por asomo a los de Doris.

Y precisamente entonces el autobús se detuvo con un frenazo y la voz del cobrador canturrió:

—Final de trayecto, señores. Bajen, por favor. Francamente, a gusto le hubiera retorcido el pescuezo. Ella me dio un golpecito en el tobillo.

—¡Vamos, muévete! —dijo.

Me levanté y bajé por la escalera. Ella me siguió y nos encontramos en la calle. Para colmo de males, estaba empezando a llover, no mucho, pero sí lo suficiente para obligarle a uno a levantarse el cuello de la chaqueta. Estábamos al final de una calle muy ancha, flanqueada de tiendas cerradas y con las luces apagadas, que me pareció el fin del mundo. A mano izquierda, había una colina, al pie de la cual comenzaba un cementerio. Divisaba las verjas y las blancas lápidas de las tumbas que se extendían por detrás de ella y llegaban casi hasta la mitad de la colina.

—Bueno —exclamé—. ¿Es éste el sitio que decías?

—Puede que sí —respondió, echando una vaga mirada por encima de su hombro—. Pero ¿qué tal si tomamos primero una taza de café?

¿Primero? ¿Qué quería decir? ¿Que aún le quedaba una larga caminata hasta su casa, o que había llegado ya? Tampoco me importaba gran cosa. Eran poco más de las once y una taza de café me sentaría de perlas. Y también un bocadillo. Al otro lado de la calle había una tasca que no había cerrado aún.

Nos dirigimos hacia ella; allí estaban el cobrador y el conductor del autobús y el aviador que había viajado delante de nosotros. Estaban encargando té y bocadillos, y nosotros hicimos otro tanto, salvo que en vez de té pedimos café. Como había ya observado en otras ocasiones, en esas tascas suelen preparar muy bien los bocadillos. No se andan con mezquindades y ponen unas buenas lonchas de jamón entre dos gruesas rebanadas de pan blanco. Y el café siempre lo sirven caliente y le llenan a uno la taza hasta arriba. «Con seis chelines tengo suficiente», pensé.

Noté que la chica miraba al aviador con aire pensativo, como si le hubiese visto antes. También él la estaba mirando. No podía reprochárselo. Además, tampoco me importaba; cuando uno sale con una chica, se siente cierto orgullo en que los demás se fijen en ella. Y en ésta, desde luego, era imposible no fijarse.

Luego, ella le volvió deliberadamente la espalda, se acodó en el mostrador y bebió á sorbos el hirviente café. Yo la imité. Nos mostrábamos comedidos y corteses, saludando al entrar a todo el mundo y, aunque no estábamos agarrados, se veía que estábamos juntos y que nos sentíamos muy unidos. Eso me agradaba. Es curioso, pero me hacía experimentar una sensación de superioridad. Los demás podían muy bien tomarnos por un matrimonio feliz que regresaba a su hogar.

Los tres clientes y el camarero estaban charlando, pero nosotros no nos unimos a la conversación.

—No debería andar usted de uniforme —dijo el cobrador, dirigiéndose al aviador—; corre el nesgo de acabar como los otros. Además que ya es bastante tarde para andar por ahí.

Todos se echaron a reír. Yo no le veía la gracia a la cosa, pero supuse que se trataba de alguna broma entre ellos.

—Yo no me chupo el dedo —dijo el aviador—. Me doy cuenta en seguida de cuándo estoy delante de un mal bicho.

—Eso mismo dirían los otros, seguramente —repuso el conductor—, y ya ve lo que les ha ocurrido. Le hace estremecerse a uno. Pero lo que a mí me gustaría saber es por qué tiene que elegir siempre a algún aviador.

—Será por el color de nuestro uniforme. Es fácil distinguirlo en la oscuridad.

Siguieron riendo y bromeando. Yo encendí un cigarrillo. La chica no quiso fumar.

—Yo creo que la culpa de lo que les pasa a las mujeres la tiene la guerra —dijo el camarero, mientras secaba una taza—. Están chifladas la mayoría de ellas, en mi opinión. Ya no se sabe distinguir lo que está bien de lo que está mal.

—Pues a mí me parece que lo que lo fastidia todo es el deporte —dijo el cobrador—. Desarrolla los músculos y todo lo que no tiene por qué desarrollarse. Fíjese en mis dos hijos, por ejemplo. La chica tira al chico al suelo con toda facilidad. Es algo que le hace a uno pensar.

—Es verdad —asintió el conductor—. La igualdad de sexos, ¿no lo llaman así? Y todo por el voto. Nunca debimos haberles concedido el derecho al voto.

—¡Bah! No es el voto lo que ha vuelto chifladas a las mujeres —dijo el aviador—. En el fondo, siempre han sido iguales. Los orientales saben cómo hay que tratarlas. Las encierran y se acabó. Así no dan quebraderos de cabeza.

—Habría que ver lo que diría mi mujer si yo intentara encerrarla —dijo el conductor. Y se echaron a reír todos a la vez.

Mi chica me tiró de la manga, y me di cuenta de que había terminando su café. Hizo un movimiento de cabeza señalando la calle.

—¿Nos vamos a casa? —pregunté.

Era estúpido, pero quería que los demás creyesen que nos íbamos a nuestra casa. Ella no respondió. Echó a andar, simplemente, con las manos metidas en los bolsillos de su impermeable. Yo di las buenas noches y la seguí, no sin darme cuenta de que el aviador la miraba fijamente por encima de su taza de té.

Ella avanzaba a lo largo de la calle. Seguía lloviendo, y en aquel melancólico paraje se experimentaba el deseo de sentarse en algún lugar abrigado junto a un buen

fuego. Cruzó la calzada, se detuvo ante la verja del cementerio y me miró sonriente.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Hay unas lápidas que son planas —dijo.

—¿Y qué, si lo son? —exclamé, desconcertado.

—Que puede una tenderse en ellas —respondió.

Se volvió y echó a andar a lo largo de la verja, mirando los barrotes, hasta que llegó a un punto en que uno de ellos estaba torcido y el siguiente roto. Levantó la vista hacia mí y volvió a sonreír.

—Ya lo sabía —dijo—. Siempre se acaba encontrando un boquete, si se mira bien.

Y se deslizó entre los barrotes con la misma facilidad con que un cuchillo atraviesa la manteca. Yo no cabía por allí.

—Espérame —dije—. Yo no soy tan pequeño como tú.

Pero ella se alejaba ya entre las tumbas. Forcejeé entre los hierros y, resoplando, conseguí por fin pasar por aquel boquete. Miré a mi alrededor, y ¡que me ahorquen si no estaba tendida en una lápida, con las manos bajo la cabeza y los ojos cerrados!

La verdad es que yo no había esperado nada especial. Quiero decir que mi intención había sido acompañarla a su casa y quedar citados para el día siguiente, por la noche. Claro que, como era tan tarde, podíamos habernos detenido un momento en el portal. No tenía necesidad de subir en seguida. Pero acostarse allí, sobre una lápida, no parecía natural.

Se incorporó y me cogió de la mano.

—Te vas a mojar ahí tendida —dije. Fue lo único que se me ocurrió.

—Estoy acostumbrada —replicó ella.

Abrió los ojos y me miró. Hasta nosotros llegaba el resplandor de un farol situado al otro lado de la verja, no lejos de allí, de modo que la oscuridad no era total. Y, de todos modos, no era una noche tenebrosa, a pesar de la lluvia. Quisiera poder decir cómo eran sus ojos, pero no sirvo para hacer frases bonitas. Ya sabéis cómo brilla en la oscuridad un reloj luminoso. Yo tengo uno. Te despiertas por la noche y allí lo tienes en la muñeca, como un amigo fiel. Bueno, pues algo parecido era el brillo de los ojos de aquella muchacha. Habían perdido ya su lánguida expresión felina. Eran dulces, hermosos y tristes al mismo tiempo.

—¿Acostumbrada a estar tendida bajo la lluvia? —pregunté.

—Así es como me han educado —respondió—. En los refugios antiaéreos nos llamaban los niños perdidos de la guerra.

—¿No os evacuaron nunca?

—A mí no —contestó—. Yo no podía quedarme en ningún sitio. Siempre volvía.

—¿Viven tus padres?

—No. Murieron en el bombardeo que destruyó mi casa. Hablaba con naturalidad. Sin poner ningún énfasis dramático en su voz.

—Mala suerte —dije.

No respondió. Seguí sentado, acariciando su mano entre las mías. Lo único que deseaba era llevarla a su casa.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en el cine? —pregunté.

—Unas tres semanas —respondió—. Nunca permanezco mucho tiempo en el mismo sitio. Pronto dejaré eso también.

—¿Y por qué?

—¿Qué quieres? Soy así.

De pronto, levantó las manos y me cogió con ellas el rostro. Lo hizo con dulzura, no como alguien pudiera creer.

—Tienes una bonita cara. Me gusta —dijo.

Era extraño. Su forma de hablar me proporcionaba un sosiego y una languidez completamente distintas de la excitación que había sentido en el autobús. Pensé que al fin había encontrado la mujer que deseaba. Y no para una noche, sino para siempre.

—¿Tienes algún amante? —pregunté.

—No.

—Quiero decir, uno fijo.

—No, nunca.

Era un tema de conversación un tanto insólito para tratarlo en un cementerio, mientras ella estaba allí tendida como una estatua yacente esculpida en la losa.

—Yo tampoco tengo ninguna amiga —dije. Nunca pienso en ello como hacen los demás. Sin duda soy un tipo raro; pero tengo mucha destreza en mi oficio. Trabajo de mecánico en un garaje; ya sabes, reparaciones y todo lo que salga. El sueldo es bueno. He ahorrado algo, aparte de lo que mando a mi madre. Vivo en casa de un matrimonio que son muy buena gente; se llaman Thompson. Y el patrón del garaje es una buena persona también. Nunca me he sentido solo, y ahora tampoco. Pero el haberte encontrado me ha hecho reflexionar. Las cosas ya no serán igual que antes.

Ella no me interrumpía, y era como si yo estuviera pensando en voz alta.

—Los Thompson son muy agradables —proseguí—. La verdad es que sería difícil encontrar gente más simpática. Dan bien de comer, y después de cenar nos quedamos un rato charlando y escuchando la radio. Pero, ya sabes, lo que ahora deseo es completamente distinto. Querría ir a buscarte a la salida del cine, cuando haya terminado el programa, y tú estarías junto a las cortinas viendo salir al público

y me guiñarías el ojo para indicarme que ibas a cambiarte y que te esperase fuera. Y saldrías a la calle, como esta noche, pero no te irías sola, sino que yo te cogería del brazo y, si no querías ponerte el abrigo, te lo llevaría yo, o un paquete, o lo que tuvieses. Luego, nos iríamos a cenar a algún restaurante del barrio. Tendríamos mesa reservada, ya nos conocerían las camareras y nos guardarían algo especial para nosotros.

Me lo imaginaba como si lo estuviese viendo. La mesa con el letrero «reservado». La camarera saludándonos, sonriente: «Hay huevos escalfados esta noche.» Y nosotros recogiendo nuestras bandejas y mi muchacha haciendo como que no me conocía y yo riéndome para mis adentros.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —pregunté—. No que seamos solamente amigos, sino mucho más que eso.

No sé si me escuchaba. Seguía tendida, mirándome y acariciándome suavemente la oreja y la barbilla. Parecía como si me estuviera compadeciendo.

—Me gustaría comprarte cosas —dije—; flores, por ejemplo. Es bonito ver a una muchacha con una flor prendida en el vestido; le da un aspecto limpio y fresco. Y, en fechas señaladas, cumpleaños, Navidades y todo eso, algo que hubiese visto en un escaparate y que te hubiese gustado, pero sin atreverte a preguntar el precio. Un broche, por ejemplo, o una pulsera..., algo bonito. Y yo entraría a comprarlo cuando tú no estuvieses conmigo y me gastaría la paga entera de una semana, pero no me importaría.

Imaginaba ya la expresión de su rostro al abrir el paquete. Y se pondría lo que yo le había comprado, y saldríamos juntos y ella se acicalaría un poco; nada llamativo, quiero decir, algún detalle que resultara agradable a la vista.

—No está bien que te hable de casarnos, en estos tiempos tan inseguros —dice—. A un hombre no le importa la inseguridad, pero es duro para una muchacha. Vivir metidos en un par de habitaciones... y, luego, las colas, la cartilla de racionamiento y todo eso. A las mujeres les gusta la libertad, tener un empleo, sentirse independientes... exactamente igual que nosotros. Es absurdo lo que decían en el sitio ese donde hemos estado tomando café. Eso de que las chicas han cambiado y que la guerra tiene la culpa. Y, en cuanto a la forma en que las tratan en Oriente..., bueno, yo he visto algo de eso. Supongo que aquel tipo quería hacerse el gracioso; se creen muy ingeniosos esos aviadores, pero a mí me ha parecido una estupidez. Ella dejó caer las manos a lo largo de sus costados y cerró los ojos. La lápida rezumaba humedad. Yo estaba preocupado por la chica. Llevaba impermeable, desde luego, pero tenía las piernas y los pies literalmente empapados; sus medias y sus zapatos eran demasiado finos para protegerla.

—¿No has estado nunca en Aviación? —preguntó. ¡Qué extraño! Su voz había sonado dura, áspera, diferente. Como si estuviese inquieta por algo, asustada, incluso.

—No —respondí—. Estuve sirviendo en las secciones motorizadas. Buena gente. Nada de fanfarronadas ni de bravatas. Allí, siempre sabe uno con quién trata.

—Me alegro —dijo—. Tú eres bueno y simpático. Me alegro.

Me pregunté si habría conocido a algún aviador que le hubiese jugado una mala pasada. Son todos una caterva de salvajes, por lo menos los que yo he conocido. Y recordé la forma en que había mirado al muchacho que estaba bebiendo té en la taberna. Como si reflexionara, como si estuviera pensando en algo. Con lo bonita que era y, según me había dicho, educada en los refugios y huérfana, yo no podía esperar que no hubiese tenido más de una aventura. Pero no podía soportar la idea de que alguien la hubiese hecho sufrir.

—¿Qué pasa, pues con los aviadores? —pregunté—. ¿Qué tienes contra ellos?

—Destruyeron mi casa.

—Pero fueron los alemanes, no los nuestros.

—Es lo mismo. Tanto unos como otros mataban, ¿no?

Seguía tendida sobre la tumba. La miré. Su voz ya no sonaba dura, como cuando me preguntó si yo había servido en Aviación, sino que tenía un acento de cansancio, de tristeza y de desamparo, que me producía una extraña sensación en la boca del estómago. Me dieron ganas de cometer cualquier estupidez y de llevármela a la casa donde yo vivía, y decirle a la señora Thompson, que era una buena mujer y no armaría bulla por eso: «Mire, ésta es mi novia. Cuídela bien.» Y entonces sabría que estaba segura, que no le pasaría nada y que nadie podría hacerle ningún daño. Porque ésa era la idea que se me había ocurrido de pronto y que me ponía los pelos de punta: que alguien llegara a causar algún daño a mi chica.

Me incliné, la enlacé con mis brazos y la hice levantarse.

—Escucha —dije—, está lloviendo mucho. Voy a llevarte a casa. Te vas a morir de frío, tumbada ahí en esa losa húmeda.

—No —dijo, poniéndome las manos sobre los hombros—, nadie me acompaña nunca a casa. Lo que tienes que hacer es volverte tú solo a la tuya.

—No quiero dejarte aquí —respondí.

—Pero es lo que yo quiero que hagas. Si te niegas, me enfadaré. Y tú no querrás que yo me enfade, ¿verdad?

La miré, perplejo. En aquella semipenumbra, su rostro tenía un aspecto extraño, más pálido que antes, pero seguía siendo hermoso. ¡Dios santo! ¡Qué hermosa era! No está bien soltar juramentos, pero no puedo decirlo de otra manera.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Quiero que te vayas, dejándome aquí, y que no vuelvas —dijo—. Imagínate que has soñado, o que has salido sonámbulo a la calle. Echa a andar bajo la lluvia. Tardarás varias horas, pero no importa; eres joven y fuerte, y tienes buenas piernas.

Vuelve a tu casa, dondequiera que esté, métete en la cama y duerme. Por la mañana, te despertarás, tomarás tu desayuno e irás a tu trabajo como de costumbre.

—Pero ¿y tú?

—No te preocupes de mí. Vete.

—¿Puedo ir a buscarte al cine mañana por la noche? ¿No podríamos empezar... ya sabes lo que te he dicho... algo serio?

No respondió. Se limitó a sonreír. Me miró fijamente a la cara; luego, cerró los ojos, echó hacia atrás la cabeza y me dijo:

—Bésame otra vez, desconocido.

La dejé, siguiendo sus deseos, y eché a andar sin mirar hacia atrás. Salté la verja del cementerio y salí a la carretera. No se veía un alma.

La taberna que había junto a la parada del autobús estaba cerrada y tenía los cierres echados.

Empecé a andar en dirección contraria a la que habíamos seguido en el autobús. La calle era completamente recta y se perdía a lo lejos. Una gran avenida de los arrabales, probablemente. Había tiendas a ambos lados. Aquello debía de estar en alguna parte al nordeste de Londres. Desde luego, nunca había puesto yo los pies allí. La verdad es que estaba completamente desorientado, pero no me importaba. Andaba como sonámbulo.

Durante todo el tiempo no hacía más que pensar en ella. Mientras caminaba, me parecía ver su rostro delante de mí y no me fijaba en nada más. Era incapaz de ver ninguna otra cosa. En el Ejército utilizaban una palabra para designar a uno que se ciega de esa manera por una mujer hasta el punto de que ni ve, ni oye, ni entiende. Yo nunca me había tomado en serio semejante cosa; creía que sólo les ocurría a los que empinaban demasiado el codo. Pero ahora me daba cuenta de que era cierto, y de que eso era lo que me ocurría a mí. No quería preocuparme de cómo ella volvería a casa; seguramente, vivía por allí cerca; si no, no se habría llegado así por las buenas hasta aquel lugar tan apartado, aunque, de todas maneras, era extraño que viviese tan lejos de su lugar de trabajo. Pero, con el tiempo, ya me lo iría explicando ella poco a poco. No quería inmiscuirme en sus secretos. Una idea fija me dominaba: ir al día siguiente por la noche a buscarla al cine. Estaba resuelto a ello, y nada podría alterar mi decisión. Las horas que faltaban hasta que volviera a verla no eran para mí más que un espacio en blanco, carente en absoluto de interés.

Seguía andando bajo la lluvia, cuando oí a mis espaldas el ruido de un camión. Le hice una seña para que parara, y el conductor me permitió subir y me llevó un buen trecho hasta que tuvo que torcer a la izquierda. Bajé y proseguí mi caminata. Serían cerca de las tres cuando llegué a casa.

En circunstancias normales, habría deplorado tener que despertar al señor

Thompson para que me abriera la puerta; nunca hasta entonces me había visto en este caso. Pero el amor que sentía por la muchacha me había transformado de tal modo, que no me importaba lo más mínimo. Al fin, acabó bajando el señor Thompson, pero yo había tenido que llamar varias veces antes de que me oyera. Y allí estaba el pobre hombre, muerto de sueño, y con el pijama todo arrugado de haber estado en la cama.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó—. Mi mujer y yo estábamos preocupados. Temíamos que le hubiese atropellado un coche. Al volver, encontramos la casa vacía y su cena intacta.

—He estado en el cine —dije.

—¿En el cine?

Estábamos en el pasillo. Él me miró fijamente.

—El cine termina a las diez —dijo.

—Ya sé. Es que luego me he dado una vuelta por ahí. Lo siento. Buenas noches.

Y subí a mi habitación, mientras él se quedaba refunfuñando y cerrando la puerta. Oí la voz de la señora Thompson.

—¿Quién era? ¿Era él? ¿Ha vuelto ya?

Mi tardanza había llegado a inquietarles y les había producido un trastorno. Debía haber ido a excusarme, pero sabía que no me habría salido bien. Así que cerré la puerta, me desnudé y me metí en la cama. Y me daba la impresión de que ella estaba conmigo en la oscuridad.

A la mañana siguiente, en el desayuno, el señor y la señora Thompson se mostraron más bien serios. Ella me alargó un plato de salmón ahumado sin decir palabra, y él ni siquiera levantó la vista del periódico.

Tras haberme desayunado, dije:

—Espero que lo pasarían bien en Highgate.

—Muy bien, gracias —respondió la señora Thompson—. Volvimos a casa a las diez.

Carraspeó y sirvió otra taza de té al señor Thompson.

Guardamos silencio durante un rato; luego, la señora Thompson me preguntó:

—¿Va a venir a cenar esta noche?

—No, creo que no —respondí—. He quedado citado con un amigo.

El señor Thompson me miró por encima de sus gafas.

—Si va a volver tarde, será mejor que se lleve la llave —dijo. Y siguió leyendo el periódico. Era evidente que se sentían ofendidos porque yo no les contaba nada, ni les decía adonde iba a ir.

Me fui a trabajar, y aquel día tuvimos mucho jaleo en el garaje. No paramos un

solo momento. De ordinario, no me habría importado. Me gustaba trabajar de firme toda la jornada, e incluso, a veces, me quedaba después de la hora. Pero aquel día quería salir antes de que cerrasen las tiendas. No pensaba en otra cosa desde que se me había ocurrido la idea.

A eso de las cuatro y media el patrón me dijo:

—Le he prometido al doctor que tendríamos listo su coche esta tarde. Le he dicho que para las siete y media ya habrías acabado con él. ¿De acuerdo?

Se me encogió el corazón. Había contado con salir temprano para hacer lo que quería. Pero se me ocurrió que, si el patrón me dejaba salir en seguida, tendría tiempo de llegar a las tiendas antes de que cerrasen y de volver a terminar el trabajo del coche del doctor. Así que le dije:

—No me importa hacer horas extraordinarias, pero me gustarla salir ahora un momento, si es que mientras tanto puede usted quedarse. Cosa de media hora nada más. Tengo que hacer una compra antes de que cierren las tiendas.

Se mostró conforme, de modo que me quité el mono, me lavé, me puse la chaqueta y eché a andar hacia las tiendas que hay al pie de Haverstock Hill. Sabía a cuál dirigirme. Era una joyería, donde el señor Thompson solía llevar a arreglar su reloj. No se trataba de uno de esos sitios en que no venden más que baratijas; allí había cosas muy buenas, marcos de plata, cubiertos y cosas así.

Había anillos también, desde luego, y unas cuantas pulseras de fantasías, pero ni me molesté en mirarlas. Todas las chicas de los cuerpos auxiliares del Ejército solían llevar pulseras de aquellas, con pequeños colgantes a manera de amuletos. Eran muy vulgares. Seguí contemplando el escaparate y, de pronto, lo vi, allá atrás, al fondo.

Era un broche. Pequeño, no mucho mayor que la uña de mi pulgar. Tenía forma de corazón y llevaba una linda piedrecita azul delante y un alfiler detrás. La forma era lo que más me gustaba. Estuve mirándolo un rato. No tenía puesto el precio, o sea que debía de ser bastante caro, pero entré y pedí que me lo enseñaran. El joyero lo sacó del escaparate, lo frotó ligeramente para abrillantarlo y me lo mostró haciéndolo girar a un lado y a otro. Me lo imaginé prendido en el vestido o en la blusa de mi muchacha, y me di cuenta de que aquello era lo que yo quería.

—Me lo llevo —dije, y luego pregunté el precio.

Tragué saliva cuando me lo dijo, pero saqué la cartera y conté los billetes. El joyero colocó el corazoncito en un precioso estuche forrado de algodón, hizo con él un paquetito y lo sujetó con una cinta. Sabía que tendría que pedirle un anticipo a mi patrón, antes de salir aquella noche del garaje, pero era muy buena persona y estaba seguro de que no me lo negaría.

Al salir de la joyería con el paquetito en el bolsillo interior de la chaqueta, oí que el reloj de la iglesia daba las cinco menos cuarto. Tenía tiempo de pasarme por el cine

para cerciorarme de que ella había entendido bien que habíamos quedado citados para aquella noche, y, luego, volver a toda prisa al garaje y tener preparado el coche para la hora a que lo quería el doctor.

Al llegar al cine, el corazón me latía como un martillo pilón. Tenía un nudo en la garganta. Me la imaginaba, de pie junto a las cortinas de la entrada, con su chaquetita de terciopelo y su gorrito ligeramente ladeado.

Había una pequeña cola ante la taquilla, y vi que habían cambiado de programa. Había desaparecido el cartel que mostraba a un vaquero hundiéndole un cuchillo en las tripas a un indio, y, en su lugar, estaban unas chicas bailando, y un tipo que hacía cabriolas con un bastón en la mano. Una comedia musical.

Entré y, sin acercarme a la taquilla, dirigí la vista hacia las cortinas. Había una acomodadora, pero no era ella. Ésta era más alta y no le sentaba bien el uniforme. Estaba intentando hacer dos cosas a la vez: cortar las entradas de los que iban entrando y manejar su linterna.

Esperé un momento. Quizá le hubiesen cambiado los puestos y mi chica estuviese en el anfiteatro. Una vez que hubieron entrado los últimos espectadores, me acerqué a la muchacha, que ya no tenía nada que hacer, y le dije:

—Perdone, ¿dónde podría hablar con la otra señorita? Me miró.

—¿Qué otra señorita?

—La que estaba aquí anoche, una de pelo cobrizo. Me miró más atentamente con aire suspicaz.

—No ha aparecido por aquí —dijo—. Yo estoy sustituyéndola.

—¿No ha aparecido?

—No, y es extraño que pregunte usted por ella. No es usted el único. La Policía ha estado hace poco. Han estado hablando con el gerente y con el portero, y nadie me ha dicho nada todavía, pero tengo la impresión de que pasa algo raro.

Mi corazón se puso a latir de un modo distinto. Ya no era de excitación, sino de malestar. Como cuando uno está enfermo y le llevan urgentemente al hospital.

—¿La Policía? —exclamé—. ¿Y qué ha venido a hacer aquí la Policía?

—Ya le he dicho que no lo sé —respondió—, pero era algo relacionado con ella, y el gerente se ha ido a la comisaría y aún no ha vuelto. Por aquí, por favor; el anfiteatro está a la derecha; la delantera a la izquierda.

Yo estaba como paralizado, sin saber qué hacer. Era como si el suelo se hubiera hundido de pronto bajo mis pies.

La muchacha cortó otra entrada más, y luego, hablando por encima del hombro, me dijo:

—¿Era amiga suya?

—Algo así —respondí.

La verdad es que no sabía qué decir.

—Bueno, pues si quiere que le diga mi opinión, no andaba muy bien de la cabeza, y no me sorprendería que se hubiese suicidado y hubiesen encontrado su cadáver... No, los helados se sirven en el intermedio, después del noticiario.

Salí y me quedé parado en la calle. Iba creciendo la cola para las entradas baratas. Había también niños que hablaban animadamente entre sí. Pasé a su lado y eché a andar calle arriba. Notaba una sensación extraña en mi interior. Algo le había ocurrido a mi muchacha. Ahora comprendía por qué tenía tantas ganas de desembarazarse de mí la noche anterior y de que yo no le acompañara a su casa. Estaba dispuesta a suicidarse en el cementerio. Por eso estaba tan pálida y hablaba de un modo tan raro. Y ahora, la habían encontrado muerta, cerca de la verja, sobre la lápida de aquella tumba.

Si yo no me hubiera marchado, dejándola sola, no habría pasado nada. Con sólo cinco minutos más que me hubiese quedado, insistiendo para convencerla de mi forma de pensar, hubiera accedido a que la acompañara a su casa, y estaría ahora en el cine, acomodando a los espectadores en sus respectivas butacas.

Pero quizá la cosa no fuese tan grave como me temía. Tal vez la habían encontrado vagando errante, perdida la memoria, y la Policía la había recogido; y luego, al averiguar dónde trabajaba y todo eso, habían dado cuenta al gerente del cine. Si me acercaba a la comisaría, quizá me dijese lo que había sucedido, y yo podía explicarles que era mi novia, y no me importaba si ella no me reconocía. Renuncié a la idea. No podía hacerle eso a mi patrón. Tenía que reparar el coche del doctor. Pero luego, cuando terminara, acudiría a la comisaría.

Completamente abatido, volvía al garaje, sin saber apenas lo que hacía, y por primera vez en mi vida el olor a grasa y a gasolina me revolvió el estómago. Había un individuo que estaba poniendo en marcha el motor de su coche, haciendo salir una gran nube de humo del tubo de escape que llenaba de hedor el garaje.

Me puse el mono, cogí las herramientas y empecé a trabajar. Durante todo el tiempo no hacía más que preguntarme qué le habría sucedido a mi muchacha, si estaría sola y abandonada en la comisaría de Policía, o tendida en alguna parte..., y muerta. Seguía viendo su rostro tal como lo había visto la noche anterior.

No me llevó más de una hora y media la reparación del coche; lo dejé listo para rodar, con el depósito lleno, y mirando hacia la calle para que su propietario no tuviese que hacer ninguna maniobra con él cuando viniese a recogerlo. Estaba muerto de fatiga y me corría el sudor por la cara. Me lavé, me puse la chaqueta y, al hacerlo, noté el bulto del estuche que llevaba en el bolsillo. Lo saqué y lo contemplé un momento. Estaba precioso con su cintila de fantasía. Volví a guardarlo. No me había dado cuenta de que había entrado el patrón, porque yo estaba de espaldas a la puerta.

—¿Has comprado lo que querías? —me preguntó, sonriendo jovialmente.

Era una buena persona, siempre de buen humor. Nos llevábamos muy bien.

—Sí —respondí.

Pero no tenía ganas de hablar de ello. Le dije que había terminado de arreglar el coche y que lo había dejado listo para rodar. Pasé con él al despacho, para que tomase nota del trabajo hecho y apuntara las horas extraordinarias, y él me ofreció un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa, al lado del periódico de la tarde.

—Lady Luck ha ganado la carrera de hoy —dijo—. Y a mí me ha hecho ganar un par de libras.

Estaba anotando mi trabajo en sus libros para tener al día las hojas de pago.

—Ha tenido suerte —comenté.

—Sí, pero yo sólo jugaba a colocado, como un imbécil —se lamentó—. El ganador se ha pagado veinticinco a uno. En fin, es el juego.

No respondió. No soy bebedor, pero en aquel momento tenía la necesidad de tomarme una copa. Me sequé la frente con el pañuelo. Estaba deseando que el patrón siguiera con sus números, darle las buenas noches y marcharme.

—Otro pobre diablo que la ha diñado —dijo—. Ya es el tercero en tres semanas. Y con el vientre destrozado como los otros dos. Parece como si hubiese una maldición sobre los aviadores.

—¿Cómo ha sido? ¿Tripulando algún avión a reacción?

—¿Avión a reacción? ¡Qué va! Asesinato. Le han abierto el vientre al pobre muchacho. ¿Acaso no lees los periódicos? Es el tercero en tres semanas. Y siempre en las mismas circunstancias. Los tres eran aviadores, y a los tres les encontraron cerca de un cementerio. Ahora mismo le estaba diciendo a ese tipo que ha venido a por gasolina que no son sólo los hombres los que pierden la cabeza y se vuelven maniáticos sexuales. También les pasa eso a las mujeres. Pero parece que a ésta la van a coger. El periódico dice que hay una pista y que esperan detenerla pronto. Ya pueden darse prisa, antes de que se cargue a otro infeliz.

Cerró el libro en que hacía sus anotaciones y se puso el lápiz detrás de la oreja.

—¿Quieres un trago? —dijo—. Tengo una botella de ginebra en el armario.

—No —respondí—, no, muchas gracias. Tengo... tengo una cita.

—Está bien —dijo, sonriendo—; que te diviertas.

El asesinato venía en primera página, y era tal como me lo había contado el patrón. Debía de haberse cometido a eso de las dos de la madrugada. Un joven aviador, en el nordeste de Londres. Había conseguido arrastrarse hasta una cabina telefónica y llamar a la Policía. Cuando llegaron los agentes, le encontraron tendido en el suelo, junto al aparato.

Antes de morir, hizo una declaración en la ambulancia que le llevaba al

hospital. Dijo que le había llamado una chica y que él la había seguido, creyendo que se le presentaba una aventurilla —la había visto hacía poco, tomando café con otro individuo—, y supuso que se había encaprichado de él y dejado plantado a su compañero. Y, de pronto, le había asestado una puñalada en el vientre.

Decía el periódico que había dado a la Policía una detallada descripción de la muchacha y que las autoridades agradecerían al hombre que había sido visto con ella que se presentara para ayudar a identificarla.

No quise leer más y tiré el periódico. Estuve largo tiempo vagando por las calles hasta que me sentí rendido, y cuando supuse que los Thompson estarían ya acostados volví a casa. Busqué a tientas la llave que me habían dejado colgando de una cuerdecita dentro del buzón, entré y subí a mi habitación.

La señora Thompson me había abierto la cama y, siempre tan atenta había puesto un termo de té sobre la mesilla de noche, junto con la última edición del periódico de la noche.

La habían detenido. A las tres de la tarde. No leí la crónica, ni el nombre, ni nada. Me senté en la cama, cogí el periódico, y allí estaba mi muchacha, mirándome fijamente desde la foto que encabezaba la primera página.

Saqué del bolsillo el paquetito que había comprado y lo abrí. Tiré al suelo el papel y la cinta que lo envolvían y me quedé contemplando el pequeño corazón que tenía en la mano.

EL ANCIANO

¿Me preguntaba usted por el anciano? Creo que sí. Usted es nuevo en esta región. ¿Ha venido a pasar sus vacaciones? En verano suele venir mucha gente. Siempre acaban bajando por los acantilados hasta esta playa y se detienen para mirar al mar; luego, vuelven la vista hacia el lago. Igual que usted.

Bonito sitio, ¿verdad? Tranquilo y apartado. No es extraño que el anciano lo eligiera para vivir.

No recuerdo cuándo llegó. Nadie lo sabe. Debió de ser hace muchos años. Cuando yo vine aquí, mucho antes de la guerra, él ya estaba. Quizá vino huyendo de la civilización, como yo. O quizá es que la gente del lugar donde vivía antes le hacía la vida imposible. Es difícil decirlo. Desde el principio, me dio la impresión de que había hecho algo, o alguien se lo había hecho a él, que le había enemistado con el mundo. Recuerdo que la primera vez que le vi, me dije: «Apuesto a que este tipo tiene un genio endiablado.»

Sí, vivía con su mujer ahí mismo, junto al lago. Tenían una extraña casucha, expuesta a todos los vientos, pero eso no parecía importarles.

Uno de los muchachos de la granja me había aconsejado, con una sonrisa, que me mantuviera apartado del viejo que vivía junto al lago; por lo visto, no le agradaban los intrusos. Así que me guardaba mucho de ir a charlar con él. Aunque, de todas formas, habría sido inútil, puesto que yo no sabía ni una palabra de su idioma. La primera vez que le vi, se hallaba en pie junto al borde del lago, mirando al mar. Yo, por pura discreción, me abstuve de cruzar el puentecillo de madera tendido sobre el agua, para no pasar demasiado cerca de él, y llegué al otro lado dando la vuelta por la orilla. Luego, con la turbadora sensación de que me estaba entrometiendo en lo que no me importaba y de que no tenía nada que hacer allí, me oculté detrás de unos matorrales, saqué los prismáticos y los enfoqué hacia él.

Era un gran tipo, ancho y fuerte. Ha envejecido después, naturalmente —estoy hablando de hace varios años—, pero incluso ahora se le nota lo que debe de haber sido. Da sensación de fuerza, de energía, y lleva siempre erguida la cabeza, como un rey. Y esto es algo más que una simple frase. No, no bromeo. ¿Quién sabe si no lleva en sus venas sangre real heredada de algún remoto antepasado? ¿Y quién sabe si no es eso lo que de vez en cuando despierta en su interior y —no es culpa suya— le torna violento? Pero entonces no pensaba en eso. Permanecí mirándole y, cuando le vi que se volvía, me agaché tras el matorral y me pregunté qué pensamientos le pasarían por la cabeza y si sabría que yo estaba allí, espiándole.

Me habría visto en una situación violenta si se le hubiese ocurrido acercarse a

donde yo estaba. Pero debió de pensárselo mejor, o quizás era que no le importaba. Siguió mirando al mar, contemplando las gaviotas y el ascendente flujo de la marea, y al cabo de un rato se apartó de la orilla del lago y se dirigió a su casa en busca de su esposa y, quizá, de comida.

A ella no la vi aquel día. No andaba por allí. Como vivían en la orilla izquierda del lago, al borde mismo del agua, y no había camino apropiado hasta allí, no me sentía con valor para acercarme demasiado y encontrarme cara a cara con ella. Pero cuando, no obstante, la vi al fin, quedé decepcionado. No valía gran cosa. Quiero decir que no tenía el estilo de él. Me pareció una criatura sosegada y de buen carácter.

Cuando los vi, volvían los dos de pescar, y se dirigían desde la playa al lago. Él iba delante, naturalmente. Ella le seguía. Ninguno de los dos reparó en mí, y yo me alegré, porque el viejo podía muy bien haberse detenido a esperarla, decirle que volviera sola a casa, y luego, bajar hasta las peñas en que yo estaba sentado. Usted me preguntará qué habría hecho yo en ese caso. Maldito si lo sé. Quizá me habría levantado, silbando con aire de indiferencia, le habría dedicado luego un saludo y una sonrisa —inútil, desde luego, pero es algo instintivo, si usted comprende lo que quiero decir— y, después de darle los buenos días, me habría marchado por el otro lado. No creo que él hubiera hecho nada. Se había limitado a seguirme con la vista, mirándome con sus extraños y alargados ojos.

A partir de entonces, tanto en invierno como en verano, yo estaba siempre en la playa o en las rocas, y ellos seguían su extraña y solitaria existencia, pescando unas veces en el lago y otras en el mar. De vez en cuando, me encontraba con ellos en el puerto que había sobre el estuario, mirando las embarcaciones ancladas allí. Solía preguntarme quién de los dos habría sugerido la idea de acercarse a aquel lugar. Quizás él se había sentido bruscamente atraído por el bullicio y la vida del puerto, por todas las cosas a las que había renunciado, o que jamás había conocido, y le había dicho a ella: «Hoy nos vamos a la ciudad.» Y ella, encantada le hacer lo que más le agradara, le seguía.

Lo que llamaba la atención, y no podía menos de repararse en ello, era lo mucho que se querían. Yo la he visto a ella salir a recibirle alguna vez que se había quedado en casa, mientras él salía a pescar. Le veía cuando aún estaban muy lejos y bajaba a la playa a esperarle. Iban directamente el uno hacia el otro, y se abrazaban sin que les importase un comino que les vieran hacerlo. Era conmovedor. Uno se daba cuenta de que algo tendría aquel anciano cuando ocurría todo aquello. Puede que fuese un verdadero demonio para los extraños, mas para ella era completamente distinto. Al verles así, sentía simpatía por él.

¿Dice usted que si tenían hijos? A eso iba. Precisamente quería hablarle de eso. Porque, ya ve usted, ocurrió una verdadera tragedia. Y nadie, excepto yo, sabe nada. Supongo que podría habérselo dicho a alguien, pero en ese caso... no sé. Podrían

haberse llevado al anciano, y ella se habría quedado con el corazón destrozado. Y, además, no era asunto mío. Sé que las pruebas contra el anciano eran poderosas, pero no concluyentes. Podía haberse tratado de un simple accidente; de todas formas, nadie investigó nada cuando desapareció el muchacho, de modo que ¿quién era yo para entrometerme y ponerme a resolver el asunto?

Intentaré explicar lo que sucedió. Pero debe usted comprender que todo esto se desarrolló a lo largo de bastante tiempo, y, con frecuencia, yo estaba ocupado, o ausente, y ni siquiera me acercaba al lago. Nadie más que yo parecía tomarse ningún interés por la pareja que vivía allí, de modo que lo que voy a referir lo he visto con mis propios ojos, no son cosas que haya oído, ni chismes que murmurase la gente a espaldas de ellos.

No siempre han estado solos, como ahora. Tenían cuatro hijos: tres chicas y un chico. Les criaron a los cuatro en aquella desvencijada cabaña que tenían junto al lago, y todavía me pregunto cómo pudieron hacerlo. He conocido días en que la lluvia azotaba despiadadamente el lago, y éste se hinchaba en olas que rompían en la orilla y dejaban la tierra convertida en un verdadero cenagal, mientras el viento rugía sin cesar sobre la casa. Sin duda usted piensa que cualquiera que tuviese nada más que un poco de sentido común se llevaría de allí a su esposa y a sus hijos, para instalarlos en algún lugar donde pudiesen disfrutar de las comodidades más elementales. Pues no, ni hablar. El viejo debía de pensar que, si él podía soportarlo, también podrían soportarlo ella y los niños. Quizá se proponían educarlos en la escuela de la adversidad.

Las jovencitas eran muy atractivas; sobre todo, la pequeña. Nunca supe su nombre, pero yo la llamaba Chiquita, porque lo era de verdad. A pesar de su tamaño —me parece que la estoy viendo, lo menudita que era—, por la mañana era siempre la primera en aventurarse a chapotear en el lago, muy por delante de sus hermanas y de su hermano.

A éste le llamaba Bebé. Era el mayor y, aquí entre nosotros, un poco bobo. No se parecía a sus hermanas, y tenía un aspecto un tanto desgachado. Mientras ellas jugaban o pescaban, él rondaba por los alrededores sin saber qué hacer. Si podía, se quedaba en casa, cerca de su madre. Un verdadero hijo de mamá. Por eso le puse aquel nombre. Y no es que ella le hiciese más caso que a los demás. Por lo que yo pude ver, trataba exactamente igual a los cuatro. De quien estaba siempre pendiente era del anciano. Pero Bebé no era más que un niño grande y me parece que bastante simple.

Al igual que los padres, los jóvenes hacían una vida retraída. Supongo que era el anciano quien les había acostumbrado a eso. Nunca iban a jugar a la playa, y eso que debía de ser una tentación muy grande en pleno verano, cuando la gente se paseaba por los acantilados y bajaban a la playa a bañarse y a merendar. Supongo que el viejo tendría sus razones para prohibirles que se relacionaran con

desconocidos.

Estaban acostumbrados a verme por aquellos parajes, buscando leña y cosas parecidas. Yo solía pararme a menudo para verles jugar junto al lago. Pero no les hablaba. Podrían haber ido a decírselo al anciano. Cuando yo pasaba cerca de ellos, solían mirarme, y luego apartaban la vista con cierta timidez. Todos, menos Chiquita.

Chiquita sacudía la cabeza y hacía una cabriola para que me fijase en ella.

A veces les veía salir a los seis —el viejo, su mujer, Bebé y las tres chicas—, para irse a pescar todo el día en el mar. El viejo iba delante, naturalmente; Chiquita, deseosa de ayudar en algo, marchaba muy cerca de su padre. La madre iba mirando a su alrededor para ver si se mantendría el buen tiempo; seguían las otras dos chicas, y Bebé, el pobre tonto de Bebé, era siempre el último en salir de casa. Nunca supe lo que pescaban. Solían quedarse hasta bastante tarde, y cuando volvían yo ya me había marchado. Pero creo que les iba bien. Debían de vivir casi enteramente de lo que pescaban. Al fin y al cabo, ¿no dicen que el pescado tiene muchas vitaminas? Quizá el viejo tuviese sus propias ideas acerca de la alimentación.

Pasó el tiempo, y los chicos fueron creciendo. Me pareció que Chiquita perdía algo de su individualidad. Creció más que sus hermanas. Formaban un bonito trío. Tranquilas, bien educadas.

Bebé era enorme. Casi tan grande como el anciano, pero ¡qué diferencia! No tenía la belleza de su padre, ni su vigor, ni su personalidad. No era más que un desgarrado patán. Y lo malo era, creo, que su padre se avergonzaba de él. Estoy seguro de que no ayudaba gran cosa en la casa. Y para la pesca era completamente inútil. Las chicas trabajaban como hormigas y Bebé no hacía más que estorbar. Si su madre estaba por allí, se quedaba a su lado, sin hacer nada.

Yo me daba cuenta de que al padre le irritaba tener por hijo a aquel idiota. Lo que también le irritaba era que Bebé fuese tan corpulento. Probablemente aquello era un contrasentido para su intolerante mentalidad. La fuerza y la estupidez no podían marchar unidas. Desde luego, en cualquier familia normal Bebé habría abandonado ya la casa para irse a trabajar. Yo solía preguntarme si el viejo y su mujer hablarían de ello por las noches, o si daban por sentado, aun sin admitirlo expresamente, que Bebé no servía para nada.

El caso es que acabaron marchándose de la casa. Por lo menos, las tres chicas.

Le contaré cómo sucedió.

Un día de finales de otoño, en que yo había ido a hacer algunas compras a la pequeña ciudad del puerto, distante tres millas de aquí, vi de pronto al anciano, su mujer, las tres chicas y Bebé que se dirigían a Pont. Pont está al final de la ensenada que se abre al este del puerto y se compone de unas cuantas casitas y una granja, agrupadas en torno a la iglesia. Todos ellos iban muy limpios y aseados, y me pregunté si irían de visita. Eso era algo que no entraba en sus costumbres, pero, al fin

y al cabo, quizá tuvieran allí algunos amigos y yo no lo supiera. De todos modos, aquella fue la última vez que les vi a todos juntos.

Aquel fin de semana se desató una de las clásicas galernas del Este. Soplaban un viento huracanado, y yo me quedé en casa sin salir para nada. Sabía que el mar estaría rompiendo violentamente sobre la playa, y me pregunté si el viejo y su familia habrían podido regresar a casa. Habrían hecho bien quedándose en Pont con sus amigos, si es que tenían amigos allí.

El viento no amainó hasta el martes, y fue entonces cuando me decidí a bajar a la playa. Estaba cubierta de algas, maderos, brea y alquitrán. Siempre pasa igual después de un temporal del Este. Volví la vista hacia la choza del anciano y le vi a él y a su mujer, de pie en el borde mismo del lago. Pero no había ni rastro de los chicos.

Me pareció curioso y esperé, pensando que no tardarían en aparecer. Pero no vinieron. Di la vuelta al lago y pasé a la otra orilla, desde donde podía contemplar a placer la choza del anciano. Incluso saqué mis viejos prismáticos para verla mejor. Los chicos no estaban allí. El viejo vagaba perezosamente de un lado a otro, como solía hacer cuando no estaba pescando, y ella tomaba el sol en la puerta. La única explicación era que hubiesen dejado a los chicos en casa de sus amigos de Pont para que pasaran allí unos cuantos días.

Reconozco que esta idea me tranquilizó, porque por un momento había temido que hubiesen emprendido el camino de regreso el sábado por la noche, hubieran sido sorprendidos por el temporal y que sólo los padres hubiesen podido regresar sanos y salvos. Pero no podía ser. Me habría enterado de algo. Alguien me lo habría contado. Y, además, no estaría el anciano paseando con su habitual aire de indiferencia, ni su mujer tomando tranquilamente el sol. No, seguramente los habían dejado en casa de algún amigo. A menos que, por fin, Bebé y sus hermanas se hubieran decidido a marcharse en busca de trabajo.

Me había acostumbrado de tal manera a verles pasear por los alrededores, que al faltar Chiquita y los demás me sentía triste. Experimentaba la extraña sensación de que se habían ido para siempre. Estúpido, ¿verdad? Que me preocupara, quiero decir. Había visto crecer a los cuatro jóvenes, y ahora, sin razón alguna, al parecer, habían desaparecido.

Me hubiese gustado saber unas pocas palabras de su idioma, para preguntarles como buen vecino: «Veo que han vuelto solos usted y su señora. Espero que no habrá ocurrido nada malo.»

Pero de nada serviría. El viejo me habría mirado con aquellos ojos suyos tan extraños, y me habría mandado a paseo.

Nunca volví a ver a las chicas. Nunca. No regresaron. Una vez me pareció ver a Chiquita junto al estuario, con un grupo de amigas, pero no podría asegurar que fuese ella. Si lo era, había crecido mucho, y su aspecto era completamente distinto.

Voy a decirle lo que creo. Creo que, aquel fin de semana, el viejo y su mujer se llevaron a sus hijos con algún propósito definido, y, o los habían instalado en casa de algunos amigos, o les habían mandado a que se ganaran la vida por sus propios medios.

Ya comprendo que eso parece cruel y que es algo que usted no les haría nunca a sus hijos, pero debe recordar que el anciano era un tipo duro y que no obedecía más dictados que los de su propia ley. Pensaba, sin duda, que aquello era lo mejor —y probablemente tenía razón—, y, si por lo menos supiese yo con certeza qué era lo que les había ocurrido a las chicas, no me sentiría tan preocupado.

Pero cuando me siento preocupado y triste es cuando pienso en lo que le sucedió a Bebé.

Porque, ya ve usted, Bebé fue lo bastante necio como para regresar. Volvió cosa de tres semanas después del día en que salió hacia Pont. Yo había bajado por los bosques, que no es mi camino habitual, pues generalmente sigo el curso del arroyo que desemboca en el lago. Y cuando pasaba junto a las marismas del Norte, a cierta distancia de la casa del anciano, vi de pronto a Bebé.

No estaba haciendo nada. Se hallaba en pie, en medio del pantano, y parecía aturrido. Estaba demasiado lejos de mí para que pudiera llamarle; además, no tenía valor para hacerlo. Pero me quedé mirándole con su aire torpe y desgarbado. Tenía la vista vuelta en dirección a la casa del anciano.

El anciano y su mujer no prestaban la menor atención a Bebé. Estaban junto a la playa, cerca del puentecillo de madera, y no sabría decir si salían a pescar o volvían. Y allí estaba Bebé, pintada en el rostro su estupidez... y también el miedo.

Sentía deseos de preguntarle: «¿pasa algo?», pero no sabía cómo decirlo. Me quedé, por tanto, quieto, igual que él, mirando al anciano.

Y lo que ambos temíamos que ocurriera, ocurrió al fin.

El anciano levantó la cabeza y vio a Bebé.

Debió de decirle algo a su mujer, porque ella no se movió, sino que se quedó donde estaba, junto al puente, mientras él se volvía como un rayo y bajaba por el otro lado del lago en dirección al pantano, en dirección al lugar donde estaba Bebé. Su aspecto era terrible. Nunca podré olvidarlo. En aquel hermoso rostro que tanto había admirado yo siempre, brillaba ahora una expresión malévola y furiosa; y, mientras corría, no dejaba de lanzar imprecaciones contra Bebé. Sus voces llegaban hasta mis oídos.

Bebé, atónito y espantado, buscaba desesperadamente dónde refugiarse. No había nada. Sólo los delgados juncos que crecían al borde del pantano. Pero era tan estúpido el pobrecillo, que fue a esconderse allí, creyéndose con eso a salvo. Daba pena ver aquello.

Estaba haciendo acopio de valor para intervenir, cuando, de pronto, el anciano

se detuvo en seco y, sin dejar de proferir maldiciones, dio media vuelta y retornó al puente. Bebé le miraba desde su escondite de juncos; luego, salió de nuevo al pantano, sin duda con la idea de volver a casa de sus padres.

Miré a mi alrededor. No había nadie que pudiera prestar ninguna ayuda. Y si acudía a la granja, me dirían que no me metiese en los asuntos ajenos, que era mejor dejar solo al viejo cuando sufría uno de sus ataques de ira y que, en todo caso, Bebé era ya lo bastante mayorcito para cuidar de sí mismo. Era tan corpulento como el viejo. Podía defenderse si hacía falta. Pero yo sabía que eso no era cierto. Bebé no tenía fibra de luchador. No sabía cómo hacerlo.

Esperé largo rato junto al lago, pero nada sucedió. Comenzaba a hacerse de noche. Era inútil que continuara esperando. El anciano y su esposa se habían apartado del puente y habían entrado en casa. Bebé seguía inmóvil en el pantano, a orillas del lago.

Le llamé dulcemente.

—Es inútil. No te dejarán entrar. Vuelve a Pont, o a dondequiera que hayas estado hasta ahora. Vete a cualquier sitio, pero no te quedes aquí.

Me miró con su habitual expresión, aturdida y extrañada, en su rostro, y comprendí que no había entendido ni una sola palabra de lo que yo le había dicho.

Me sentía impotente. Como no podía hacer nada, me volví a mi casa. Pero toda la noche estuve pensando en Bebé, y a la mañana siguiente bajé de nuevo al lago. Había cogido un grueso bastón para sentirme más valeroso. Aunque no me servía de gran cosa contra el anciano.

Bien. Supongo que habían llegado a un acuerdo durante la noche. El caso es que Bebé estaba de nuevo el lado de su madre, y el anciano paseaba solo.

Tengo que decir que sentí un gran alivio. Al fin y al cabo, ¿qué podía haber hecho o dicho yo? Si el anciano no quería que Bebé estuviese en su casa, la verdad es que se trataba de un asunto exclusivamente suyo. Y si Bebé era tan estúpido como para acercarse por allí, también eso era cosa suya.

Yo censuraba la conducta de la madre. En definitiva, ella era quien debía decirle a Bebé que sería mejor que se quitara de en medio mientras el viejo estuviera de malas. Pero nunca me pareció muy inteligente, ni que fuese capaz de demostrar una gran energía.

Sin embargo, el acuerdo a que debían de haber llegado pareció funcionar bien durante algún tiempo. Bebé permanecía siempre pegado a su madre —supongo que la ayudaría en las faenas de la casa, no lo sé seguro—, y el anciano los dejaba solos y se iba reconcentrando cada vez más en sí mismo.

Había tomado la costumbre de sentarse junto al puente, encorvado hacia delante, y solía quedarse mirando al mar con una extraña expresión meditativa. Parecía hallarse ajeno a todo, retraído. No me gustaba. Ignoro cuáles serían sus

pensamientos, pero estoy seguro de que eran malos. Parecía haber transcurrido mucho tiempo desde que él y el resto de la familia emprendían sus animadas excursiones de pesca. Todo había cambiado. Se mantenía apartado, y su mujer y Bebé estaban siempre juntos.

Yo le compadecía, pero al mismo tiempo me sentía asustado. Comprendía que aquello no podía continuar así indefinidamente; tenía que ocurrir algo.

Un día, bajé a la playa a recoger los maderos que pudiera encontrar —el viento había soplado de firme durante la noche—, y al mirar hacia el lago vi que Bebé no estaba con su madre. Se hallaba de nuevo al borde del pantano, donde yo le había visto el día de su regreso. Ya he dicho que era tan corpulento como su padre. Si hubiera sabido cómo utilizar su fuerza, podría haberle hecho frente en cualquier momento, pero carecía de cerebro. Y allí estaba, grandullón y asustado, en el pantano, y el viejo le miraba con ojos asesinos desde la puerta de su casa.

«Va a matarle», pensé. Pero ignoraba cuándo ni dónde lo haría; si sería de noche, cuando todos dormían, o de día, mientras pescaban. Era inútil apelar a la madre. Ella no lo impediría. Si al menos tuviese Bebé un poco de sentido común y se marchara...

Estuve mirando y esperando hasta la caída de la noche. Nada sucedió.

Llovió bastante durante la noche. El día siguiente amaneció gris y frío. Diciembre estaba en todas partes, y los árboles exhibían tristemente sus ramas desnudas, desprovistas de hojas. No pude bajar al lago hasta la última hora de la tarde; entonces, el cielo estaba ya despejado y el sol, antes de hundirse en el mar, brillaba con ese acuoso resplandor tan frecuente en invierno.

Vi al anciano y a su mujer. Estaban los dos juntos al lago de su vieja choza, y también ellos me vieron acercarme, pues estaban mirando hacia mí. Bebé no estaba allí. No estaba en el pantano, ni a la orilla del lago.

Crucé el puente y seguí la orilla derecha del lago. Aunque llevaba conmigo los prismáticos, no pude ver a Bebé. Y, durante todo el tiempo, notaba que el anciano no dejaba de vigilarme.

Entonces le vi. Bajé apresuradamente la ladera, crucé la marisma y me acerqué hacia aquello que veía tendido allá, detrás de los juncos.

Estaba muerto. Tenía una herida enorme en el cuerpo. Sangre seca le cubría la espalda. Pero había estado tendido allí toda la noche. Estaba empapado por la lluvia.

Quizá me tome usted por tonto, pero lo cierto es que me puse a llorar como un idiota. Me volví hacia el anciano y le grité:

—¡Asesino! ¡Sanguinario! ¡Maldito asesino!

No respondió. No se movió. Siguió al lado de su mujer, mirándome desde la puerta de su choza.

Usted querrá saber lo que hice. Fui a buscar una azada y, allí mismo, entre los juncos de la marisma, cavé una tumba para Bebé y recé una oración por él, aun sin saber de cierto cuál era su religión. Cuando hube terminado, volví a mirar al otro lado del lago en dirección al anciano.

¿Y sabe usted lo que vi?

Le vi agachar la cabeza, inclinarse hacia su mujer y besarla. Y ella levantó su cabeza y le besó. Era a la vez un réquiem y una bendición. Una expiación, una acción de gracias. Sabían, a su manera, que habían obrado mal, pero todo había terminado ya, puesto que yo había enterrado a Bebé y éste había desaparecido. Volvían de nuevo a ser libres y no existía ya nadie que los separase.

Salieron al centro del lago, y, de pronto, vi que el anciano estiraba el cuello y batía las alas. Separándose del agua, remontó vuelo con un movimiento lleno de fuerza, y ella le siguió. Vi a los dos cisnes volar hacia el mar en dirección al sol poniente, y le aseguro que el espectáculo de aquellos dos cisnes volando solos en medio del invierno era uno de los más bellos que he visto en mi vida.